UNIVERSIDADNACIONALDEL LITORAL

Facultad de Humanidades y Ciencias

Tesis para la obtención del Grado Académico de Doctor en Estudios Sociales

"CHINA COMO CONTRINCANTE SEMIPERIFÉRICO"

Doctorando: Lic. Luciano Moretti

Director: Dr. Víctor Ramiro Fernández

Grupo de Estudios sobre Estado, Espacio y Desarrollo

Instituto de Humanidades y Ciencias Sociales del Litoral (IHUCSO Litoral)

2024

para Santi…

Agradecimientos:

Esta tesis es el fruto de horas de lectura y trabajo individual, el cual no habría sido posible de realizar sin contar con un conjunto de instituciones públicas que lo sostuviera. Por ello debo agradecer en primer lugar a la Universidad Nacional del Litoral y al programa de Becas de Posgrado, por haber financiado mi formación doctoral. En segundo lugar, a la Facultad de Humanidades y Ciencias, institución en la que realicé mi formación de grado y posgrado. En tercer lugar, a la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, en la que me desempeño como docente. En cuarto lugar, al Instituto de Humanidades y Ciencias Sociales por proveer las instalaciones para la realización de este trabajo.

Todas estas instituciones de investigación y enseñanza son de carácter público y como tales son parte del patrimonio colectivo de nuestro país, patrimonio que a la fecha de finalización de este manuscrito se encuentra siendo desfinanciado y desmantelado. Continuar investigando y generando conocimiento crítico es parte fundamental de la lucha por la defensa colectiva de la nación argentina. En última instancia, el valor de las instituciones se mide por la calidad de las personas que las componen y de los vínculos sociales que establecen entre ellos. Tuve la oportunidad de formar parte de ella como estudiante, como docente y como investigador, pero principalmente me gusta reivindicarme como un orgulloso militante de esta casa de estudios. Por ello es que esta tesis se debe a la lucha del movimiento estudiantil y docente de la UNL, de la que forma parte inescindible.

Este manuscrito no hubiera sido posible de ser escrito sin la existencia del Grupo de Estudios sobre Estado, Espacio y Desarrollo del Instituto de Humanidades y Ciencias Sociales y a los excelentes profesionales que lo componen, gracias a Ramiro por las extensas horas de debate teórico y por el acompañamiento en mi formación. Es necesario también nombrar a la cátedra de Globalización y Desarrollo de la FCJS, la que comparto con grandes colegas y amigos, gracias Emi y Joe por sus lecturas, críticas y aportes.

Por último, deseo agradecer a mi familia por incentivarme y apoyarme en todos mis emprendimientos y, en especial, a mi marido Santiago por acompañarme y darme aliento, sobre todo en los momentos de flaqueza. Por escucharme durante horas divagar sobre el tema de esta tesis y por compartir su pasión por el conocimiento del mundo, y sus ganas de cambiarlo.

Resumen

Este estudio analiza el origen de la capacidad del poder político chino para dirigir el crecimiento y desarrollo económico, disciplinando al capital, tanto extranjero como local, mediante la supremacía estatal. Este dominio de lo político sobre lo económico siguió un camino opuesto al de Europa y Occidente. La fuerte tradición estatalista de China, anterior al socialismo del siglo XX, está profundamente enraizada en su cultura y pensamiento político ancestral.

Analizamos el proceso de creación de un Estado nación moderno en China, iniciado con su incorporación subordinada al sistema-mundo capitalista en el siglo XIX. Este proceso implicó la transición desde un modelo económico agrario y un sistema político caracterizado por las dinastías imperiales y la burocracia confuciana hacia el capitalismo y la construcción de un nuevo régimen político e institucional.

La transformación de la estructura económica de China supuso una reorganización de la élite y una respuesta estatal frente a la agresión y el cercamiento militar y político por parte de las potencias occidentales. La posición periférica de China durante el siglo XX y su subordinación dentro del sistema interestatal no fueron resultados inevitables de la expansión capitalista, sino el producto del fracaso de distintos proyectos de modernización que denominamos estrategias de ascenso semiperiférico.

Este trabajo analiza tres respuestas políticas desarrolladas por las élites chinas para mejorar su posición en la jerarquía global: la política de autofortalecimiento e industrialización promovida por el Estado imperial a finales del siglo XIX; la industrialización basada en el control estatal de empresas en la década de 1930; y la estrategia socialista de economía planificada, que culmina con la Reforma y Apertura de los años ochenta.

Sostenemos que el éxito o fracaso de estas estrategias de ascenso semiperiférico depende de la construcción de un aparato estatal dotado de doble autonomía. La primera autonomía es interna, frente a actores políticos y económicos que disputan el monopolio del poder al Estado. La segunda es externa, frente a la injerencia de capitales y potencias extranjeras que restringen su desarrollo. Los primeros intentos de ascenso semiperiférico fracasaron debido a la debilidad

estatal en uno de estos niveles. En el siglo XIX, el Imperio Chino se autodebilitó fiscal y militarmente, lo que culminó en su disolución. El segundo intento fue limitado por la vigencia de tratados desiguales y la invasión de potencias extranjeras, particularmente de Japón en 1936.

No fue hasta la revolución de 1949 y la creación de la República Popular China que el Estado centralizó con éxito el poder de coerción legítima, la capacidad fiscal y el control económico. El fortalecimiento estatal bajo el PCCh creó las condiciones para que, en los años setenta, el Estado chino se reincorporara plenamente al sistema interestatal. Este proceso logró consolidar la doble autonomía, tanto interna como externa, que cimentó las bases políticas del éxito económico a partir de la década de 1980.

A este Estado, que surge de las respuestas políticas y económicas frente a las tendencias sistémicas que relegaron a China a la periferia de la economía-mundo capitalista, lo denominamos *"Estado contrincante semiperiférico"*. Dotado de doble autonomía, este Estado ha logrado implementar una estrategia de ascenso semiperiférico, disciplinando a sus actores capitalistas internos. La independencia, aunque no aislamiento, respecto de las redes productivas, financieras y comerciales de Occidente permite a China disputar con la potencia hegemónica y evitar la subordinación a poderes externos, al tiempo que se beneficia del progreso técnico de la economía capitalista global. Este fenómeno es el resultado de un proceso histórico en el que convergen elementos sistémicos, como redes comerciales, invasiones externas y acceso a nuevas tecnologías, junto con factores histórico-estructurales propios de la tradición estatal china.

Abstract

This study analyzes the origins of the Chinese political power's ability to direct economic growth and development by disciplining both foreign and local capital through state supremacy. This dominance of politics over economics followed a path opposite to that of Europe and the West. China's strong state tradition, predating the socialist period of the 20th century, is deeply rooted in its culture and ancient political thought.

The process of building a modern nation-state in China is analyzed, beginning with its subordinate incorporation into the capitalist world-system in the 19th century. This process represented a shift from an agrarian economic model and a political system characterized by imperial dynasties and Confucian bureaucracy toward capitalism and the construction of a new political and institutional regime.

The transformation of China's economic structure entailed a reorganization of the elite and a state response to the military and political aggression and encirclement from Western powers. China's peripheral position throughout the 20th century and its subordinate status within the interstate system were not inevitable outcomes of capitalist expansion but rather the result of failed political modernization projects that we refer to as semi-peripheral ascent strategies.

Three political responses developed by Chinese elites to improve their position within the global hierarchy are analyzed: the self-strengthening and industrialization policy promoted by the imperial state at the end of the 19th century; the industrialization policy based on direct state control of enterprises during the 1930s; and the socialist strategy of a planned economy, which culminated in the Reform and Opening-up period from the 1980s onward.

It is argued that the success or failure of these semi-peripheral developmental strategies depends on the construction of a state apparatus endowed with dual autonomy. The first is internal autonomy, defending against political and economic actors who contest the state's monopoly on power. The second is external autonomy, shielding from the interference of foreign powers and capital that could constrain political and economic development. The first two semi-peripheral developmental attempts failed due to state weakness in one of these

dimensions. In the 19th century, the Chinese Empire weakened itself fiscally and militarily, leading to its dissolution. The second attempt was constrained by the continuation of unequal treaties and by open foreign invasions, particularly by Japan from 1936.

Only with the 1949 revolution and the creation of the People's Republic of China did the state successfully centralize legitimate coercive power, fiscal capacity, and economic control. The state strengthening led by the Communist Party created the internal conditions for China's full reintegration into the interstate system during the 1970s, achieving dual autonomy, both internally and externally, which laid the political foundations for the economic success that followed from the 1980s. We refer to this state, which emerged from political and economic responses to systemic trends that relegated China to the periphery of the capitalist world economy, as the "*semi-peripheral contending state"*. Endowed with dual autonomy, this state has implemented a semi-peripheral developmental strategy, disciplining and molding its domestic capitalist actors. Independence (but not isolation) from the productive, financial, and commercial networks controlled by the West allows China to compete with the hegemonic power and resist subordination to any external power while benefiting from the technological advances of the capitalist world economy.

This phenomenon results from a historical process in which systemic elements—such as trade networks, external invasions, and access to new technologies—intersect with structural-historical factors rooted in China's long-standing state-building tradition.

Índice

Introducción 7

a) Las características chinas (zhōng guó tèsè 中国特色) 7

b) China: continuidades y rupturas 14

Capítulo N.° 1: Marco teórico 20

a) Los análisis de sistemas-mundo 20

b) Los sistemas históricos: economías-mundo, imperios-mundo y el sistema capitalista 23

c) División internacional del trabajo y la estructura centro-periferia 26

d) El concepto de semiperiferia 28

e) Los Estados y el sistema-mundo capitalista 31

f) El Estado 37

g) El Estado contrincante semi-periférico 46

h) Dimensiones de análisis 48

Primer período: 1840-1914 54

Capítulo N.°2: El imperio-mundo chino previo a su incorporación en la economía-mundo capitalista 55

a) Una larga tradición de construcción estatal 55

b) Estructura económica y cambio social 58

c) La clase dominante en el siglo XIX 72

d) El Estado imperial y la burocracia 80

Capítulo N.° 3: El proceso de incorporación 89

a) Incorporación y periferalización 89

b) El sistema-mundo capitalista: contrabando, guerras del opio y subordinación 91

c) Guerras del Opio y tratados desiguales: comienza el siglo de humillación 97

Capítulo N.° 4: Respuesta estatal, rebelión y reformas 104

a) Autodebilitamiento estatal: la capacidad fiscal del Estado 104

b) Un siglo de rebeliones: fragmentación del poder político-militar 109

c) El movimiento de autofortalecimiento como desarrollo semiperiferico. Primer fracaso103 115

d) La política de Guāndū shāngbàn (官督商办) 122

e) Balance del período 128

Segundo período: 1914-1949: 133

Capítulo N° 5: Tradición y modernidad, el largo camino a la nueva China 134

a) China en la economía-mundo capitalista 137

b) El ascenso de nuevos poderes: EE. UU. y Japón 141
c) La influencia de la URSS y del Comintern 145
d) Los convulsivos años 30, crisis económica mundial y agresión militar 147
Capítulo N.° 6: Un proceso de modernización espontáneo 150
a) Crecimiento económico 150
b) La debilidad fiscal del Estado 162
c) La emergencia de una nueva elite nacional desarrollista: ascenso y caída de la 171
burguesía china 171
d) El Guomindang en el poder: capitalismo, burocracia y partido 181
e) Estructura organizativa del Estado: partido único y gobierno 185
Capítulo N.° 7: Desarrollo semiperiferico, segundo fracaso 189
a) Recuperando un legado milenario 189
b) La Comisión Nacional de Recursos: el ascenso del sistema de empresas estatales 192
c) Balance de las políticas de desarrollo: ¿capitalismo burocrático como intento deascenso semiperiférico? 198
Tercer Período: 1949 - 1992 203
Capítulo N.° 8: un nuevo actor en el escenario mundial 204
a) La RPC y el sistema interestatal 207
b) El sistema-mundo capitalista: de la hegemonía al predominio de los EE.UU 210
c) El rol de los EE.UU 217
d) El rol de la URSS 224
Capítulo N.° 9: Autofortalecimiento estatal y desarrollo semiperiferico 230
a) Estructura política 230
b) La nueva elite: campañas de masas, burocratización y disputa interna 234
c) Las campañas de masas como estrategia para extender el poder del Estado: Reformaagraria y colectivización agrícola 242
d) Capacidad Fiscal del Estado: el sistema 户口 (pinyin: hùkǒu), un legado milenario bajo247
un nuevo contexto 247
Capítulo N.° 10: del desarrollo semiperiférico defensivo a contrincante semiperiférico 236 255
a) Planificación centralizada 255
b) La Comisión Estatal de Planificación: la construcción de burocracias como estrategiade autofortalecimiento 官僚 (guānliáo) 259
c) La economía rural: campañas de masas para movilizar el apoyo social 运动 (yùndòng)244 264
d) La economía urbana 276

e) Reforma y apertura: Dos tradiciones convergen en el ascenso del Estado contrincantesemiperiférico 286

Conclusiones 297

Bibliografía 314

Índice de tablas:

Tabla N° 1: Dimensiones de análisis

Tabla Nº 2: PBI per cápita y crecimiento económico China y países seleccionados

Tabla Nº 3: Crecimiento demográfico en China 1500-1899

Tabla Nº 4: La jerarquía de riqueza del Sistema Mundo Capitalista y sus arenas externas (1820)

Tabla Nº 5: Proceso de autodebilitamiento del Estado imperial

Tabla Nº 6: Respuesta adaptativa del Estado a finales del siglo XIX

Tabla N° 7: La jerarquía de riqueza del Sistema Mundo Capitalista, 1920

Tabla N° 8: Composición porcentual por sectores del PBI y crecimiento para el período 1931/1936

Tabla N.° 9: Crecimiento del PBI, Población y del PBI per cápita

Tabla N° 10: Agregados fiscales del gobierno central 1932-1936

Tabla N° 11: Número de fábricas industriales establecidas en China libre (1937-1943)

Tabla N° 12: La jerarquía de riqueza del Sistema Mundo Capitalista, 1950

Tabla N° 13: Política agraria y construcción estatal

Tabla N° 14: Comparación estructura de gobierno imperial con gobierno de la RPC

Tabla N° 15: Distribución porcentual de los ingresos y gastos a nivel central y local.

Tabla N.° 16: Producto per cápita rural por rubros expresado en Kg

Tabla N.° 17: Recaudación por sector productivo expresada en porcentajes, 1950-1990

Tabla N.º 18: Gasto porcentual del gobierno por grandes categorías

Índice de figuras:

Figura Nº 1: Proceso de incorporación de China y formación estatal

Figura N°2: Valor del Tael de plata frente al dolar americano, año base 1910

Figura N° 3: Balanza comercial de China 1905-1941, expresado en millones de dólares de 1956

Figura N° 4: Recaudación impositiva como porcentaje del PBI (1952-1992), comparación con la dinastía Qing

Figura N° 5: Transferencia de excedente rural a las urbes a través del comercio desigual

Figura N.° 6: Estructura del PBI, 1890-1978 (porcentaje del PBI a precio constantes)

Figura N.° 7: valor agregado por año del sector primario y secundario como porcentaje del total del valor agregado, 1952-1990.

Figura N° 8: crecimiento interanual del PBI, 1952-1992.

Introducción

> "Claramente, no todos los caminos conducen a Roma. En lugar de tratar a los estados no europeos como casos subdesarrollados que eventualmente convergerán al modelo europeo, debemos tomar en serio estos patrones duraderos y alternativos de desarrollo estatal en supropio derecho".
>
> (Y. Wang, 2022, p. 22)

> "El capitalismo solo triunfa cuando se identifica con el estado, cuando es el Estado"
>
> (Braudel et al., 1984, p. 64)

a) Las características chinas (zhōng guó tèsè 中国特色)

En el año 2021 el Partido Comunista de China celebró sus 100 años de existencia, no fue una celebración nostálgica sobre un pasado glorioso de revolución, sino la afirmación de un presente y un futuro de éxitos en los campos económicos, tecnológicos, militares, avances sociales y expansión geopolítica. Previamente, en 2019, se habían celebrado 70 años de la fundación de la República Popular de China, y en conjunto, 70 años ininterrumpidos de gobierno en manos del Partido Comunista de China (PCCh), de los cuales 27 estuvieron marcados por el liderazgo de Mao Tse Tung (1949-1976) y el resto abarcan el período que se conoce como "Reforma y apertura" impulsado por el padre del milagro económico chino, Deng Xiaoping que continúa hasta la fecha (1978-2024).

La proclamación de la República Popular China, el 1 de octubre de 1949, no solo puso fin a la guerra civil que desgarró al país entre nacionalistas y comunistas por más de veinte años, sino que marcó el final del "siglo de humillación chino" (1842-1949), que comenzó con la derrota de los ejércitos de la dinastía Qing en la Primera Guerra del Opio (1893-1842) frente a las potencias de occidente. China era un país periférico y subdesarrollado, por lo que la tarea de industrializar y modernizar su economía tomaría preponderancia. El primer período estuvo marcado a nivel político por la reconstrucción del aparato estatal y la puesta en marcha de los primeros planes quinquenales para robustecer el sector agrícola y desarrollar la industria nacional de base estatal. En el sector rural, luego de la reforma agraria y la colectivización, predominaron las llamadas "Comunas Populares" que funcionaban como las unidades de gestión de la producción en el campo, mientras que, en las ciudades, se crearon grandes

conglomerados de empresas estatales, encargados de la producción manufacturera. El Estado, mediante la planificación centralizada de la economía de inspiración soviética, desplegó sus capacidades gerenciales sobre la economía, pero también sobre las ideas y sobre los individuos. Esta primera etapa está caracterizada por el aislamiento de la República Popular de China, en términos económicos se buscó la autosuficiencia y en el plano internacional se impulsaba la unidad con el "tercer mundo", distanciada de las dos grandes potencias de la Guerra Fría, EE.UU. y la URSS.

Durante el período de la "Reforma y Apertura" (1978 en adelante) se redireccionó la política estatal hacia objetivos económicos más pragmáticos, los elementos ideológicos perdieron peso, y se abandonó la lucha de clases y la línea de masas como métodos de dirección del Partido para modernizar la sociedad. El centro de la política estatal se redireccionó hacia las cuatro grandes reformas en el campo, la industria, el ejército y la educación. El Estado tomó la decisión de restaurar la economía de mercado y restablecer un sector empresarial privado de origen nacional (con especial éxito en el sector agrario), a la que se denomina "socialista", concepto que luego se complementa con la idea de "las características chinas". Además, se impulsó la industrialización de las zonas agrarias mediante el fomento al capital privado local de las empresas de municipios y comunas que, rápidamente, se incorporaron como productoras de manufacturas tanto para el mercado nacional como internacional.

Esto permitió, por primera vez en 2000 años de historia china, la ruptura de la economía familiar campesina "liberando" el trabajo agrario excedente para colocarlo a disposición del mercado de trabajo (P. C. C. Huang, 1990). Al mismo tiempo, comienzan las primeras experiencias con las llamadas "zonas económicas especiales" en algunas ciudades costeras que se abrieron a los mercados internacionales para recibir inversión extranjera directa (Arrighi & Zhang, 2011). El experimento fue un éxito en términos de crecimiento económico y rápidamente se fue expandiendo hacia otras regiones. Posteriormente, se reformaron y modernizaron las grandes empresas estatales, una parte de las cuales se privatizaron (Hung, 2015).

En todo este proceso fue clave la relación con las empresas trasnacionales norteamericanas y la relación con el gobierno de los EE.UU. que en la década de los noventa otorgó el status de nación más favorecida, impulsando el comercio bilateral entre ambos países (Hung, 2020). De acuerdo con la clasificación del FMI, China se ubica entre las economías

emergentes del mundo, es decir, todavía no forma parte del núcleo de economías avanzadas. No obstante ello, China es hoy el centro de un nuevo ciclo sistémico de expansión material, es el principal exportador de bienes, la principal potencia manufacturera, el principal acreedor de los EE.UU. y la economía más grande del planeta medida en paridad de poder adquisitivo (Rosales, 2020, p. 14). El resultado de este proceso fue el ascenso de China en la economía mundo capitalista, desde la periferia hacia la semiperiferia (Grell-Brisk, 2017; X. Li, 2021).

El sistema mundo capitalista contemporáneo persigue la acumulación incesante de riqueza y captura del excedente, basado en una división internacional del trabajo que genera relaciones sociales de producción e intercambio desiguales, dando como resultado un orden político y económico desigual. La producción de mercancías a lo largo de la división internacional del trabajo se estructura en actividades centrales y periféricas(I. Wallerstein, 2012, p. 24). Las actividades consideradas centrales son aquellas que pueden ser monopolizadas, intensivas en capital y proveen una mayor tasa de ganancia. Las actividades periféricas, por el contrario, son competitivas, intensivas en trabajo y su tasa de ganancia es baja. Dado que las actividades centrales tienden a concentrarse espacialmente en un espacio geográfico reducido, se conforma lo que conocemos con el centro del sistema mundo capitalista. El resto de los países que se dedica a actividades competitivas conforma la periferia. En el medio entre ambos polos existe la zona de la semiperiferia. El cambio de estatus ascendente de los diferentes espacios nacionales entre estas tres zonas es lo que comúnmente denominamos como desarrollo.

Con el objetivo de asegurar su control monopólico sobre las actividades más rentables de las cadenas de producción, el capital del centro tiende a apoyar el desarrollo de instituciones poderosas, mientras que los capitales periféricos tienden a sabotear el desarrollo de instituciones poderosas dado que no requieren de la asistencia del Estado para ser más competitivos. En los estudios sobre el desarrollo se suele asociar a las instituciones que desarrollaron los países centrales como aquellas óptimas para el desarrollo entre los que se destacan elementos como el gobierno de la ley, la existencia de balances y contrapesos, una burocracia moderna con capacidad fiscal y, en general asociada con alguna forma de gobierno democrático (Acemoglu & Robinson, 2012; Jones, 2008; Mielants, 2008). Este tipo de instituciones contribuye a crear Estados “fuertes”, mientras aquellas que se alejan de este patrón suelen ser consideradas atrasadas o “débiles”. No obstante, esta visión es desafiada, tanto a nivel académico, como por la realidad empírica.

Como nos indica Wallerstein (1979, p. 75) no todos los países ubicados en la periferia están en las mismas condiciones de alcanzar un cambio en su estatus en la jerarquía de riqueza, a lo largo de la historia algunos países periféricos lograron cambiar su estatus mientras otros permanecen en el mismo lugar. De hecho, el sistema mundo capitalista acumula capital y se expande sobre la base de la permanencia del intercambio desigual entre los países centrales y el resto. Por lo que la permanencia de la división tri-partita del sistema es un requisito necesario para su funcionamiento. No obstante ello, a lo largo de la historia algunos lograron procesos económicos ascendentes, mientras que otros no, por lo que los casos exitosos aparecen como excepciones a la regla. Esto es fuente de debate entre los académicos especializados en temas de desarrollo. China aparece como un caso de un Estado ubicado en la periferia que, utilizando sus propias instituciones autóctonas, ha logrado desarrollar un Estado "fuerte", adoptar una estrategia de desarrollo semiperiférica y ascender en la jerarquía de riqueza.

La excepcionalidad o no del caso de China se inscribe en el debate sobre la relación entre instituciones políticas, actores económicos e instituciones económicas. Mientras un conjunto de autores sostienen la necesidad de contar con instituciones al estilo occidental como un requisito necesario para alcanzar mejores niveles de crecimiento económico y desarrollo moderno (Acemoglu & Robinson, 2019; North, 1991, 1998), el caso de China parece alejarse de este parámetro tratándose de un crecimiento despótico auspiciado por el Estado y sujeto a su voluntad. En este sentido, no sería un crecimiento verdadero, dado que el poder irrestricto del Estado puede poner un límite al desarrollo (Acemoglu & Robinson, 2019, p. 300).

Este debate cobra sentido, siempre y cuando se acepte la premisa inicial de la excepcionalidad europea (Jones, 2008) por lo que China solo aparece como una anomalía si tomamos esta versión idealizada occidental como el punto de referencia (Ang, 2024). No obstante, este tipo de lecturas sobre el desarrollo de corte neo-institucionalistas parten de una mirada nacionalista metodológica para abordar el problema del "desarrollo nacional" haciendo caso omiso de aquellos análisis que plantean al capitalismo como un fenómeno sistémico global, que no se encuentra restringido por las fronteras del Estado nación y cuya desigualdad intrínseca es el resultado de su desarrollo desigual (Korzeniewicz, 2015, 2017).

Si seguimos este segundo marco de análisis observamos que existen tres mecanismos por los cuales un país puede ascender en la jerarquía de riqueza, puede ser el resultado de un desarrollo por invitación, puede ser el resultado de una estrategia de tomar la oportunidad o,

puede ser un caso de autosuficiencia económica. Casos típicos de desarrollo por invitación han sido los llamados tigres asiáticos (Corea del Sur, Taiwán, Singapur, Hong Kong) los cuales recibieron habilitación geopolítica y asistencia económica de la potencia hegemónica para llevar adelante políticas de industrialización dirigida por sus Estados (Friedman, 1999). Casos típicos de aprovechar la oportunidad se suceden en momentos de crisis económicas globales en las que los países de la periferia enfrentan caída de los precios de sus exportaciones, suba de desempleo y problemas en la balanza de pagos. La respuesta a estas situaciones durante el siglo XX se ha expresado en la adopción de una estrategia (no siempre exitosa) de industrialización por sustitución de importaciones. Se denomina como aprovechar la oportunidad porque requiere una acción estatal agresiva para aprovechar la debilidad momentánea del centro sistémico. Por último, la estrategia de autosuficiencia es la que han adoptado los países socialistas durante el siglo XX, es una clásica estrategia de mercantilismo, utilizando el monopolio de la propiedad estatal como la base del proceso de acumulación (I. Wallerstein, 1979, p. 89).

Entre 1949 y 1976, China adoptó una estrategia de autosuficiencia sobre la base de una economía planificada centralmente, luego de 1976 pasó a una estrategia de aprovechar la oportunidad para acelerar su crecimiento y desarrollo económico para eventualmente lograr ascender en la jerarquía de riqueza. A este fenómeno, que combina una posición periférica inicial con la existencia de un Estado con doble autonomía, externa e interna, y con la capacidad de motorizar la transformación estructural de la economía, lo hemos denominado Estado contrincante semiperiférico.

Durante ambos períodos, el Estado retuvo el control de sectores claves de la economía bajo su gestión directa, el sector bancario, el financiero, grandes corporaciones de alimentos, hidrocarburos, metalurgia, comunicaciones, incluso llegando a desarrollar su propia red de internet “desconectada” parcialmente de la red global, independiente de los monopolios de occidente. Los planes quinquenales continúan hasta la fecha siendo la guía del desarrollo y la modernización de la economía y la sociedad. Esta capacidad también se expresa en el control sobre el sector financiero y en el direccionamiento de grandes capitales a escala global, el Estado tiene la capacidad de “sugerir” la fusión de grandes conglomerados, u organizarlos de tal manera que no compitan entre sí (Miranda, 2018).

Efectivamente, el modelo de desarrollo chino presenta particularidades que algunos denominan socialistas , otros catalogan como capitalismo monopolista de Estado o capitalismo de Estado (McNally, 2013; ten Brink, 2011), colectivismo burocrático (Wittfogel, 1960) economía de no mercado (Miranda, 2018), o Estado movilizado global (Ye, 2020). Estas perspectivas resaltan el papel que desempeñó y desempeña el Estado en el desarrollo de instituciones de mercado eficientes para garantizar el crecimiento económico y el desarrollo de China. Esta capacidad del Estado chino y su éxito en conducir la reforma económica se presentan como una excepcionalidad, no frente al resto de los países ya desarrollados, sino frente a sus pares dentro de la periferia.

En primer lugar, China logró conducir un proceso de modernización económica sin contar con las instituciones liberales occidentales tradicionalmente asociadas a ello; en segundo lugar, logró esto a pesar de que era una economía periférica con escasa influencia económica global y cuyo poder en el sistema interestatal era relativamente bajo. La particularidad del proceso de desarrollo chino es el resultado de tres elementos históricos, la revolución de 1949, elementos de la economía china que eran comunes en muchas otras sociedades menos desarrolladas, y las características únicas del legado milenario de construcción estatal (Perkins, 1975).

En muchos trabajos iniciales sobre la particularidad China, el peso de la tradición y las instituciones ha sido señalado como un "impedimento" para el desarrollo capitalista (Karl, 2005; Marx & Hobsbawm, 2004; Mehdi, 1988; Wittfogel, 1960). Mientras que se destaca la revolución de 1949 y su modelo de desarrollo planificado centralmente de tipo soviético como la razón principal de la transformación de la sociedad (Chao, 1974; Dillon, 2014; Meisner, 1999; Sun, 2010) nuevos enfoques instan a encontrar en la permanencia de ciertas instituciones tradicionales la capacidad del Estado chino para motorizar el desarrollo, la acumulación de capital y su flexibilidad para adaptarse a nuevos estímulos provenientes del Sistema Mundo Capitalista (Acemoglu & Robinson, 2019; Arrighi, 2009; Rosenthal & Wong, 2011; Stasavage, 2020; I. Weber, 2021; Wong, 1997; Zhao, 2015).

Si bien muchos estudian y destacan la singularidad de la formación estatal china, en particular en su comparación con el proceso en el escenario europeo (Hui, 2005; Y. Wang, 2022; Zhao, 2015), la mayoría se centra en el origen y el desarrollo de las instituciones hasta la caída de la última dinastía imperial a principios del siglo XX, pero pocos analizan el proceso de transición desde el siglo XIX hasta la creación de la RPC en 1949, con las rupturas y

continuidades que se sucedieron durante el período republicano (1911-1949) (Hung, 2015; Kirby, 1990; Ru, 2022).

En el presente trabajo, apuntamos a rastrear de donde proviene la capacidad del poder político en China para controlar el proceso de crecimiento y desarrollo económico, disciplinando al capital, tanto extranjero como local, mediante el predominio del Estado. Este dominio de lo político sobre lo económico se desarrolló en un proceso que es inverso al recorrido por los Estados y el capital en Europa y occidente (Ma, 2012). Su fuerte tradición estatalista precede al período socialista del siglo XX y está fuertemente arraigado en la cultura y el pensamiento político chino milenario (Zhao, 2015).

Principios como el igualitarismo social, el acceso a la tierra para los campesinos, el control de los comerciantes, la supresión de la acumulación de riqueza, la propiedad estatal de la tierra, el Estado como balance y actuando para promediar el ingreso, evitando desequilibrios, el control sobre los mercados, la existencia de monopolios estatales, la manipulación de precios, la producción directa en manos del Estado y la tradición burocrática necesaria para llevar adelante estas acciones se remontan a su proceso de construcción estatal previo a 1949 (Balazs, 1970; Hui, 2005; Y. Wang, 2022; I. M. Weber, 2021; Wittfogel, 1957b; Wong, 1997; Zhao, 2015).

A pesar de contar con estos elementos a su favor, el Estado y la civilización china enfrentaron grandes complicaciones a la hora de intentar incorporar el patrón industrial occidental a su estructura económica precapitalista (G. Wang, 2019), el impacto de la incorporación subordinado en el Sistema Mundo Capitalista dejará un legado que afectará a las estrategias de desarrollo durante todo el siglo de humillación (1842-1949) y luego durante la RPC. Lo que constituye un largo período de revolución y reconstrucción estatal para recuperar una posición de poder en el sistema interestatal. Por lo que el éxito de China es el resultado de un largo proceso de construcción y adaptación institucional, de su patrón histórico de construcción burocrática imperial a los estímulos provenientes de la incorporación forzada en la EM-C durante el siglo XIX. Ese proceso dio como resultado un proceso de ascenso en la jerarquía de poder y riqueza que separa el fenómeno Chino de casos de éxito económicos previos, así como del resto de los países de la periferia y la semiperiferia.

En primer lugar, China no es un Estado capitalista en tanto y en cuanto el Estado subordina a los capitalistas. Por un lado, en términos de la proyección de China en el sistema

mundo capitalista, es un limitante para el desarrollo de un nuevo ciclo sistémico de acumulación. Esta relación entre la elite económica y la elite política puede derivar en fuentes de conflictos internos por el control del aparato estatal. En segundo lugar, el legado civilizatorio milenario de la sociedad China trae aparejadas formas de organización social y política, que resisten la tradición liberal de occidente (Vieira, 2022, p. 125).

Sobre estas especificidades es que se monta este fenómeno particular al que designamos como *Estado contrincante semiperiférico.* El Estado contrincante semiperiférico se caracteriza por dos elementos, la autonomía geopolítica en el plano externo, y su predominio interno frente a los actores capitalistas. Su autonomía externa le permite resistir con éxito las presiones competitivas provenientes del sistema interestatal y de las redes de poder dominadas por occidente. El segundo elemento le permite cumplir tareas de gerenciamiento de la economía, disciplinando al capital, y orientando su sendero de acumulación, su patrón de desarrollo tecnológico y su inserción global (Ye, 2019; Huang, 2008). El Estado ejerce un control directo sobre sectores importantes del aparato económico, a través de las empresas estatales, y de poderosas agencias de planificación y regulación (Hu et al., 2018). A su vez, lo denominamos como contrincante para diferenciarlo de otros Estados en la zona de la semiperiferia que no presentan la capacidad de disputar con el centro sistémico.

b) China: continuidades y rupturas

Desde su fundación alrededor del año 200 a.C., el Estado burocrático y el gobierno imperial chino se mantuvieron resilientes durante más de dos mil años, hasta su caída a principios del siglo XX (Y. Huang & Yang, 2022; Stasavage, 2020; Y. Wang, 2022, p. 23; Wong, 1997). Debemos dejar en claro, en primer lugar, que no existe una explicación unilineal de los eventos que llevaron a que China sea hoy una economía en ascenso. La larga duración de la historia de la civilización China ha generado múltiples intentos teóricos de encontrar respuestas al patrón particular de desarrollo (Elvin, 1973; R. Huang, 1996; V. T. Hui, 2005; von Glahn, 2016; Wittfogel, 1957b). En este ejercicio intelectual el contraste con el caso del desarrollo europeo es casi ineludible (Wong, 1997).

Para un análisis comparado, la historia de China se ofrece como un espejo de la historia moderna de Occidente, es decir, una imagen en reverso de todo lo que fue único en Occidente (Balazs, 1970, p. 21). Una simple enumeración servirá de ejemplo, unidad política y territorial

frente a fragmentación política, gobierno burocrático directo en China contra gobierno indirecto, ciudades comerciales y ciudades imperiales, elite-confuciana y señores feudales, iglesia y confucianismo de Estado, capital intensivo y trabajo intensivo, y la lista podría seguir. Sin embargo, muchas de las aproximaciones al caso de China, en el pasado y en el presente, intentan explicar por qué China no fue Europa (Y. Wang, 2022). Este tipo de razonamiento conduce a que se busque la falla, la ausencia de ciertas instituciones o la excepción en el proceso de desarrollo económico de China, en donde y en qué se desvió del patrón "unilineal" del desarrollo (Pomeranz, 2000).

Las características específicas del patrón de construcción estatal permitió a China desarrollar una estructura de gobierno directa y centralizada (Hui, 2005). La figura del emperador gobernando a través de una burocracia letrada y formada en el pensamiento clásico se consolidó durante la dinastía Tang (618-907) y perduró hasta principios del siglo XX (Y. Wang, 2022; Wong, 1997). Este tipo de burocracia y la ideología dominante común a la que respondía (el confucianismo) sentó las bases de un verdadero imperio-tributario. Es decir, un Estado central que extraía tributos de sus súbditos de manera directa y efectiva a través de funcionarios rentados. Esto le permitió centralizar el excedente agrícola y desarrollar una poderosa civilización cuyas instituciones, idioma y escuelas de pensamiento influenciarían el desarrollo de la región del Este asiático (Hamashita, 2009).

A su vez, este Estado contaba con la capacidad de desempeñar funciones administrativas en el plano económico, desde la regulación y control de precios hasta el control monopólico sobre recursos claves (I. Weber, 2021). La burocracia confuciana logró monopolizar el poder político e ideológico y militar, subordinando al poder económico, por lo que el patronazgo estatal y la estructura burocrática se convirtieron en un rasgo característico de la sociedad china (Balazs, 1970; Siu, 2024; Zhao, 2015).

A partir del siglo X en adelante, el imperio chino se convirtió en el centro de una revolución tecnológica productiva de base agrícola que permitió el desarrollo de la economía de mercado más grande de su tiempo (Fairbank, 1992, Elvin, 1974, Von Glahn, 2016). Dos características distintivas se desprenden de este legado, a nivel regional externo el imperio chino logró mantener un estado de paz por más de 500 años (la pax sínica) en el marco del sistema tributario, a nivel interno, a pesar de la existencia de una poderosa clase mercantil (proto-capitalista) ningún actor capitalista logró disputar con éxito el control del aparato estatal

(Arrighi , 2008). Mediante este sistema político-burocrático, la elite letrada confuciana se transformó en la clase dominante, y mantuvo su posición social indiscutida hasta el colapso del imperio en 1911.

Como resultado del proceso de incorporación forzada en la economía-mundo capitalista a través de la violencia militar en las llamadas Guerras del Opio (1839-1842 y 1856-1860) se produjo la incorporación subordinada de China en la economía-mundo capitalista. Este proceso ha dejado tras de sí un legado de decadencia social, institucional y atraso económico. A partir de ese momento, China ingresó en el llamado "siglo de humillación" (Z. Wang, 2012), un período histórico marcado por la debilidad externa del Estado, el autodebilitamiento de las instituciones burocráticas, la pérdida del monopolio de la violencia física por parte del Estado producto de las múltiples rebeliones internas, por la disputa de las potencias por el control del país y las invasiones militares.

El resultado de este proceso fue la apertura de los mercados chinos y la firma de los tratados desiguales que favorecieron las posiciones de Gran Bretaña y el resto de las potencias de Occidente (J. K. Fairbank & Goldman, 2006, p. 188). A pesar de esta posición desventajosa, la incorporación subordinada de China en la economía-mundo no estaba predeterminada y el Estado imperial estuvo lejos de ser un actor pasivo (Ru, 2022). Este período también estuvo atravesado por profundas transformaciones económicas y sociales, que eventualmente traerían aparejados cambios políticos.

China pasó de ser el centro de un sistema regional tributario, a ser un país pobre y subdesarrollado, oprimido por las potencias occidentales, que milagrosamente logró resistir convertirse en colonia. El hecho de que China ingresara a la era moderna como una nación unificada parece un hecho tan obvio que su importancia ha escapado en gran medida a las ciencias sociales (G. Wang, 2019). A pesar de hablar ampliamente de la desintegración de China, a mano de poderes extranjeros, tanto el hecho como la idea de un gobierno central en un solo Estado sobrevivieron a la disolución del sistema imperial, al período de los señores de la guerra, las invasiones extranjeras y la guerra civil. Incluso durante este período, ningún separatismo provincial ni propuesta federalista pudo resistir la abrumadora atracción de la unidad nacional entre el pueblo chino (Fairbank, 1992). Mantener la unidad, con su requisito práctico de un liderazgo centralizado, planteó demandas extraordinarias en la agenda institucional de China (Kuhn 2002, pp 135).

Hacia finales del siglo XIX, producto del cercamiento imperialista y de las transformaciones económicas, la elite-burocrática china intentó desplegar un proceso de ascenso semiperiferico conocido como movimiento de autofortalecimiento (Chan, 1977; G. Huang, 2021; Qian & Sng, 2021). Sin embargo, este proceso fracasó por las debilidades estructurales que presentaba el Estado en el plano interno. Durante la primera mitad del siglo XX, en el período republicano, el Estado volvería a impulsar otro conjunto de políticas tendientes a industrializar y modernizar la sociedad china. Sin embargo, la invasión japonesa de 1937 pondría un límite a este período.

En el primer intento la debilidad interna del Estado impidió consolidar un proceso de ascenso semiperiférico, en el segundo intento la vulnerabilidad externa puso fin al período de modernización republicana (Bergère, 1989; Chan, 1977; Moulder, 1977). No fue hasta que se conjugó un proceso político de fortaleza interna y externa (doble autonomía) que la sociedad china pudo comenzar a recuperar su posición en el sistema-mundo capitalista articulando un nuevo modelo económico y social que al mismo tiempo fortaleció la autoridad estatal y su control sobre el desarrollo económico y la acumulación de capital. A pesar de sus fracasos, estos procesos fueron sentando una memoria institucional y un patrón de dependencia en el que el Estado fue reafirmando su rol como agente económico, particularmente en torno al control directo y gestión de la producción industrial sobre la base de un sistema nacional de empresas estatales (Bian, 2005; Tian & Chen, 2022c).

Los especialistas en la materia han resaltado diversos elementos que dan cuenta de la situación de China a comienzos del siglo XX, entre ellas se enumeran las condiciones institucionales burocráticas particulares (North, 1998), la falla ideológica o del patrón cultural (Weber, 1964; D. Zhao, 2015), la existencia de un Estado despótico (Acemoglu & Robinson, 2019; Fukuyama, 2016; Wittfogel, 1960) , la centralidad de la burocracia confuciana (Kuhn, 2003), el predominio y resiliencia de la economía campesina agrícola y la lejanía de recursos claves como el carbón (P. C. C. Huang, 1990; Pomeranz, 2021), la falta de dinamismo productivo agrícola y la trampa malthusiana, o finalmente la idea de Fairbank (Fairbank & Goldman, 2006) respecto a que las innovaciones tecnológicas no pudieron aprovecharse en el contexto de la economía china.

El simple hecho de la cantidad de modelos muestra cuántas variables deben tenerse en cuenta al tratar la experiencia china en el último milenio (Deng, 2002, p. 29). Mientras muchos

trabajos se centraron en las características de la economía y el Estado dinástico, abarcando todas o algunas de las dinastías que existieron en el período que va desde su fundación en el siglo II A.C. hasta su caída a principios de siglo XX (Arrighi, 2009; Hui, 2005; Karl, 2005; Pomeranz, 2021; Rowe & Brook, 2012; Y. Wang, 2022; Wong, 1997; Zhao, 2009) y, si bien resaltan que esos procesos son significativos para comprender la China contemporánea, pocos han elaborado sobre los aspectos de continuidad que existen entre el Estado pre y post 1949, en particular sobre el período de transformación estatal que inicia con la Restauración Qing en 1860 atravesando el período republicano comandado por el GMD hasta la fundación de la RPC en 1949 (Bian, 2005; L. Cheng, 2005; Hung, 2015; Kirby, 1990; Rosenthal & Wong, 2011; Ru, 2022; Wittfogel, 1960).

Las transformaciones institucionales que se produjeron en esos procesos sentaron una trayectoria de la dependencia que une el período imperial con la RPC, pero a la vez introduce transformaciones importantes en el patrón de construcción estatal (Cabestan, 2019, p. 39). Nuestra perspectiva busca rastrear el proceso de formación estatal moderno, haciendo foco en la relación entre la incorporación a la economía-mundo capitalista a partir del siglo XIX, que implicó la transición desde una sociedad precapitalista hacia una capitalista junto con una profunda transformación en la estructura económica, y la creación de un Estado-nación moderno. Esta dialéctica entre los factores internos y externos dieron origen a un patrón de relación entre economía-mundo, Estado, y sociedad civil singular que se encuentra detrás del control político que ejerce el Estado sobre la economía como regularidad histórica de las instituciones chinas.

Ante este fenómeno nos surgen algunos interrogantes al respecto: ***¿Cómo, partiendo de una posición periférica, el Estado tuvo éxito en impulsar la transformación económica subvirtiendo la dinámica centro-periferia imperante en el sistema mundo capitalista? ¿Por qué China tuvo éxito y logró romper con su posición periférica mientras que la mayoría de los Estados periféricos fracasaron? ¿Qué lugar ocupa China hoy en la jerarquía de poder y riqueza?***

Estas preguntas requieren de un abordaje sobre el origen de las llamadas "características chinas", combinando elementos de análisis sistémico y de formación estatal. Efectivamente, desde su incorporación subordinada al sistema-mundo capitalista en el siglo XIX, el Estado y las elites económicas y políticas pugnaron por recuperar la centralidad del poder regional y

global. Esto condujo a un largo proceso de modernización y transformación social en el cual el Estado y la burocracia intentaron ser el eje del desarrollo industrial y económico del país. Sobre este proceso nos surgen más interrogantes ¿Son características que se desprenden del legado revolucionario de 1949? O, ¿debemos rastrear estas características en la historia de la construcción estatal china?; ¿Cuál es la relación, el hilo conductor entre las dos Chinas, la vieja y la nueva? A nuestro entender, estas dos tradiciones o legados se entroncan para generar un patrón de construcción estatal particular que da origen al Estado contrincante semiperiférico.

Capítulo N.° 1: Marco teórico

> Inevitably the past, present, and future affairs of China and the West intertwine when the historian attempts to study the development of the Asian giant through a global lens.
>
> M. Perez-Garcia, Global History with Chinese Characteristics

a) Los análisis de sistemas-mundo

Los análisis de sistemas mundo (ASM) fueron la respuesta teórica a los debates que atravesaron a las ciencias sociales y humanas durante la primera mitad del siglo XX (I. Wallerstein, 2012, p. 11). Wallerstein identifica al menos cuatro debates que precedieron y abonaron al desarrollo del ASM. Entre ellos enumera, en primer lugar, la crítica que los intelectuales latinoamericanos realizaron a la teoría de la modernización durante los años cincuenta que llevó a la emergencia del estructuralismo latinoamericano y las teorías de la dependencia cuyo principal aporte sería la idea de la identificación de una estructura económica global de tipo centro-periferia (Prebisch, 1986). En segundo lugar, los debates teóricos al interior del campo intelectual del marxismo sobre la visión unilineal y teleológica del desarrollo que se sucedieron en torno al elusivo concepto de "modo de producción asiático", lo cual tuvo particular impacto en los estudios sobre China (Changji, 1990; Marx & Hobsbawm, 2004; Mehdi, 1988; Wittfogel, 1957b), y abrió la posibilidad de pensar el desarrollo social de manera multilineal y no teleológica. Un tercer debate se produjo al interior de los estudios históricos respecto a la transición entre el sistema feudal de producción hacia el sistema capitalista de producción en Europa, que enfrentó a la perspectiva llamada "endógena" de Dobb con la perspectiva "exógena" de Sweezy (Moseley &
Wallerstein, 1978). Por último, Braudel planteó una crítica al campo de la historia, planteando una búsqueda de una visión más holística de los procesos histórico-sociales, colocando el énfasis en las raíces económicas y sociales antes que en las fachadas políticas (Flint & Taylor, 2018, p. 13). Para ello sostiene la necesidad de la recuperación de dos tiempos sociales, por un lado, una temporalidad estructural y, por el otro, una temporalidad cíclica. El tiempo estructural, o también llamado de larga duración, analiza aquellas estructuras constantes, pero no eternas

que subyacen a los sistemas históricos, criticando la práctica académica de la historia como se entendía hasta ese momento.

Estos cuatro debates se dieron de manera concomitante entre sí, pero no interactuaron necesariamente el uno con el otro, en parte porque estaban circunscritos a ciertos campos disciplinares específicos. A pesar de ello, colocaron en tensión la cosmovisión que las ciencias sociales habían construido sobre el mundo (Agnew, 2021). Los análisis de sistemas mundo fueron una de las respuestas teóricas a estos debates que atravesaban a las ciencias sociales. Así, intentaron combinar de manera coherente y creativa los ejes principales de estos debates, dando respuesta a la preocupación por la unidad de análisis, el tiempo social y un intento por erosionar las barreras que se habían erigido entre los diferentes campos disciplinares (Agnew, 2021; I. Wallerstein, 2012, p. 15).

Hasta ese momento, la unidad de análisis predeterminada, tanto en el campo de la historia como de las ciencias sociales, habían sido los Estados nacionales. Los análisis de sistemas-mundo propusieron el estudio de los llamados sistemas históricos como la unidad de análisis principal de estas disciplinas (Arenti & Filomeno, 2007). Este enfoque demanda pensar a la sociedad en términos geográficos e históricos más amplios que simplemente concebir a la sociedad aferrada a países individuales. De esta manera se puede situar eventos políticos complejos, como el ascenso económico de China y su impacto en la economía-mundo capitalista, en un contexto más amplio (Flint & Taylor, 2018, p. 12). Esto permitió dar solución a ciertas controversias, particularmente en el campo de las llamadas teorías del desarrollo respecto a los estadios o etapas del desarrollo, a la idea de sociedades "avanzadas" y sociedades "atrasadas", al desarrollo y al subdesarrollo. La propuesta de encarar estos debates, no ya desde la perspectiva de cada Estado o sociedad particular, sino desde la visión de un desarrollo sistémico general que genera procesos espacialmente desiguales, tuvo, además de impacto en el mundo académico, también trascendencia política. Particularmente rompió con esta idea del desarrollo lineal y evolutivo que se había instalado a nivel discursivo, tanto en su formulación occidental capitalista (Melotti, 1977), como en su versión revolucionaria soviética de inspiración marxista. Así, las transformaciones en una sociedad particular solo pueden comprenderse completamente si son analizadas en el marco del sistema-mundo capitalista.

El debate epistémico respecto a la unidad de análisis que es necesario utilizar para explicar la continuidad y transformación de los sistemas sociales y de los procesos que se

suceden a su interior no es una batalla pírrica. Por el contrario, si tomamos al sistema-mundo capitalista como la unidad de análisis correcta, e intentamos abordar el debate sobre el desarrollo desigual de los Estados nación al interior del sistema capitalista, debemos llegar a la conclusión de que los diferentes grados de desarrollo económico se deben al desarrollo desigual de la economía-mundo como un todo y no de los espacios nacionales de manera aislada. Por lo tanto, la idea respecto a que los Estados y sus economías se encuentran en diferentes etapas del desarrollo y que estos pueden avanzar de manera individual hacia la siguiente etapa es por lo menos confusa (Sanderson, 2005).

El estudio de los sistemas socio históricos requiere también una definición del tiempo histórico. Así es que el tiempo estructural y el tiempo cíclico son centrales. El tiempo estructural refiere a una mirada de larga duración. Dado que los sistemas históricos no son eternos, es que podemos identificar los momentos en el cual se conforma, se desarrolla y eventualmente se agota. Los tiempos cíclicos, por su parte, refieren a las tendencias recurrentes por las cuales un sistema se expande y contrae a lo largo del tiempo estructural. Estos ciclos, eventualmente, generan tendencias seculares que conducen al agotamiento y al cambio histórico sistémico. Esta nueva noción sobre el tiempo modificó las discusiones sobre el desarrollo, dado que el progreso no es algo inevitable, sino que, por el contrario, se debe a determinadas coyunturas históricas que se combinan con procesos estructurales, ambos elementos no se encuentran predeterminados (Braudel, 1982).

Los ASM son una perspectiva rigurosamente materialista en el sentido de que consideran a la base económica en gran medida como determinante de la superestructura social e ideológica (Sanderson, 2005). Esto abrió la posibilidad para que los estudios sociales sobre aquellos espacios no-europeos sean estudiados y analizados por sí mismos, por fuera del debate de las etapas o fases de desarrollo, lo cual cobra especial relevancia para el análisis del desarrollo de la civilización China.

El caso del desarrollo de China en la larga duración atraviesa este debate respecto de la unidad de análisis y las etapas del desarrollo. La visión marxista ortodoxa sancionada por Stalin (1938) afirmaba que existían cinco modos de producción que se sucedían de manera secuencial por etapas. Por lo tanto, la China precapitalista de la época imperial era una sociedad feudal. Esto quiere decir que predominaban un conjunto de relaciones sociales de producción determinadas por la relación entre los siervos (que no eran productores libres) y los

terratenientes latifundistas. Este período feudal habría sido reemplazado por el capitalismo, pero en este caso, impuesto desde afuera por el imperialismo europeo. Este período de capitalismo (imperfecto y condicionado en su desarrollo por el imperialismo y por los remanentes feudales) sería superado por el período socialista que se iniciaría con el triunfo del PCCh en la guerra civil y la construcción de un nuevo Estado, cuya primera forma política sería la Nueva Democracia y, su fase posterior, el Estado socialista.

Esta visión toma al Estado como la unidad de análisis, y la idea de que cada economía nacional puede tener un modo de producción particular, es decir, escindido de la economía mundial. Sin embargo, los Estados nación no constituyen verdaderos sistemas históricos sociales, por lo tanto, son una parte de un todo mayor. El sistema mundo capitalista que emerge en el siglo XVI en Europa occidental, se irá expandiendo e incorporando diferentes espacios del globo, bajo diferentes formas políticas. Una gran mayoría será incorporada bajo la forma colonial directa, mientras que otros espacios con mayor poder relativo serán incorporados como Estados-nación. El caso de China y su transformación económica deben ser entendidos como un proceso de incorporación de su imperio-mundo (sistema-tributario regional) a la economía-mundo capitalista. Este proceso de incorporación tuvo etapas, y cada etapa adoptó diferentes formas de organización política del Estado y fue modificando su estructura productiva interna, es decir, se conformaron diferentes sistemas de respuesta locales/nacionales a los estímulos del sistema mundial.

b) Los sistemas históricos: economías-mundo, imperios-mundo y el sistema capitalista

Los análisis de sistemas-mundo constituyen una estrategia para explicar los procesos de transformación institucional, colocando el foco en el sistema interestatal antes que en el Estado-nación. Hasta ese momento las ciencias sociales se habían enfocado en la escala nacional y en las sociedades nacionales como sistemas completos. La idea de sistema implica la existencia de procesos endógenos cerrados sobre sí mismos (C. Chase-Dunn & Lawrence, 2010). Claramente, los Estados nacionales no se ajustan a esta idea.

Por el contrario, un sistema histórico está definido por la existencia en su interior de una división internacional del trabajo, esto genera que los diferentes sectores y áreas que lo componen dependan del intercambio comercial entre sí para satisfacer de manera constante las necesidades del sistema (Braudel et al., 1984). Este tipo de sistemas pueden existir sin poseer

un gobierno unificado y desplegarse a lo largo de diferentes culturas (I. Wallerstein, 1974b). Los sistemas históricos que existieron son los mini-sistemas, y los así llamados sistemas-mundo. Un sistema-mundo abarca una extensa zona geográfica integrada por flujos de intercambio de mercancías, capitales y trabajo, que responde a cierta regla común, atraviesa múltiples unidades jurídico-políticas y temporales, más no necesariamente abarcan a todo el globo en su territorialidad (I. Wallerstein, 2012, p. 16). Estos a su vez pueden subdividirse en dos categorías, economías-mundo e imperios-mundo.

Los imperios-mundo fueron básicamente economías redistributivas basadas en el modo tributario de producción y acumulación (genéricamente denominado feudalismo). Se basan en grandes grupos de agricultores cuyo grado de desarrollo tecnológico y productivo les permite generar un excedente más allá de sus necesidades inmediatas (Flint & Taylor, 2018, p. 15). El excedente permite desarrollar las actividades artesanales y también da origen a una clase de administradores. Este tipo de sistemas era una forma primitiva, pero efectiva de concentrar el excedente en manos de los administradores que constituyen una clase burocrática-militar, lo que permitió que este tipo de sistemas sociales fueran exitosos durante muchos siglos, dando sustento a estructuras sociopolíticas complejas. Su fuerza reside en que pueden garantizar el flujo económico desde las periferias hacia el centro político por medio de la fuerza y por ventajas monopólicas sobre el comercio. De esta manera, un imperio cuenta con los mecanismos necesarios para recaudar tributos de su población. Sin embargo, la debilidad de este tipo de estructura se encuentra en que la burocracia necesaria para administrar un extenso territorio tiende a absorber demasiada riqueza, lo que se vuelve más acuciante en períodos de inestabilidad donde el esfuerzo militar requiere mayores gastos (I. Wallerstein, 2011, p. 61). China transicionó desde una economía-mundo y un sistema interestatal durante el período de los Reinos Combatientes (475-221 A.C) a un imperio-mundo burocrático y centralizado a partir de la instauración de la dinastía Qin (221-206) (Hui, 2005), para finalmente ser incorporada en la economía-mundo capitalista centrada en Europa durante el siglo XIX. Durante los siglos X-XII en la dinastía Song del Norte (960-1127) y Song del Sur (1127-1279), comenzó a delinearse un equilibrio de poder entre diversos Estados que podrían haber generado una economía-mundo (Rosenthal & Wong, 2011), pero la conquista de todo el imperio a manos de los mongoles volvió a reunificar el espacio bajo un imperio centralizado.

Por el contrario, las economías-mundo contienen en su interior múltiples unidades jurídico-políticas por lo que el poder se encuentra descentralizado o al menos dividido entre actores con diferentes grados relativos de autonomía y su organización económica está basada en una estructura de mercado por la cual circulan las mercancías. La economía-mundo europea que emergió durante los siglos XIII y XVI constituyó una singularidad histórica, ya que fue la primera que resistió los intentos por transformarla en un imperio-mundo. Esto se debió a que la economía-mundo europea se transformó en capitalista (Hopkins & Wallerstein, 1977; I. Wallerstein, 2012). La economía-mundo capitalista que emerge de la crisis del sistema feudal europeo no se basó en la apropiación directa del excedente agrícola a través de tributos (como en un imperio) o de la renta terrateniente (como en el sistema feudal europeo), sino que se desarrolla por la apropiación del excedente basado en aumento de productividad por medio de un mercado global con la asistencia del aparato del Estado (I. Wallerstein, 2011, p. 83).

Es necesario resaltar que cuando nos referimos a que la economía-mundo moderna es capitalista, adoptamos la definición que desarrolló Wallerstein. Este autor se diferencia tanto de aquellas perspectivas que definen al capitalismo por la presencia generalizada del mercado como mecanismo para organizar la producción y distribución de mercancías, como de aquellas que lo definen por la presencia de ciertas relaciones sociales de producción de tipo asalariadas y una estructura de propiedad de los medios de producción. Para Wallerstein solo estamos en presencia del sistema capitalista cuando en el centro de la producción se coloca la acumulación incesante de capital. Esto quiere decir que los particulares acumulan capital con el objetivo de acumular mayor cantidad de capital a futuro. Será este elemento lo que distinga al capitalismo de otras formaciones sociales (I. Wallerstein, 1995).

El argumento principal de Wallerstein es que la economía-mundo y el sistema capitalista van de la mano, y que este tan solo pudo originarse en el marco de una economía-mundo (Sanderson, 2005, Agnew, 2021). Al estar constituida por múltiples unidades jurídicas, una economía mundo mantiene la eficacia de la división del trabajo. Precisamente, esta competencia permanente dentro de la economía-mundo moderna le permitió mantenerse y desarrollarse, generando las condiciones para la emergencia del sistema capitalista.

Por lo tanto, la existencia del sistema interestatal es una condición necesaria para mantener esta dinámica, de esta manera ninguno de los actores ni Estados controla el mercado mundial en su totalidad. Wallerstein identifica al menos tres elementos necesarios para la

transformación de la economía-mundo europea en una economía-mundo capitalista a partir del siglo XVI 1) la expansión geográfica; 2) el desarrollo de diversos métodos de control del trabajo y; 3) la creación de aparatos estatales relativamente poderosos en la región que se convertiría en el centro del sistema (I. Wallerstein, 2011, p. 83/84). El sistema interestatal y la competencia entre los Estados son requisitos fundamentales para que se desarrolle una relación particular entre el Estado y los productores económicos que posibilita la acumulación incesante de capital. Además, la competencia entre los Estados nación es un mecanismo que evita la conversión del sistema en un imperio-mundo. Si el poder político es absoluto, como en el caso de los imperios-mundo, este se impondrá sobre el de los capitalistas, impidiendo la acumulación incesante de capital. A su vez, los capitalistas precisan de la competencia interestatal, para evitar a los Estados hostiles a sus intereses y apoyar a los Estados que los favorecen. Lo que permite múltiples espacios de autonomía sobre los que el capital se apoya para evadir los controles sobre la acumulación de capital.

c) División internacional del trabajo y la estructura centro-periferia

Al interior de la economía-mundo capitalista existe una división internacional del trabajo que permite la producción y circulación de mercancías en el mercado. Esta división del trabajo se distribuye en diferentes espacios geográficos con diferentes grados de tecnificación, dando origen a cadenas de mercancías (Hopkins & Wallerstein, 1977). Los diferentes eslabones productivos dentro de las cadenas pueden clasificarse en procesos productivos centrales o procesos productivos periféricos. Por un lado, los procesos centrales son aquellos posibles de ser monopolizados o cuasi-monopolizados, lo que les permite ensanchar la brecha entre costos de producción y de venta, por lo que reportan mayores tasas de ganancia (Arrighi & Drangel, 1986, p. 17). Estos procesos implican relaciones de producción que determinan niveles salariales altos, tecnología avanzada y diversificación de la producción (Taylor, 2018, pp 21). Por otro lado, las actividades periféricas son verdaderamente competitivas (no monopólicas) y sus tasas de ganancias son menores. Están caracterizadas por bajos salarios, baja complejidad tecnológica y escasa diversificación productiva (Flint & Taylor, 2018, p. 21). Cuando ambas actividades se encuentran en el mercado se produce una transacción que es favorable a las actividades centrales, por lo que se habla de un mecanismo de intercambio desigual (Hickel et al., 2024). Estas relaciones de intercambio no ligan a Estados o espacios regionales, sino a los

eslabones productivos que se radican geográficamente en su interior y que atraviesan sus fronteras (Arrighi & Drangel, 1986, p. 11). Los espacios en sí mismos no son centrales o periféricos, sino que son los procesos productivos los que estructuran el espacio, para que en determinados momentos predominen procesos centrales o periféricos (C. K. Chase-Dunn, 1998; Flint & Taylor, 2018, p. 20).

El intercambio resultante entre aquellas actividades centrales más rentables y aquellas actividades periféricas competitivas, crea un flujo de plusvalor y recursos desde los Estados ubicados en la periferia hacia los Estados ubicados en el centro. Como consecuencia, los primeros se convierten en el foco de la acumulación mundial de riqueza y poder y, los segundos son el foco de la explotación y la debilidad estatal (Arrighi & Drangel, 1986, p. 12). Este mecanismo contribuye a la creación de una jerarquía de riqueza y poder dentro del sistema-mundo capitalista, al desarrollo espacial desigual del sistema y su reproducción a lo largo del tiempo.

Como resultado de esta conceptualización, los análisis de sistema-mundo sostienen que la economía-mundo se divide en tres zonas, el centro, la semiperiferia y la periferia. El centro sistémico es el foco de la acumulación de capital mundial, esto se debe a que contiene una mayor porción de actividades centrales que posibilitan una mayor tasa de ganancia.

Históricamente, el centro se caracteriza por abarcar a un ⅙ de la población mundial y por detentar un mayor poder de comando económico, lo que se expresa en su apropiación del excedente global. Como contraparte, la zona de la periferia contiene en su interior actividades competitivas que reportan un menor o nulo poder de comando económico. Contiene en su interior aproximadamente a ⅔ de la población mundial y es una exportadora de plustrabajo hacia el centro. En cuanto a la semiperiferia, ésta constituye una zona intermedia dentro de la jerarquía de poder y riqueza que presenta una mezcla de actividades tanto centrales como periféricas. Esta característica de su estructura productiva le permite contar con el poder suficiente para resistir ser expulsada hacia la periferia, aunque no el suficiente poder como para desplazarse hacia el centro (Arrighi & Drangel, 1986; Bousquet, 2012; M. Li, 2016). Contiene aproximadamente a un ¼ de la población mundial y su capacidad de comando económico dependerá de su relación con el capital central que opera dentro de su espacio. También en su rol de intermediario tiene la capacidad de extraer excedente desde las periferias, pero a la vez está sujeto a limitaciones por parte del centro sistémico de acumulación.

La jerarquía de riqueza nos da un orden económico, desde economías más ricas a economías más pobres, pero también nos brinda una jerarquía de poder entre los Estados. Procesos de ascenso económico dentro de la jerarquía de riqueza es lo que comúnmente se conoce como "desarrollo económico"; sin embargo, este ascenso o declive ocurren pero de manera bastante limitada (Arrighi, 1990; Grell-Brisk, 2017; Kumral, 2017). Es más probable que los Estados nacionales mantengan su posición en la jerarquía a lo largo del tiempo en lugar de ascender o declinar; cuando ocurren ascensos o declives, tienden a ser de distancia relativamente corta (Karatasli, 2020; Sanderson, 2005). Por lo que, podemos afirmar que la existencia de esta jerarquía de poder y riqueza relativamente estable es una regularidad estructural del moderno sistema-mundo capitalista. Esta evidencia nos invita a poner nuestro foco en el ascenso económico de China en el marco de esta estructura sistémica.

d) El concepto de semiperiferia

Wallerstein (1995) sostiene que la semiperiferia es una zona intermedia dentro de la jerarquía de poder y riqueza que presenta una mezcla de actividades tanto centrales como periféricas. Esta característica de su estructura productiva le permite contar con el poder suficiente para resistir ser expulsados hacia la periferia, aunque no el suficiente como para desplazarse hacia el centro. Así, en su posición de intermediario, tiene la capacidad de extraer excedente desde las periferias, pero a la vez está sujeto a limitaciones por parte del centro sistémico de acumulación. Esta definición de semiperiferia pareciera dejar en claro que no refiere a un tipo de actividad económica, sino a la posición que esta zona ocupa en la distribución y producción de riquezas. La semiperiferia es la categoría dinámica dentro del sistema-mundo capitalista, el "semillero del cambio social" (C. K. Chase-Dunn, 1998), gran parte de la reestructuración sistémica se produce por el ascenso de ciertos países al espacio de la semiperiferia o su caída desde el centro a la semiperiferia (Flint & Taylor, 2018, p. 21).

Podemos distinguir a un Estado semiperiférico dentro de la economía-mundo basándonos en dos criterios. En primer lugar, dentro de un sistema de intercambio desigual, un país semi-periférico se encuentra en el medio en términos de los productos que exporta y del nivel salarial y el margen de ganancia que reporta. En segundo lugar, el aparato del Estado presenta un interés (aunque no siempre exitoso) inmediato en ejercer un control sobre el mercado en mayor medida de lo que se observa en el centro y en la periferia (Shie & Weng, 2011). Es decir que, la política

de la semiperiferia es el proteccionismo o la autarquía relativa (Flint & Taylor, 2018, p. 111). Esto puede observarse claramente en el caso de aquellos que tomaron como modelo de desarrollo al socialismo (I. Wallerstein, 1974b). Estos Estados pueden obtener cierto aislamiento de las presiones competitivas mediante el fortalecimiento de las relaciones entre el capital central y periférico que se encuentra dentro de sus fronteras a expensas de aquellas relaciones que atraviesan sus fronteras. O pueden generar monopolios internos para proteger a sus capitales. La acción y el poder del Estado en la semiperiferia hace a la diferencia, dado que pueden contrarrestar las tendencias hacia la periferialización que operan en la economía mundo capitalista (Arrighi & Drangel, 1986, p. 27). Es decir, los Estados adoptan una serie de políticas para intentar transformar su estructura productiva y mejorar su posición en la jerarquía de riquezas (Freitas, 2020; Shie & Weng, 2011). Sin embargo, dado que los Estados semiperifericos cuentan con una mezcla de actividades centrales y periféricas en su interior, existen dos estrategias posibles a adoptar dependiendo de las circunstancias políticas e institucionales.

Por un lado, pueden adoptar una estrategia de fronteras abiertas y reducción de tarifas que beneficie a los sectores exportadores ligados a las actividades periféricas, por lo que esta estrategia de incorporación plena puede denominarse estrategia periférica. Por el otro lado, pueden adoptar una política proteccionista de resguardo de sus actividades monopólicas o centrales, constituyendo una estrategia de desarrollo semiperiferica (Flint & Taylor, 2018, p. 112). Bajo esta estrategia, el Estado puede aislar a los capitales centrales que operan en su interior de las presiones competitivas, pero también los aíslan de las ventajas de operar en mercados más grandes y de los incentivos para la innovación permanente. En este contexto, existe la posibilidad de que un Estado semiperiferico individual genere una combinación particular de políticas económicas en el contexto de una coyuntura en la economía-mundo capitalista que le otorgue fuertes ventajas competitivas, lo que le permita mejorar su composición de actividades favoreciendo las centrales y eventualmente ascender al centro del sistema-mundo (Arrighi & Drangel, 1986, p. 28). Esto es lo que explica los procesos de "desarrollo" en la economía-mundo capitalista.

Los análisis de sistemas-mundo y su hipótesis respecto de una división tripartita del sistema y la economía-mundo en tres zonas: el centro, la semiperiferia y la periferia es una de sus contribuciones más importantes para el estudio del desarrollo del sistema capitalista. Esta

estructura nos permite construir una tipología de Estados de acuerdo a la zona en la que se encuentren ubicados (Bousquet, 2012). A partir de esta definición teórica y de la hipótesis de la división del mundo en zonas, se presenta el desafío sobre qué estrategias metodológicas utilizar para medir dicha transferencia de excedente desde la periferia hacia el centro y, por lo tanto, la posición que ocupan los diferentes Estados en la estructura de poder y riqueza. Dentro de la bibliografía de análisis de sistemas-mundo se presentan diferentes criterios e indicadores empíricos utilizados a la hora de medir las diferentes zonas del sistema y sus interrelaciones: Arrighi y Drangel dieron origen a una tradición en la que se toma como indicador principal la riqueza relativa de los países en términos de ingresos per cápita (Arrighi and Drangel 1986; Babones 2005; Grell-Brisk 2017; Karataşlı 2017). Por otro lado, están aquellos que se centran en las redes comerciales y el intercambio como indicadores útiles para construir la estructura de zonas dentro del sistema-mundo, poniendo como centro el demostrar los flujos desiguales entre ellas (Van hamme & Pion, 2012).

Uno de los principales problemas que enfrenta el concepto de semiperiferia es su ambigüedad, esto se debe a que refiere al mismo tiempo a dos fenómenos relacionados, aunque no mutuamente determinados entre sí necesariamente, el económico y el político. En el plano económico se refiere a un conjunto de países que están en una situación intermedia por la cual poseen un balance de flujos negativos con el centro y positivos con el resto. En el plano político se coloca el énfasis en la intencionalidad de los Estados para mejorar su estructura productiva mediante políticas de modernización productiva y tecnológica (Agnew, 2021; Sanderson, 2005). Esto condujo a debates respecto a cómo determinar la condición semiperiferica de un Estado.

Para nuestro objetivo consideramos este estrato de la economía como un contínuum entre el centro orgánico y la periferia (C. K. Chase-Dunn, 2005; T. Hall, 2012). Esto elimina controversias innecesarias sobre clasificaciones, y facilita la comprensión del papel de la semiperiferia en la reproducción del sistema mundial (Freitas, 2020). Es necesario señalar que, las oportunidades para el cambio social pueden presentarse, pero no todos los Estados semiperifericos están en condiciones de aprovecharlas. Los procesos políticos son centrales a la hora de comprender los éxitos y los fracasos dentro de la economía-mundo capitalista (Flint & Taylor, 2018, p. 21). Así es que podemos hacer una distinción entre los Estados semiperiféricos, es decir aquellos que se encuentran en la zona económica de la semiperiferia y cuentan con la capacidad política y económica de no ser periferalizados mediante la

protección de sus estructuras económicas, y aquellos Estados en la semiperiferia. Este segundo grupo está compuesto por todos aquellos Estados que se encuentran en la zona de la semiperiferia, pero no cuentan con las características institucionales necesarias para promover la protección activa de sus capitales. Contar con un aparato estatal con capacidad de gestionar el esfuerzo económico dirigido a ciertos sectores de la economía es poco común, más aún en la semiperiferia y la periferia. Su existencia provoca los raros ejemplos de movilidad ascendente que ocurrieron en las regiones semiperiféricas en el pasado.

La fragilidad económica de la semiperiferia frente a los países centrales se compensa con la existencia de un aparato estatal sólido, una situación completamente diferente a la experimentada por los países periféricos que no tienen estructuras estatales lo suficientemente sólidas (Freitas, 2020). La existencia de los Estados semiperiféricos es, por lo tanto, el resultado de un doble proceso. Por un lado, la dinámica sistémica desplegada por la lógica centro-periferia de flujos de mercancías y capitales, y por el otro lado, la emergencia de un proceso doméstico signado por las características institucionales propias de cada Estado y que son el resultado de una construcción histórica determinada. Sostenemos que existe una relación dialéctica entre ambas esferas, la esfera de la construcción estatal y la posición que ocupa dicho Estado en la jerarquía de riqueza global.

e) Los Estados y el sistema-mundo capitalista

Desde el siglo XV, momento en que los estados modernos surgieron en Europa occidental, se convirtieron en amenazas graves para todas las demás formas políticas existentes. Su fantástica ventaja comparativa en la movilización y organización de recursos para la guerra y otros propósitos puso en cuestión la supervivencia de otras entidades políticas (Migdal, 2001, p. 51.). Como el devenir histórico demostró, la expansión de la economía mundo centrada en Europa, junto con su sistema interestatal, terminaría "incorporando"[1] al resto de los sistemas que los precedieron bajo una misma estructura de poder global. El sistema interestatal constituye el costado político de la reproducción y ampliación del sistema capitalista, está compuesto por Estados-nación con diferentes grados de poder que compiten por recursos. Esta competencia se realiza en dos planos, de manera indirecta en los mercados mediante la

[1] El concepto de incorporación como fue definido por Wallerstein (I. M. Wallerstein, 2011)

producción de mercancías, y de manera directa a través de la geopolítica militar (Shie & Weng, 2011).

El desarrollo desigual de la economía-mundo capitalista se produjo mediante la implantación de relaciones centro-periféricas que dieron origen a la jerarquía de poder y riqueza que formaría el marco para una estructura tipológica de los Estados dentro de la economía mundo capitalista. La distinción entre centro y periferia depende en parte de la competencia entre los Estados en el sistema interestatal. Es decir que, los procesos políticos son centrales para la existencia de la economía-mundo capitalista y operan en conjunto con procesos económicos para implantar relaciones de intercambio desigual que se expresa en una jerarquía de poder político entre los Estados (Flint & Taylor, 2018, p. 39). La competencia interestatal obliga, en parte, a los Estados a mantener condiciones favorables para la acumulación de capital (Wallerstein 1999). La razón principal por la que existe una división tripartita de la economía-mundo capitalista es la existencia de un sistema interestatal cuyas unidades poseen capacidades políticas desiguales a la hora de promover o resistir las tendencias hacia la periferialización que operan en la EM-C (Arrighi & Drangel, 1986, p. 42). Como resultado de esta dinámica, los capitales monopólicos del centro tienden a apoyar el desarrollo de aparatos estatales robustos que sean capaces de defender y hacer avanzar sus intereses económicos.

El sistema interestatal está compuesto de unidades jurídicas formalmente independientes y soberanas, lo que constituye una particularidad del Estado nacional moderno. La soberanía es una exigencia del Estado frente a otros Estados en el marco del sistema interestatal y se relaciona con la autonomía del Estado. En el plano interno, implica que el Estado puede sancionar las políticas que considere necesarias, imponer leyes, extraer recursos, vía impuestos y que puede hacer esto por sobre la resistencia de ningún grupo o individuos, o estructura dentro del Estado. En el plano externo, la autonomía refiere a que ningún otro Estado puede ejercer ningún tipo de autoridad sobre los asuntos internos de otro Estado, esto se desprende de la necesidad de reconocimiento mutuo entre los Estados para que el sistema interestatal pueda funcionar (I. Wallerstein, 1999, p. 22).

En los hechos ningún Estado es completamente soberano. En el plano interno, los Estados enfrentan la resistencia de diferentes grupos cuyos intereses se ven afectados por su accionar. Este poder interno del Estado nunca es absoluto, esto ha sido el resultado del proceso de construcción estatal. Específicamente, en los países centrales se desarrollaron un conjunto de

instituciones que limitan el poder estatal basado en el gobierno de la ley y otros mecanismos constitucionales (Acemoglu & Robinson, 2019; Mielants, 2008; Stasavage, 2020). La historia de la construcción estatal ha sido la puja entre los esfuerzos de centralización del poder soberano y la resistencia ejercida por los diferentes actores de la sociedad civil (Migdal, 2001; B. Moore, 1993). De cómo se desarrolle esa tensión y de los diferentes grados de poder que cada parte ejerza se configuran estructuras estatales disímiles entre sí (Arrighi, 1999). Esta limitación al poder del soberano fue central para garantizar los derechos de propiedad y, por lo tanto, la acumulación incesante de capital. Un Estado absoluto con poder ilimitado no tendría ningún impedimento en confiscar la propiedad privada, por lo que frente al peligro de la confiscación, asegurar los derechos de propiedad y el gobierno de la ley fue necesario para la construcción del sistema capitalista (I. Wallerstein, 1999, p. 24).

De esto se desprende que, el surgimiento del sistema capitalista y del sistema interestatal están históricamente ligados. Los capitalistas tercerizan en el Estado los costos de protección mediante la conformación de las fuerzas de policía y el sistema judicial. A cambio de ello, aceptan el cobro de impuestos sobre estos costos, fortaleciendo las estructuras estatales y fusionando sus intereses con los del Estado. Desde una perspectiva de análisis de sistemas-mundo, el Estado continúa siendo una institución central para comprender la dinámica del poder, pero no es en sí mismo el centro de cambio social (Flint & Taylor, 2018, p. 43).

Los Estados centrales pueden brindar otros servicios esenciales a los capitalistas, como lo es la protección frente a la libre competencia en el mercado. El libre mercado es el enemigo mortal de la acumulación de capital (I. Wallerstein, 1995, 1999). Cada Estado puede afectar hasta cierto punto la modalidad por las cuales la división internacional del trabajo opera, estos pueden ascender ciertas actividades productivas al rango de centrales o viceversa, es decir, pueden incidir en la estructura centro-periferia que sostiene la economía mundo capitalista (Arrighi & Drangel, 1986, p. 22). En este sentido, es que los Estados individuales pueden afectar el funcionamiento del mercado para beneficiar los intereses de los grupos capitalistas locales por un determinado tiempo (Flint & Taylor, 2018, p. 17). Sin embargo, este accionar por parte de un Estado individual enfrenta restricciones severas provenientes del ámbito global, respecto a lo que puede hacer a nivel doméstico como resultado de la posición específica que ocupan en la economía mundial (Migdal, 2001, p. 62). Los capitalistas que cosechan el apoyo de un Estado fuerte cuentan con la ventaja de que su Estado puede evitar que otros Estados

otorguen derechos de monopolios a sus competidores, ya sea aquellos ubicados en su propio Estado como frente a los competidores extranjeros. La acumulación de capital real solo es posible en estructuras de mercado de cuasi monopolio. Estos monopolios son imposibles de mantener sin el apoyo del Estado.

Por lo tanto, podemos afirmar que, en el plano externo, ningún Estado ha sido completamente soberano, dado que tanto la injerencia en asuntos internos de otros Estados de maneras sutiles, como explícitas mediante las guerras interestatales, han sido una constante. A su vez, el sistema de relaciones internacionales coloca una serie de límites al poder de los Estados respecto a la soberanía externa. El poder de cada Estado para afectar o moldear las relaciones centro-periferia se encuentra limitado por el poder de otros Estados para hacer lo mismo, y por las presiones competitivas que generan las continuas innovaciones tecnológicas (Arrighi & Drangel, 1986, p. 23). A pesar de esto, en el plano formal del sistema interestatal, todas aquellas instituciones que son reconocidas como Estado nación obtienen una soberanía legal formal, y operan en el plano internacional en defensa de ese principio.

En la práctica, existen diferentes grados de poder entre los Estados. Aquellos Estados considerados centrales tienen un mayor poder interno y externo que la mayoría de los Estados. Aquí por poder nos referimos a la capacidad del Estado de tomar decisiones y llevarlas a cabo en búsqueda de resultados específicos. Es decir, el poder se mide por sus resultados. No todos los Estados tienen esta capacidad, de hecho, la mayoría carece de ese tipo de poder (I. Wallerstein, 2012, p. 23). A pesar de esto, Arrighi sostiene que todos los Estados intentan mejorar su composición interna de actividades productivas.

El comando económico tiene un carácter acumulativo que falta en el comando político porque la riqueza puede acumularse más fácilmente que el poder (Arrighi & Drangel, 1986, p. 26). La capacidad de ejercer el comando económico sobre el comando político siempre es importante. Sin embargo, en una EM-C la capacidad que cuentan los Estados para hacer esto es problemática. Esto se debe a que el comando económico depende de una forma de participación innovadora en la división del trabajo y que esta capacidad ha sido monopolizada mayormente por las empresas capitalistas. Por lo que para mejorar la composición de sus actividades productivas, un Estado debe atraer y desarrollar lazos orgánicos con el capital central. Esta capacidad es un reflejo del poder político del Estado. Este poder político del Estado

depende de hasta qué punto ya tenga desarrolladas relaciones con el capital central, y, por lo tanto, que ya contenga dentro de su espacio nacional una mayoría de actividades centrales.

La soberanía económica y política, es decir, la capacidad de un Estado de tomar decisiones de manera autónoma, no puede ser una característica distribuida de manera equitativa entre todos los miembros del sistema interestatal. Esto es así porque el aumento de la soberanía en los países de la periferia amenaza directamente la acumulación de capital en el centro. El concepto de jerarquía de riqueza es crucial, ya que nos permite ordenar a los Estados en una escala de poder, medida en el grado y forma de participación dentro de la economía-mundo, sirviendo como una explicación del origen de estas desigualdades.

Cabe señalar que la función primaria de los Estados no es la acumulación de riquezas, sino la reproducción de su monopolio sobre la coerción física legítima sobre un territorio determinado. Sin embargo, la producción y la recaudación de riquezas son preocupaciones centrales del Estado, estos procesos requieren del desarrollo de organizaciones complejas (burocracias) que permitan llevar adelante esas funciones (Migdal, 2001, p. 81). La capacidad de hacer que el mando económico influya sobre el mando político es siempre un ingrediente importante en la lucha por la legitimidad y el poder entre los Estados y entre los Estados y sus súbditos. Sin embargo, el tipo de instituciones que desarrolle un Estado dependerá, en parte, de la estructura económica sobre la que disponga control.

Los Estados cuyas sociedades producen riqueza a través de procesos relativamente fáciles de extracción (minería, perforación de petróleo, etc.) poseen menos incentivos para crear agencias poderosas, ya que pueden recaudar una gran parte de sus ingresos a través de rentas. Por el contrario, aquellos Estados con economías no rentistas poseen mayores incentivos para desarrollar grandes agencias con poder de extracción de sus sociedades en orden de recaudar los ingresos necesarios para su existencia (Migdal, 2001, p. 82). Así, diferentes procesos de formación estatal condujeron a combinaciones diversas en términos de la relación entre poder institucional de los Estados centrales y unidades subnacionales (provincias o ciudades), grupos de poder (clero, nobles) o elites económicas (comerciantes y burguesía) (Acemoglu & Robinson, 2019; Mielants, 2008; Møller, 2017). Por lo tanto, debemos abrir la "caja negra" y examinar el funcionamiento interno de los Estados (Anastasi, 2023).

Los análisis de sistemas mundo señalan correctamente que es el sistema mundo la unidad de análisis indicada para explicar desde allí el comportamiento de las unidades que lo componen

(Korzeniewicz, 2017), es decir, el sistema interestatal y la economía mundo. Como señalamos hasta aquí, los Estados no son meros recipientes pasivos de actividades económicas. Estos adoptan estrategias globales tendientes a mejorar la competitividad de sus capitales, así como para generar mayor riqueza nacional (Arrighi and Drangel 1986). En este sentido, el Estado es visto como un contenedor de riqueza y de actividades económicas, además de contar con la capacidad para moldear su propia cultura y sus sociedades, lo que le otorga una gran influencia sobre la vida de sus habitantes (Yamada, 2012).

Por lo que, la pertinencia del Estado como variable explicativa reviste una mayor importancia (Shie and Weng 2011). La trayectoria de construcción estatal particular de larga duración de China no hace más que reforzar la necesidad de no menospreciar las trayectorias políticoinstitucionales particulares, más en el caso de un país que fue el centro de su propio sistema interestatal, como bien resaltara Arrighi (2008) y desarrollara Wong (1997). Adoptar una perspectiva de largo plazo nos ayuda a entender las políticas e instituciones contemporáneas de China. Como sostiene Maddison (2007, p. 15) los ecos del pasado siguen siendo importantes.

A su vez, los procesos de construcción estatal, la centralización del poder político y su relación/tensión con los dueños del capital (y con otros actores con poder social) genera un conjunto de dinámicas domésticas en la relación Estado y sociedad (Carnoy, 1984; Migdal, 2001; Y. Wang, 2021). Los Estados se encuentran sujetos a un conjunto de expectativas específicas en relación con su comportamiento en el sistema interestatal que fueron fijadas a nivel global como regla, producto de la expansión colonial europea. Mientras que, por un lado, se reconoce el papel que ocupa el sistema interestatal en moldear el comportamiento y dinámica de los Estados, por el otro lado, se reconoce la dinámica interna de la relación Estado y sociedad. El desafío radica en demostrar cómo el sistema interestatal y los elementos domésticos definen de manera conjunta el espacio dentro del cual los grupos (capital económico) condicionan, moldean, reproducen y transforman sus Estados (poder político) para reforzar sus capacidades en la competencia mundial.

En este sentido, sostenemos que los análisis de sistemas mundo destacan de manera correcta que el factor externo de la competencia en el sistema interestatal y de los capitales en la economía mundo moldea el comportamiento de los Estados, y que, la relación que establecen los Estados con los distintos tipos de capital limitan su comportamiento y su capacidad de incidir en la estructura centro-periferia. Este análisis puede ser enriquecido teniendo en cuenta

los procesos de construcción estatal (dimensión doméstica) sobre todo aquellos que datan de procesos previos a la colonización europea. La cuestión central, entonces, aparece como una dialéctica entre el universalismo (del sistema-mundo) y la particularidad de las grandes culturas "premodernas" del mundo periférico, en nuestro caso China (Dussel, 2001, p. 362).

Si centro y periferia son un todo relacional sistémico, y la posición de un Estado en la jerarquía de riqueza es una función del poder del Estado para proteger a sus capitalistas de la competencia externa y, este poder del Estado está intrínsecamente relacionado con la fortaleza de la economía de un país determinada por su participación en los eslabones más rentables de las cadenas productivas, entonces tanto la autonomía interna como la autonomía externa son procesos que se refuerzan mutuamente y no dos arenas excluyentes. Entonces, el reposicionamiento de China en la jerarquía mundial de riqueza (su desarrollo) debe analizarse en función del proceso de incorporación de China a la EM-C a través de su participación en la producción y las transformaciones que este proceso generaron en su estructura productiva y en el aparato estatal (que preexistían a su incorporación). A su vez, esto es una relación dialéctica, la fortaleza del Estado y su capacidad de respuesta y adaptación frente a la incorporación en la EM-C modifica la posición de sus capitalistas en la EM-C y, por lo tanto, fortalece el poder del Estado tanto frente a sectores internos y frente a otros Estados en el plano externo.

f) El Estado

Las ciencias sociales han provisto diversas definiciones sobre el Estado. Una de las variables que se repite en la mayoría de estas definiciones está asociada a la organización de la violencia en términos políticos. Weber (1991) define al Estado como una comunidad humana que reclama (con éxito) el monopolio del uso legítimo de la fuerza física dentro de un territorio determinado. Para Marx (K. Marx & Engels, 2018) el Estado es un instrumento de dominación al servicio de la clase dominante, Lenin (1917) lo define como un instrumento de opresión de clase. Posteriormente, esta definición se ha ido modificando en cierta medida, pero los elementos esenciales perduran. Tilly define a los Estados como "organizaciones que ejercen coerción y se distinguen de los hogares y grupos de parentesco, y ejercen una clara prioridad en algunos aspectos sobre todas las demás organizaciones dentro de territorios sustanciales"(Tilly, 1992, p. 02).

A su vez, el Estado también es definido en términos de su materialidad, expresada en la existencia de una estructura institucional y un aparato burocrático permanente que extrae de manera exitosa recursos de la sociedad en la que opera. Esta materialidad del Estado ha sido durante mucho tiempo el centro del análisis, especialmente por la vertiente de autores institucionalistas (Evans et al., 1985). Dentro de los debates contemporáneos se ha hecho especial foco en su autonomía frente a las fuerzas del mercado, el capital, o simplemente la sociedad civil (Evans et al., 1985; Jessop, 2011; Poulantzas, 2001). El debate por la autonomía del Estado presupone la existencia de un actor unificado con voluntad propia para accionar sobre la sociedad. Esto parte de una antropomorfización del complejo institucional (Migdal, 2001, p. 98). Recientemente, se revalorizaron aquellos elementos inmateriales del poder estatal, como la legitimidad, los símbolos, rituales y procedimientos que hacen que las acciones del Estado sean aceptadas por el conjunto de la sociedad (Rosenthal & Wong, 2011; Y. Wang, 2021; Zhao, 2009).

Diferentes estudios sobre los orígenes sociales del Estado en Europa se basaron en la disputa entre la sociedad civil y la voluntad centralizadora del poder soberano. Estos estudios parten de la condición de fragmentación política que imperaba en la mayor parte del continente durante el auge del sistema feudal de producción (B. Moore, 1993). La debilidad relativa inicial del poder político condujo al desarrollo de múltiples fuentes de poder social, tales como, la nobleza terrateniente (fuente del poder militar), el clero (fuente del poder ideológico), y las ciudades-estado medievales, que fueron el centro de poder de las clases propietarias, particularmente los comerciantes y artesanos[2]. Producto de los esfuerzos por la centralización del poder político en el marco de un sistema interestatal marcado por los recurrentes conflictos bélicos y, de la necesidad de acumular los recursos económicos necesarios para sostener el aparato del Estado, se desarrollará un conjunto particular de instituciones asociadas a los intereses de las clases propietarias europeas dando origen a los balances y contrapesos frente al poder del Estado (Acemoglu & Robinson, 2019; Hui, 2005; Mielants, 2008; Rosenthal & Wong, 2011; Tilly, 1992; I. Wallerstein, 1995). Existían gobiernos poderosos tanto en Venecia, Holanda, Londres[3], que no dudaron en utilizar la violencia en forma de colonialismo e

[2] El sistema interestatal europeo permitió que las conexiones entre ellos conforman una narrativa conectada de aspiraciones y desafíos compartidos en la creación del Estado, fundados en la competencia militar y económica (Wong, 2019)

[3] Las capitales de los primeros tres ciclos sistémicos de acumulación que identifica Arrighi

imperialismo. Estos gobiernos se desarrollaron mano a mano con una forma precoz de capitalismo, en la que el poder se compartía entre los dos. Paulatinamente, el Estado fue atraído (sin desaparecer) por el movimiento intrínseco de la economía-mundo capitalista (Braudel, 1992, p. 51). Este fenómeno es lo que la bibliografía denomina como la excepcionalidad europea.

Durante el siglo XX, las visiones sociológicas del Estado, particularmente las de tipo marxista, tendieron a diluir la esfera específica del poder estatal en el poder de las clases sociales (Y. Wang, 2021). En este marco, la noción de autonomía se tradujo en la idea de una autonomía relativa frente a las clases y los bloques de clase (Carnoy, 1984). Dado que la burguesía está en permanente competencia en la esfera del mercado, necesita de una entidad específica que le otorgue unidad organizativa y política, esa sería la función principal del Estado. Una vez más, esta noción del Estado presupone la existencia de clases o sectores sociales que poseen cierta independencia o autonomía respecto del poder estatal constituido sobre la base de la división social del trabajo y la propiedad privada de los medios de producción.

En esta misma línea, Poulantzas sostiene que no existe el poder del Estado por fuera del poder de las clases sociales, o a la inversa, que las clases sociales detentan su poder a través de los lugares que ocupan dentro del aparato estatal (Poulantzas, 2001). De este modo, siempre que surgieran conflictos que conciernen a la propiedad privada, el gobierno civil se convierte en un arma de las clases propietarias contra los grupos subordinados. Sin embargo, las concepciones del liberalismo político también afirman que el gobierno civil fue instituido para garantizar la seguridad de la propiedad privada, existe para defender a los ricos contra los pobres. Esto aparece claramente en Locke, cuando sostiene que el gobierno no tiene otro fin que la defensa de la propiedad privada (Wittfogel, 1957, pp 302).

Esta perspectiva tiene muchos problemas para dar cuenta del caso de China, donde la elite burocrática y la clase económicamente dominante formaron y forman una sola unidad social (Hua, 2021; Y. Wang, 2021; Zhao, 2015). El poder económico se desprende del poder político, y viceversa. Allí el gobierno no fue instituido para defender a los propietarios, sino que la propiedad existe como una extensión del poder político de la burocracia estatal (Ma, 2012). Esta particularidad que asume la propiedad se extiende hasta el día de hoy dado que el Estado es el propietario de toda la tierra, la cual se entrega para su explotación a modo de concesión (Cabestan, 2019, p. 15). Será a partir de la década de 1980 que este Estado gerencial generó las

condiciones para el desarrollo de una clase capitalista nativa. Es decir, la clase capitalista no creó un Estado para defender sus intereses, sino que el Estado generó una clase capitalista sobre la que se apoya para motorizar el desarrollo. Estos nuevos capitalistas burocráticos (estatales o privados) deben su origen a, y su poder se deriva de sus posiciones o sus conexiones con el aparato del Estado.

Respecto a los abordajes teóricos sobre el origen estatal, Tilly señala que existen dos interrogantes principales a la hora de explicar el fenómeno estatal, la primera refiere al grado de influencia que tiene la estructura económica, en este sentido las explicaciones van desde el determinismo economicista hasta la total autonomía de la esfera estatal respecto de ella. El segundo interrogante refiere a qué influencia tienen los factores externos a un Estado particular en su transformación. En este sentido, las respuestas van desde un internalismo total hasta la sobre determinación de lo externo sobre lo interno. Es así que podemos hablar de dos variables posibles: el origen del Estado y su relación con la economía, y cuatro polos externo, interno, derivado e independiente. Esto dio origen a cuatro corrientes teóricas diferentes, pero posibles de ser combinadas de diferentes maneras para dar cuenta del fenómeno bajo estudio, la teoría de sistemas-mundo, la geopolítica, la estatista y los análisis sobre el modo de producción (Tilly, 1990, p. 06).

Hacia finales de la década de 1980, gran parte de la teoría del Estado partía de la premisa de cierta inmunidad del aparato del Estado frente a las fuerzas sociales. En el caso de China, este tipo de análisis resultaron atractivos y se vieron reforzados debido a la larga tradición burocrática milenaria (Kuhn, 2002) y al rol central que ocupó el Estado imperial en la administración de la economía china (Chan, 1977; Deng, 2002; I. M. Weber, 2021), que condujo a la consolidación de un patrón burocrático autoritario, así como por los éxitos que presentan los casos recientes de economía planificada (Perry 1994). Esta perspectiva de inspiración weberiana resalta la racionalidad del accionar estatal que opera de acuerdo a reglas autoimpuestas. Sin embargo, esta autonomía del Estado no debe ser algo presupuesto, sino, en todo caso, algo a demostrar por la teoría.

Los nuevos usos del concepto de Estado lo definen como una configuración institucional en la cual operan los actores políticos y sociales (Vu, 2009). Por lo tanto, hablar de una autonomía general del Estado, puede no ser el mejor punto de partida. Nuestro concepto de Estado contrincante semiperiférico parte de la noción de doble autonomía, e intenta combinar

los aportes de la teoría de sistemas mundo respecto al poder que detentan los Estados derivados de su posición en la jerarquía de riqueza (una perspectiva Top-Down), con aquellos aportes realizados por los estudios sobre los orígenes sociales del Estado y su capacidad, como resultado del tipo de estructura económica que lo sustenta (Bottom-Up). Estos dos lentes o perspectivas son necesarios para dar cuenta del caso de China. A su vez una tercera dimensión es relevante, a la que podemos denominar como transversal que se encuentra representada por la relación entre el Estado y el PCCh como partido de gobierno único. Esta dimensión transversal otorga coherencia y unicidad a la acción estatal y permite prolongar su alcance y penetración en la sociedad. El aparato del Estado y la estructura del partido aparecen como una dualidad imbrincada que se condiciona mutuamente.

En la historia reciente de China suelen resaltarse los elementos de ruptura con el pasado. Es más, para muchos pensadores sociales, China ingresa en la historia mundial a partir de las Guerras del Opio, y para otros recién con la caída del Imperio en 1911, o a mediados del siglo XX con la fundación de la República Popular China (Wong, 1997). Estas miradas de corta duración obturan la comprensión del fenómeno estatal chino. Algunos autores parten del análisis histórico y sostienen que la supremacía del Estado imperial chino fue la causa de su retraso económico durante el siglo XVI y XVII, lo que impidió la emergencia del capitalismo en China y, género su eventual subordinación dentro de la economía mundo europea a partir del siglo XIX (Acemoglu & Robinson, 2019; Perez-Garcia, 2021, p. 72)[4]. De esto intuyen que la actual configuración estatal de China debe dar paso a formas institucionales liberales o de lo contrario se producirá un estancamiento de su desarrollo económico.

Sin embargo, la idea de un leviatán totalitario burocrático que oprime el desarrollo libre de las fuerzas productivas no parece ser la mejor representación del Estado imperial chino (Deng, 2002). Fue más bien su debilidad para motorizar las reformas necesarias a finales del siglo XIX lo que generó la subordinación de China en el sistema-mundo capitalista. Es decir, el Estado era demasiado débil, no demasiado fuerte. En segundo lugar, el Estado en China cumplió y cumple un rol central en la organización de la economía y de la sociedad civil desde tiempos milenarios, tanto la supremacía del emperador y la burocracia confuciana[5]durante el

[4] La supremacía del estado limitó el dinamismo social y el crecimiento económico de China desde tiempos imperiales hasta hoy en día (García-Pérez, p 72)

[5] La burocracia confuciana estaba limitada número y en su remuneración salarial, por eso debía recurrir a subcontratar sus funciones en la elite local y a cobrar sobre-impuestos para autofinanciarse.

imperio y su alianza con las elites locales, y la supremacía del PCCh y la burocracia y su alianza con el capital local, actualmente son elementos explicativos del patrón de desarrollo particular chino y de su ascenso en la economía-mundo capitalista y no elementos de atraso. Precisamente, la supremacía estatal y la noción de autosuficiencia económica fueron los pilares sobre los que se construyeron los mecanismos necesarios para la emergencia de China.

En nuestro trabajo adoptamos una mirada sobre el Estado desde la perspectiva del análisis macro-histórico de la formación estatal. De acuerdo con la definición de Migdal, el "Estado es un campo de poder marcado por el uso y la amenaza de la violencia, y moldeado por (1) la imagen de una organización coherente y controladora en un territorio, que es una representación de las personas limitadas por ese territorio, y (2) las prácticas reales de sus múltiples partes" (Migdal, 2004, pp 17).

Así, el Estado se presenta como una entidad contradictoria, dado que para comprender su poder de dominación sobre la sociedad se requiere de dos niveles de análisis: uno que reconoce su dimensión corporativa institucional unificada, expresado en su imagen (el Estado antropomorfizado); y un segundo nivel que desmantele esta integridad para analizar sus prácticas concretas y las interacciones entre sus partes contradictorias. Se configura así un tipo de entidad que presenta dos tipos de límites: límites territoriales frente a otros Estados, lo que da origen a la noción de soberanía determinado por la dimensión externa, y límites sociales entre el Estado y aquellos que están sujetos a sus reglas, lo que nos conduce a la noción de poder o capacidad estatal en la dimensión interna (Migdal, 2001, p. 12; Ru, 2022; Vu, 2010).

En este sentido es que podemos afirmar que existen múltiples autonomías del Estado, tanto en su dimensión externa (en el sistema interestatal) como interna respecto de la sociedad en las diferentes arenas que interviene (en el plano doméstico). En la economía mundo capitalista el plano doméstico está necesariamente interpenetrado por actores foráneos, a través de las cadenas de producción de mercancías o de la inversión extranjera directa, que actúan tanto en el plano doméstico como en el externo.

Si bien, el Estado ha sido un concepto utilizado al menos desde Hobbes, las ciencias sociales han presentado dificultades a la hora de conceptualizar como variable. Esto se debe a que el Estado es a veces una variable explicativa, otras veces un mecanismo, y en otras ocasiones es el resultado (Y. Wang, 2021). La perspectiva institucionalista da por sentado la existencia de la autonomía estatal y del poder del Estado. Para Migdal (1994), muchos de los

Estados existentes en la periferia y la semiperiferia presentan dificultades para asumir el rol de ser creadores de leyes y de moldear el comportamiento de sus sociedades. Hamilton (Hamilton, 1981) señaló una extraña contradicción en el papel que desempeñan algunos Estados periféricos. Si bien ocupan un papel importante para estimular el crecimiento económico, aparecen incapaces de dirigir sus economías de manera que los beneficios de ese crecimiento alcancen a toda su población. Acemoglu y Robinson (2019) sostienen que existen diversas variaciones de la relación de poder entre el Estado y la sociedad, que son el resultado de construcciones institucionales marcadas por trayectorias de la dependencia históricas.

El Estado no existe de manera aislada, ni tampoco es necesariamente el actor principal dentro de la sociedad, sino que compite con otros actores para ejercer el control social, utilizando una variedad de recursos para inducir cierto patrón de comportamiento. Los Estados promueven a algunos grupos y clases mientras reprimen a otros, al mismo tiempo que mantienen autonomía respecto a cualquier grupo o clase en particular (Migdal, 2001, p. 60). La naturaleza y el resultado de esta disputa determinan la estructura y el carácter distintivo de las sociedades y sus Estados (Migdal, 2001, p. 12). Como resultado de esta disputa surgen diferentes configuraciones institucionales con diversos grados de autonomía y de capacidad estatal.

El fenómeno de Estados sin capacidad, o escaso poder, es el centro del debate de las ciencias sociales en la periferia, dedicadas al desarrollo social y económico. La capacidad o poder del Estado es entendida como la habilidad para alcanzar las metas definidas en las políticas públicas, ya sean económicas, fiscales, o de otra naturaleza (M. Mann, 1984). Por lo tanto, un Estado con gran capacidad produce los resultados deseados en sus políticas públicas. Esto se debe a que este tipo de Estado posee acceso a una mayor cantidad de recursos fiscales e informacionales que puede utilizar para motorizar sus objetivos (Dincecco & Wang, 2022).

La capacidad estatal para implementar cierto conjunto de políticas y regulaciones va a depender, principalmente, de la estructura social. La rápida y vertiginosa expansión de los Estados-nación bajo la hegemonía norteamericana generó la imagen de Estados fuertes con capacidad de imponer transformaciones estructurales en sus sociedades, el Estado estaba llamado a ser el agente del cambio económico y social (Arrighi, 1999, 2010). La experiencia que atravesaron la mayoría de los países de la periferia condujo a la necesidad de diferenciar entre la existencia de un creciente aparato estatal y un verdadero predominio del Estado (Migdal,

2001, p. 67). Sin la fuerza proporcionada por la movilización de la población, el Estado puede carecer de la base de sustento político necesario para perseguir políticas que vayan contra la distribución económica existente. Este tipo de políticas suele ir contra los intereses de actores sociales poderosos frente a los cuales el Estado tiene una autonomía insuficiente como para romper con el patrón existente (Migdal, 2001, p. 55). Los Estados no siempre pueden ser los impulsores del cambio social a nivel macro que, a veces, la teoría política les atribuye.

El alcance del poder estatal puede verse limitado por la resistencia de instituciones y grupos dentro de la sociedad civil. Los Estados, a menudo, están severamente limitados por su entorno doméstico para lograr una reorganización independiente de la sociedad. En una sociedad civil robusta, el Estado se enfrenta con dificultades para establecer su predominio. Una base de poder débil convierte al Estado en un premio tentador para aquellos que sí cuentan con respaldo organizativo, lo que puede conducir a la cooptación del Estado y al desarrollo de sectores rentistas.

Los Estados son el resultado de un proceso de formación que implica la monopolización de los medios de coerción, la nacionalización de la tributación y la burocratización de la administración, procesos que fueron y son resistidos por otros actores de la sociedad civil con poder social (comerciantes, nobles, clero, terratenientes, etc), dependiendo de las estrategias asumidas para desarrollar esos tres aspectos pueden generarse procesos de autofortalecimiento o de autodebilitamiento del aparato estatal (Hui, 2005). La organización de estos actores y sus relaciones con el Estado afectaron las estrategias de los gobernantes para extraer recursos, los tipos de organización institucional duradera que emergieron, y, por lo tanto, la eficiencia en la extracción de recursos.

La formación estatal implica así una lucha por la centralización de recursos de poder en instituciones con legitimidad social. La forma en que el conflicto moldea el desarrollo estatal depende de las conexiones previas entre el Estado y la sociedad (Y. Wang, 2022, p. 40). Estas luchas dieron como resultado dos posibles escenarios, en un primer escenario el Estado desempeña un papel principal, en una estrategia de dominación integrada; en un segundo escenario, esta centralización ha resultado esquiva, terminando en una dominación dispersa (Migdal, 2001, p. 100).

A estos dos escenarios se refería Tin-bor Hui en su análisis comparado de los procesos de formación estatal en Europa y en China. De acuerdo a esta autora, de la puja entre el Estado

y la sociedad civil emergen dos lógicas de construcción estatal, las reformas de autofortalecimiento estatal y las acciones de auto debilitamiento estatal. Los procesos o reformas de autofortalecimiento refieren, por un lado, al Estado en busca de dominación en relación con otros Estados en la competencia internacional, y, por el otro lado, al Estado en relación con la sociedad en la formación del estado. Por su parte, los procesos de auto debilitamiento estatal refieren a procesos y mecanismos por los cuales las decisiones del Estado conducen a una pérdida en su capacidad de extracción de recursos, monopolización de los medios coercitivos y un debilitamiento de su aparato burocrático frente a otros actores con poder social (Hui 2005).

Por lo tanto, sostenemos que el poder del Estado es un resultado histórico contextual situado, configurado por mecanismos domésticos y presiones externas. En el plano doméstico, está moldeado por el tipo de relación que se establece con las diferentes fuerzas de la sociedad civil, como así también por la capacidad de aliarse o proteger a los capitales centrales que operan dentro de su territorio (Arrighi, 1994). En el plano externo, por la relación y las presiones que recibe de diversos actores que operan en el sistema interestatal y por la capacidad de monopolizar sectores claves de las cadenas de producción y evitar la competencia dentro de la economía-mundo capitalista (Wallerstein, 2012).

En épocas recientes, el concepto de "capitalismo de Estado" fue reintroducido en el debate académico para intentar dar cuenta de los procesos de creación de diversas formas mercantilizadas de propiedad estatal, las cuales erosionan las fronteras entre la propiedad privada y la pública (Alami, 2021). Esta descripción es más bien válida para los casos donde esa distinción existía con anterioridad y está siendo alterada por nuevas prácticas estatales tendientes a promover la acumulación y la regulación del capital. Sin embargo, el caso del Estado chino y su relación con la sociedad civil despierta el interés dado que no responde al patrón institucional hegemónico desarrollado en Occidente. El sistema autocrático que rige al país ha logrado desarrollar un vínculo virtuoso en términos de desarrollo económico, tanto con actores capitalistas locales como internacionales que operan en el plano doméstico. Esta capacidad de disciplinamiento del capital, pero que no recae en acciones predatorias, surge de la necesidad de cooperación entre el Estado y estos actores que, aunque alejados de los órganos de decisión política, controlan activos valiosos y motorizan una relación virtuosa (Y. Wang, 2015). De esta manera, el análisis contextual histórico respecto de la evolución del patrón

estatal en China y su vinculación con los dueños del capital aparece como un elemento a desentrañar para dar cuenta del papel del Estado y su capacidad en la conducción del proceso de acumulación y desarrollo económico.

g) El Estado contrincante semi-periférico

El Estado contrincante semi-periférico se compone de dos características que en primera instancia aparecen como contradictorias. Como primer elemento se resalta la posición semiperiférica que lo dota de una tendencia/capacidad hacia la defensa de sus actores económicos por medio de la intervención activa del Estado. Como ya señalamos, la composición de la estructura productiva de la semiperiferia, que contiene tanto actividades centrales como periféricas, la coloca en la tensión permanente entre dos estrategias que denominamos estrategia periférica y semiperiferica (Flint & Taylor, 2018, p. 112).

Una fuerte presencia estatal es necesaria para que los capitales de la semiperiferia resistan la competencia de los monopolios del centro, pero una presencia desmedida o sin control del Estado sobre la sociedad civil inhibe la posibilidad de mayores capacidades tecnológicas y de una competencia abierta con el centro. El grado en que los Estados combinan el mando económico con el mando político es siempre problemático en el marco de la economía mundo. Esto dependerá de cómo el Estado entable relaciones con el capital y del tipo de relaciones que establezca con los actores económicos, es decir, de su configuración institucional de poder, la cual es el resultado de arreglos políticos específicos. El predominio de una estrategia semiperiférica dependerá de los resultados de la disputa política entre las fuerzas internas, tanto nacionales como trasnacionales, que operan dentro del territorio de un país.

El segundo elemento es contar con un Estado fuerte que posibilite no solo la defensa, sino la promoción de sus capitales, lo que lo coloca como un contrincante respecto al centro del sistema-mundo capitalista. Esta capacidad del Estado suele estar reservada para los países centrales (Arrighi & Drangel, 1986). Si bien cabe aclarar que todos los Estados compiten a nivel del sistema interestatal, el Estado contrincante semiperiférico denota la capacidad de desplegar una lógica política que le permite moldear y disciplinar a sus actores capitalistas de manera tal que asciendan en las cadenas globales de valor, alterando su posicionamiento en la dinámica centro-periferia.

Esta capacidad es el resultado de una construcción institucional y político distintiva que debe ser rastreada en la historia de formación estatal del caso bajo análisis. Freitas (2020) habilita esta lectura del poder de los Estados en relación con su posición en la jerarquía de riqueza, observando que existen diversas combinaciones posibles entre poder económico y poder estatal. Así, existen economías centrales con Estados geopolíticamente débiles como Taiwán o Corea del Sur que dependen para su defensa militar del protectorado de EE.UU. También encontramos Estados centrales con economías periféricas, como el caso de Rusia, cuya economía depende en gran parte de la explotación de recursos primarios, sobre todo luego de 1990. Finalmente, Estados que se encuentran en la semiperiferia, pero cuyos Estados presentan las capacidades de Estados centrales como China actualmente.

Un tercer elemento, que es constitutivo y habilitante de los elementos anteriores, es la necesidad de que un Estado contrincante semi-periférico debe gozar de una doble autonomía. En el plano interno, debe poder contar con un conjunto de instituciones sólidas que le permitan disciplinar a los actores capitalistas de modo tal que acuerden en el sendero de acumulación de capital diseñado por el Estado y que le permita la protección de sus capitales de la competencia externa. Esta característica es fundamental dado que, sin un Estado fuerte, que logre imponer el mando político por sobre los intereses económicos particulares, se tenderá a reproducir la estructura económica vigente, obturando la posibilidad de cambio. En el plano externo, el Estado debe gozar no solamente de una independencia formal (soberanía), sino que debe ser capaz de ejercer su autonomía geopolítica, en particular frente a las redes económicas y financieras del centro, pero también frente a su poder militar. Esta doble autonomía es lo que posibilita que sea un contrincante económico y político respecto del centro y no solamente un espacio de resistencia semiperiférico.

Nuestro concepto de Estado contrincante semiperiférico apunta en esta dirección. Retomamos el aporte de Arrighi y Drangel (1986) respecto al concepto de semiperiferia a base de criterios económicos, lo que nos sirve para caracterizar el rol que ocupa China hoy en la economía-mundo de acuerdo a criterios cuantitativos. La capacidad de reposicionamiento del Estado chino emerge de aquellos elementos institucionales particulares (las denominadas "características chinas"), resultado de su construcción estatal, que fueron retomados y resignificados durante el proceso de construcción estatal posrevolucionario, y que le

permitieron encarar de manera exitosa un proceso de autofortalecimiento de su Estado (Huang and Kang 2022; Yang and Zhao 2015).

h) Dimensiones de análisis

Las instituciones chinas conforman una novedad porque han logrado generar un patrón de desarrollo del capital (tanto privado como estatal) dinámico, desarrollando poderosos mecanismos de mercado, pero sin la necesidad de contar con las instituciones "liberales" prototípicas de Occidente. A su vez, han logrado ascender en la jerarquía de poder y riqueza sin la habilitación geopolítica del actor hegemónico en el sistema mundo capitalista. El éxito del Partido Comunista de China (PCCh) en conducir un proceso de reforma que diera como resultado la emergencia de un robusto sector privado continúa siendo un interrogante a explorar. En este sentido, se ha desplegado un camino al desarrollo bajo características chinas.

El rasgo fundamental de este patrón particular de desarrollo es el papel central que ocupa el Estado en la dirección del proceso de crecimiento y desarrollo, en tándem con grupos de propietarios privados de capital y los grandes monopolios estatales. Es decir, que en China se impuso una estrategia semiperiférica por sobre la opción periférica. Esta estrategia ha sido definida como socialismo de mercado con características chinas[6]. Su génesis histórica debe rastrearse en el proceso de incorporación de China en la economía-mundo capitalista centrada en Europa, así como en la herencia posrevolucionaria de 1949.

La mayoría de los estudios sobre la formación del Estado en Oriente se centran en la emergencia de China como un imperio unificado durante y después del período de los Estados Combatientes (475-221 a.C.) (V. T. Hui, 2005; Stasavage, 2020; Wong, 1997). Esta perspectiva ha realizado contribuciones en el campo del origen social del Estado, pero al concentrarse en las primeras dinastías generaron una imagen de estancamiento de la civilización china que no dan cuenta de la dinámica de su transformación social y política (Y. Huang & Yang, 2022; Rowe & Brook, 2012; Wittfogel, 1957b). Efectivamente, la creación del imperio chino sentó

[6] "No hay contradicción esencial entre el socialismo y la economía de mercado. De lo que se trata es de cómo desarrollar con mayor eficacia las fuerzas productivas. En el pasado siempre practicamos la economía planificada, pero largos años de experiencia demuestran que, en cierto sentido, practicar de modo exclusivo este tipo de economía limita el desarrollo de las fuerzas productivas. Combinando la economía planificada con una economía de mercado se pueden emancipar aún más las fuerzas productivas y acelerar el desarrollo económico" (Deng, 1994, pp. 157)

las bases de un conjunto de instituciones que permanecerán en pie hasta su disolución en 1911, pero esto no significa que las mismas permanecieran inalteradas.

En todo caso, lo que demostraron fue una amplia capacidad de adaptabilidad y una gran capacidad de reproducción de la estructura económica que les daba sustento. Esta capacidad de gerenciamiento del Estado sobre la economía agraria y sobre la sociedad civil debe ser rastreada en elementos estructurales de la formación económica y social de la civilización china que dieron origen a las formaciones institucionales particulares que caracterizan el patrón de desarrollo chino pre y post revolución de 1949, estos se remontan a la construcción estatal y son retomados con fuerza en la reconstrucción estatal durante el gobierno del PCCh.

Para nuestro trabajo dividiremos la historia reciente de China en tres periodos y tomaremos tres dimensiones de análisis. El primer período abarca desde la primera Guerra del Opio (1839-1842) hasta la caída de la dinastía Qing (1911). Este primer período estuvo atravesado por la guerra con las potencias occidentales y por las rebeliones internas, marcando el paso de la transformación de las elites, del Estado y de su estrategia para adaptarse al nuevo escenario geopolítico, como lo fueron la Restauración Qing (1860) y el Movimiento de autofortalecimiento.

El segundo momento abarca el período republicano dominado por los esfuerzos de reconstruir la unidad del poder central estatal en medio de la disputa entre las fuerzas nacionalistas, los caudillos militares y las guerrillas comunistas. De este intento de reconstrucción del poder estatal se destacan un conjunto de instituciones promotoras del desarrollo industrial que recuperan el legado institucional del período tardío de la dinastía Qing y sientan las bases para la construcción de un sistema de empresas estatales.

El tercer período abarca desde 1949 hasta la década de 1992, desde la proclamación de la República Popular China hasta el lanzamiento de la Reforma y Apertura en 1978, la cual generó las condiciones para el paso de una estrategia de ascenso semiperiferico hacia el desarrollo de un Estado contrincante semiperiférico.

Debemos tener en cuenta que el proceso por el cual China logra ocupar hoy una centralidad en el sistema mundo capitalista comienza con su incorporación en el siglo XIX. Este proceso implicó la transición al sistema capitalista de producción y el proceso de construcción estatal de un moderno Estado-nación (Ru, 2022). Las dinámicas del sistema-mundo son de gran importancia para comprender los procesos de desarrollo nacionales. Aunque

es cierto también que dadas la misma dinámica sistémica, estas pueden adoptar diferentes formas de penetración capitalista y, cada espacio regional o nacional puede responder a ello de manera original. Este proceso genera una serie de cambios sociales que determinarán los límites y los marcos que el desarrollo nacional pueda tomar a futuro (So, 1986, pp 07), los cual va a determinar cómo interactúan las dinámicas sistémicas con las fuerzas sociales locales.

Cada uno de los períodos elegidos para el análisis está marcado por diferentes procesos sistémicos y formas de respuesta nacional. El comienzo de nuestro estudio sobre el origen del Estado contrincante semiperiferico como forma de respuesta al sistema-mundo comienza con el análisis de la economía política de la China imperial, previo a su incorporación. Luego de esta caracterización de la formación social precapitalista estudiamos el proceso histórico de incorporación. A este momento lo denominamos como de incorporación forzosa en la economía-mundo y está marcado por la violencia militar imperialista, la subordinación política y económica, el autodebilitamiento del poder estatal y la emergencia de nuevos actores sociales, así como de una primera respuesta Estatal de desarrollo semiperiferico para intentar alcanzar a las economías del centro. Este momento es importante porque revela las interacciones iniciales entre la dinámica global y la local. A su vez es importante porque la forma particular en que el sistema mundo capitalista impone su dominio sobre una región, y las formas específicas de las resistencias locales frente a la amenaza de la incorporación tiene implicaciones económicas y políticas de larga duración para el desarrollo nacional (So, 1986, pp 08).

Una vez iniciado el proceso de incorporación le siguen un conjunto de transformaciones económicas que moldean su economía política para adaptarse a los estímulos y demandas del sistema-mundo capitalista. La incorporación de diversos sectores productivos en la división internacional del trabajo desata la comercialización de la agricultura y el proceso de industrialización periférica. Por último, analizamos los límites y restricciones que enfrentó el Estado para motorizar el movimiento de autofortalecimiento y cómo este movimiento puede leerse como un antecedente de desarrollo semiperiférico (Moulder, 1976).

El segundo período está marcado en el plano externo por la Primera y Segunda Guerra Mundial, así como por la agresión militar japonesa. Los esfuerzos del gobierno de Nanking (1927-1937) por sentar las bases de un centro de poder, la modernización de la economía, principalmente en las ciudades, el ascenso y caída de la burguesía, y la creación de novedosas instituciones de desarrollo económico. Esto puede leerse como un segundo intento de encarar

una estrategia de desarrollo semiperiférico. Esto requirió de la consolidación y reconstrucción del poder burocrático del Estado y la destrucción de las bases de poder autónomas enfrentadas al Estado mediante la reforma económica de la sociedad.

El tercer período está caracterizado por el triunfo del PCCh y el fin de la guerra civil lo que permitió desplegar un conjunto de reformas económicas como la reforma agraria y la estatización de los medios de producción, iniciando un proceso de acumulación originario desarrollando las capacidades productivas industriales en torno a las empresas estatales. Este período es clave porque marca la consolidación de tendencias que se desarrollaron en el período anterior mediante el recambio de la elite dominante, el fortalecimiento del nacionalismo, la reconstrucción del poder central del Estado y sus capacidades fiscales. El elemento central en este período es la conquista de la autonomía de las fuerzas sociales nacionales unificadas en un proceso de desarrollo industrial y productivo, tendiente a la modernización de la sociedad china.

El Partido Comunista de China fue la expresión política de estas fuerzas sociales. En el contexto externo, el sistema mundo se reconfiguró en torno a un nuevo actor hegemónico, los EE. UU., y su disputa por con la URSS. El Estado chino fue adoptando diferentes estrategias de adaptación a la disputa entre estos dos poderes en el marco de la Guerra Fría. Inicialmente aislado de EE.UU. y sus aliados de occidente, se recostó en el llamado Tercer Mundo para disputar el liderazgo del campo socialista con la URSS. Luego de 1970, comenzaría una fase de reconexión con occidente y de alianza estratégica con los EE.UU. Esto significó la incorporación plena y voluntaria en la economía-mundo capitalista. El inicio de la reforma y apertura fue la planificación y ejecución exitosa de un verdadero movimiento de autofortalecimiento estatal que consolidará la modernización de la economía China.

Lo que le permitió aprovechar los estímulos y demandas del sistema-mundo capitalista para canalizarlo en un proyecto de ascenso semiperiférico. Esto se tradujo en la modernización de la estructura productiva y una mayor participación en las cadenas de mercancías globales, que lo coloca en un sendero de disputa para la hegemonía global frente a los Estados Unidos, desplegando una estrategia de

***contrincante semiperiférico*.**

Para nuestro análisis del proceso de origen del Estado contrincante semiperiferico tomamos tres dimensiones interrelacionadas entre sí: la primera dimensión es sistémica estructural donde analizamos la posición que China ocupa en la jerarquía de poder y riqueza y

su participación en la producción mundial; la segunda dimensión refiere a las transformaciones en la estructura productiva y al nivel de las elites que se generan a partir de esta participación en la economía-mundo capitalista; y por último, la tercera dimensión de análisis aborda las diferentes estrategias de respuesta que desarrolla el Estado chino tanto frente a las transformaciones en el plano interno como a los desafíos que se presentan desde el plano externo. Este proceso de construcción y transformación estatal es central para comprender los elementos que condujeron al triunfo de una estrategia semiperiférica en China.

Tabla N° 1: Dimensiones de análisis

Período	Procesos	Objeto
1839-1914	Relación con el Sistema Mundo Capitalista	Incorporación subordinada a EM-C Posición en la jerarquía de riqueza Guerras del Opio
	Estructura Económica	Revolución Industriosa y crecimiento evolutivo Elite económica Nuevos actores capitalistas
	Aparato estatal	Capacidad fiscal Burocracia (elite confuciana) Funciones de regulación económicas Guāndū shāngbàn (官督商办)
1914-1949	Relación con el Sistema Mundo Capitalista	Estatus semicolonial/periferia Posición en la jerarquía de riqueza Nuevas potencias (EE.UU./Japón/URSS)
	Estructura Económica	La era dorada de la Burguesía Industrialización espontánea Acumulación de capital
	Aparato estatal	Retorno de la burocracia Capacidad fiscal limitada Sistema de empresas estatales Comisión Nacional de Recursos Naturales (CNR)

1949-1992	Relación con el Sistema Mundo Capitalista	Del aislamiento a la incorporación plena Posición en la jerarquía de riqueza Guerra Fría y reconocimiento parcial Autonomía Externa
	Estructura Económica	Economía planificada centralmente Reforma y apertura Rehabilitación de actores capitalistas
	Aparato estatal	Burocracia y autonomía interna Fortalecimiento de la capacidad estatal Comisión Estatal de Planificación

La particular configuración de, por un lado, las relaciones entre el Estado y la sociedad civil, configurando una autonomía interna, y por el otro, la particular relación del Estado con la economía-mundo capitalista, configurando la autonomía externa, son procesos que deben rastrearse en sus orígenes históricos dado que marcan una trayectoria de dependencia institucional.

Primer período: 1840-1914

Foto: la emperatriz Cixi recibe a esposas de enviados extranjeros en Leshoutang, Summer Palace, Beijing, 1903.

Capítulo N.°2: El imperio-mundo chino previo a su incorporación en la economía-mundo capitalista

a) Una larga tradición de construcción estatal

La diferencia específica del moderno Estado nación es que existe en el marco de un sistema interestatal en la economía-mundo capitalista, lo que lo distingue de otras formas políticas burocráticas. La soberanía territorial es una característica del moderno sistema interestatal que lo distingue de otros sistemas políticos. Esta depende del reconocimiento por parte de terceros dentro de arreglos específicos, dado que la soberanía solo existe para Estados que reconocen su existencia legítima mutua (Flint & Taylor, 2018, p. 137). Dado que esto es una realidad que existió en la economía-mundo europea a partir del siglo XVI en adelante, es decir, desde que se conformó la moderna economía-mundo capitalista, la expansión de las entidades políticas soberanas del continente europeo sobre el resto del planeta se basó en el no reconocimiento de la soberanía de las entidades políticas ubicadas en las arenas externas. Esta práctica encontraría diferentes grados de resistencia en diferentes partes del globo. Durante el siglo XIX, el Estado imperial de la dinastía Qing fue lo suficientemente robusto para evitar ser transformado en una colonia formal, pero demasiado débil como para motorizar una estrategia de incorporación en la EM-C que le garantizara una mejor posición en la jerarquía global de riqueza. Como resultado, China sería incorporada de manera subordinada como parte de la periferia del sistema-mundo capitalista.

El Estado imperial chino tuvo sus orígenes en el siglo II A.C. durante la dinastía Qin, que logró unificar todos los reinos bajo una sola unidad soberana. Este momento fijaría el patrón de centralización que sería recurrente durante los próximos milenios (R. Huang, 1996, p. 56). Entre el año 0 y 1800, la masa de tierra que se extiende desde la estepa mongola hasta el Mar del Sur de China estuvo bajo el gobierno de una sola autoridad durante 1008 años (Ko et al., 2018, p. 289), o 935 años de acuerdo con Ma (2012). Efectivamente, algunos elementos fundamentales del imperio chino maduro tienen raíces muy antiguas (Rosenthal & Wong, 2011, p. 23), sin embargo, sus primeros mil años de existencia estuvieron marcados por procesos de centralización y descentralización del poder político.

A partir del siglo XIII en adelante, el poder ejercido por un gobierno central encabezado por el emperador fue una constante a pesar de las rebeliones internas y de los sucesivos cambios

de dinastías (Rosenthal & Wong, 2011). Sin embargo, al desarrollarse en el marco de un sistema regional tributario jerárquico, el Estado imperial chino no desarrollaría la noción de soberanía (Hamashita, 2009). Este sería un elemento que cobraría mayor importancia a partir del contacto con los Estados europeos, y en particular durante el siglo XIX, durante la incorporación del imperio chino a la economía-mundo europea y al sistema interestatal (Ru, 2022). Legados de este proceso todavía aquejan al Estado chino en la actualidad, el reclamo de soberanía sobre la Isla de Taiwán, la incorporación efectiva de Hong Kong y Macao bajo el gobierno de Beijing, y el control sobre el Mar del Sur de China permanecen como elementos en disputa abierta producto del colapso del sistema regional sinocentrico y su incorporación a la economía-mundo capitalista.

El Estado moderno puede ser entendido en términos generales como un régimen centralizado basado en una burocracia que opera sobre un territorio con fronteras establecidas (Flint & Taylor, 2018, p. 151). En este sentido, el Estado imperial chino había desarrollado estas características de manera temprana, junto con otras funciones que podríamos considerar "modernas" (Wong, 1997). Sin embargo, la idea del Estado como una unidad burocrática que opera sobre un territorio no es algo dado, sino que puede comprenderse como el resultado de una puja entre diversos actores políticos. Es el resultado de un proceso de construcción del Estado. Este proceso se expresa en su materialidad institucional, sin embargo, la forma y el propósito de esta materialidad están políticamente condicionados como resultados de una constante negociación política (Flint & Taylor, 2018, p. 154). Esta negociación se da entre el Estado con actores de la sociedad civil que pueden ser tanto elementos locales como globales que presionan y condicionan el rumbo de las políticas. La forma que tome cada Estado depende de la combinación particular de fuerzas políticas, económicas y sociales que operan y operaron en su territorio (Flint & Taylor, 2018, p. 164; Migdal, 2001; Y. Wang, 2021).

El moderno estado nación chino comenzó a gestarse en el siglo XIX durante el proceso de incorporación del imperio-mundo de la civilización china en el marco de la economía-mundo capitalista controlada por las potencias europeas (Ru, 2022, p. 94). En este sentido, fue modelado y condicionado por este proceso en el que intervinieron diferentes Estados europeos, encabezados por Gran Bretaña y sus capitales. Esta incorporación forzada en las redes de comercialización y producción controladas por los capitalistas occidentales implicó una serie de transformaciones económicas, sociales y políticas en la sociedad china. El proceso de

cercamiento militar y las sucesivas invasiones por parte de Gran Bretaña, que forzaron la apertura comercial, trajeron aparejado una transición desde una economía agraria precapitalista hacia una capitalista junto con la construcción de un Estado nación sobre la base de la reestructuración del Estado imperial milenario (Schoppa, 2014). Este proceso violento en el que los Estados de Occidente impusieron condiciones desfavorables a la contraparte china, no implicó una pasividad por parte del Estado de la dinastía Qing sino su involucramiento activo (J. K. Fairbank, 1968, p. 257).

Los intentos de la dinastía Qing de dar respuesta a esta nueva situación geopolítica requirieron un esfuerzo por parte del Estado de encabezar un proceso de modernización económica e institucional (J. K. Fairbank & Goldman, 2006; Kuhn, 2003). Los modernizadores chinos partieron de retomar ideas y prácticas del pensamiento económico chino clásico que se expresaron en el movimiento de autofortalecimiento de fines del siglo XIX (Rowe & Brook, 2012, p. 56). Estas ideas retomaron del principio legalista de fortalecer al Estado mediante la fortaleza económica[7] (Hui, 2005, p. 174). Dentro de las políticas desplegadas se encontraba un ambicioso plan de industrialización acelerada motorizada por una facción de la elite burocrática junto con actores comerciales, que se expresaría bajo la lógica de Guāndū shāngbàn (官督商办) empresas supervisadas por el gobierno y

administradas por comerciantes. Esta política económica de modernización y capitalización motorizada por el Estado asentó dos principios que marcarían la política económica China durante el siglo XX, en primer lugar afirmó el derecho del Estado de monopolizar o controlar toda actividad comercial o industrial, en segundo lugar, fijó la prioridad del interés del Estado por sobre el de las ganancias privadas (I. Weber, 2021; Zhao, 2015). A pesar del eventual fracaso del movimiento de autofortalecimiento, la política de Guāndū shāngbàn (官督商办), sentó las bases del posterior predominio estatal en la dirección del desarrollo económico del país (Chan, 1977). Este fue el primer intento de desplegar una estrategia semiperiférica, no obstante, la debilidad del Estado y la incapacidad de la burocracia, impidieron el éxito de esta estrategia.

[7] Bajo los principios legalistas, el Estado imperial promoverá activamente la productividad agrícola, patrocinando proyectos de irrigación y proporcionando herramientas agrícolas y otras formas de asistencia técnica. Estas medidas de bienestar generaron no solo riqueza económica, sino también cumplimiento (Hui, 2005, p. 187).

A pesar de esto, los esfuerzos por modernizar China fracasaron y esta se convirtió en un Estado periférico y pobre (X. Li, 2021). Este resultado desfavorable para China no estaba prefijado, sino que fue consecuencia del impacto negativo que tuvo la incorporación de China en la economía-mundo capitalista, que aceleró el proceso de autodebilitamiento del Estado que fue incapaz de dar respuesta al cercamiento por parte de las potencias europeas (J. K. Fairbank & Goldman, 2006; Schoppa, 2014; Y. Wang, 2022) .

En este capítulo intentaremos dar cuenta como el proceso de incorporación forzosa del imperio-mundo chino en la economía-mundo capitalista marcó el comienzo de un proceso geopolítico que condicionó la estrategia de ascenso semiperifierico que desplegó el Estado chino durante el siglo XX. Para esto primero analizamos la situación económica y las características institucionales del Estado chino durante el siglo XIX. Identificamos en el plano económico aquellos elementos estructurales que marcaron el sendero de desarrollo original de la economía agraria china, y en el plano institucional, daremos cuenta de que el mismo había ingresado en un proceso auto-debilitante previo al cercamiento imperialista. En segundo lugar, identificamos la posición que ocupaba China en la jerarquía global de poder y riqueza e indagamos en cómo ese proceso auto-debilitante se profundizó por el cercamiento y la incorporación forzada en la EM-C, particularmente en el plano fiscal, militar y tecnológico-productivo. Por último, analizamos el despliegue del movimiento de autofortalecimiento de fines del siglo XIX, identificamos aquellos elementos que dan cuenta de un intento de forzar un ascenso semi-periférico y su eventual fracaso.

b) Estructura económica y cambio social

Contrario a las miradas "orientalistas" sobre China, esta nunca fue una sociedad estática, la idea de un "despotismo oriental" o de la existencia de un "modo de producción asiático" estático e inmutable, llevado al extremo en la noción de sociedad hidráulica de Wittfogel (1960) no coinciden con la realidad de la sociedad china de finales del siglo XVIII (J. K. Fairbank & Goldman, 2006, p. 239; Rowe & Brook, 2012, p. 54). Si bien, no fue una sociedad particularmente extrovertida en el plano comercial externo, el cual se vio fuertemente restringido desde el siglo XV por las diversas prohibiciones al comercio marítimo que instauró la dinastía Ming y luego la Qing (Mancall, 1968; Siu, 2024). No obstante, esto no impidió que los productos chinos participaran del comercio internacional, convirtiéndose en el depósito final

de la plata del mundo (Frank, 1998). Este flujo de plata estuvo detrás de la revolución comercial que atravesó China durante la dinastía Qing (Hung, 2001), lo que produjo que los estándares de vida promedios en China se asemejaran a los de Europa occidental (Pomeranz, 2021, p. 33).

Tabla Nº 2: PBI per cápita y crecimiento económico China y países seleccionados (1650-1900)

Años	**China**		**Gran Bretaña**		**Países Bajos**	
	PBI per cápita	% crecimiento	PBI per cápita	% crecimiento	PBI per cápita	% crecimiento
1650	940(**a**)	100	973(**b**)	100	2459(**c**)	100
1750	686 (**d**)	73	1591	164	2152	88
1850	643	68	2953	303	2434	99
1900	840	89	5608	576	4402	179
	Japón		**India**		**Estados Unidos**	
Años	PBI per cápita	% crecimiento	PBI per cápita	% crecimiento	PBI per cápita	% crecimiento
1650	746	100	1228	100	897	100
1750	840	113	1200	98	1375(**e**)	153
1850	910	122	978	80	2825	315
1900	1575	211	1131	92	6252	697

a:Datos de 1661. b:Solo Inglaterra. c:Corresponde a Holanda. d: Datos de 1720. e: Datos de 1766

Fuente: elaboración propia con base en Madisson (2020)

Como se observa en la Tabla Nº 2 no se registraban grandes diferencias en el PBI per cápita entre aquellas regiones insertas en la economía-mundo capitalista y las regiones externas entre las que encontramos el imperio tributario chino. Aunque sí hay que resaltar que muchos de los cambios sociales se sucedieron a un ritmo menor en comparación con el ritmo de transformación de la naciente economía industrial europea, la sociedad del siglo XIX gobernada por la dinastía Qing no estaba estancada en el tiempo. Lo que se observa en los datos es que entre el año 1750 y 1900, se produce la llamada “gran divergencia” entre Oriente y Occidente mientras los países del centro del sistema-mundo capitalista aumentaron de manera sostenida

su PBI per cápita, gracias a la Revolución Industrial, la economía china ingresó en un sendero descendente sostenido (Pomeranz, 2001).

La dinastía Qing (1644-1912) se caracterizó por un primer período de mucha estabilidad y de largos reinados imperiales bajo tres emperadores consecutivos, Kangxi (1662-1722), Yongzhen (1722- 1736) y Qianglong (1736-1796) (J. K. Fairbank & Goldman, 2006, p. 147). Profundos cambios económicos y sociales se sucedieron durante el siglo XVII y XVIII que condujeron a una era de expansión económica y militar durante el reinado del emperador Qianglong. Se produjo un incremento de la productividad agrícola, lo que permitió una expansión demográfica significativa (Rowe & Brook, 2012, p. 91; von Glahn, 2016, p. 529). Las mejoras en el transporte permitieron una ebullición comercial (comercialización extensiva) y una mayor participación en el comercio exterior.

Dentro de las mejoras en los transportes, se expandió y fortaleció el sistema de comunicación por postas y los caminos imperiales, junto con obras de infraestructura hídrica como los canales. La mayor obra de transporte hídrico fue el Gran Canal (que tiene sus orígenes en la dinastía Sui 581-617). El Gran Canal era la arteria principal mediante la cual se abastecía a la capital en el norte, Beijing, de alimentos y bienes producidos mayormente en el sur. Sin embargo, para finales del siglo XVIII los cambios en los patrones de inundaciones trajeron problemas al flujo del transporte por barcazas y al sistema de canales, que se obstruían más a menudo debido a la mayor proporción de limo que acarreaban los ríos. A pesar de esto, el desarrollo de la red de transporte por canales y ríos fue central para acompañar el aumento del comercio (Kuhn, 2003; Moulder, 1977).

La especialización de diversas zonas en cultivos comerciales como algodón, o las moreras para el gusano de la seda, generaron una demanda interna de alimentos que propulsó la comercialización. Materias primas como la madera, el arroz y el opio circulaban río abajo del Yangzi hacia Shanghái, y desde las zonas costeras subía por el río la sal. El monopolio estatal de la sal y los comerciantes asociados a este fueron el centro de la acumulación de riquezas y una de las principales fuentes de ingresos para el Estado (J. K. Fairbank & Goldman, 2006, p. 177; Hung, 2001).

El aumento del intercambio comercial dio lugar a una sofisticación de las instituciones y de los mercados. En la región de Jiangnan[8] Se produjo un florecimiento de pequeñas ciudades comerciales e industriales por fuera de las tradicionales urbes diseñadas para ser centros del poder administrativo. Efectivamente, la urbanización no había sido una fuerza importante en la tradición cultural china, las ciudades durante el imperio no generaron una verdadera economía urbana o una clase social independiente. Aunque podían alcanzar grandes dimensiones, no eran más que centros administrativos del poder burocrático que se sostenían del excedente rural relocalizado administrativamente por el Estado a través de los impuestos y la renta terrateniente (F.-L. Wang, 2005, p. 54). En contraposición a ese tipo de ciudades en los nuevos pequeños asentamientos comerciales, particularmente en el delta del
Yangzi, comenzaron a desarrollarse relaciones sociales de producción proto-capitalistas, con un incipiente proletariado organizado por contratistas (J. K. Fairbank & Goldman, 2006, p. 177; von Glahn, 2016, p. 553).

Los intercambios comerciales se producían de manera periódica en centros urbanos regionales que funcionaban a su vez como nodos de comercialización regional y nacional, bajo una extensa red que conectaba productores, comerciantes y consumidores. Estos mercados operaban bajo la supervisión de autoridades gubernamentales locales y se regían por las normas impuestas por ellos.

Las regiones dentro del imperio no eran autosuficientes, durante los siglos cada región se especializó en la producción de un puñado de mercancías. Esta especialización estaba generalmente asociada a la desigual locación de recursos naturales. Así, aquellas regiones en las que abundaban materias primas se especializaron en la manufactura o procesamiento. Las regiones que producían algodón o seda generalmente producían también hilos, telas y vestimenta. Esto dio lugar a regiones más industrializadas y otras especializadas en el cultivo de alimentos o la extracción de materias primas, configurando una suerte de relación centro-periferia al interior del imperio-mundo chino (Hung, 2001).

A partir del siglo XVII, la revolución de precios producto del aumento del circulante de plata como resultado del intercambio comercial con Occidente, generó las condiciones para una

[8] La región comprende la ciudad de Shanghái, la parte sur de la provincia de Jiangsu, la parte sureste de la provincia de Anhui, la parte norte de la provincia de Jiangxi y la parte norte de la provincia de Zhejiang. Desde el siglo XVII en adelante se convirtió en el centro del desarrollo económico y productivo del Imperio.

mayor comercialización, aunque tuvo impactos diferenciales (Hung, 2015, p. 18; Von Glahn, 2019). La región central en términos económicos para el siglo XIX era Jiangnan, ubicada al sur del Río Yangtzi, abarca las actuales provincias de Jiangsu, Anhui, Zhejiang y Jiangxi. Esta región se encontraba altamente comercializada, se dedicaba a la producción de cultivos comerciales como el algodón y de productos como la seda, que eran fuente de gran demanda (von Glahn, 2016, p. 450). La introducción del cultivo del algodón en el siglo XIV comenzó un lento pero sostenido desplazamiento de los cultivos de granos y su reemplazo por cultivos comerciales. Esto dio paso a un incremento de la comercialización de granos en todo el país, dado que ahora este debía ser importado desde regiones más lejanas, contribuyendo aún más a la especialización productiva y a la división del trabajo (P. C. C. Huang, 1990, p. 47).

Por su parte, las regiones del interior alejadas de la costa se convirtieron en la periferia, proveedora de alimentos y recursos naturales, como madera o acero. El comercio interregional se limitaba a un puñado de productos como la seda, el té, algodón, azúcar, sal y granos. Estos eran usualmente productos cuya elaboración requería ciertas condiciones climáticas y estaban asociados al consumo de las elites, por lo que podían comercializarse a altos precios, incluso lo suficiente como para afrontar los costos de transporte a regiones alejadas.

Esta revolución comercial fue acompañada de la emergencia de una poderosa clase comercial y de una transformación en las estructuras impositivas y su monetización (Rowe & Brook, 2012, p. 57). En el mundo rural se produjo una transformación de la estructura social desde el estatus a las clases (P. C. C. Huang, 1990). Aunque en términos generales la sociedad China era preindustrial en el sentido de que la mayor parte de la energía provenía del trabajo humano tanto en el campo como en la ciudad, la elaboración de productos manufacturados era eminentemente artesanal y extensiva en trabajo (Moulder, 1977, p. 28).

Arrighi resaltó la condición de la sociedad china durante el reinado de los Qing como la economía de mercado más grande de su tiempo (Arrighi, 2010). Sin embargo, el desarrollo de esta economía de mercado, considerada la precondición necesaria para el desarrollo industrial moderno, no condujo a la emergencia del sistema capitalista (Arrighi, 2009; P. C. C. Huang, 1990, p. 02; Hung, 2001).

Para comprender esto debemos profundizar en el proceso de desarrollo comercial de la China imperial tardía. A saber, la comercialización implica dos aspectos a tener en cuenta. Por un lado, un aumento de la comercialización implica una pérdida relativa de la autosuficiencia

regional. En este proceso cada región ya no produce todos los alimentos y bienes que necesita, sino que depende en parte del intercambio con otras regiones. Por otro lado, también implica un declive de la autosuficiencia local, y el aumento del intercambio entre las ciudades y el campo. En este proceso, los campesinos producen un excedente y participan de una red comercial en la que intercambian productos con los centros urbanos. Este aumento de la comercialización puede desarrollarse hasta alcanzar grados en los que ciertas regiones se especializan solamente en la producción de una mercancía y, por lo tanto, dependen principalmente en relaciones de intercambio para su sustento (Moulder, 1977, p. 32). Es decir que, la comercialización da lugar también a una división especializada del trabajo entre diferentes nodos productivos o regiones.

A su vez, la comercialización requiere de la existencia de espacios de intercambio, estos espacios son los mercados. Pero, la mera presencia de intercambios en un mercado no alcanza para hablar de una economía de mercado propiamente dicha. Una economía de mercado refiere a la existencia de instituciones de intercambio en las que la oferta y la demanda son las que fijan de manera relativamente libre los precios de los productos. En este sentido, China atravesó una revolución comercial durante la dinastía Song (960-1279), pero los mercados urbanos eran espacios regulados por autoridades designadas por el Estado (S. Mann & Jones, 1987, p. 25). Es decir, los productos eran comprados y vendidos en un mercado, pero los precios eran fijados de antemano por un poder superior, generalmente entre alguna autoridad local y los grupos de comerciantes llamados hangs (Moulder, 1977, p. 32; von Glahn, 2016, p. 451).

Esto nos conduce a la necesidad de distinguir entre dos tipos de mercados, por un lado, puede existir un mercado que comercialice de manera centralizada los productos de todo el país, por ejemplo, para el siglo XIX Beijing era un centro de comercio nacional. La existencia prolongada en el tiempo de una área económica unificada no asegura la existencia de un mercado nacional único para los bienes debido a los altos costos de transporte, pero tuvo un impacto importante en la facilitación de la transmisión de la tecnología (Maddison, 2007, p. 26). Por el otro lado, existen los mercados nacionales, que refieren a momentos donde los procesos de comercialización se han extendido a punto tal que las regiones no son más autosuficientes y, por ende, los productores dirigirán sus productos allí donde reciban el mayor beneficio. Este tipo de mercados emergen tan solo allí donde la industrialización dio paso a la producción de mercancías gracias al uso de energía fósil y los aumentos de productividad

asociados a ello (Moulder, 1977, p. 33). En este sentido, no existía una economía de mercado, ni acumulación de capital, ni innovaciones tecnológicas que estimulen un proceso de industrialización (Bergere, 1986, pp 17).

La comercialización de la sociedad China no generó un proceso de intensificación de la competencia basada en aumentos sostenidos de la productividad, sino que el aumento generalizado del producto se llevó a cabo mediante rendimientos per cápita decrecientes (Dernberger, 1975, p. 25; P. C. C. Huang, 1990, p. 13). Esta situación en la que el ingreso per cápita fue bastante estático suelen ser ignoradas por los especialistas en desarrollo porque se asume que no hubo cambios técnicos. Sin embargo, el crecimiento extensivo también puede requerir cambios importantes en la organización de la producción. Esto se debió en parte a la estructura social familiar china, al papel desempeñado por el Estado a través del cobro de impuestos y la estructura de la propiedad agraria. En este sentido, el progreso tecnológico no implica solamente avances en la fabricación de maquinaria, sino que debe abarcar innovaciones en administración, organización y prácticas agrícolas (Maddison, 2007, p. 15).

Este sendero de desarrollo particular dio lugar a la llamada "revolución industriosa". También fue descrito, en términos más despectivos, como crecimiento involutivo (Pomeranz, 2021, p. 91). La revolución industriosa fue la respuesta que produjo la sociedad china (y asiática) a la presión demográfica que generaron un cambio en la relación tierra y trabajo. La abundante mano de obra y la escasez de capital generaron innovaciones organizacionales tendientes a la absorción de trabajo. Sugihara lo resume en la idea de que el patrón de la revolución industriosa prioriza más las fuerzas humanas que las fuerzas no humanas. Esto generó una mayor cantidad de producto a base de una productividad per cápita menor que el patrón de la Revolución Industrial en Occidente. No obstante, permitió sostener el crecimiento de la población y el nivel de vida general (Arrighi, 2009, p. 47; Sugihara, 2003, p. 116)

China tenía un centro de mercado nacional, Beijing demandaba productos de todo el país, y extraía de manera exitosa excedente de las periferias hacia el centro. Esto describe las características de un imperio-mundo tributario. Pero a pesar de la comercialización y de la existencia de una clase de mercaderes poderosa, no emergió un mercado nacional propiamente dicho. La mayor parte de la comercialización se limitaba al plano local, en un radio de pocos kilómetros. Entre los mercados locales y aquellos productos dirigidos al comercio exterior más

de tipo suntuario, no se desarrolló una economía de mercado nacional, esto solo podía suceder en el marco de una economía-mundo capitalista (Bergere, 1986, pp 17).

La sociedad china del siglo XIX era eminentemente agraria y continuaría siendo así hasta finales del siglo XX. Las zonas rurales estaban compuestas principalmente de campesinos propietarios libres (Deng, 2002, p. 48). Las relaciones de vasallaje o servidumbre habían llegado a su fin durante las rebeliones de la era Ming (Elvin, 1973, p. 247; So, 1986, p. 33; von Glahn, 2016, p. 22). Estos campesinos no eran necesariamente autosuficientes, en general dependían de la comercialización de parte de su producción para obtener fertilizantes, herramientas, aceite y otros insumos.

Durante el siglo XVII se produjeron incrementos en la productividad agrícola, que se debieron a diversos factores. En primer lugar, se registró un incremento de la superficie cultivada, esto fue impulsado por grandes procesos de reclamación de tierras. En segundo lugar, hubo incrementos en la productividad por superficie cultivada producto de la selección de semillas y la introducción de fertilizantes (derivados de secreciones humanas o el uso de tortas de aceite derivados de la soja) (P. C. C. Huang, 1990, p. 88, 2002, p. 508). También por el aumento de la productividad en los campos de arroz, producto de mejoras en los sistemas de riego, y la introducción de cultivos dobles. Esta capitalización del sector agrícola implicó que la superficie de riego se triplicó entre los siglos XVI y XIX (J. K. Fairbank & Goldman, 2006, p. 169).

A su vez, la incorporación de nuevos cultivos del "nuevo mundo" como el maíz, la papa y el tabaco posibilitaron la puesta en producción de nuevas extensiones de tierras. El cultivo de la papa dulce permitió aumentar la superficie cultivada debido a que podía cultivarse en suelos arenosos. Además, proveía mayor cantidad de calorías por unidad de tierra cultivada.
Esto la llevó a convertirse en el alimento de los campesinos pobres del sur de China (J. K. Fairbank & Goldman, 2006; P. C. C. Huang, 1990; Moulder, 1977).

Tabla Nº 3: Crecimiento demográfico en China 1500-1899

Año	Población	Crecimiento porcentual (base 1500)
1500	103	100%

1600	160	155%
1700	138	134%
1820	381	370%
1899	397	386%

Fuente: Madisson (2007)

Como resultado de este proceso de abundancia, durante el reinado del emperador Qianglong la población se duplicó, lo que se puede observar en la tabla N.°3. Los censos de la época imperial tendían a sub contabilizar la población porque el objetivo de los mismos era el registro de hogares y personas con fines fiscales, por lo que tanto las autoridades locales como los hogares tendían a sub representar la población de sus distritos. Pero se estima que entre 1790 y 1850 la población al menos se duplicó. En 1700 la población era de 138 millones, para 1820 alcanzaba los 381 millones (J. K. Fairbank & Goldman, 2006, p. 168; Rowe & Brook, 2012, p. 91).

Este aumento de la densidad poblacional generó que, sobre la cantidad de tierra para producir dada, los campesinos prefirieron el cultivo de granos sobre la cría de animales, dado que los primeros pueden alimentar a más personas (P. C. C. Huang, 2002, p. 507). Esto condujo a que, a pesar de los nuevos cultivos y la puesta en producción de mayores extensiones de tierras, junto con migraciones internas hacia las nuevas fronteras que se abrían en el norte del país, la relación tierra población se redujo drásticamente hasta alcanzar niveles peligrosos (Kuhn, 2003, p. 07). Mientras que en el siglo XII se estimaba que un hogar campesino cultivaba entre 20 y 30 mus[9] (aproximadamente 2 hectáreas) en el siglo XX se estimaba que una familia cultivaba tan solo 3,6 mus (0,2 hectáreas) (Deng, 2002, p. 54; J. K.
Fairbank & Goldman, 2006, p. 172) .

[9] 1 mu equivale a 1/15 hectáreas

Esto se vio acrecentado por el sistema de herencia divisible chino, que dividía las tierras hereditarias entre todos los hijos varones de una familia (Kishimoto, 2011; Schoppa, 2014, p. 43). A su vez, la agricultura en la zona del valle del Yangtzi (la zona núcleo del imperio-mundo chino) era una economía agraria tan solo de cultivos, casi sin presencia de cría de animales, lo

que produjo una menor capitalización por unidad de trabajo en el sector agrícola, eventualmente conduciendo en la dirección opuesta, la intensificación en trabajo por unidad cultivada (P. C. C. Huang, 2002, p. 506).

Sin embargo, este aumento exponencial de la población fue acompañado por un modesto aumento en el nivel de vida hasta el siglo XVIII. La intensificación en trabajo por unidad cultivada se logró gracias a una respuesta innovadora frente a las limitaciones de los recursos naturales, particularmente la escasez de tierra, mediante el desarrollo de instituciones de absorción de trabajo y tecnología intensiva en mano de obra (Sugihara, 2003, p. 82).

A su vez, el aumento de la población condujo a una sed de tierras y a mayores esfuerzos para extender la frontera productiva. El aumento de la población y la expansión de la frontera productiva por sobre pantanos y bosques trajo aparejados problemas ambientales (Pomeranz, 2021, p. 228). Entre ellos se destacan la erosión de los suelos y el desplazamiento de una mayor cantidad de limo a los canales de los ríos, lo que generó inundaciones más frecuentes y más desastrosas, así como también sequías más prolongadas (P. C. C. Huang, 1990, p. 33), lo cual fue acompañado de un deterioro en la capacidad de las autoridades encargadas con la administración de las obras hídricas.

Dichos fenómenos combinados produjeron una caída sostenida de la productividad per cápita de los trabajadores agrícolas (J. K. Fairbank & Goldman, 2006, p. 178). Particularmente esto se vería en el cultivo del arroz, que es un tipo de cultivo que permite incorporar más calorías que cualquier otro cultivo alternativo, pero su producción es más intensiva en trabajo. A pesar de los esfuerzos sostenidos por la capitalización del campo, convirtiendo mayores extensiones de tierras en arrozales mediante el riego y obras de infraestructura hídrica, los rendimientos decrecientes fueron inevitables. Es decir, que un campesino obtenía cada vez menos rendimientos por unidad de trabajo que se incorporaba a la producción, o por nueva hectárea de tierra puesta a cultivar (J. K. Fairbank & Goldman, 2006, p. 171; P. C. C. Huang, 1990, p. 14). Si bien los aumentos de la población hicieron que la mano de obra sea más abundante y, por lo tanto, más barata, a la larga esta presión demográfica generaría un impedimento para una mayor capitalización de las unidades productivas, que permanecían siendo intensivas en trabajo. Como resultado, aquellas tecnologías tendientes al ahorro de trabajo, es decir, de mayor capitalización, fueron de poco atractivo para los productores chinos.

A pesar de este crecimiento exponencial de la población, la producción y la comercialización, así como de la creación de mercados regionales y nacionales, China no generó las condiciones para la industrialización de su economía. Al menos no una industrialización al estilo capitalista occidental. Uno de los efectos esperados de la comercialización sería el debilitamiento de la producción familiar campesina, lo que daría lugar a la liberación del trabajo excedente, permitiendo la proletarización y la industrialización de tipo capitalista. Sin embargo, en China la comercialización tuvo el efecto contrario. La mayor demanda de trabajo que generó la nueva industria del algodón y la economía de la seda en crecimiento (producto en parte de una mayor demanda externa) fue provista no por grandes talleres de hilandería a base de trabajo asalariado, sino por el trabajo auxiliar de los hogares campesinos, particularmente mujeres y niños (von Glahn, 2016, p. 544). Esto redunda en lo que se conoce como una familización de la producción rural (P. C. C. Huang, 1990, p. 44, 2002, p. 510). La mayor parte de la producción manufacturera, como el procesamiento del algodón, el té y la hilandería de seda, permanecieron a escala de la producción en los hogares. Lo mismo ocurría con la molienda de grano, la fabricación de aceite, la confección de prendas de vestir y artículos de cuero, la preparación de hojas de té y tabaco; salsa de soja; velas, vino y licores; productos de paja, ratán y bambú (Maddison, 2007, p. 38)

Estos hogares campesinos son un ejemplo de tecnologías de absorción del trabajo y fueron las instituciones económicas centrales que subyacen al sendero de desarrollo económico de la economía china. Estas sobrevivieron a los cambios políticos, a las rebeliones internas y la incorporación del imperio-mundo chino bajo la economía-mundo capitalista, y dieron sustento al desarrollo tecnológico e institucional de la economía china (Sugihara, 2003, p. 83). La producción familiar rural descentralizada se mantuvo como una característica permanente de la economía china hasta al menos 1980, y fue en parte la base del ascenso económico de China de finales del siglo XX (Chang, 2003a).

Debido a la existencia de estas instituciones económicas particulares, la comercialización en el siglo XIX no abrió paso a la emergencia de una organización capitalista de la producción agrícola. El crecimiento de la demanda de cultivos comerciales (como el té o el algodón) no generó una mayor capitalización del campo, ni un aumento de la agricultura basada en trabajo asalariado, sino, por el contrario, a su desaparición (P. C. C.

Huang, 1990, p. 58). Los terratenientes ausentes (que se habían radicado en las ciudades) preferían alquilar sus tierras a hogares campesinos antes que producir de manera directa a través de trabajo asalariado (P. C. C. Huang, 1990, p. 60; Rowe & Brook, 2012, p. 212; von Glahn, 2016, p. 483). Lo que implicaba que las decisiones sobre la producción y la administración fueran tomadas por los arrendatarios, ya que los terratenientes en su gran mayoría eran recolectores de rentas no administradores (Maddison, 2007, p. 16) Si bien existían trabajadores agrícolas asalariados, estos constituían una porción marginal del total del trabajo en el campo, que se realizaba dentro de la unidad familiar.

De esta manera, en aquellos lugares donde la producción rural estaba concentrada en torno al trabajo de los hogares, usando la fuerza auxiliar de las mujeres y los niños, la pequeña producción campesina podía aventajar a la producción de base asalariada. Esto se debía a que simplemente podía absorber mayor trabajo por menor remuneración del mismo (P. C. C. Huang, 1990, p. 74). Sin embargo, estas unidades productivas, basadas en prácticas económicas tendientes a la absorción de más mano de obra, no pudieron evitar la tendencia a los rendimientos decrecientes del trabajo.

Los hogares campesinos eran a su vez unidades productivas que generaban manufacturas artesanales para complementar los ingresos menguantes de la producción agrícola a través de su comercialización. En general, la manufactura estaba asociada a algún cultivo comercial como el algodón o la seda (Moulder, 1977, p. 34). Sin embargo, la mayoría de los campesinos se autoabastecían de los productos necesarios para su sustento. Solo una minoría estaba hiperespecializada al punto tal de depender de la comercialización como único sustento.

Los hogares absorbían crecientes unidades de trabajo más allá del límite de los rendimientos decrecientes. Las mujeres, los niños y los ancianos complementaban los ingresos de los hogares campesinos mediante la elaboración artesanal de productos manufacturados sencillos destinados a los mercados locales. Este trabajo era mucho más barato que contratar mano de obra asalariada en grandes fábricas en las ciudades (J. K. Fairbank & Goldman, 2006, p. 172). Los comerciantes desempeñaron un rol central como intermediarios y coordinadores de la producción, entre los productores de materias primas y los fabricantes de productos textiles finales.

Este tipo de producción familiar sobre la base de trabajo infantil y femenino explica también la falta de capitalización de la producción manufacturera. Por un lado, los hogares no

contaban con un excedente suficiente como para capitalizarse con mejores tecnologías. Por otro lado, esas nuevas tecnologías requerían de un esfuerzo físico que excedía a mujeres y niños. Este fenómeno de industrias rurales mantuvo a la fuerza de trabajo dispersa en el campo, evitó la capitalización intensiva reemplazándola por un uso extensivo de la fuerza de trabajo, impidiendo la mayor capitalización del sector manufacturero y el ahorro necesario para iniciar un proceso de industrialización intensivo en capital. Esto no necesariamente representó un atraso de la sociedad china, sino que configuró un patrón de desarrollo único.

Este fenómeno tuvo impactos diferentes dependiendo del tipo de producción. En la industria del algodón se generó un modo de producción en red en el cual los hogares campesinos cultivaban y procesaban el algodón hasta convertirlo en hilos, que utilizaban como suministro para la producción de telas. Esta producción de tela también se realizaba en gran medida en el marco de la economía campesina. Luego este producto era vendido a los comerciantes que se encargaban de la fabricación del producto final en talleres urbanos (Chang, 2003a; P. C. C. Huang, 1990, p. 43).

Por el contrario, en la producción de seda los campesinos se dedicaban al cultivo de moreras, a la cría de los gusanos y a la hilandería de seda, mientras que el tejido de seda se convirtió en una actividad especializada en manos de artesanos separados de la actividad de los hogares (P. C. C. Huang, 1990, p. 47). Esto sí condujo a mayores niveles de capitalización e industrialización, convirtiéndola en una actividad eminentemente urbana, lo que implicó un crecimiento del trabajo asalariado urbano en talleres. Los campesinos vendían la seda cruda a comerciantes que luego lo procesaban para convertirlo en telas en talleres en las ciudades (P. C. C. Huang, 1990, p. 54). Esta se extraían a mano mediante una rueca, usualmente operada por mujeres mayores (So, 1986, p. 101). Debido a que este proceso no requería mucha inversión de capital, continuó siendo una actividad realizada en los hogares campesinos. La tarea de tejido era generalmente realizada en talleres urbanos, no obstante, no se produjo una industrialización intensiva en capital, por el contrario, la mayor parte de la producción se realizaba en pequeños talleres artesanales. Para 1913, un taller promedio tenía 7 empleados y 1,5 telares (P. C. C. Huang, 1990, p. 80).

El problema apareció cuando este modelo se enfrentó con la economía-mundo capitalista a partir de su incorporación a mediados del siglo XIX. Allí los países capitalistas europeos demostraron su superioridad, particularmente en la industria militar y en su capacidad para

concentrar y movilizar recursos. Algo con lo que la economía industriosa china no podía competir.

Durante el siglo XIX, la economía china se mantuvo en su patrón de crecimiento sin una transformación radical de su estructura tecnológica productiva (J. K. Fairbank & Goldman, 2006, p. 167). Este fenómeno fue descrito como una trampa de alto equilibrio (Elvin, 1973) o como un proceso de crecimiento involutivo (P. C. C. Huang, 1990), y dio lugar al ascenso de la industria de manufacturas artesanal durante el siglo XIX basada en el uso del trabajo del hogar campesino (ancianos, mujeres y niños nulo costo) con capital limitado para producir bienes de consumo para el mercado, con el fin de complementar los ingresos de la familia (Dernberger, 1975, p. 36).

Lo categórico es que, para el siglo XIX, China había atravesado una revolución agrícola y comercial, alcanzando los límites al crecimiento impuestos por su nicho ecológico. Los retornos decrecientes del sector agrícola, junto con la escasez de circulante de plata producto del comercio ilegal del opio (que analizamos en el siguiente apartado) y la actitud predatoria de ciertos sectores de la burocracia produjeron un debilitamiento del Estado que, a partir de finales del siglo XVIII, acompañó la decadencia económica con un proceso de autodebilitamiento.

Mientras Gran Bretaña y otros países de Europa lograron superar su nicho ecológico mediante la incorporación de recursos provenientes de América, la India y otras posesiones coloniales, China cayó en la trampa impuesta por los límites físicos naturales (Pomeranz, 2000). Estos límites ecológicos tan solo pudieron ser superados en Europa por la existencia de una clase social burguesa de base urbana con la capacidad de concentrar el excedente rural par canalizarlo en el desarrollo capitalista industrial (Hung, 2015, p. 22). Esta clase social se haría con el poder del Estado-nación, y sería la fuerza motriz de un proceso de autofortalecimiento que le otorgaría el poder de sostener el desarrollo y expansión de su clase capitalista (Hui, 2005; Mielants, 2008).

Como veremos a continuación, esta clase social en China estaba sujeta a límites políticos y culturales, lo que condujo a que las elites fueran impotentes de motorizar un proceso de modernización acelerado para competir con las potencias europeas en la economía-mundo capitalista. A pesar de esto, las instituciones económicas centrales de la economía china, a saber la producción descentralizada con base en los hogares campesinos que absorbía trabajo, junto con la existencia de una red de comercialización que posibilitó la producción manufacturera de

bienes en masa dejó como legado un sector artesanal que continuó siendo importante hasta bien entrado el siglo XX (Chang, 2003a; Rawski, 1989). Esta fortaleza del sector artesanal impidió que las manufacturas chinas sucumbieran frente a la penetración del capital extranjero y la incorporación de China en la economía-mundo capitalista, sentando las bases para su industrialización durante el siglo XX (So, 1986, p. 99).

c) La clase dominante en el siglo XIX

Las teorías clásicas sobre la modernización estipulan que la clave para el desarrollo del capitalismo en Europa fue la capacidad de un grupo de burgueses urbanos para despegarse de las restricciones del orden feudal y convertirse en un grupo autónomo y luego en la nueva clase dominante (Arrighi, 2010; Hung, 2015, p. 19; Moulder, 1977; I. Wallerstein, 2011). Esta clase emprendedora es la que concentraría el excedente rural para redirigirlo hacia las urbes y, en particular, hacia el desarrollo de tecnologías que ahorren trabajo y aumenten la productividad per cápita, dando origen así a la Revolución Industrial. De acuerdo con Maddison la existencia del sistema burocrático chino impidió la emergencia de esta clase social, emprendedora, comercial e industrial, autónoma. Esto se debió a que la burocracia y la elite letrada confuciana eran cazadores de rentas (Maddison, 2007, p. 17). En China, la ausencia de esta clase de emprendedores mantendría el excedente rural disperso en el campo, en manos de las familias campesinas, por lo que no se desarrolló un proceso de capitalización de la producción necesaria para el desarrollo industrial de base urbana, a pesar de la existencia de pequeños enclaves industriales particularmente en la región de Jiangnan (Hung, 2015, p. 23). No será hasta 1949, con la fundación de la República Popular China, cuando el Estado tome un rol principal en la centralización del excedente para motorizar el desarrollo industrial del país.

La clase dominante de la etapa imperial tardía y el Estado imperial de la dinastía Qing probaría ser demasiado débil para llevar adelante dicha tarea. El cercamiento por parte de las potencias occidentales no haría más que agravar el Estado de vulnerabilidad de una economía agraria estancada y un Estado con escasa capacidad para movilizar los recursos necesarios para mantener su estatus en el sistema interestatal. Para dar cuenta de la debilidad de la elite de la sociedad imperial tardía debemos comprender cómo se componía la clase dominante, cuáles eran sus intereses y su forma de reproducción.

La clase dominante estaba conformada por dos grupos sociales distintos, aquellos asociados a la propiedad y control de la tierra y su excedente, y aquellos asociados a la actividad comercial o mercantil. Por el lado de aquellos sectores dominantes asociados al control de la tierra podemos distinguir cuatro grupos. En primer lugar, encontramos a la elite militar Manchú que conformaban el brazo étnico militar de la dinastía Qing los *ocho abanderados manchús,* Qírén (旗人). Esta elite vivía de los privilegios asociados al poder del

Estado y debía su sustento principalmente a los impuestos y al control de grandes extensiones de tierra cedidas por el Estado. Además, recibían fondos para el mantenimiento del ejército y de sus familias, la idea inicial era que mediante la explotación de las tierras bajo su control los miembros de este grupo social se autosostuvieran. Esto fracasó debido a la mala administración y la fuga de los campesinos. Para el período Qing tardío este grupo social se había convertido en una clase parasitaria que consumía las finanzas estatales, aproximadamente entre el 20% y el 25% de los ingresos anuales iban destinados a mantener a este sector social (Y. Wang, 2022, p. 254).

Un segundo grupo eran los miembros de la elite burocrática confuciana y sus familias que recibían un salario por su función en el Estado. Los miembros de la burocracia eran reclutados con base en exámenes imperiales que se realizaban periódicamente. No existían cargos hereditarios y eran raras las ocasiones en que una misma familia logró que dos generaciones seguidas alcanzaran los grados más elevados en los exámenes (Rowe & Brook, 2012, p. 48; Zhao, 2015, p. 308). Estos exámenes a nivel provincial y nacional permitieron a un selecto grupo acceder a cargos dentro de la burocracia imperial como oficiales del cuerpo cívico (So, 1986, p. 30). Dichos cargos traían asociados un conjunto de privilegios para ellos y sus familias, como la de recibir un salario, estar exentos de impuestos y el control sobre extensas propiedades rurales (Acemoglu & Robinson, 2019; Moulder, 1977, p. 40).

Una de las características principales del antiguo régimen en China era la desigualdad entre aquellos que formaban parte de la elite cultural letrada y aquellos que formaban del reducido puñado de oficiales imperiales y; entre esos dos grupos y el común de los habitantes del imperio (Kuhn, 2003, p. 14). La elite cultural letrada eran todas aquellas personas que habían sido entrenadas en la lectura, conocían a fondo las obras de los clásicos que conformaban el canon del pensamiento confuciano, y que escribían poesía en estilo clásico. Los oficiales eran aquellos que habiendo sido entrenados en los clásicos fueron capaces de aprobar los exámenes

imperiales superiores y obtener puestos rentados oficiales en la administración imperial, junto con todos los privilegios que esto acarrea (Rowe & Brook, 2012, p. 45).

La sociedad de la dinastía Qing del siglo XVIII y XIX generó las condiciones económicas para que cada vez más personas accedan a la formación necesaria para intentar rendir los exámenes imperiales[9]. Sin embargo, a contrapartida, la cantidad de puestos oficiales permaneció estable, esto generó que no todos los aspirantes obtuvieran puestos oficiales, provocando una estratificación interna en la clase dominante (Kuhn, 2003, p 15).

Precisamente de este estrato sin cargos oficiales es que se desprende un tercer grupo, la llamada "elite letrada[10]", es decir, aquellos que habían obtenido al menos el grado más bajo de los exámenes imperiales y desempeñaban funciones administrativas extraoficiales a nivel local, por la cual no recibían un salario de parte del Estado, generalmente denominadas como funciones litúrgicas (J. K. Fairbank & Goldman, 2006, p. 103; S. Mann & Jones, 1987, p. 15). Este estrato social, extendía informalmente el alcance del poder estatal hasta los niveles más bajos de la administración, aunque sin recibir un salario oficial a cambio. Tanto los miembros de la elite letrada con cargos oficiales, como aquellos que detentaban tan solo el nivel más bajo dentro de los exámenes imperiales, obtenían privilegios y exenciones fiscales sobre sus propiedades (Acemoglu & Robinson, 2019, p. 279). Esto les permitió vivir de rentas fijas, expandir sus posesiones terrenales y convertirse en el estrato dominante en el ámbito rural (Hung, 2015, p. 24). En general, sus ingresos fueron obtenidos del cobro de servicios en relación con sus conexiones con el Estado, lo que se trasladó como un impuesto extraoficial sobre los campesinos (J. K. Fairbank & Goldman, 2006, p. 104).

Entre las diversas funciones litúrgicas que desempeñaban estaban la coordinación de los trabajos hidráulicos, la caridad, la preservación de cultivos y enseñanza y mantención de los valores confucianos. Usualmente, los miembros de este grupo eran terratenientes o

[9] Existían tres niveles de exámenes: los títulos más bajos se otorgaban a nivel local, aquellos que aprobaban se convertían en *shēngyuán* (生员). El segundo nivel era provincial, quienes aprobaban se convertían en *jǔrén* (举人). El último nivel eran los exámenes metropolitanos que se celebraban en Beijing, quienes aprobaban, se convertían en *jìnshì* 进士. El segundo y tercer nivel eran quienes accedían a cargos oficiales de alto rango (Rowe, pp 45).

[10] Aquellos que poseían títulos menores (shī 师), y no ocupaban cargos públicos desempeñan una amplia gama de actividades semioficiales, como ser la promoción de obras públicas locales, ayudar en la recolección de impuestos a los magistrados oficiales, defensa y seguridad local, administración de obras hídricas, enseñanza del cofucianismo. En ocasiones oficiaban como conductos de los reclamos de actores locales frente a los magistrados (Wittfogel, 1957, pp 315).

comerciantes. A pesar de que eran puestos menores y no rentados, el simple hecho de obtener la certificación más baja en los exámenes imperiales traía aparejados privilegios de estatus, como ser inmune a los castigos físicos y pagar menos impuestos (Kuhn, 2003, p 16).

Obtener al menos el grado más bajo de certificación era la única forma de mantener el privilegio de las familias y garantizar un ascenso social, por lo que invertir en la formación de un familiar para que pueda rendir estos exámenes era una de las acciones más rentables. Dado que la sociedad no estaba dividida en castas ni existía una aristocracia hereditaria, este se convertía en el único mecanismo para pertenecer a la elite (J. K. Fairbank & Goldman, 2006, p. 102; Rowe & Brook, 2012, p. 48). No obstante, el gobierno podía otorgar estos títulos mediante la venta, lo que generalmente sucedía para compensar el déficit del tesoro.

Durante el final del reinado de Qianglong (1711-1799), la venta de títulos imperiales se había extendido a la par de una red de corrupción dentro del secretariado imperial, lo que generó que más de 350.000 títulos, o un 10% del total fueron adquiridos mediante la compra (Acemoglu & Robinson, 2019, p. 281). Para finales del siglo XVIII, la sociedad contaba con al menos tres millones de hombres letrados formados en el arte de la política, pero sin posibilidad de participar de dichos asuntos más allá de la arena local (Kuhn, 2003, p. 17). Esto generaría una gran mano de obra en disponibilidad dispuesta a entrar en acción ni bien se presentarán las oportunidades. Serán precisamente estas elites políticas, particularmente las que desempeñaban funciones oficiales a nivel provincial, las que emergieron como una suerte de clase política "nacional" a partir de la crisis desatada por las Guerras del Opio (1839).

Por último, estaban los terratenientes que no poseían títulos oficiales y vivían del cobro de renta a los campesinos, por la explotación de sus propiedades. Estos eran propietarios de grandes extensiones de tierras (generalmente no consecutivas) y para el siglo XIX vivían mayormente en las grandes urbes, conformando una clase de terratenientes ausentes, es decir, que no guardaban ningún tipo de relación con la administración o gestión de la producción. Estos constituían una clase subsidiaria dentro de la elite, subordinados a los miembros de la elite confuciana y no constituyeron un grupo con poder (Frolic, 2015; Lippit, 2018).

La clase de los comerciantes se conformaba de un grupo de personas cuyo sustento se basaba en la compra y venta de productos, aunque sus tareas iban más allá de la simple comercialización. Generalmente, estaban asociados a la coordinación de actividades tendientes a la producción de bienes de mayor complejidad. Así, por ejemplo, en la elaboración de textiles

se encargaban de asegurar la calidad de los hilos que elaboraban los campesinos, de subcontratar la actividad de elaboración y teñido de telas, y por último de la elaboración de prendas de vestir. Las conexiones entre estos distintos eslabones productivos eran tarea de los comerciantes que conformaron la verdadera clase emprendedora en China. Tradicionalmente, ocuparon una posición menor dentro de la sociedad china (Hua, 2021, p. 25).

El Estado imperial perseguía una política de restringir a los comerciantes para que estos no se aprovecharan de los campesinos (que eran la base de recaudación impositiva del Estado) ya sea mediante la usura o mediante los precios de los granos, y de que las actividades comerciales no se volvieran lo suficientemente rentables y atractivas como para que los campesinos dejen de cultivar la tierra (Deng, 2002, p. 87). A su vez, al no tener domicilio fijo, podían ser elementos disruptivos que escapaban al control de la burocracia. Por todo esto, el Estado fisiocrático imperial tendía a desfavorecer a los comerciantes a costa de las actividades agrícolas que eran consideradas elementales. Por lo que el Estado impulsaba su política de promover la agricultura y reprimir el comercio (Deng, 2002, p. 93; Hua, 2021, p. 54; Hui, 2005, p. 212).

Desde el siglo XIII, con la emergencia del neo confucianismo los miembros de la clase comerciante accedieron a participar de los exámenes imperiales, y constituyeron una de las bases de reclutamiento de la burocracia confuciana, pasando a conformar parte de la clase políticamente dominante en China (Hua, 2021, p. 179; Moulder, 1977, p. 40; Y. Wang, 2015, p. 174). Sin embargo, a pesar de esto, la clase de los comerciantes no logró convertir su poder económico en poder político como si hicieran sus contrapartes europeas (Arrighi, 2005; Hui, 2005, p. 210; Zhao, 2015, p. 14)

Muchos de sus miembros eran parte de la elite rural o de la elite estatal que comenzaron a diversificar sus actividades económicas y sus ingresos. Dado que miembros de ambas elites se superponían o invertían en actividades económicas emergentes ligadas al comercio y la producción, se esperaría que la elite comercial se expandiera (Hung, 2015, p. 25). Sin embargo, esto no sucedió. A pesar de que esta clase acumuló riquezas y miembros individuales lograron ocupar posiciones de poder dentro de la burocracia, la clase comerciante como un todo era políticamente impotente. Esto se debió, en parte, a que el Estado no precisaba del apoyo económico de la clase de los comerciantes para llevar adelante sus tareas cotidianas debido a

que poseía una base de recaudación impositiva eficiente basada en el impuesto a la tierra (Hung, 2001).

China formaba una economía de mercado no capitalista de larga duración, sustentada en un sendero de desarrollo único (Arrighi et al., 2003). Existían elementos relacionados con la estructura social y el estatus que afectaron la reproducción y ampliación de la clase de los comerciantes. A pesar de la existencia de grupos de comerciantes prominentes, estos no eran mucho más que una red descentralizada de familias. Estos grupos rara vez lograron prosperar a lo largo de varias generaciones. El patrón más común era que luego de algunas generaciones de relativa prosperidad económica y acumulación, buscaron ingresar en la elite confuciana, ya sea a nivel local o imperial (Acemoglu & Robinson, 2019, p. 294). Esto se lograba mediante la relocalización del excedente en la formación académica necesaria para los exámenes imperiales. También a través de la compra de tierras, que eran consideradas una forma de riqueza más segura que la actividad comercial (Hung, 2015, p. 26). Por lo tanto, los mecanismos para el ascenso social de los comerciantes eran dos, podían convertirse en letrados (ellos o sus hijos) mediante los exámenes imperiales (o mediante la compra del título si era posible), o convertirse en propietarios de tierras, algo que era ampliamente posible debido a la existencia de un mercado de tierras (Deng, 2002, p. 57).

Estos dos movimientos hicieron que la acumulación de riqueza no se convirtiera en capital, sino en bienes de prestigio y bienes terrenales (Tang, 2018, p. 27). La tierra continuó siendo la inversión más segura y, por lo tanto, fue el principal foco de inversión. Ambas estrategias son coherentes en una sociedad en la que los derechos de propiedad emanaban del status y de la posición en el Estado (Ma, 2012). En este sentido, la clase de los comerciantes generó más terratenientes que modernos capitalistas comerciales (J. K. Fairbank & Goldman, 2006, p. 180).

Como vimos en el apartado anterior, el siglo XIX estuvo marcado por el ascenso de la clase de los comerciantes y de la comercialización de la economía y privatización de los negocios en general. La industria textil se expandió a pazos acelerados, con la emergencia de fábricas con cientos de telares y trabajadores (J. K. Fairbank & Goldman, 2006, p. 160). Esto dio lugar a una cierta dinámica urbana moderna, con empleadores y asalariados, y un aumento del consumo de las urbes (Hung, 2015, p. 15). Sin embargo, no surgió ni un solo taller de tejido de algodón a gran escala basado en trabajo asalariado durante este período. No hay registros de ningún taller de tejido de algodón de gran escala, ni de otra industria, antes de la primera Guerra

del Opio (1839-1842)(Wong, 1997, p. 48). La producción urbana de telas de algodón estuvo limitada a pequeños talleres urbanos, de artesanos y aprendices, y nunca alcanzó un nivel de capitalización de tipo industrial (P. C. C. Huang, 1990, p. 86). Esto limitó no solo la capitalización, sino la división del trabajo y la especialización.

Por lo que, para comienzos del siglo XIX se pueden encontrar en China muchos de los elementos que anticiparon el desarrollo del capitalismo industrial en occidente (Hung, 2015; Rowe, 2009; Von Glahn, 2016). A pesar del incremento de la comercialización y de la riqueza y estatus social de los comerciantes, estos continuaron subordinados a los oficiales imperiales. Se encontraban a merced de arbitrariedades como el pedido de apoyo compulsivo frente a catástrofes o emergencias, así como al pago de regalos, licencias de monopolios y por propiedades. El mayor gasto de capital continuaba destinada a la adquisición de bienes inmuebles, o la obtención de títulos imperiales para mejorar su estatus social y obtener protección para sus riquezas, relegando la inversión en la actividad productiva a un segundo plano.

La clase de los comerciantes nunca pudo romper su subordinación a las autoridades oficiales ni proyectar su riqueza acumulada en forma de capital político frente al Estado (J. K. Fairbank & Goldman, 2006, p. 169). A pesar de que el Estado ejercía tan solo un control parcial sobre las actividades económicas ligadas al crecimiento económico, en las que predominaba ampliamente el sector privado, sí logró controlar las transformaciones sociales que se produjeron como resultado de las transformaciones económicas. Estas transformaciones llevaron a la consolidación de una nueva elite urbana en la que no existían distinciones entre comerciantes, letrados y burócratas.

Por lo que luego de la incorporación de China en la economía-mundo capitalista esta aparece como una sociedad bifronte, por un lado, la existencia de un amplio sector privado ligado al mundo comercial productivo y, por el otro, un Estado que había absorbido dentro de su aparato administrativo a gran parte de la elite que comandaba esa sociedad (Bergère, 1989, p. 24). La incapacidad del Estado para tomar control del desarrollo económico será uno de los legados del siglo XIX, un problema acuciante para una economía capitalista periférica y dependiente como la china. Por esta razón fue muy importante el desarrollo de la política de promoción industrial de finales de siglo XIX durante el movimiento de autofortalecimiento conocida como *Guāndū shāngbàn* (官督商办) que intentó generar las condiciones para el

desarrollo y capitalización de la industria pesada mediante la cual el Estado intentó promover el desarrollo de los actores capitalistas locales (Chan, 1977).

A pesar de esto, las condiciones básicas para el desarrollo de un modo de producción capitalista no llegaron a desarrollarse por completo. Por condiciones básicas entendemos la existencia de un sistema interestatal basado en la competencia militar, que llevara al desarrollo de estructuras burocráticas racionales, a la ampliación del poder fiscal del Estado y a la acumulación incesante de capital como mecanismo para sostener la competencia interestatal. Es decir, no se generaron las condiciones para que el poder económico controlara el poder político, por lo que fue imposible que emergiera de su estructura económico-política un sujeto social impulsado por la incesante acumulación de capital y por la imperiosa necesidad de expansión territorial (Arrighi, 2007, Hung, 2015, Hung, 2001, Chang, 2003). Lo que generó así la paradoja de una economía de mercado sin capitalistas.

Al verse asediada y cercada por las fuerzas militares y económicas de las potencias occidentales, la clase dominante de China intentó negociar su estatus dentro de la economía-mundo capitalista centrada en Europa. Para ello se volcó a la movilización burocrática de la sociedad para intentar adaptar sus instituciones políticas y económicas al nuevo escenario interestatal al que fueron ingresados por la violencia. El Estado burocrático imperial y su elite dominante probarían ser demasiado débiles para coordinar la movilización de recursos necesarios para desencadenar un proceso de modernización que coloque al país en la disputa con occidente. Es decir, que la subordinación y periferialización de China hacia finales del siglo XIX no fue un resultado necesario de su incorporación en la economía-mundo capitalista, sino el resultado del fracaso de su elite y del Estado para hacer frente a los desafíos que el enfrentamiento con Occidente requería.

El Estado imperial intentó llevar adelante un movimiento de autofortalecimiento y modernización tecnológico productivo basado en su larga tradición de intervención y coordinación en la esfera económica (Deng, 2002; I. Weber, 2021), desarrollando una estrategia coherente, similar a la de otros países que intentaron un proceso de ascenso o desarrollo semiperiferico (Moulder, 1976). Para comprender los límites de la respuesta estatal debemos comprender el proceso de autodebilitamiento de la capacidad estatal en que la que se sumergió el Estado imperial desde finales del siglo XVIII.

d) El Estado imperial y la burocracia

Una de las imágenes más claras del imperio chino es la idea de que el Estado era gobernado por oficiales públicos reclutados con base en el mérito académico, aquellos oficiales a los que los portugueses en el siglo XVI denominaron como mandarines (ministros). Se cataloga a este Estado imperial como burocrático, autoritario o despótico. En las visiones más clásicas, este Estado es caracterizado bajo la etiqueta de "despotismo oriental" (Wittfogel, 1957a) como una especie de leviatán absoluto con capacidad de oprimir al conjunto de la sociedad mediante el uso del poder burocrático (Acemoglu & Robinson, 2019). En este sentido, colocan a la burocracia china como un impedimento para el desarrollo de relaciones sociales de producción de tipo capitalista, dicha estructura imperial estaba sobrecargada de principios normativos y valores que mantenían el status quo antes que impulsar el cambio y la expansión (I. Wallerstein, 2011, p. 113). Otras miradas sostienen que la existencia prolongada de una burocracia con capacidad para administrar la vida de millones de personas en China sentó las bases para la planificación económica mediante una mayor intervención del Estado durante el siglo XX, lo que posibilitó eventualmente la modernización de la economía (Cabestan, 2019; Kirby, 1990; Perkins, 1975; I. M. Weber, 2021).

Dentro de esta perspectiva se resaltan elementos ideológicos y culturales, como en la noción de Estado legalista-confuciano, el cual contó con la capacidad de monopolizar las fuentes del poder político e ideológico, utilizar el militar y subordinar al poder económico (Zhao, 2015). En línea con esta segunda caracterización, el Estado imperial es representado como un Estado fisiocrático y paternalista, más alejado de la idea de un leviatán todopoderoso, y más cercano a un autoritarismo blando (Deng, 2002, p. 92), sobre el que operaban limitaciones estructurales a su poder y capacidad. A su vez, estudios recientes resaltan sus limitaciones, pero también, su capacidad de intervención estatal en la formación de precios, el fomento a la agricultura, la promoción de actividades económicas y la política monetaria (Rowe & Brook, 2012; I. Weber, 2021).

En teoría, el emperador ejercía el poder absoluto, pero en los hechos estaba limitado por la necesidad de mantener los ritos y formas adecuadas. El soberano estaba limitado por la práctica del lǐ (礼), por la benevolencia moral o ren (仁) que emanaba de su posición superior dentro del orden social y de su deber de mantener el equilibrio social, por lo que muchas de las

decisiones ejecutivas cotidianas recaían sobre los gobernadores y administradores locales quienes poseían una formación en los principios confucianos y asistían al emperador en la preservación del "mandato del cielo" (Rowe & Brook, 2012, p. 37; Stasavage, 2020, p. 143; Zhao, 2015, p. 181).

En su estudio de la formación estatal imperial en la antigua China, Hui (2005) resalta tres elementos para comprender el proceso de fortalecimiento del poder estatal, el poder militar, la capacidad fiscal y la capacidad de diseñar estrategias políticas inteligentes. En este sentido es que, la capacidad relativa de los Estados no depende tan solo de la disponibilidad de recursos de la nación, sino de la capacidad del Estado para concentrar los recursos necesarios para hacer la guerra y para movilizar el apoyo de la sociedad (Hui, 2005, pp 30). Estos tres elementos se traducen en tres acciones claras: establecer un ejército permanente, la nacionalización de los impuestos directos e indirectos y, la construcción de una burocracia permanente. En este sentido, un Estado se fortalece cuando centraliza estas capacidades y se debilita cuando necesita de la intermediación de terceros. Estas tendencias pueden comprenderse como movimientos de autofortalecimiento y movimientos de autodebilitamiento. En el caso de la dinastía Qing, estos tres elementos serán horadados sistemáticamente a partir de la crisis de finales del siglo XVIII y del proceso de incorporación a la economía-mundo capitalista.

El origen de la burocracia en China se remonta a la sociedad clásica del período de los "Reinos Combatientes" (475-221 A.C.). Durante este período florecieron las escuelas del pensamiento más importantes de China, el Confucianismo, el Taoísmo y el Legalismo (Zhao, 2015, p. 176). Estas tres escuelas desempeñaron un papel central en la formación del orden político y del encumbramiento social de los sabios como administradores de lo público (Hui, 2005, p. 173). A medida que el poder político y militar se centralizó y con la victoria del Estado de Qin sobre sus rivales surgió el primer imperio (221-206 A.C.).

Uno de los elementos que diferenció al Estado imperial de un Estado feudal fue su capacidad de imponer su autoridad más allá de los terrenos reales, o de algunos territorios cercanos a centros urbanos. Las reformas legalistas, tendientes a fortalecer el poder estatal, dividieron el territorio de Qin en cuarenta y un condados y la designación de funcionarios a sueldo encargados de administrarlos (Zhao, 2015, p. 195). Durante la dinastía Han (202 A.C 220 D.C) se crearon los xiàn (县) que constituyen las unidades administrativas básicas hasta el día de la fecha (Cabestan, 2019, p. 44). También, durante este período se establecería el sistema

de registro de hogares conocido como hùkǒu (户口), el sistema de responsabilidad compartida, la organización de la sociedad y el acceso a privilegios con base en rangos militares, y un conjunto de leyes destinadas a desalentar y regular las actividades comerciales. El hùkǒu (户口) o sistema de registro de hogares fue la base para el cobro de impuestos, el trabajo obligatorio y el reclutamiento militar durante 25 siglos, y continúa operando en la RPC, siendo una de las instituciones claves para comprender el éxito de las reformas económicas y del poder del Estado (F.-L. Wang, 2005, p. 33).

Desde el momento de unificación imperial la palabra jùnxiàn (郡县) es sinónimo de gobierno administrado centralmente, en contrapartida a fēngjiàn (封建) traducido comúnmente como feudalismo, en referencia a un gobierno cuyo poder político se encuentra descentralizado (J. K. Fairbank & Goldman, 2006, p. 56). Una vez unificado el primer imperio, y sobre la base de estas medidas, el poder del Estado chino alcanzaría todo el territorio imperial.

No será hasta varios siglos más tarde, durante la dinastía Tang (618-906), que se establecerán formalmente los exámenes imperiales como mecanismo principal de reclutamiento de los oficiales. Esto marca el comienzo en que la elite letrada no hereditaria se convirtió en la clase políticamente dominante al servicio del emperador (Rowe & Brook, 2012, p. 45; Y. Wang, 2022, p. 100). El sistema de exámenes también garantizó cierto mecanismo de ascenso social y otorgó mayor pluralidad étnica, regional, y social a la burocracia. Era poco común que quienes aprobaran los exámenes descendieran de manera directa de alguien que poseía un título imperial (Rowe & Brook, 2012, p. 48; Y. Wang, 2022, p. 128).

El contar con este aparato burocrático permitió al Estado desempeñar diversas funciones de regulación y control social. Entre las funciones más importantes estaba el censo y registro de los hogares y de todos sus miembros, el censo de tierras agrícolas, el cobro de impuestos, el reclutamiento militar, la disposición de castigos y de justicia, la organización del trabajo colectivo para llevar adelante obras de infraestructura. Todas estas funciones se desplegaron a nivel local, permitiendo que el gobierno central ejerciera el gobierno directo del Estado sin la intermediación de autoridades locales autónomas. Esto otorgaba al gobierno central una gran capacidad de penetración en la sociedad y de extracción y centralización de recursos.

Este tipo de burocracias es necesaria para el mantenimiento de un imperio-mundo como era la civilización china. El mantenimiento de esta estructura político-administrativa podía imponer grandes costos a los productores directos y, en tiempo de malas cosechas, generar

desequilibrios internos que terminaran en grandes revueltas campesinas (S. Mann & Jones, 1987, p. 15). Sin embargo, el Estado imperial chino logró mantener su unidad a lo largo de siglos gracias a dos revoluciones económicas y productivas, una durante las dinastías Tang y Song (618-1279 D.C.) y otra durante las dinastías Ming y Qing (1368-1911 D.C.).

Mediante estas dos expansiones económicas, el tamaño de la economía creció y el Estado pudo obtener los recursos necesarios para su mantenimiento sin deteriorar la calidad de vida de sus súbditos (Rowe & Brook, 2012, p. 32). Esta expansión continuó hasta que el crecimiento de la población y el agotamiento del nicho ecológico durante el siglo XIX impusieron limitaciones físicas al crecimiento extensivo (P. C. C. Huang, 1990; Pomeranz, 2001; von Glahn, 2016). Además del crecimiento económico, se destaca la política oficial de mantener un gobierno frugal, la que impuso limitaciones a la expansión del aparato burocrático (Deng, 2002, p. 98) como estrategia para contener el gasto. Este legado de gobierno pequeño traerá aparejado un deterioro de la capacidad estatal durante el siglo XIX, que se extenderá hasta la mitad del siglo XX (Rawski, 1989).

Las funciones que desempeñaba el aparato administrativo eran centrales para la vida cotidiana a nivel local y su funcionamiento correcto garantizaba la estabilidad a lo largo y ancho del imperio. Entre las funciones principales del emperador estaba la de mantener la armonía, esto implicaba hacerse cargo de la construcción de represas, canales y diques necesarios para prevenir inundaciones y para el transporte y, mantener el normal funcionamiento del sistema de graneros públicos. Por su parte, el sistema de graneros servía para prevenir hambrunas durante períodos de escasez, pero también se utilizaba como un mecanismo de control de precios en beneficio de los campesinos (I. Weber, 2021; Wong, 1997; Zhao, 2015).

Estas tareas recaían en los gobiernos locales, y el mal desempeño de funciones o la incapacidad para llevarlos adelante repercutían negativamente en la legitimidad del gobierno imperial, que podía perder así el "mandato del cielo" (Stasavage, 2020, p. 142). El emperador ocupaba un rol de coordinador central, cuando un conjunto de políticas implementadas y ejecutadas a nivel provincial era exitosa, se encargaba de transmitir las buenas ideas y prácticas hacia otros gobiernos provinciales para que las implementen (Rowe & Brook, 2012, p. 37). Esta función de coordinación y difusión de buenas prácticas del gobierno central se mantendrá hasta la contemporaneidad, en una suerte de centralización de las decisiones y descentralización de la ejecución (Ye, 2020).

Es necesario aclarar que, cuando se hace referencia a gobiernos locales, se entienden cosas diferentes en Occidente y en Oriente. Mientras que en Occidente el gobierno local es un poder político-administrativo que emerge de algún tipo de elección a base de participación ciudadana, ya sea restringida o ampliada cuyas competencias administrativas y fiscales son reguladas por algún tipo de cuerpo asambleario (cortes, corporaciones mercantiles o de artesanos, etc.) que protegía a los comerciantes y artesanos locales contra los poderes de confiscación del Estado local (Mielants, 2008, p. 83), en China era muy diferente. El gobierno local era un organismo administrativo con capacidad gerencial creado y dirigido por la elite local y designado por el gobierno central que cumple funciones organizativas y fiscales, y que es dirigido por los miembros de las elites, que operan como intermediarios entre los campesinos y el poder central expresado en el magistrado de distrito, es la sede administrativa del poder imperial (J. K. Fairbank & Goldman, 2006, p. 198).

Por este motivo, los comerciantes no pudieron penetrar en los gobiernos locales como espacios de protección frente al poder central, y la participación política les fue vedada, a excepción de la posibilidad de convertirse ellos o sus descendientes en literatos confucianos. Por su parte, los miembros de la élite local desempeñaban funciones públicas importantes en nombre del Estado, pero sin recibir necesariamente un salario a cambio (S. Mann & Jones, 1987, p. 13). Debido a esto, el sistema no estaba exento de abusos y corrupción, que en muchos casos eran la norma (Kuhn, 2003, p. 80). El cobro de sobretasas en los impuestos y el mal manejo de las obras locales estaban entre las dos cosas que más penurias generaban a los campesinos.

Durante la dinastía Ming (1368-1644 D.C.) se desplegó el sistema lǐjiǎ (里甲) que organizó a todos los ciudadanos en una jerarquía administrativa que se extendió desde la corte imperial hasta el nivel de los hogares. Su propósito principal fue el de disponer los hogares para el trabajo forzoso y el pago de impuestos. Formalmente, se desplegaron en todo el imperio en el año 1381, este sistema agrupó a cien hogares (lǐ) y a su vez estaba compuesto de diez grupos de diez hogares (jiǎ), los jiǎ tenían un jefe rotativo denominado jiǎshǒu (甲首), también denominado como “capitán de impuestos” dado que su función principal era la de recaudar los impuestos de la tierra y organizar el trabajo. Estos desempeñaban funciones litúrgicas en servicio del Estado, y eran centrales para el funcionamiento del gobierno por debajo del nivel de distrito. El sistema no solo estaba pensado para distribuir las cargas fiscales, sino que mediante el registro de la población en hogares, y los hogares en jiǎ y los jiǎs en lǐjiǎs se obtenía

un registro permanente de la población que permitía un control más preciso de los funcionarios sobre el conjunto de la sociedad civil, fortaleciendo al primero sobre la segunda (Brook, 2005, p. 19).

Precisamente durante la dinastía Ming, se utilizaría el trabajo forzoso movilizado a través del sistema de registros de hogares lǐjiǎ y del poder extraeconómico de los terratenientes para reforzar las tareas de mantenimiento de canales y regadíos a nivel local. El sistema comenzaría a caer en desuso hacia el final de la dinastía Ming, aunque la base de su organización continuaría siendo central en la administración del país. Lentamente en la dinastía Ming tardía comenzaría un proceso de autodebilitamiento estatal que se prolongó durante la dinastía Qing. Con el aumento de la comercialización y la retirada de los terratenientes del campo hacia la ciudad, el Estado perdió la capacidad de movilizar a los campesinos para obras de infraestructura hídrica o colectiva (P. C. C. Huang, 1990, p. 35).

Con el advenimiento de una dinastía foránea como la Qing (de origen Manchú) se estableció una sinarquía, por cada puesto de importancia en la administración se designó una autoridad Manchú (leales a los Qing), que garantizaba la lealtad al emperador y, a la vez, se designaba un literato confuciano de origen Han (que conocía cómo funcionaba la administración) (J. K. Fairbank & Goldman, 2006, p. 149). Ambos reportaban al gobierno central constituido por los seis ministerios, y sobre estos el emperador mismo. A pesar de este doble comando, el aparato burocrático se mantuvo relativamente pequeño, pero eficiente en la administración de un imperio de las dimensiones demográficas y territoriales de China. Algo similar sucedía en el plano militar, el ejército permanente (incluyendo los abanderados manchús Qírén (旗人) y la armada permanente han abarcaba menos de un millón de soldados para pacificar y defender una población de casi 400 millones de habitantes (Rowe & Brook, 2012, p. 32).

Otra característica del gobierno Manchú a nivel fiscal fue el establecimiento del Departamento de la Casa Imperial, que recaudaba y administraba enormes ganancias de las más diversas fuentes, entre ellas de la aduana de Guangzhou, de las licencias de monopolio sobre la sal y el acero, de la administración de tierras y de la producción de manufacturas o el cobro de tributos. Este departamento funcionó en paralelo a la administración civil oficial, por momentos compitiendo por recursos con ella (J. K. Fairbank & Goldman, 2006, p. 150).

A pesar del despliegue territorial de este complejo sistema administrativo, el control del gobierno central por debajo del nivel del sub-distrito era casi nulo, lo que eventualmente lo distanció de su base de recaudación impositiva principal, los campesinos (Kuhn, 2003, p. 22). Debajo del nivel provincial, estaban las prefecturas administradas por el prefecto, luego seguía el nivel del distrito bajo el mando del magistrado, estas eran las instancias formales del poder gobernado por burócratas con títulos de los exámenes imperiales. En total existían aproximadamente 1300 distritos en todo el imperio. Por debajo de este nivel, existían organizaciones autónomas de aldeas y municipios con jefes locales (Rowe & Brook, 2012, p. 37).

El Estado imperial Qing estaba limitado en su capacidad de recolección de impuestos porque la administración imperial alcanzaba hasta el nivel del distrito. Un solo distrito podía abarcar más de un millón de personas, sobre las que el magistrado debía gobernar, administrar la seguridad, mantener la obra pública, la educación, y la administración de litigios civiles. Los magistrados carecían de los recursos tanto económicos como de personal necesario para realizar todas estas funciones (Kuhn, 2003, p. 20; Rowe & Brook, 2012, p. 38). Esta realidad abriría paso a un conjunto de estrategias tendientes a la participación informal de la elite local letrada, que desempeñaría funciones administrativas al servicio del magistrado, pero sin ser formalmente parte de la administración pública oficial (Zheng, 2002, p. 308).

Un elemento distintivo era que los magistrados no podían ejercer una función pública en sus distritos de origen, donde se localizaban sus propiedades, sus familias y sus redes de influencia. Esto también limitaba la capacidad del magistrado para movilizar recursos a nivel local. Además, estos funcionarios rotaban periódicamente para evitar que se conviertan en la cabeza de poderes locales con capacidad de desafiar al poder central.

En los niveles inferiores al distrito, municipios, aldeas y comunas la recolección de impuestos dependía de agentes cuasioficiales designados por las autoridades locales que debían controlar la recolección de múltiples aldeas en simultáneo. Por lo que el ejercicio del gobierno local era una tarea compartida entre la burocracia oficial y diversos grupos de interés y organizaciones con poderes para-burocráticos (P. C. C. Huang, 1990, p. 36; S. Mann & Jones, 1987, p. 15; Zheng, 2002, p. 309). Aunque limitado en su penetración territorial para ejercer el gobierno directo, durante el período de auge de la dinastía Qing (siglo XVII/XVIII) el Estado

demostró una gran capacidad de intervención en dos políticas, los graneros públicos y la política monetaria.

Mediante la política de graneros públicos, la dinastía Qing perseguía no solo el abastecimiento de la población en tiempo de hambrunas o malas cosechas, sino que los mismos eran utilizados como un mecanismo de control de precios sobre los granos. El Estado compraba grano barato cuando había excedente, haciendo subir artificialmente el precio para beneficiar a los productores y defender a los consumidores cuando el grano escaseaba, aumentando la oferta y equilibrando los precios. Era una práctica efectiva para controlar precios, que además se autosostenía, dado que compraban barato y vendían a precios más elevados (Rowe & Brook, 2012, p. 56).

Esta política denominada chángpíngcāng (常平仓), cuya traducción más precisa es la de graneros para mantener la estabilidad de precios constante, no buscaba reemplazar los mercados, sino el equilibrio de precios mediante la participación del estado en el mercado (Rowe & Brook, 2012, p. 56; I. Weber, 2021, p. 35). La expansión del sistema de graneros públicos que sucedió a partir de 1740 permitió diseñar el sistema de control de hambrunas más efectivo de su época y acompañar el crecimiento poblacional con el acceso a la alimentación necesaria para sostenerlo.

El Estado también fue particularmente riguroso en su control de la política monetaria. Incluso en ausencia de una moneda oficial de plata, el gobierno implementó una política bimetálica, acuñaba monedas de cobre para las transacciones cotidianas y cobraba los impuestos en plata metálica sin acuñar (Von Glahn, 2019). Por esto, el control del tipo de cambio entre el cobre y la plata se volvió crucial para mantener la estabilidad de precios y el pago regular de los impuestos a la tierra. En lugar de fijar un tipo de cambio, el gobierno utilizó mecanismos de mercado para sostener el precio, interviniendo eventualmente para corregir desequilibrios (similar al tipo de cambio flotante de la política monetaria contemporánea), imitando en la práctica la misma estrategia que se utilizara para sostener los precios de los granos en el sistema anteriormente descrito (Rowe & Brook, 2012, p. 58).

Ambos mecanismos entrarán en crisis cuando China sea incorporada a la economía-mundo capitalista a partir de mediados del siglo XIX. Sin embargo, constituyen el sustento de una práctica estatal de regulación del mercado que continuará presente en la economía china

durante las décadas por venir, dando origen a una práctica económica original contraria a las del libre mercado pregonadas por Occidente (I. Weber, 2021).

Así, la imagen de un Estado todopoderoso y autocrático que imponía límites al desarrollo del capital privado, que eventualmente obturó la emergencia del capitalismo en China, está lejos de coincidir con la realidad. Por el contrario, el Estado demostrará ser demasiado débil para movilizar los recursos fiscales necesarios para apoyar a sus clases emprendedoras como para que se desarrollen las relaciones sociales de producción capitalista.

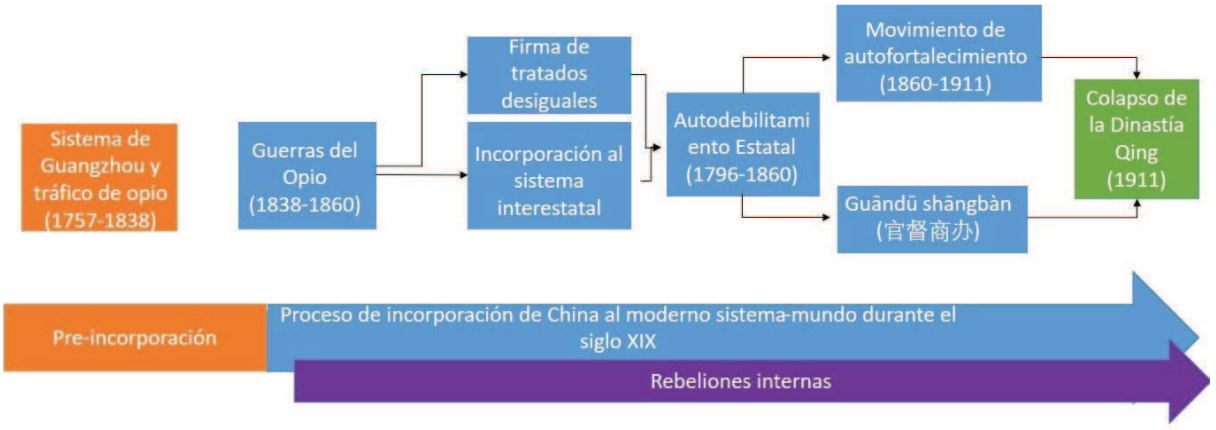
La ausencia de una clase proto-empresarial que concentrara los medios de producción y el capital disperso en el agro y lo redirigiera hacia la industrialización de los centros urbanos, junto con una estructura productiva agraria basada en los hogares de campesinos que estaban atrapados en una lógica de crecimiento involutivo, se debe sumar la debilidad fiscal del Estado que carecía de los medios para concentrar el excedente por medio de los tributos y redirigirlo hacia objetivos nacionales. Estos tres elementos impidieron el desarrollo de un proceso de acumulación originaria que diera inicio al desarrollo del capital. La incorporación en la economía-mundo capitalista aparecerá como una oportunidad para transformar estos tres elementos, pero las derrotas militares y la penetración del capital extranjero profundizarán estas tendencias estructurales de la economía china.

Capítulo N.° 3: El proceso de incorporación.

a) Incorporación y periferalización

Al comienzo de la expansión del sistema-mundo capitalista, muchas zonas del mundo no participaban de este sistema de manera directa. A estas zonas Wallerstein las denominaría arenas externas. De acuerdo con este autor, el sistema-mundo atraviesa ciclos de expansión y contracción económica que se resuelven mediante una expansión territorial que incorpora nuevos territorios a la economía-mundo capitalista para ser explotados. Esto se denomina como período de "incorporación", y describe el proceso por el cual una zona que en algún momento estuvo en la arena externa de la economía-mundo capitalista se convierte en parte de la periferia. Este modelo involucra tres momentos sucesivos para una "zona": estar en la arena externa, ser incorporado y ser periferalizado. El proceso de periferialización suele implicar la destrucción de las manufacturas locales y su reemplazo por producto del centro (So, 1986, p. 53). Ninguno de estos momentos es estático; todos ellos involucran procesos dinámicos y conflictivos.

Figura Nº 1: Proceso de incorporación de China y formación estatal



Fuente: elaboración propia en base a Ru (2022)

La incorporación implica "enganchar" la zona en la órbita de la economía mundial de tal manera que prácticamente ya no pueda escaparse mediante redes de producción, comercialización y flujos financieros, mientras que la periferización implica una transformación de la estructura económica que busca profundizar el desarrollo de relaciones

capitalistas de producción para colocarla al servicio de las necesidades del centro (I. M. Wallerstein, 2011b, p. 129).

Una zona está incorporada cuando alguno de sus procesos productivos responde de alguna manera a los cambios en las condiciones de mercado de la economía-mundo, con el objetivo de intentar maximizar sus ganancias. Si esto no sucede, se debe considerar a la zona como externa, sin importar que tan rentable e intenso es el intercambio comercial. China formaba parte de la arena externa de la EM-C hasta mediados del siglo XIX. Las arenas externas consisten en aquellos otros sistemas con los que una economía-mundo dada tiene algún tipo de relación comercial, basada principalmente en el intercambio de productos preciosos, lo que a veces se denominaba "comercio de riquezas" (I. M. Wallerstein, 2011a, p. 579).

Los análisis de sistemas-mundo han sido criticados por presentar a las arenas externas y a las periferias como agentes pasivos a disposición del centro, para ser asimilados y cooptados (Yamada, 2012). Para fortalecer la perspectiva de análisis de sistemas-mundo debemos reconocer que pueden existir diferentes mecanismos de penetración del capitalismo en las sociedades precapitalistas y que pueden tener impactos de diferente intensidad. Por lo que, pueden existir diversas respuestas adaptativas de las zonas incorporadas que desencadenan múltiples caminos posibles de desarrollo local frente al mismo estímulo del sistema-mundo capitalista, este no elimina todos los factores locales preexistentes (So, 1986, p. 06). Pero, el proceso de incorporación al sistema-mundo capitalista trae aparejado profundos cambios sociales y fija los límites dentro de los cuales el desarrollo local puede desenvolverse (I. Wallerstein, 1984, p. 12). Por lo que resulta importante establecer cómo la dinámica entre el sistema-mundo y las fuerzas locales interaccionan entre sí, fijando relaciones y estableciendo patrones particulares de desarrollo.

De acuerdo con So (1986), el proceso de incorporación de una arena externa dentro del sistema-mundo capitalista es clave dado que la forma particular en la que este impone su dominio y, la forma específica que adopta la lucha de las fuerzas locales para adaptarse o resistir esa dominación tiene ramificaciones políticas y económicas trascendentales (So, 1986, p. 08). El momento del desarrollo del sistema-mundo capitalista en que se produce la incorporación, las relaciones históricas, la fuerza de la clase dominante local, el poder del Estado, los sectores productivos involucrados, y la rapidez con la que se desenvuelve el proceso de incorporación

son todos elementos que determinan si el proceso es exitoso o no, y además condicionan la dinámica de la relación a futuro.

Una vez incorporada, una arena externa comienza a sufrir transformaciones en su estructura productiva. Un ejemplo típico es el de las áreas que fueron convertidas en colonias cuyas estructuras productivas, particularmente las actividades agrícolas o mineras, son reconvertidas y especializadas en monocultivos comerciales como azúcar, café, caucho, cacao, etc. para servir a las necesidades de consumo y proveer de materias primas de las elites industriales del centro. El caso de la caña de azúcar o el café en Brasil son dos ejemplos de este tipo de economías de enclave (J. W. Moore, 2000; Schincariol, 2024).

Las consecuencias de este tipo de colonización se hacen sentir luego de los procesos de independencia formal de los países coloniales, particularmente en su estructura social y política, con impactos negativos en la distribución del ingreso y en el crecimiento económico (Palma, 1987). Las grandes plantaciones del período colonial empoderan a una clase terrateniente rentista que opera como un impedimento para el desarrollo de una economía industrial moderna, dado que acapara para sí gran parte del excedente rural en forma de rentas (Kay, 2002).

El caso de China se diferencia de estas experiencias dado que ninguna potencia imperialista individual logró penetrar en el interior rural ni hacerse con el control político territorial suficiente como para reorganizar su economía agraria (Hung, 2015, p. 39). Como vemos en la figura N°1 el proceso de incorporación trajo aparejado el comienzo de la transición al sistema capitalista y la emergencia de un Estado-nación moderno. Es decir, que el proceso de construcción estatal moderno no fue iniciado por una dinámica interna, sino moldeado por fuerzas externas provenientes del proceso de incorporación (Ru, 2022). Ambos están atravesados y condicionan la capacidad de adaptación y respuesta del Estado imperial chino. La penetración y el cercamiento por parte de los Estados europeos socavó las instituciones estatales pre-modernas. La respuesta activa del Estado chino frente a este proceso sentó las bases del proceso de modernización de su aparato estatal.

b) El sistema-mundo capitalista: contrabando, guerras del opio y subordinación

Para el siglo XIX la economía-mundo capitalista europea había entrado en su etapa industrial. La invención de la máquina a vapor y el comienzo de la maquinización de las manufacturas permitieron un salto en los niveles de productividad. El uso de los buques a vapor

a base de la quema de carbón revolucionó el transporte marítimo y la industria naval militar. Esta fusión entre el sistema capitalista y la industrialización, permitiría que las actividades manufactureras tengan una tasa de retorno lo suficientemente significativa para convertirse en el activo de inversiones más importante, siendo el método de canalización de una gran porción del capital circulante en la economía (Arrighi, 2009). Paulatinamente, estas innovaciones tecnológicas y productivas se expandieron hacia el resto de los países del continente europeo y de las colonias americanas.

Tabla Nº 4: La jerarquía de riqueza del Sistema Mundo Capitalista y sus arenas externas (1820)

	PBI per cápita (2011 US$)	Población Porcentaje	Porcentaje PBI per cápita sobre el promedio mundial	Porcentaje del PBI mundial
Centro	**1991**	**16,40**	**157,67**	**31,45**
Reino Unido	3.306	2,40	261,86	2,69
Países Bajos	3.006	0,26	238,10	5,41
Estados Unidos	2.674	1,13	211,81	0,82
Italia	2665	2,28	211,10	0,24
Bélgica	2.358	0,39	186,77	0,01
Semiperiferia	**1004**	**3,84**	**79,53**	**3,74**
Checoslovaquia	1.353	0,86	107,17	1,04
Finlandia	1.313	0,13	104,00	0,15
Sudáfrica	1.188	0,17	94,10	0,19
Líbano	1.084	0,04	85,86	0,04
México	1.007	0,15	79,76	0,67
Periferia	**825**	**29,88**	**65,34**	**24,36**

India	937	23,57	74,22	19,71
Filipinas	931	0,25	73,74	0,20
Tailandia	909	0,53	72,00	0,43
Irán	877	0,74	69,47	0,58
Irak	877	0,12	69,47	0,10
Arena externa	**842**	**49,88**	**66,73**	**40,45**
Japón	1.317	3,50	4,11	4,11
China	882	42,97	33,83	33,83
Vietnam	840	0,74	0,55	0,55
Corea	816	1,06	0,77	0,77

Fuente: elaboración con base en Maddison (2020)

Como se puede observar en la tabla N.° 4, el centro del sistema abarcaba a un 16% de la población mundial y concentraba un 30% del PBI mundial. Un 60% del PBI mundial estaba formalmente incorporado a las redes de producción de la economía-mundo capitalista. Por su parte, la arena externa abarcaba un 40% del PBI mundial, de los cuales China representaba un 33%. Para finales de las "Guerras Napoleónicas", Gran Bretaña estaba perdiendo posiciones en los mercados internacionales frente a sus rivales europeos y norteamericanos, particularmente en la industria textil. En estas circunstancias, el control político directo sobre mercados sin protección como la India se volvieron claves en la estrategia de acumulación de capital británica (Arrighi, 2010, p. 270). En este contexto los británicos promovieron una nueva ronda de expansión del sistema-mundo capitalista hacia nuevas arenas externas.

Durante el siglo XVIII el comercio entre la compañía de las Indias Orientales y China se expandió, dando lugar al sistema de puertos de Guangzhou. Este sistema era clave en la recaudación fiscal del tesoro de la dinastía Qing. El flujo de plata del cual dependía la economía de mercado china provenía en su gran mayoría del comercio exterior. El influjo de plata proveniente del comercio con Gran Bretaña generó transformaciones económicas profundas, como el incremento de la comercialización de la economía y el desarrollo del sector manufacturero (von Glahn, 2016, p. 539; Von Glahn, 2019). Esta ebullición que generaría el

sector externo en la economía de mercado china irá debilitando al Estado vis a vis el sector privado (Hung, 2001, p. 475). A su vez, este ingreso masivo de plata, se combinaría con una escasez relativa de cobre, lo que produciría desequilibrios en el tipo de cambio y acarrearía problemas de liquidez monetaria para el Estado chino.

Para el año 1820 las diferencias entre las zonas del sistema-mundo comienzan a aparecer más marcadas. Gran Bretaña había asumido la hegemonía sobre el sistema-mundo. Hasta ese momento el Imperio Chino constituyó una arena externa al moderno sistema-mundo capitalista. Como reacción frente a una presencia más agresiva de los Estados europeos en la región, la dinastía Qing decide establecer controles más estrictos sobre el comercio marítimo. Entre las principales medidas se decide establecer como único puerto comercial habilitado para las operaciones con los comerciantes europeos al puerto de Guangzhou. Este sistema de comercio administrado y restringido, permitió aislar a los productores y comerciantes chinos de sus contrapartes europeas a través de la mediación del Estado imperial y de sus agentes políticos y económicos. A su vez, le permitió al Estado recolectar de manera más eficiente las ganancias del comercio exterior con la ayuda de la elite comercial local que se encargaba de esta tarea.

Mediante este sistema, los productores chinos participaban del comercio exterior, pero la estructura social, productiva y política del imperio se mantuvo relativamente desconectada de las redes de producción global. Si bien el volumen del comercio era más bien insignificante para el tamaño de la economía china, el tesoro imperial se volvió dependiente del comercio exterior como suministro de plata.

Durante la dinastía Qing se terminó de reformar el sistema impositivo, y se unificó el tributo en un solo impuesto sobre la tierra a pagar en plata (antes los tributos recaían principalmente sobre los hogares y se pagaban mediante especie, trabajo forzado o cobre). A partir de esta reforma impositiva, la economía china necesitó de mayor circulante de plata para hacer frente a sus necesidades fiscales. Este circulante metálico sería obtenido mediante el comercio exterior, principalmente con las potencias europeas.

De esta manera, China y los Estados europeos participaban del comercio internacional mediante el intercambio de productos suntuosos, seda, té y porcelana a cambio plata, dado que los comerciantes y la economía china no demandaban los productos que los europeos fabricaban. En el plano comercial externo, la economía china era relativamente autosuficiente. En la relación bilateral con Gran Bretaña, esta enfrentaba déficits comerciales crónicos debido a la

importación de té, y por las tasas de cambio entre el oro y la plata. De no ser por la creciente demanda de té por parte de Gran Bretaña, el comercio hubiera sido deficitario para la contraparte china. Además, China importaba algodón de Bengala para su creciente industria textil (Hung, 2001, p. 479).

Para mediados de siglo XIX, la mayor parte del té que consumía Gran Bretaña se importaba desde China (esto continuaría hasta la década de 1870, cuando el té de la India desplace a los productores chinos del mercado mundial). Se estima que hasta un 70% del té que se producía en China era adquirido por los ingleses (J. K. Fairbank & Goldman, 2006, p. 195). La Compañía de las Indias Orientales británicas tenía el monopolio del comercio del té y era el agente capitalista encargado de su comercialización. Debido al incremento de la demanda Gran Bretaña registraba un continuo drenaje de plata hacia China. Para contrarrestar esto, el gobierno exigía a la Compañía que vendiera a cambio productos manufacturados en China, pero estos se vendían a muy bajo costo, dado que los productos que ofrecía la Compañía no eran del interés de los consumidores chinos (Schoppa, 2014, p. 44).

La solución a este déficit provino de la estrategia de triangular el comercio con la colonia de la India. Desde finales del siglo XVIII, la Compañía Británica de las Indias Orientales comenzó a exportar opio hacia China para cubrir el déficit comercial y facilitar el intercambio entre la India y China. Las importaciones de opio proveniente de la India y transportado por los comerciantes ingleses, iniciaría un lento, pero sostenido proceso de reversión de la balanza comercial en favor de Gran Bretaña. China era un gran mercado para el algodón, así como para el opio, ambos producidos en la India. Los británicos lograron por primera vez en la historia aumentar la producción de opio en la India a gran escala, así como difundir su consumo masivo en China (Moulder, 1977, p. 101).

En la década de 1711-1720 la importación de plata alcanzó los 6.312.798 de taeles, diez veces la cantidad de la década anterior. Para las dos décadas siguientes el total de plata importada se redujo y se mantuvo a niveles próximos a los 2 millones de taeles. Durante las dos próximas décadas 1740-1760 la importación de plata se desplomó a 600 mil taeles y 400 mil tales respectivamente, coincidiendo con el período de reformas sobre el comercio exterior (Hung, 2001, p. 489). Esto puede observarse por el flujo de barcos en el puerto de Guangzhou. Entre 1756 y 1758 la llegada de buques extranjeros se redujo estrepitosamente (producto de la

Guerra de los Siete años), esto afectó el flujo de plata y produjo una profunda recesión en la economía China (Hung, 2001, p. 488).

Entre 1729 y 1879 la importación de cofres de opio pasó de 200 a 87000, como resultado de esta expansión del comercio, en 1820, Gran Bretaña registró por primera vez superávit comercial con China y la cantidad de plata que salía del país superó a la cantidad que ingresaba (Moulder, 1976 p. 101). Precisamente, 1820 es el año en que comenzaría la depresión de Daoguang, ligada en parte a los elementos internos descritos en apartados anteriores, pero también producto de la depreciación del cobre producto de los cambios en los flujos de plata (Von Glahn, 2019). El drenaje constante de circulante de plata, se sumó a la caída de la producción de cobre, produciendo una reducción de los stocks de metales utilizados como monedas, iniciando una deflación que contrajo el comercio (Bergère, 1989, p. 18). A partir de este momento, el déficit del comercio exterior de China se convirtió en un problema fiscal que se acrecentaría con el tiempo.

El déficit para pagar las importaciones de opio comenzó a alarmar al gobierno, dado que notaron que la plata se apreciaba frente a las monedas de cobre utilizadas por los campesinos. Estos necesitaban cambiar el cobre por plata para el pago de impuestos. Las alteraciones en el tipo de cambio afectaban negativamente los ingresos de los campesinos y su capacidad de pagar impuestos. Esto era una amenaza tanto los ingresos del gobierno como el sustento popular, lo que podía conducir a rebeliones internas (J. K. Fairbank & Goldman, 2006, p. 198).

Aquí podemos detectar como primer paso de la incorporación de China la transformación que se produce en el comercio del té, que pasa de ser un bien de consumo suntuoso a ser de consumo de masas en Gran Bretaña. Esto implicó que China pasara ser un proveedor central de bienes de consumo masivo (el té) hacia el centro del sistema-mundo capitalista. A su vez, se convierte también en un actor clave para equilibrar las cuentas externas de Gran Bretaña y convertir a la India en una posición colonial rentable, siendo el principal mercado de exportación del opio (Moulder, 1977, p. 102). Esto dio origen a una compleja red de actores interesados en la expansión del comercio del té y del opio. En el caso de China, el interés de los comerciantes que exportaban té e importaban opio, el de las autoridades locales que recibían sobornos para permitir el comercio de opio (que era ilegal) y de los consumidores de opio (que aumentaron exponencialmente). Como resultado de este proceso fue más sencillo la penetración

de Gran Bretaña en la economía china y su posterior reestructuración como proveedora de recursos primarios.

Debido a la existencia de esta compleja red de actores e intereses locales que se beneficiaban de este esquema de negocios que abarcaban tanto a la liga de comerciantes locales como a los magistrados de la elite confuciana, el esfuerzo del gobierno central por detener el contrabando fue inocuo. Como resultado de este accionar, la Compañía de las Indias Orientales logró convertir el comercio de plata por té, en el comercio de té por opio, equilibrando así la balanza comercial deficitaria frente a China (Ru, 2020).

c) Guerras del Opio y tratados desiguales: comienza el siglo de humillación

Esfuerzos posteriores por parte del gobierno central de terminar con el contrabando de opio fueron exitosos y, para 1839, el contrabando había sido desmantelado, lo cual desencadenaría la agresión militar por parte de Gran Bretaña (Moulder, 1976, p. 115). El éxito del gobierno en prohibir el comercio ilegal de opio fue interpretado como una afrenta a los intereses de los comerciantes británicos que lograron movilizar el apoyo de los ejércitos imperiales en su defensa. Lo que conduciría a la primera Guerra del Opio (1839-1842), a la derrota de la armada china y, a la firma del Tratado de Nanjing (1842) lo que dio inicio al control y subordinación política del imperio chino.

El sistema de puertos que estableció la firma del Tratado de Nanjing fue parte de la estrategia de apaciguamiento de los extranjeros que llevó adelante la dinastía Qing al verse ante la imposibilidad del exterminio de los invasores foráneos. Estos tratados fueron conocidos como tratados desiguales porque China cedió en todos los aspectos sin recibir nada a cambio, lo que marcaría el inicio de la conversión del imperio en una semi-colonia (Schoppa, 2014, p. 44).

Sin embargo, el Estado imperial probaría ser lo suficientemente robusto como para intentar adaptar sus reglas a la nueva situación geopolítica. China tuvo éxito en escapar al colonialismo europeo (Ru, 2022; G. Wang, 2019) y a pesar de la firma de estos tratados, logró mantener sus instituciones de gobierno y no fue convertida en una colonia formal.

Observamos como la incorporación económica de una arena externa fue seguida por la incorporación a informales esferas de influencia. Este mecanismo aseguraba que los países no

europeos no se salieran del control que las potencias ejercían sobre ellos. Para el siglo XIX, la vasta mayoría del globo se encontraba bajo órbita de la economía-mundo capitalista.

Así, el proceso de incorporación implica dos procesos simultáneos. Por un lado, implica la reconversión de la estructura productiva de la arena externa para servir a los intereses de las potencias europeas del centro, como podemos observar en el caso del cultivo del té. Es decir, la estructura productiva se orienta hacia la producción de cultivos comerciales o materias primas que el centro sistémico demanda para servir a las cadenas globales de mercancías. Lo que trae aparejado la incorporación de los productores de las arenas externas a la división internacional del trabajo controlada por los capitales monopólicos del centro (T. D. Hall, 2012; Hopkins & Wallerstein, 1977; So, 1986).

A su vez, estas transformaciones económicas traen de la mano transformaciones en las instituciones políticas, particularmente implica un paso del antiguo régimen imperial a formar parte subordinada de un sistema interestatal jerárquico controlado por los Estados europeos. En el caso de China, esto se logró mediante la agresión militar y la firma de tratados desiguales.

El Tratado de Nankín fue el primero de múltiples tratados que China se vio forzada a conceder tanto a Gran Bretaña, como al resto de las potencias occidentales. La firma de los tratados significó una pérdida de autonomía política severa para el Estado chino. Entre las principales imposiciones se destaca la pérdida de la autonomía para fijar tarifas al comercio exterior. A su vez, el tratado creó un nuevo sistema de puertos en cinco ciudades, Ningbo, Shanghái, Amoy, Fuchow y Hong Kong. Estos puertos estaban bajo control de los comerciantes y delegados de Occidente. Hong Kong pasó a ser una colonia bajo control de la corona británica. Además, se fijó la extraterritorialidad mediante la cual el gobierno chino perdió autoridad sobre los occidentales que residían y operaban en el país y se abolieron todos los monopolios estatales y se "liberó" el comercio. Finalmente, se fijó una reparación de guerra que ascendió a 21 millones de dólares plata, lo que disparó una crisis fiscal (Y. Wang, 2022, p. 257). La presencia militar por parte de las armadas de Occidente se volvió permanente para proteger a los comerciantes. También se estableció una cláusula de nación más favorecida, por la cual posteriores concesiones otorgadas por China a otro país se aplicaban para las potencias de Occidente de manera automática (Moulder, 1976, p. 116).

La firma de estos acuerdos tuvo un impacto profundo en el proceso de construcción estatal durante el siglo XIX que desvió a la dinastía Qing del patrón usual de decadencia dinástica

cíclica. En primer lugar, generó un estímulo para aumentar la capacidad de recaudación impositiva, lo que condujo a un intento por reforzar la capacidad estatal. Esto se debió a la necesidad de afrontar los pagos de reparaciones de guerras, solventar el esfuerzo militar para reprimir las rebeliones internas y por las nuevas ideas respecto a la construcción estatal necesaria para evitar recaer en una posición subordinada en el escenario internacional (S. Mann & Jones, 1987, p. 08).

El segundo producto que fue clave en la incorporación de China en la economía-mundo capitalista fue el algodón. Este producto fue el corazón de la revolución industrial en Gran Bretaña. En este caso, los británicos veían a China y el resto del Este Asiático como un posible mercado de consumo para su industria textil, que era mayormente una industria de exportación. Sin embargo, como vimos en apartados anteriores, China producía productos textiles de mayor calidad y a menor costo que los productores ingleses. Por este motivo, la estrategia británica se desplegó en dos etapas. En una primera etapa se prohibiría la importación de productos textiles para proteger a sus industrias nacientes siguiendo una típica estrategia mercantilista. En un segundo momento, habiendo asfixiado a los productores chinos privándolos de mercados externos, procedieron a despojarlos de sus mercados internos, inundando los mercados de productos textiles a bajo precio (Moulder, 1977, p. 116).

A pesar de esto, la industria textil china resistiría, se adaptaría y continuaría siendo uno de los sectores más importantes. Su proceso de industrialización temprana le permitió ser rentable y competitiva hasta bien entrado el siglo XX (Chang, 2003a). Los productos textiles hechos a mano en china eran superiores a su competencia británica, además de ser más baratos, por ello continuó abasteciendo las necesidades del mercado chino hasta 1930 (J. K. Fairbank & Goldman, 2006, p. 164). La competitividad de la industria del algodón se debió a la persistencia de las instituciones económicas claves de la economía china, a saber, el hogar campesino y las redes de producción y circulación de las grandes familias comerciales, las que sobrevivieron y se ampliaron gracias a la incorporación en la economía-mundo capitalista. Este proceso se destaca por ser contrario a lo que sucedió en otros casos, donde la incorporación en la economía-mundo trajo aparejado la destrucción de las manufacturas locales (So, 1986).

Si bien China se convirtió en un destino para los productos de consumo de las potencias industriales del centro, de ninguna manera las importaciones lograron reemplazar o desplazar a la producción local. Para 1933, los productos artesanales chinos representaban el 72% del

total de las manufacturas, la industria textil local continuó siendo pujante hasta mediados del siglo XX (Moulder, 1976, p. 107).

Debido a esta capacidad de los productores locales, las predicciones de los capitalistas occidentales de convertir a China en un gran mercado de consumo para sus productos no se materializaron. Por lo que las presiones políticas aumentaron, abriendo paso a una nueva agresión militar sobre China y se forzara al Estado a firmar nuevos tratados con mayores concesiones políticas y económicas. Esto es lo que sucedió durante la Segunda Guerra del Opio (1856-1860), cuando Gran Bretaña y Francia invadieron nuevamente China. La firma del Tratado de Tientsin puso fin a la guerra de agresión e impuso una mayor reducción de las tarifas al comercio exterior, el establecimiento de embajadas permanentes en Beijing, la apertura de diez nuevos puertos, la posibilidad de que los comerciantes occidentales transiten libremente por el interior del país, legalizó el comercio del opio y cedió más posesiones coloniales a Gran Bretaña. También se impusieron nuevas reparaciones de guerra, lo que aumentó la dependencia externa del gobierno de China, que debía afrontar crecientes pagos externos con menores ingresos debido a la imposibilidad de cobrar tarifas al comercio exterior. Estos pagos externos fueron asegurados por las potencias extranjeras que se hicieron con el control directo de los ingresos de las aduanas. La imposición de las reparaciones de guerra y la pérdida del control aduanero profundizaron la debilidad fiscal del Estado.

A la penetración comercial y la subordinación política a través de la conquista militar se sumó la incorporación mediante la penetración del capital extranjero en forma de deuda y financiamiento externo e inversiones. El mercado chino atrajo inversiones en materia de transporte, fabricación de barcos, ferrocarriles, bancos, minería y préstamos. En materia de transporte marítimo predominaron los ingleses y los estadounidenses. Los comerciantes chinos comenzaron a alquilar los servicios de los transportes de ultramar británicos para transportar sus productos porque estos eran más rápidos y seguros (Moulder, 1977, p. 112).

Los capitales extranjeros cobraron particular importancia en la industria textil, en la que, para 1930, controlaban un 70% de los telares eléctricos y un 40% de las hilanderías. También en la industria de cigarrillos los capitales extranjeros eran predominantes, si bien los proveedores de hoja eran locales, las fábricas de procesamiento estaban bajo control extranjero.

El escenario fue distinto en la provisión de servicios públicos como los teléfonos y el telégrafo, en ambos rubros el gobierno chino prohibió la participación extranjera. En otros

servicios públicos como tranvías, obras hídricas, electricidad y gas, donde la presencia de capitales occidentales y japoneses fue mayoritaria.

En términos de endeudamiento externo hasta la derrota en la guerra con Japón en 1895, el gobierno había sido extremadamente cauteloso, intentando evitar una extremada dependencia de los capitales extranjeros debido a su escasa capacidad de repago. Sin embargo, luego de 1895 el endeudamiento del gobierno escaló debido a tres elementos 1) los costos de la guerra; 2) los gastos en la construcción de ferrocarriles; 3) la necesidad de afrontar las reparaciones de guerra tanto frente a Japón, como frente a las demás potencias luego de la Rebelión Bóxer (1899-1901). Muchos de estos préstamos eran solicitados en mercados externos, particularmente británicos, y la garantía de repago estaba garantizada por el control que el gobierno británico tenía sobre los ingresos aduaneros de China. Por lo que el gobierno más se endeudaba y más capacidad de autonomía fiscal perdía.

Como resultado del proceso de incorporación económica, China se vio cada vez más involucrada en el comercio con Occidente, su estructura económica se modificó, priorizando la elaboración de cultivos comerciales y productos manufacturados destinados a la exportación. Esto daría lugar al ascenso de un conjunto de actores comerciantes, terratenientes e intermediarios que se beneficiaron de esta relación y que con el tiempo se opusieron a todo intento del Estado por modificar esta participación subordinada en la economía-mundo capitalista. Sin embargo, el elemento más significativo para la periferalización de China fue el sostenido deterioro de su poder estatal y de su autonomía, lo que saboteó los intentos del Estado por conducir un proceso de modernización y desarrollo industrial. Esa destrucción del poder estatal es el legado más importante del siglo XIX. Legado que se extenderá hacia el siglo XX, condicionando la transformación económica de China y deteriorando aún más sus condiciones internas.

Sin embargo, a pesar de que el Imperio chino será incorporado de manera subordinada dentro del sistema-mundo capitalista como un espacio periférico, la transformación de su estructura productiva y de sus instituciones políticas para adaptarse a este nuevo escenario no implicaría la desaparición completa de las lógicas económicas y políticas que caracterizaron el sendero de desarrollo alternativo en el que estaba inmerso China y el Este Asiático (Chang, 2003a; Hamashita, 2008; Moulder, 1977; Sugihara, 2003; Von Glahn, 2019). Por el contrario, implicaría un proceso de hibridación que, durante el siglo XX, dará lugar a una nueva forma de

organizar la producción capitalista (Ru, 2020). Es decir que, el proceso de incorporación durante el siglo XIX nos provee de elementos claves para interpretar el ascenso actual de China en la economía-mundo capitalista.

La transformación de las economías de la periferia en proveedoras de bienes a granel para el consumo del centro consolidó una clase dominante parasitaria y dependiente del comercio con el centro sistémico para garantizar su reproducción, por lo tanto, no comprometida con el desarrollo de un espacio de autonomía económica y política con capacidad de competir con los capitalistas del centro. Así, una división política acompaña a la división en el plano económico, conformando una jerarquía de riqueza entre los Estados centrales y los periféricos, pero también, una jerarquía de poder entre los Estados centrales y aquellos reducidos a colonias, semicolonias y países dependientes (Moulder, 1977, p. 94).

El proceso de incorporación de China en la EM-C representó el proceso de transición de una economía agraria precapitalista hacia el modo de producción capitalista. Esto no implicaba necesariamente que China debía ocupar una posición periférica en la división tri-modal del sistema-mundo capitalista, o necesariamente ser un espacio explotado por el centro sistémico (Bergère, 1989, p. 25). El subdesarrollo no es necesariamente el destino de toda sociedad de incorporación tardía en la EM-C. Esto dependerá de la capacidad de respuesta del Estado y de sus elites frente al proceso de incorporación.

Como contra ejemplo podemos pensar el caso de Japón, que frente al proceso de incorporación en la EM-C y como resultado de la Restauración Meiji logró generar una respuesta nacional que colocó al país en la semiperiferia y dentro del concierto de las grandes naciones. Por lo tanto, como hemos desarrollado hasta este momento resultan de importancia tanto el accionar geopolítico por parte de las potencias imperialistas del centro sistémico europeo, como las acciones encaradas por el Estado imperial de la dinastía Qing como respuesta a estos desafíos (Dernberger, 1975; J. K. Fairbank, 1968; Hung, 2015; Ru, 2020).

La respuesta del Estado Qing estuvo condicionada por la debilidad de su aparato estatal que, desde finales del siglo XVII, había entrado en un proceso de autodebilitamiento que se intensificó con el cercamiento hostil por parte de las potencias europeas (Hui, 2005; Kuhn, 2002). A pesar de esto, el gobierno intentó mediante acciones negativas bloquear o resistir, e incluso a adaptarse a presiones externas que consideraban peligrosas (Bergère, 1989, p. 27). El autodebilitamiento estatal se vería reflejado en la incapacidad del Estado para cobrar impuestos

de manera efectiva, ejercer el monopolio de la coerción legítima, la creciente dispersión del poder político y la debilidad de su aparato burocrático. Estos elementos entrarán en tensión cuando la dinastía Qing intente promover políticas de desarrollo.

Dichas tensiones se expresaron como rivalidad dentro de las elites de China entre quienes persiguieron una estrategia de acoplamiento y apaciguamiento frente a los capitales occidentales, con los que hacían negocios y obtenían grandes beneficios económicos y, aquellos que pretendían consolidar un país autónomo y moderno a la altura de las grandes potencias occidentales. Como veremos a continuación, estas tensiones conducirán al movimiento de autofortalecimiento de fines del siglo XIX, que tuvo características de un proceso de modernización y ascenso semiperiférico.

Capítulo N.° 4: Respuesta estatal, rebelión y reformas

a) Autodebilitamiento estatal: la capacidad fiscal del Estado

El elemento esencial para dar respuesta efectiva al cercamiento por parte de las potencias occidentales y evitar ser periferializados fue el despliegue de estrategias de industrialización, como hicieron Rusia o Japón a finales del siglo XIX. Esto requiere de la fortaleza estatal y el liderazgo del Estado. Precisamente este era un elemento en franco deterioro en China, al menos desde finales del siglo XVIII (J. K. Fairbank & Goldman, 2006, p. 187; Moulder, 1977).

Para Wallerstein, la posición que ocupa un Estado en la jerarquía de riqueza está relacionada con la composición de actividades centrales o periféricas que incorpora al interior de su territorio. Como resultado de ello, la estructura del Estado en la periferia es débil y es una consecuencia inevitablemente impuesta por el centro sistémico. De todos los Estados, el Estado colonial es la forma política más débil en el sistema interestatal. Sin embargo, China durante el siglo XIX no fue convertida en colonia, y el impacto de la penetración imperialista se concentró en las ciudades portuarias. Por lo que el Estado imperial y la burocracia continuaron siendo instituciones con poder que debieron ceder parte de su soberanía como resultado de la inferioridad en el campo militar frente a Occidente. La larga tradición de formación y construcción estatal china generó la paradoja de un Estado (relativamente) fuerte con una economía ubicada en la periferia del sistema-mundo capitalista

En este contexto, el declive del poder del Estado imperial comienza a fines del siglo XVIII con el estallido de la Rebelión del Loto Blanco (1796-1804), décadas antes de las políticas de cercamiento y acoso que desplegaron los Estados europeos en la región, y se prolonga hasta la caída de la dinastía Qing en 1911, cuando comienza un lento y accidentado proceso de reconstrucción del poder estatal primero en manos del Partido Nacionalista Chino (GMD) y continuada bajo nuevas condiciones políticas luego de la fundación de la República Popular de China en 1949.

Durante el siglo XIX, el Estado imperial estará atravesado por convulsiones internas y amenazas externas que erosionarán de manera gradual pero sostenida su poder. En el plano interno se producen una serie de rebeliones campesinas de carácter anti-machuriano (recordemos que la dinastía Qing era una dinastía no-han). Estas rebeliones internas se dieron

en el marco de un debilitamiento del Estado, de ineficiencia de la burocracia y abusos de poder, que horadaron el poder militar, fiscal y administrativo del gobierno central.

En el plano fiscal, previo a la reforma impositiva del período Ming-Qing (1638-1911 D.C.) los impuestos se cobraban por adulto mayor, por hogar y por unidad de tierra explotada. A partir del emperador Yongzheng (1720) se abandona el cobro de impuestos por adulto mayor y se simplifica en un impuesto sobre la tierra. Esta tarea encontró múltiples obstáculos debido a la incapacidad del aparato burocrático de llevar adelante un registro minucioso y detallado de las propiedades (S. Mann & Jones, 1987, p. 14). Para ello se utilizaron los registros heredados del período Ming y no se actualizaron por más de 200 años (Y. Wang, 2022, p. 246).

La relación entre el sistema impositivo y la burocracia es altamente interdependiente, la eficiencia de la burocracia depende de la efectividad del sistema impositivo, y este a su vez depende de la eficiencia del aparato burocrático. Por estas razones, cualquier variación en el peso de la burocracia o caída en la recaudación de impuestos puede desatar tendencias descentralizadoras o "feudalizantes" al interior de la sociedad. En este sentido, las tensiones se expresan en la tendencia de los oficiales de apropiarse de recursos económicos y políticos para beneficio personal, la lucha de los terratenientes para obtener exenciones impositivas y la situación de dependencia política y económica por la cual los campesinos buscan la protección de poderes locales frente a los abusos impositivos (I. Wallerstein, 2011, p. 127). Estas tres tensiones entrarían en contradicción en China durante el siglo XIX.

Los gobiernos locales eran los encargados de la recolección del impuesto nacional sobre la tierra y retenían una parte como pago por realizar esta tarea, pero no podían imponer sus propios impuestos. Esto condujo a un desfinanciamiento de los gobiernos locales, que recurrieron a métodos ilegales como sobretasas para autofinanciarse (Rowe & Brook, 2012, p. 43). Como resultado de ello, la recaudación de impuestos representaba apenas el 5% del producto bruto nacional (J. K. Fairbank & Goldman, 2006, p. 150). El declive en la recaudación impositiva fue de la mano de dos factores, por un lado, del aumento de la población y, por el otro, de la falta de actualización de los registros catastrales. Estos registros quedaban rápidamente desactualizados debido a las leyes de herencia igualitaria que subdividen la propiedad de los campesinos y por las prácticas de las elites locales de sub-registrar la tierra y los hogares a cambio de dinero para evadir impuestos (S. Mann & Jones, 1987, p. 15; Y. Wang,

2022, p. 251). Este último factor se debía a la incapacidad de la burocracia central de llevar adelante esta tarea debido a la falta de personal, por lo que recaían sobre jefes locales.

Diversas fuentes sostienen que la caída de la capacidad fiscal comenzó a finales del siglo XVII. En 1685 la recaudación impositiva alcanzaba para alimentar y vestir a un 9,6% de la población, en 1724, al 7,7%, en 1753 a 5,4% y tan solo al 2,3% en 1848 (Sng, 2014, p. 119). Si consideramos que el impuesto a la tierra era el principal ingreso del Estado central, una cuota fija de impuestos sobre la tierra representaba un ingreso fijo y un presupuesto de gobierno limitado (Y. Wang, 2022, p. 252). Mientras que en 1750 el impuesto sobre la propiedad rural representaba el 75% de los ingresos del Estado, durante el último año de la dinastía Qing este había caído hasta un 35% (S. Mann & Jones, 1987, p. 07; Rowe & Brook, 2012, p. 205). Esta caída en la recaudación del gobierno central fue de la mano de un aumento de la recaudación de los gobiernos locales mediante el impuesto llamado líjīn (厘金) que para finales del siglo XIX equivalía a lo recaudado por el impuesto a la sal de acuerdo a las cuentas del gobierno central (J. K. Fairbank & Goldman, 2006, p. 238).

La debilidad fiscal es un rasgo común de las autocracias, esto no deja de ser una paradoja del poder de un Estado absoluto cuya capacidad administrativa es muy baja. El gobierno autocrático en China generó un proceso de negociación entre el gobierno central y las elites locales, por las cuales el imperio (y el emperador) ganó una mayor estabilidad a cambio de ceder ciertas capacidades administrativas y recursos a los gobiernos locales (Y. Wang, 2022). En este sentido, es que, los gobernantes pueden comprometerse en la protección de los derechos de sus súbditos, creando una administración ineficiente. Por lo que en este contexto la decisión de sostener un nivel bajo de inversión en la administración del Estado es una decisión racional por parte del soberano, que busca sostener un equilibrio interno que le proporcione legitimidad (Ma & Rubin, 2019).

Esta fue una de las razones para no extender formalmente el volumen de la administración, principio que se encontraba en la idea profundamente arraigada en el sistema político de mantener un gobierno frugal (Deng, 2002; Zhao, 2015). Estas prácticas buscaban mantener los costos administrativos lo más bajos posible para prevenir la hiperextensión de la burocracia a punto tal que se convirtiera en predatoria sobre los recursos de la sociedad. Esto expresaba la contradicción intrínseca al proceso de construcción estatal en sociedades agrarias como la China. Por un lado, la burocracia central es necesaria para administrar el imperio, pero, por el

otro lado, estas burocracias son armas de doble filo porque pueden colocarse al servicio de los intereses personales de quienes ocupan dichos cargos. Por lo que un intento de fortalecer las capacidades burocráticas para extraer más recursos de la sociedad mediante la ampliación de dicha burocracia, podría conducir a un resultado adverso en el cual la burocracia se vuelve predatoria y la recaudación impositiva más ineficiente. Para evitar esta contradicción, la práctica habitual en la dinastía Qing fue mantener salarios bajos para los administradores y un número relativamente fijo de puestos en la administración (S. Mann & Jones, 1987, p. 04).

En el año 1700 había 1261 magistrados de distrito, para el año 1900 este número era de 1303, frente a una población que se había casi triplicado durante el mismo período (Schoppa, 2014, p. 53) De esta forma, la dinastía Qing intentaba prevenir el descontento social manteniendo una tasa impositiva baja, lo que evitaba también el abuso de autoridades locales de exprimir a los campesinos (Ma & Rubin, 2019, p. 05). El concepto de benevolencia priorizaba el gobierno ejercido por un puñado de hombres nobles, antes que la proliferación de instituciones que intervinieran permanentemente en la vida de la sociedad, esto se extendía al plano impositivo (Rowe & Brook, 2012, p. 33).

Por todo esto es que el sostenido crecimiento demográfico del siglo XVIII no fue acompañado de una expansión del funcionariado local ni de las unidades administrativas, lo que produjo una pérdida de capacidad y eficacia del gobierno a nivel local (Kuhn, 2003). Por lo que los gobiernos locales se vieron impotentes para administrar, controlar y cobrar impuestos sobre una sociedad en expansión. Sumado a ello, la forma que asumió el cobro de impuestos durante el período Qing fue variando. Estas formas o modelos pueden identificarse como un rasgo central del proceso de construcción estatal. En el período Qing alto la forma común era litúrgica, en este modelo la elite local supervisaba el cobro de impuestos y estos eran recaudados de manera indirecta por asociaciones de comerciantes o por los jefes de aldeas bajo una forma de responsabilidad impositiva. Un segundo modelo refiere a contratos de recaudación de impuestos en el cual la recaudación de impuestos se subasta por parte del Estado a agentes especializados, es decir, el Estado subcontrata el cobro de impuestos a comerciantes o campesinos. El tercer modelo, llamado burocrático, designa aquel en el cual el Estado impone y cobra de manera directa los impuestos por sus propios medios (S. Mann & Jones, 1987).

Durante todo el siglo XIX, el proceso de construcción estatal moderno en China se expresaría en la tensión entre las elites locales y las autoridades centrales por el reparto del

excedente y el control sobre los impuestos. Tan solo con la fundación de la República Popular China en 1949, el Estado lograría centralizar los medios necesarios para imponer el cobro de impuestos directos (Hung, 2015; Y. Wang, 2022; Wong, 1997).

La debilidad de la burocracia central y su escaso alcance se reflejaba en una pérdida sostenida de la capacidad fiscal del Estado, en una retirada del gobierno directo por el creciente uso de intermediarios locales y, un relativo estancamiento económico. En este contexto, los magistrados locales debieron reclutar personal administrativo de la elite local, lo que generaría las condiciones para el ascenso económico y político de la elite confuciana local (Rowe & Brook, 2012, p. 207).

Los ingresos para los sueldos de estos funcionarios cuasi oficiales eran extraídos de sobretasas que se cobraban junto con los impuestos oficiales, estas sobretasas no eran reportados al gobierno central generando un mecanismo impositivo abusivo para con los campesinos y que a la vez desfinanciada al gobierno central (Kuhn, 2003; Moulder, 1977; Rowe & Brook, 2012). Esto se tradujo en la doble paradoja de bajos salarios para la administración oficial y escasos puestos administrativos para llevar adelante sus tareas lo que se traducía en un bajo nivel de carga impositiva sobre la sociedad, pero esto generaba las condiciones para las sobretasas que se recargaban sobre los campesinos (aumentando la presión fiscal) pero debilitando la capacidad de recaudación del gobierno central (Ma & Rubin, 2019). A pesar de esto, durante la mayor parte del tiempo la población no sufrió severas cargas impositivas, y en algunos períodos de prosperidad el gobierno decidió reducir el cobro de impuestos. Esto redujo la capacidad del Estado para movilizar fondos frente a nuevas amenazas o catástrofes naturales.

La dinastía Qing intentó atender a los problemas fiscales, aumentando los impuestos que se pagaban con trabajo forzado, o realizando un nuevo censo catastral para ampliar la base impositiva, pero ambas estrategias fueron saboteadas por la elite burocrática confuciana. Esto se debía a que las elites políticas estaban altamente localizadas y obturaron instancias que fortalecieran el gobierno central (Y. Wang, 2022, p. 253). Sostener esta práctica localista hasta su máxima extensión condujo a la depredación de la sociedad mediante mecanismos paraestatales.

Es necesario resaltar que la capacidad efectiva de cobrar mayores impuestos va de la mano con la productividad de la sociedad (I. Wallerstein, 2011, p. 76), en una sociedad cuyos niveles de productividad se mantienen estáticos o decaen (como explicamos sucedió con la

productividad rural en el período Qing tardío en el apartado anterior) una mayor presión impositiva ya sea oficial o paraoficial genera malestar social y conduce a rebeliones fiscales. Debido a esto, los costos de la administración local aumentaron y a la vez se hizo más difícil el cobro de impuestos. Estos costos se recargaron sobre la población local, lo que generó abusos y situaciones conflictivas. La debilidad fiscal del Estado central se debió en parte a que el sistema de cobro se volvió más anárquico, y gran parte del excedente rural, que financiaba al tesoro, quedó en manos de intermediarios. Esta situación se agravaría aún más como consecuencia del proceso de incorporación y cercamiento imperialista, lo que alcanzó su pico máximo en las décadas posteriores a las Guerras del Opio (1839-1842 y 1856-1860).

Producto del crecimiento poblacional y de la política de gobierno frugal, las funciones cotidianas que desempeñaba el Estado a nivel local se deterioraron. Los magistrados de distrito debieron recaer cada vez más en el esfuerzo de la elite local para garantizar el mantenimiento del sistema de graneros públicos, clave en la prevención de hambrunas, así como el mantenimiento de los canales y represas para prevenir las inundaciones. A esto se sumaría también la imposibilidad de sostener el tipo de cambio entre las monedas de cobre y la plata, como resultado de la falta de circulante producto del tráfico ilegal de opio (J. K.
Fairbank & Goldman, 2006, p. 188; Hung, 2001; Von Glahn, 2019).

b) Un siglo de rebeliones: fragmentación del poder político-militar

Los problemas de financiamiento del aparato estatal y sus mecanismos irregulares de recaudación paralela estuvieron detrás de las causas de las rebeliones campesinas que sacudieron al país desde 1790 en adelante. Estos problemas no hicieron más que acentuarse durante las primeras décadas del siglo XIX, cuando el aumento exponencial del contrabando de opio generó una abrupta escasez de circulante de plata, elevando el peso de los impuestos sobre los campesinos.

La necesidad de militarizar la población local para confrontar con las fuerzas rebeldes sentó un precedente peligroso para la dinastía Qing. Las milicias probaron ser tan efectivas como los ejércitos oficiales, pero estas se encontraban bajo control de las elites locales y podían ser utilizadas para presionar al gobierno central. Por lo que una vez desplegados, el gobierno

encontró fuertes resistencias para volver a recolectar los pertrechos militares y monopolizar la violencia legítima.

La Rebelión del Loto Blanco se asentó sobre el malestar de los campesinos empobrecidos bajo la promesa de la restauración de la dinastía Ming en el poder y la expulsión de los Manchús. El inicio del alzamiento fue motivado por la resistencia popular al pago de impuestos y se prolongó durante ocho años. Finalmente, el gobierno logró suprimir a los insurgentes, pero a un alto costo. En primer lugar, los ejércitos oficiales debieron ser asistidos por milicias locales, lo que repercutió negativamente en su imagen y legitimidad. El costo fiscal equivalió a la recaudación de cinco años de impuestos (200 millones onzas de plata) (J. K. Fairbank & Goldman, 2006, p. 191). Luego de este gasto fiscal extraordinario, las finanzas públicas del Estado nunca se volvieron a recuperar (Y. Wang, 2022, p. 256).

Tabla Nº 5: Proceso de autodebilitamiento del Estado imperial

Rebeliones domésticas	**Invasiones externas**	**Respuesta Oficial**	**Autodebilitamiento**
Rebelión del Loto Blanco (1796-1804)	Turkestan (1826-1835)	Supresión de las rebeliones internas mediante militarización bajo control de las elites locales	Pérdida del monopolio de la coerción legítima Pérdida de capacidad fiscal frente a elite local Debilidad fiscal y militar
Taiping (1851-1864)	Primera Guerra del Opio (1839-1842) Segunda Guerra del Opio (1856-1860)	Firma de tratados desiguales	Pérdida de control aduanero Pérdida de autonomía externa y subordinación semi-colonial
Nian (1853-1868)			
Rebeliones musulmanas (sur 1855-1873)		Restauración Qing (1861-1876)	Mayor autonomía local tendiente a la anarquía Debilitamiento de la burocracia
Rebeliones musulmanas (norte 1862-1873)			

	Agresión francesa (1883-1885) Agresión japonesa (1894-1895)	Movimiento de autofortalecimiento (1861-1894)	Aumento del endeudamiento externo
	Cercamiento imperialista (1898)	Política de Guāndū shāngbàn (1894- 1898)	Incapacidad de ejecución de políticas
Alzamiento Bóxer (1898-1901)	Guerra de los Bóxer (1900)	Reformas Qing (1901-1911)	Disolución del gobierno central

Fuente: elaboración propia

La siguiente gran rebelión interna que amenazó la continuidad de la dinastía Qing en el poder fue la Rebelión Taiping (1850-1864), esta fue la verdadera revolución que quebró el poder central del Estado y profundizó la erosión del poder estatal en sus dimensiones militares y fiscales. Las razones de esta masiva insurrección son múltiples, pero el caldo de cultivo para la misma fue el deterioro en las condiciones de vida de los campesinos (Schoppa, 2014).

Las condiciones de vida empeoraron rápidamente producto del impacto que generó la incorporación de China en la economía-mundo capitalista luego de la firma del Tratado de Nankín en 1848. El aumento de la comercialización en el sur de China impactó negativamente en los campesinos de dos maneras. En primer lugar, el cobre se depreció frente a la plata, lo que aumentó las presiones impositivas sobre los campesinos. Esto se debió a que el comercio ilegal del opio implicó una salida de la plata que redujo el circulante en la economía. El sistema monetario chino era bimetálico, las transacciones menores se realizaban en monedas de cobre, pero los impuestos a la tierra se cobraban en plata. Por lo tanto, los campesinos que cobraban mayormente en cobre debían convertir sus monedas en plata. Las apreciaciones en el tipo de cambio de la plata generaron que en algunas zonas sea imposible que los campesinos paguen sus impuestos y se retrocedió a pagos en especie. En segundo lugar, hubo una deflación de precios que redujo sus ingresos (Moulder, 1977, p. 152; von Glahn, 2016, p. 620). Las razones de esta deflación de precios, incluida el arroz, no están claras. Se señala al aumento del consumo de opio como un factor determinante en la caída de la demanda de otros productos. También se señala a la escasez de circulante metálico como una de las razones de este fenómeno. Lo

significativo es que este proceso implicó una caída en los ingresos de los campesinos. Así las condiciones de vida se deterioraron rápidamente.

La Rebelión Taiping fue la primera revolución moderna en China, entre sus características principales se destaca que era tanto anti-manchú como antioccidental, lo cual no deja de ser llamativo dado que su base ideológica era de inspiración cristiana. Dentro de su programa de gobierno se incluyeron demandas como la reforma agraria, la abolición de los privilegios de la elite confuciana, la colectivización del excedente, y la prohibición del consumo y tráfico de opio (Moulder, 1977, p. 156). Tampoco deja de ser llamativo que estos reclamos son los que llevará adelante el Partido Comunista de China luego de 1949.

La dinastía Qing logró derrotar esta rebelión, pero a costa de profundizar el deterioro del poder del Estado central. Este deterioro se vio reflejado en dos planos, el fiscal y el militar.

La rebelión instaló una capital provisoria en Nankín desde donde se gobernó al autoproclamado Reino de los Cielos de la Paz Perpetua (1851-1863), y fue liderada por un letrado confuciano que había fracasado en obtener los títulos de los exámenes imperiales (J. K. Fairbank & Goldman, 2006, p. 207; Y. Wang, 2022, p. 259). La rebelión devastó gran parte del centro-este y sur de China, una de las zonas más ricas, las pérdidas humanas alcanzaron los 20 millones de personas (Schoppa, 2014, p. 45).

En el plano militar, el gobierno central permitió a los líderes de las elites locales crear sus propias milicias para complementar el esfuerzo del ejército regular. Esto implicó un reconocimiento efectivo de la pérdida del monopolio de la coerción física por parte del Estado y un reconocimiento de la debilidad militar de los ejércitos machurianos, incluyendo los abanderados manchús Qírén (旗人), que para ese momento no eran más que una carga parasitaria sobre las finanzas estatales. Las milicias locales eventualmente se convirtieron en ejércitos provinciales.

Inicialmente, el gobierno propuso que los recursos y suministros necesarios fueran extraídos del stock del ejército oficial; sin embargo, los gobernadores comenzaron a cobrar un impuesto extra a los campesinos, llamado líjīn (厘金) a cambio de protección, lo que desató las tendencias feudalizantes intrínsecas a la sociedad agraria china (Rowe & Brook, 2012, p. 207). Si bien los gobiernos provinciales siempre cobraron sobretasas que no declaraban al gobierno central para autofinanciarse, estos nuevos impuestos fueron reconocidos oficialmente y no debían remitirse al gobierno central (S. Mann & Jones, 1987). A su vez, los liderazgos de estos

nuevos ejércitos eran extremadamente personalistas, por lo que sus jefes alcanzaron rápidamente posiciones en el gobierno civil local, lo que abrió paso a una suerte de militarización de la política. Estos caudillos militares ganaron control sobre la recolección de impuestos y eventualmente, sobre la designación de personal político-administrativo en la burocracia. Lo que constituyó una amenaza para la elite letrada confuciana que había detentado el monopolio de la administración política del imperio.

Como consecuencia de la Rebelión Taiping, la elite que comandaba el Estado imperial se fragmentó en múltiples liderazgos locales con autonomía militar y fiscal, cuyo reconocimiento de las órdenes del gobierno central se volvió cada vez más optativa (Y. Wang, 2022). Esta destrucción del poder central del Estado y de su monopolio fiscal y militar generó un proceso de debilitamiento del Estado que eventualmente conduciría a su colapso (Moulder, 1977, p. 156).

Las consecuencias económicas de las rebeliones internas también fueron profundas y afectaron a la capacidad del Estado. Durante los conflictos armados, miles de campesinos fueron desplazados o asesinados, las obras de regadíos fueron abandonadas y miles de hectáreas de tierras cultivables se perdieron. Gran parte del esfuerzo económico del Estado se centró en intentar restablecer la economía agraria, lo que demandó grandes erogaciones de recursos. Si bien entre 1849 y 1885 la recaudación del gobierno central creció, principalmente gracias a la recaudación aduanera (Y. Wang, 2022, p. 259), tan solo recaudaba un 10% de lo que gastaba, por lo que los gastos de la reconstrucción post-rebelión recayeron en los gobiernos locales (Schoppa, 2014, p. 46). El gobierno redujo sus gastos en obras de infraestructura pública de un 11% de sus ingresos a mediados del siglo XVIII a un 3% para finales del siglo XIX. Esto se tradujo en el debilitamiento del gobierno directo, un distanciamiento del gobierno central de su base de legitimación, y en el empoderamiento de las elites y gobiernos locales. Esta tendencia de descentralización anárquica traería consecuencias para los intentos futuros del gobierno central de modernizar la economía china.

Otra de las consecuencias directas del conflicto fue el aumento de la dependencia del Estado central respecto de las potencias extranjeras. El apoyo financiero de Occidente, así como el entrenamiento militar, fueron claves en la derrota de la Rebelión Taiping, sobre todo cuando se demostró que sus líderes eran fervientemente antioccidentales. Esto no impidió que en 1860 se desatará otro conflicto militar entre el gobierno y las potencias de Occidente, la segunda

Guerra del Opio, que terminó con la cesión de mayores concesiones y con la llegada a la administración imperial de gobernantes que prometieron respetar los acuerdos firmados con occidente. Este evento marcaría un antes y un después en el proceso de construcción del Estado moderno chino (Kuhn, 2003, p. 54).

La erosión del poder estatal en los dos frentes, en el interno respecto a las milicias y caudillos locales, y en el externo, frente a los ejércitos y capitales extranjeros, generaron las condiciones para que el movimiento de autofortalecimiento que se desarrolló a posterior de estos eventos fracasara.

Los problemas fiscales del Estado central no hicieron más que profundizarse. El aumento de la comercialización y del peso del comercio exterior, en particular, hicieron que los impuestos sobre esta actividad se convirtieran en la principal fuente de financiamiento del Estado, desplazando el tradicional impuesto a la tierra. Sin embargo, los líderes de la dinastía Qing se aferraron a las formas tradicionales, por lo cual la preeminencia de la agricultura era considerada como la forma principal de financiamiento del Estado y no poseían ningún concepto de desarrollo económico moderno (J. K. Fairbank & Goldman, 2006, p. 214).

En términos políticos, la corte imperial y el gobierno central se convirtieron en una institución más entre otras. El poder militar de los caudillos se impuso paulatinamente sobre el del Estado central, a punto tal que aquel caudillo que controlaba militarmente la capital tenía en los hechos el poder del Estado, como una especie de primus inter pares. Esta fragmentación del poder militar no hizo más que debilitar al país, dado que los diferentes caudillos militares se negaban a cooperar los unos con los otros, lo que probó ser decisivo para las sucesivas derrotas militares que sufrió China, frente a Francia en 1884 y frente a los japoneses en 1895. Esto también se manifestó durante la Rebelión Bóxer (1899-1901), frente a la cual los ejércitos provinciales especularon para ver quien salía más favorecido, eventualmente los ejércitos de occidente sofocaron la rebelión y "salvaron" al gobierno central en Beijing a costa del cobro de grandes penalidades militares (J. K. Fairbank & Goldman, 2006, p. 231; Schoppa, 2014).

El poder de un Estado debe medirse multidimensionalmente. Un Estado fuerte es aquel que es a la vez autónomo y logra hacer valer su autoridad de manera decisiva, alcanzando sus objetivos de política pública. Pero aquí se debe distinguir estas dos dimensiones, la autonomía del Estado y la capacidad estatal. Un Estado puede ser autónomo y no contar con la capacidad de movilizar los recursos necesarios para alcanzar sus objetivos. A su vez, un Estado puede ser

menos autónomo, pero contar con mayor capacidad para movilizar a la sociedad y los recursos necesarios para alcanzar sus objetivos. Un Estado coercitivo puede aparentar ser fuerte en autonomía estatal, pero ser débil en capacidad estatal (Hui, 2005, p. 215). Este era el caso con el Estado de la dinastía Qing, era autónomo en el plano interno respecto a otros grupos sociales que disputaran su poder y ejercía el gobierno directo, pero a medida que el siglo XIX progresaba, su capacidad de movilizar recursos disminuyó. Esta capacidad se vio particularmente disminuida por el impacto del cercamiento militar y económico por parte de occidente, particularmente luego de la derrota en las guerras del opio y la firma de los tratados desiguales. El eventual colapso y disolución del Estado central wáng guó (亡 国) convirtió a los súbditos del imperio chino en esclavos de un país que ha muerto wángguónu (亡国 奴). El impacto de este proceso generaría la condiciones para la emergencia de un poderoso movimiento nacionalista y de reconstrucción estatal (Z. Wang, 2012, p. 74).

c) El movimiento de autofortalecimiento como desarrollo semiperiferico. Primer fracaso

En 1861 se produjo un golpe palaciego que desplazó del poder a la facción manchú antioccidental, que había sido derrotada en la segunda Guerra del Opio, y se estableció un nuevo gobierno bajo la Emperatriz Cixi (1835-1908) como regente (J. K. Fairbank & Goldman, 2006, p. 212; Schoppa, 2014, p. 47). A este período se lo conoce como la "restauración Tongzhi"; Tóngzhì Zhōngxīng (同治中兴) (Rowe & Brook, 2012, p. 202).

El gobierno de Cixi era más bien conservador, por lo que los esfuerzos por occidentalizar (modernizar) la economía china recayó principalmente en los gobiernos provinciales donde ahora residía el poder real en China. Esto generó tensiones crecientes con el gobierno central en Beijing, que se dedicó a sabotear los programas de modernización, en parte por razones ideológicas, en parte por temor a ser desplazado (J. K. Fairbank & Goldman, 2006, p. 213). Dicho dilema expresaba una disputa interna entre los sectores más conservadores de la corte y algunos burócratas reformistas en los gobiernos provinciales, la división entre los oficiales a cargo de la modernización será uno de los elementos que conducirán al fracaso del movimiento de autofortalecimiento (G. Huang, 2021).

El control estatal y la regulación por parte del Estado de actividades del ámbito privado existieron en China desde mucho tiempo antes de conceptualizar como tales (Balazs, 1970, p. 10). La existencia del monopolio oficial y la regulación de precios en una gran diversidad de productos destinados al consumo diario, como la sal, el hierro, el té, el vino, junto con el monopolio en el comercio exterior se remontan a una larga tradición del pensamiento económico clásico chino y de su formación estatal. Esta tradición reguladora por parte de la burocracia aparece como distintiva frente a la noción del pensamiento económico moderno occidental de concebir al mercado y al Estado como entidades separadas (I. Weber, 2021, p. 19).

El control sobre estos sectores productivos complementó una parte de los ingresos del Estado, en particular cuando el impuesto agrario se hacía difícil de recolectar debido a situaciones extraordinarias (eventos climáticos o revueltas sociales internas). Las transacciones comerciales estuvieron siempre sujetas al control y al cobro de impuestos. Ningún actor privado logró la suficiente autonomía y poder social como para acaparar estas prerrogativas de manos del Estado. Como señala Zhao (2015) el Estado legalista confuciano logró centralizar el poder político y militar, utilizar el poder ideológico para legitimarse y subordinar el poder económico bajo su control. Esto generó que existiera una simbiosis entre los administradores estatales y la clase de los comerciantes (J. K. Fairbank & Goldman, 2006, p. 180). Dicha realidad sugiere una interacción entre los actores privados y la burocracia como co-creadores de mercados (I. Weber, 2021, p. 19). Para finales del siglo XIX, una vez ya incorporados a la EM-C esta relación se expresó como un intento de movimiento de ascenso semiperiférico para intentar el desarrollo de una especie de capitalismo burocrático dirigido o custodiado por oficiales del Estado, o desarrollo capitalista asistido por el Estado (J. K. Fairbank & Goldman, 2006, p. 270).

El concepto legalista de fù guó qiáng bīng (富国强兵) un Estado fuerte y un ejército fuerte, propio de los pensadores del período de los Reinos Combatientes (475-221 A.C.) inspiró durante finales del siglo XIX el movimiento de autofortalecimiento, zì qiáng yùn dòng (自强运动) que buscó modernizar la economía china, el ejército, adoptar ideas de occidente y crear un Estado poderoso (Hui, 2005, p. 30; I. Weber, 2021, p. 21). Como señaló Tilly (2008) para el caso del proceso de formación estatal de Occidente, la centralización de los medios para hacer la guerra implicó la capacidad de los Estados para centralizar los recursos fiscales necesarios, que eventualmente conducen al fortalecimiento del aparato del Estado.

Para un Estado, contar con un ejército regular de conscripción nacional trae aparejadas ventajas en cuanto a la efectividad y control del poder militar y mayor capacidad de reprimir revueltas internas, consolidando su autoridad. Afrontar los costos de este tipo de ejército conduce a la imposición de impuestos directos y al despliegue de estrategias de promoción económica, lo que trae aparejado una mayor autonomía del Estado respecto a riquezas en manos de grupos particulares. Este tipo de políticas requiere de contar con personal administrativo idóneo, lo que conduce a burocracias reclutadas sobre la base del mérito, lo que desplaza a los grupos de intereses particulares de los lugares de decisión (Hui, 2005, p. 44).

Como vimos en el apartado anterior, durante el siglo XIX, el Estado de la dinastía Qing encaró un sentido inverso en su proceso de construcción estatal, producto del impacto que la incorporación en la EM-C tuvo sobre su estructura económica y su sistema político. Se recostó en caudillos locales que reclutaron ejércitos informales para sofocar rebeliones internas y delegó en ellos el cobro de impuestos sobre los campesinos y comerciantes para autofinanciar el gasto. Aunque estas medidas probaron ser efectivas para mantener a la dinastía Qing en el poder, a la larga horadaron la autoridad central, redujeron los recursos fiscales bajo su control y perjudicaron la capacidad de respuesta militar frente a nuevas amenazas, particularmente en el plano externo (Hui, 2005, p. 32; Y. Wang, 2022, p. 241).

A la par que la dinámica de contención de las rebeliones internas emergieron diversos caudillos locales, sumado esto al cercamiento imperialista y los tratados de puertos que permitieron la radicación de extranjeros en ciudades costeras chinas se generaron nuevas bases de poder lo que abrió la posibilidad para la emergencia de nuevos actores sociales, que serían clave en la política china de las décadas próximas.

Los tratados de puertos trajeron al mercado chino un nuevo tipo de empresas y actividades económicas, así como funciones administrativas. En ese marco, los comerciantes de las ciudades portuarias se convirtieron en una clase social en ascenso aliada a sus contrapartes occidentales. Este nuevo tipo de comerciantes daría origen a la llamada "burguesía compradora", la cual operaba en las ciudades bajo el sistema de tratados portuarios impuestos por las potencias occidentales como única intermediaria entre los extranjeros y otros comerciantes locales, desplazando de esa posición a los tradicionales *hangs* (Chan, 1977, p. 43). A diferencia de los literatos confucianos y de las elites locales asociados a ellos, los burgueses compradores no estaban sujetos por los dogmas del pensamiento confuciano ni por su posición

en el Estado. En ese sentido, fueron los primeros en abrazar las ideas de modernización provenientes de Occidente, y fueron actores centrales para motorizar el proceso de autofortalecimiento (Chan, 1977, p. 39; Rowe & Brook, 2012, p. 203).

La nueva clase de comerciantes compradores trajo nuevas prácticas comerciales y empresas, así como ideas y propuestas políticas. Estos comerciantes enrolados en el movimiento de autofortalecimiento buscaron compatibilizar la tradición del pensamiento político clásico chino frente a la nueva realidad del país. Se buscó reinterpretar los pensamientos anti-comerciales de la tradición confuciana, reivindicando el rol que desempeñaron las actividades comerciales en los períodos clásicos (Tang, 2018, p. 63). Esto dio lugar a un conjunto de ideas que apuntaban a que el Estado debía ser el principal promotor de las actividades productivas y comerciales (Chan, 1977, p. 41).

Sobre la base de ese proceso de erosión del poder central y la emergencia de nuevos actores sociales, es que las elites locales reformistas intentaron desplegar el movimiento de autofortalecimiento nacional. Podemos comprender a un movimiento de esta característica basándonos en los siguientes elementos principales: 1) el establecimiento de un ejército nacional permanente financiado por recursos propios; 2) la imposición efectiva de impuestos directos e indirectos; 3) la promoción de la actividad económica para aumentar la base impositiva; 4) el establecimiento de una burocracia moderna y de nuevas instituciones burocráticas; 5) el apaciguamiento de los extranjeros para ganar tiempo.

Tabla Nº 6: Respuesta adaptativa del Estado a finales del siglo XIX

Dimensión interna		**Dimensión Externa**
Autofortalecimiento (construir poder)	→	Apaciguamiento (ganar tiempo)
Fortalecer burocracia	→	Creación de Zǒnglǐ Yámén (总理衙门
Aumentar capacidad fiscal	→	Respetar tratados desiguales
Fortalecer ejército	→	Endeudamiento externo
Guāndū shāngbàn (官督商办)	→	Atraer inversión extranjera

Fuente: elaboración propia

En función de ocupar un lugar preponderante en el escenario internacional, el poder estatal es clave. Dicho poder o capacidad se encuentra determinado por las relaciones entre Estado-sociedad, lo que a su vez es un componente crítico en la capacidad relativa de relacionarse a nivel interestatal (Hui, 2005, p. 31). Es decir, que la capacidad interna, entendida como autonomía interna frente a las elites y clases locales, y la autonomía externa, entendida como el ejercicio efectivo de la soberanía, están mutuamente interrelacionados. Es en este sentido que entendemos que las reformas en el plano militar, como el establecimiento de un ejército nacional permanente, permiten la capacidad de defensa externa. A su vez, las reformas en el plano fiscal y económico permiten movilizar mayor cantidad de recursos para alcanzar los objetivos deseados. Contar con una burocracia con mayores capacidades administrativas facilita la extracción de recursos y la implementación efectiva de nuevas estrategias de política pública.

A partir de 1861 la frase autofortalecimiento comenzó a aparecer en los edictos de los burócratas y literatos confucianos. Esto expresaba dos fenómenos, por un lado, la confirmación de que era necesario introducir una nueva política para dar respuesta a las amenazas externas y, por el otro lado, demostraba la capacidad de la burocracia confuciana de planificar una estrategia coherente a pesar de sus limitaciones (Kuo & Liu, 1978, p. 491; Tian & Chen, 2022a, p. 29).

Este debate abrió un nuevo momento en la construcción estatal, mediante el cual se relegó la noción confuciana de benevolencia y gobierno frugal, reemplazándola por la visión legalista de riqueza y poder (Chan, 1977, p. 67). Esta relación entre poder económico y poder militar había sido claramente establecida durante la primera dinastía Qin (221 A.C. - 206 A.C.), que llevó al desarrollo de políticas fisiocráticas que favorecieron la producción agrícola. Durante la dinastía Han esta noción de riqueza económica se amplió a las actividades industriales y comerciales. Esto los condujo a la práctica de que todas las actividades comerciales e industriales fueron reguladas o monopolizadas por el Estado (Chan, 1977; Hua, 2021; I. Weber, 2021; Zhao, 2015). De la recuperación de esta tradición durante finales del siglo XIX se desprenden dos principios básicos, el primero fue que ante la ausencia de una clase empresarial el Estado tenía el derecho de dirigir o intervenir en los asuntos de cualquier gran negocio, el segundo, que el Estado y sus intereses tenían prioridad frente a las ganancias privadas (Chan, 1977, p. 68).

La burocracia y las elites locales fueron los impulsores detrás de este movimiento de modernización. La tarea principal recayó sobre una nueva área del gobierno central encargada de los asuntos con occidente denominado Zǒnglǐ Yámén (总理衙门). La creación de este comité, que operaba bajo supervisión del Gran Consejo, era parte de la estrategia de apaciguamiento frente a las potencias occidentales y buscaba coordinar el conjunto de actividades referidas al cumplimiento de los tratados desiguales. Marcó un antes y un después en la cosmovisión del Estado imperial, que por primera vez debía relacionarse con unidades soberanas consideradas iguales en el marco del sistema interestatal controlado por Occidente. Entre sus funciones supervisaba el comercio exterior, la traducción de textos, y todo lo relacionado con las nuevas tecnologías occidentales como arsenales militares, astilleros, minería, buques o trenes (Kuo & Liu, 1978, p. 504).

A pesar del golpe palaciego de 1861 y de la creación del Zǒnglǐ Yámén la estructura de gobierno continuó aferrada a prácticas tradicionales, negando la necesidad de una profunda reforma política y limitando la modernización a los aspectos técnicos, principalmente en la arena militar. La idea de los reformistas era introducir las nuevas técnicas económicas y productivas de Occidente sin alterar la estructura política y cultural que sostenía el antiguo régimen y los privilegios de su elite dominante (Tian & Chen, 2022a, p. 30) Esto también se reflejó en la continuidad de la economía tradicional agraria que no fue reformada. Por lo que el movimiento adquirió más la característica de una emulación competitiva que de una verdadera revolución económica (G. Huang, 2021)

Al momento de intentar llevar a cabo las estrategias del movimiento de autofortalecimiento, el Estado se encontró con fuertes limitantes producto de las consecuencias del auto-debilitamiento de sus capacidades políticas. A su vez, la composición de la elite dominante, la forma de reclutamiento de la burocracia y las tensiones internas entre reformistas y defensores del status quo, fueron elementos centrales para comprender la dinámica de las relaciones entre el Estado y la sociedad en la concreción de los objetivos de modernización planteados por el gobierno. Por lo que el éxito del proceso de autofortalecimiento no implicó tan solo la competencia frente a otros Estados en el sistema interestatal por mantener o mejorar la posición en la jerarquía de riqueza, sino también la disputa del Estado imperial frente a las posibles resistencias de las organizaciones de la sociedad civil y de los gobiernos locales en el proceso de reforma estatal.

Mediante la recuperación de su tradición milenaria de regulación, el Estado imperial buscó ser el motor inicial de un proceso de acumulación de capital y de industrialización de su economía. Las razones detrás de esta estrategia fueron diversas, entre las principales podemos nombrar la inexistencia de una clase emprendedora capitalista, la ausencia de capital suficiente en manos privadas para realizar las inversiones, el conservadurismo de los burócratas que temían perder sus tradicionales espacios de poder y la urgencia del gobierno por alcanzar a Occidente, sobre todo en plano militar (J. K. Fairbank & Goldman, 2006, p. 219).

El gobierno motorizó el establecimiento de proyectos de propiedad estatal para luego incentivar al capital privado a invertir en ellos (Moulder, 1977, p. 189). Esto se debía a que no existía capital suficiente en manos privadas ni públicas para sostener un proceso de inversión en la industria. Los proyectos, desplegados entre 1870 y 1880, se centraron en las áreas militares con la intención de contribuir a la modernización del ejército chino. Debido a la debilidad del gobierno central y a la reticencia de la elite letrada conservadora que dirigía la burocracia central, estas iniciativas recayeron sobre el control de diversos caudillos locales y quedaron presas de la falta de coordinación y la rivalidad entre los poderes locales.

Entre los líderes más destacados del movimiento se encuentra la figura de Li Hongzhang (1823-1901), quien fuera responsable del gobierno de la provincia de Zhili entre
1870 y 1895. Bajo su gobierno se creó el Arsenal de Jiangnan, el primero de su tipo (Kuo & Liu, 1978, p. 494). Los Arsenales militares y la industria de armamento serían de propiedad estatal y su monopolio quedaría bajo control del Estado imperial. Si bien en un primer momento fueron de propiedad de los gobiernos provinciales, posteriormente quedarían bajo la órbita del Ministerio de Guerra. Este control sobre recursos claves se remonta a la tradición milenaria impuesta desde la dinastía Han, en la que el Estado estableció el monopolio del acero y la sal. La dinastía Qing continuó con esa tradición de monopolio estatal. Sin embargo, debido a la falta de personal y de financiamiento, esta industria armamentista moderna fracasaría en sus objetivos generales de proveer al ejército con armamento de defensa moderno (Bian, 2005, p. 37).

No obstante, allí se crearon los primeros barcos a vapor modernos, se desarrollaron acerías y maquinaria necesaria para esta tarea, así como minas de carbón y acero. La asistencia de agentes externos fue clave en el entrenamiento de un ejército moderno, pero también lo fue en la creación de una industria de armamento. Gracias a ello, China logró avances importantes

en su industria de defensa, adquiriendo el dominio de la técnica para el desarrollo de estos insumos claves para la defensa nacional. También se tradujeron textos científicos al mandarín y se estableció la primera academia militar moderna (G. Huang, 2021).

d) La política de Guāndū shāngbàn (官督商办**)**

Luego de 1880, el gobierno incentivó el desarrollo de industrias en sectores no militares con inversión estatal y privada. Estos proyectos se conocieron como de iniciativas de comerciantes supervisados por el gobierno denominados como Guāndū shāngbàn (官督商办). Mientras el capital era aportado tanto por empresarios locales y por oficiales estatales, el control de la administración recayó en oficiales públicos o personal designado por el Estado, cuya clase social generalmente era de origen burgueses-compradores del capital extranjero (Moulder, 1977, p. 190). Es de resaltar que la relación entre el Estado y las organizaciones de comerciantes fue clave durante el período Qing y lo seguiría siendo durante el período republicano en el siglo XX. Las ligas comerciales y sus jefes se encargaban de múltiples funciones de gobierno litúrgicas. Mientras que, por un lado, cumplían funciones propiamente sectoriales, como la organización de la comercialización, la fijación de precios y de estándares de calidad, así como de la protección frente a los abusos del Estado, por el otro lado, también eran los encargados de cobrar impuestos en nombre del Estado (S. Mann & Jones, 1987, p. 25). Inicialmente, las organizaciones gremiales de comerciantes emergieron como una respuesta al avance del Estado en la extracción de tributos sobre actividades comerciales, para luego mutar en brazos ejecutores de la política del gobierno central en una relación tensa pero colaborativa.

El llamado a los comerciantes por parte del Estado imperial mediante la política de *Guāndū shāngbàn* (官督商办) a participar de estas iniciativas público-privadas da cuenta del cambio de estatus que atravesaron los comerciantes durante el siglo XIX (Hua, 2021; Tang, 2018). Estas organizaciones se institucionalizaron y obtuvieron capacidades impositivas, consolidando su relación simbiótica y contradictoria con el Estado hasta bien entrado el período republicano.

Sin embargo, a pesar de su inicial éxito relativo, estas iniciativas no lograron romper con el patrón agrícola tradicional de la economía china por diversos factores. En un primer lugar emergieron problemas de tipo administrativo y de estímulos. Al ser sectores protegidos y

gestionados por burócratas, la mayoría sin experiencia en el mundo de los negocios, tendieron a asentar sus ganancias en monopolios de base estatal y su administración estaba plagada de nepotismo e ineficiencia burocrática (Dernberger, 1975; Tian & Chen, 2022a, p. 30). Sin embargo, los mayores problemas provinieron por el lado de la capitalización. Estas empresas se encontraban limitadas por su acceso a los mercados financieros y el Estado no contaba con las herramientas fiscales necesarias para su financiamiento, recostándose en la magra inversión privada. Estos factores impidieron el desarrollo de una industrialización autosustentable basada en la reinversión de ganancias (J. K. Fairbank & Goldman, 2006, p. 219)

Un ejemplo de esta estrategia de industrialización fue la Compañía de Comerciantes Chinos de Navegación a Vapor. Fue creada en 1871 y recibió subsidios del gobierno para realizar el transporte de granos desde el sur a Beijing por mar. Debido a la necesidad de contar con carbón para los barcos a vapor, se abrieron minas de carbón en Tianjin en 1878, lo que llevó a la creación de la primera línea de ferrocarriles en 1881. Un problema que aquejó a estos emprendimientos fue su excesivo burocratismo y su dependencia del patronazgo de caudillos locales, lo que generó problemas de administración, mal manejo de los fondos, corrupción y nepotismo. Esto eventualmente desalentó a los comerciantes de participar e invertir en este tipo de emprendimientos (Chan, 1977). Como consecuencia, rápidamente cayeron bajo control de capitales extranjeros, debido a mal manejo administrativo o a altos niveles de endeudamiento (J. K. Fairbank & Goldman, 2006, p. 220).

Las dificultades en la implementación de esta estrategia de promoción empresarial por parte del Estado se basaban en que los actores involucrados perseguían objetivos complementarios pero contradictorios. Por parte de los comerciantes, estos buscaban la protección oficial para sus inversiones, por lo cual dieron la bienvenida al fomento estatal, incluso aceptando la intromisión estatal en forma de préstamos y control gerencial directo. Por el lado de los oficiales estatales, que partían del escaso fondeo público para estos emprendimientos, buscaban una mayor participación de los comerciantes mediante la inversión de capital y direccionarlos al servicio del interés nacional. Estos proyectos desempeñaban un papel muy importante como para dejarlos en manos de simples comerciantes (Chan, 1977, p. 84; Moulder, 1977, p. 191). Paulatinamente, la gestión pública de estos proyectos de industrialización de base estatal con participación privada erosionó la frontera entre lo público y lo privado, en los cuales la autoridad pública fue utilizada para ganancias privadas y la

propiedad pública fue convertida en privada. Esta práctica extractiva por parte de los gestores públicos condujo a inversiones ineficientes en el sector público (Tian & Chen, 2022a, p. 30).

El escaso nivel de inversión se debía a la debilidad de los actores capitalistas para acumular riquezas y al predominio de la economía rural. Esta característica mantuvo el excedente agrícola disperso y el nivel de inversión bajo, situación que se mantendría hasta el período de la República Popular. A esto se debe sumar la incapacidad fiscal del Estado acentuado por el proceso de incorporación en la economía-mundo capitalista. Por un lado, las derrotas militares y la apertura comercial impusieron un nivel de endeudamiento y compromisos externos que debilitaron su capacidad para canalizar su ahorro hacia la inversión. Además, como resultado de la firma de los tratados desiguales, el control de los ingresos del comercio exterior estaba en manos extranjeras. Muchos de estos ingresos se canalizaron directamente al pago de deuda externa. Por otro lado, la erosión del poder de la administración central y la emergencia de caudillos locales erosionaron la capacidad del
Estado central de extraer y centralizar el excedente agrario a través del cobro de impuestos. En este sentido, el aumento de los compromisos externos y la escasa capacidad fiscal interna dieron como resultado una baja capacidad de ahorro y de inversión por parte del Estado para financiar estos proyectos productivos industriales. El Estado demostró ser demasiado débil, y no demasiado fuerte, como para promover la acumulación de capital y el desarrollo de la industria local, contrario a lo que sostenían las miradas orientalistas y las teorías del despotismo asiático.

A pesar del fracaso de la política de autofortalecimiento, la actitud de los comerciantes que participaron del programa de *Guāndū shāngbàn* (官督商办) continuó siendo positiva.
Estos comprendían que era necesario algún tipo de programa para articular y aceitar la colaboración entre los comerciantes y los oficiales estatales. Para finales del siglo XIX, el Estado imperial empleaba a más de un tercio de los trabajadores industriales modernos del país (F.-L. Wang, 2005, p. 55). Esto explica cómo este tipo de empresas (y estrategias) continuaron más allá del final de la dinastía Qing. La protección oficial era un requisito necesario para los comerciantes en un contexto donde el Estado no garantizaba el resguardo de los derechos y propiedades (Chan, 1977, p. 82).

La pérdida de soberanía externa implicó un deterioro sostenido de la autonomía interna. Mientras el Estado se volvía cada vez más débil frente a los poderes externos, el gobierno hacía cada vez más concesiones en su estrategia de apaciguamiento frente a las potencias externas,

más débil se tornaba en su plano interno y más desafíos a su poder central emergían desde las localidades. El proceso de incorporación a la EM-C implicó un debilitamiento del aparato estatal, lo que condujo a la subordinación del imperio chino en la jerarquía de riqueza. El gobierno de la dinastía Qing estaba más preocupado por sostener su gobierno a cualquier costo, a punto tal que en su estrategia sacrificó el poder del propio Estado al que intentaba aferrarse. Como resultado, el gobierno aparecía impotente para intentar renegociar el estatus de China frente a las potencias occidentales. Una estrategia de ascenso semiperiférico requiere de la capacidad estatal para proteger a sus productores de la competencia externa hasta lograr que maduren en términos tecnológicos y de acumulación de capital. Sin embargo, la dinastía Qing se mantuvo firme en la defensa del status quo establecido post guerras del opio. Esto implicó que el Estado se viera privado del control aduanero y de la fijación de tarifas, que estaban bajo administración extranjera y fijados por los tratados desiguales. El no renegociar la autonomía aduanera y tarifaria impidió desarrollar una estrategia proteccionista para las nacientes industrias locales. Dicha situación no haría más que profundizarse a partir de la Guerra de los Boxer (1900).

Esta debilidad del Estado se expresó en su incapacidad de hacer cumplir sus decisiones. Por ejemplo, el Estado chino había prohibido a las compañías extranjeras radicadas en los puertos bajo control extranjero llevar adelante actividades manufactureras, incursionar en la minería o controlar líneas de trenes. En los hechos, los capitales extranjeros decididos a ignorar las órdenes del Estado encontraron poca resistencia. Luego de la derrota militar frente a Japón en 1895, estas prohibiciones fueron abolidas (Moulder, 1977, p. 113). A pesar de esto, el Estado chino estaba decidido a intentar fomentar sus industrias, por lo que sancionó leyes que exigían un mínimo de participación de capitales locales en las inversiones extranjeras directas (IED), que los impuestos sean pagados al gobierno central, o que las empresas instalen establecimiento educativo para sus trabajadores y familiar. Todo esto no hizo más que demostrar la incapacidad del Estado de imponer su voluntad (Moudler, 1977, p. 196).

El Estado intentó también promover sus capitales mediante la compra nacional, privilegiando a los proveedores locales. Esto se enfrentó con dos limitaciones. Por un lado, como ya hemos señalado, la debilidad fiscal del Estado implicó que su poder de compra fuera muy reducido. Por otro lado, la debilidad del poder del Estado para hacer cumplir sus normativas hizo que muchas iniciativas de promoción no existieran en los hechos. Por ejemplo,

cuando se creó la empresa de acero de Hanyang el Estado dictaminó que todos los ferrocarriles se abastecieran de dicha empresa (Chan, 1977, p. 79). Sin embargo, como la construcción de los ferrocarriles estaba en manos de compañías extranjeras, estas ignoraron los dictámenes del Estado y se abastecieron de sus propios proveedores (Moulder, 1977, p. 197).

Por fuera de las iniciativas de industrialización pesada promovida por el Estado a través de esta política, el sector de las manufacturas artesanales continuó siendo la principal fuente de trabajo por fuera del sector agrícola. Este sector artesanal adquirió mayor dinamismo con la apertura de nuevos proveedores y redes de comercialización, producto del impacto de la incorporación de China en la EM-C (Chang, 2003b; So, 2012). Esta producción artesanal coordinada en red por comerciantes chinos destinó su producción al mercado de consumo interno, como el caso del algodón. Lo que explica en parte por qué las importaciones de China de productos de consumo se mantuvieron relativamente bajas (Dernberger, 1975, p. 36). Sin embargo, este sector manufacturero tradicional carecía de la capacidad de ahorro ni de las habilidades como para sostener un proceso de industrialización moderno intensivo en capital. Estos proyectos solo podían ser coordinados por el Estado mediante la política previamente descrita, o por el capital extranjero.

Si bien el Estado carecía de los fondos necesarios para fomentar los proyectos productivos industriales, dado que estos estaban en manos de las autoridades provinciales, sí retenía la capacidad de autorizar los gastos de lo recaudado por las provincias. Así el Estado central autorizaba, pero los gobiernos locales ejecutaban. Esta incapacidad del gobierno central de controlar a las provincias impidió que los participantes de la estrategia de autofortalecimiento coordinen una serie de prioridades estratégicas a escala nacional que permitiera que los diferentes sectores industriales se desarrollaran de una manera ordenada y complementaria entre sí (Chan, 1977, p. 157).

Esta falta de coordinación no se limitaba tan solo a la política industrial. El golpe final al movimiento de autofortalecimiento fue el desenlace de la guerra sino-japonesa de 1895. En ella intervinieron las fuerzas navales de ambos países. La armada de la dinastía Qing tuvo sus orígenes en 1870 y contó con apoyo financiero del Estado central, pero su ejecución recayó sobre el gobernador general de la provincia de Tianjín. Allí precisamente se estableció la primera academia militar, se adquirieron los primeros barcos acorazados y se desarrollaron astilleros modernos. En el conflicto con Japón quedaron evidenciadas las falencias de la

administración de la dinastía Qing que se tradujeron en una inoperancia militar que condujo a una derrota humillante frente Japón (J. K. Fairbank & Goldman, 2006, p. 220; Schoppa, 2014, p. 47).

En este conflicto observamos el grado de fragmentación del poder del Estado a finales del siglo XIX, la respuesta a una amenaza militar extranjera fue atendida por un líder provincial y no por el comando central del ejército. Esto impidió que interviniera el resto de la armada, que se ausentó del conflicto naval. El Estado chino carecía de un liderazgo nacional claro que fuera motor del desarrollo del país, estaba fragmentado en diversos caudillos locales con intereses contrapuestos y amenazado por invasores externos. La derrota frente a Japón abrió paso al período de rapiña imperialista sobre China y eventualmente al colapso de la dinastía Qing y la disolución del Estado central, iniciando el período de los señores de la guerra (1916-1927).

En 1905, el gobierno abolió el sistema de exámenes del servicio civil, destruyendo el mecanismo de reproducción de la elite confuciana que había gobernado el país durante milenios. El sistema burocrático era la principal fuerza manteniendo la existencia del Estado imperial (Maddison, 2007, p. 26) su eliminación cortó la última conexión entre el Estado central y las élites locales (Y. Wang, 2022, p. 260). Además, implicó la eliminación del principal mecanismo institucional para promulgar una ideología de Estado (Schoppa, 2014, p. 50).

La abolición del servicio civil fue seguida de la disolución de los "seis ministerios", que constituían la estructura del gobierno central desde la dinastía Tang (618-907). Esta vieja estructura burocrática sería reemplazada por una a imagen y semejanza de Japón y las potencias occidentales (Chan, 1977, p. 159; J. K. Fairbank & Goldman, 2006, p. 241). Mientras que la antigua burocracia estaba preocupada por la coordinación y no tanto por la ejecución que era relegada a los gobiernos provinciales y locales, la nueva burocracia buscaba ser más asertiva reafirmando el poder del gobierno central. Estas reformas a la burocracia fueron acompañadas del debate sobre la introducción de una constitución política del Estado chino.

En el período de reforma que va desde 1905 hasta 1912, la dinastía Qing intentó promulgar una agenda de reforma institucional moderna al estilo japonés. Sin embargo, durante ese mismo período surgirían diversos grupos de nuevos intelectuales, principalmente jóvenes que estudiaron en Europa, EE.UU. o Japón en busca de aquellos conocimientos necesarios para modernizar el país. Estos grupos estudiantiles comenzaron a cuestionarse por qué China había

sido humillada por las potencias occidentales, concluyendo que el problema era el origen foráneo de la dinastía Qing. Nacería así un potente movimiento político nacionalista de la etnia Han. Para estos jóvenes la reforma de China estaría condenada al fracaso mientras fuera dirigida por la dinastía Qing y se propusieron como su objetivo principal el derrocamiento del régimen. Entre los dirigentes de estos grupos heterogéneos se destacaría Sun Yat-sen, el futuro líder del Partido Nacionalista de China o Guómíndǎng (GMD) (国民党) (Schoppa, 2014, p. 52).

A pesar de los intentos de reformas durante la primera década del siglo XX, el gobierno de la dinastía Qing había sido conservador y parasitario durante demasiado tiempo como para poder modernizarse. Para 1911, la supresión de una revuelta fiscal en Wuchong generó que los gobiernos provinciales declarasen su independencia del gobierno de Beijing. En 1912 se produce el derrocamiento de la dinastía Qing a manos de grupos no asociados con Sun, y el control del gobierno recae sobre un líder militar de origen Han, Yuan Shikai, dando comienzo a la República China (J. K. Fairbank & Goldman, 2006, p. 250).

Iniciaría así un breve período republicano fallido, marcado por las primeras elecciones parlamentarias en China continental, en las que triunfó el GMD. Sin embargo, el líder del partido sería asesinado y Yuan Shikai decretó la prohibición del GMD. En 1915, movimientos insurreccionales y revolucionarios sacuden el sur de China. Para 1916 el presidente Yuan Shikai muere de causas naturales, lo que deja un vacío de poder que da inicio al período de caos y desorden de los Señores de la Guerra. Este proceso accidentado de reforma y revolución marcó el final no solo del sistema de las dinastías imperiales chinas, sino el final del Estado imperial, de su estructura burocrática, de su clase dominante de literatos confucianos y del gobierno centralizado. Estas instituciones habían gobernado China, al menos desde la dinastía Tang (618-907 D.C.). El orden interno y el proceso de construcción estatal sería retomado durante la década nacionalista que comenzaría en 1927 bajo el liderazgo de Jiang Jieshi.

e) Balance del período

La incorporación de China en la EM-C representó el proceso de transición de una economía agraria precapitalista hacia el modo de producción capitalista. Esto no implicó necesariamente que China debió ocupar una posición periférica en la división tri-modal del sistema-mundo capitalista, o necesariamente ser un espacio explotado por el centro sistémico.

Esto dependió de la capacidad de respuesta del Estado chino y de sus elites frente al proceso de incorporación. Sin embargo, como analizamos hasta aquí, este proceso implicó una pérdida de autonomía externa. Las concesiones constantes frente al poder foráneo implicaron un desafío al orden interno y un debilitamiento del poder del Estado, lo que desató un conjunto de rebeliones internas que desafiaron al Estado central. Es decir, la pérdida de autonomía externa trajo aparejado la pérdida de la capacidad estatal interna.

La respuesta del Estado Qing estuvo condicionada por la debilidad de su aparato estatal que, desde finales del siglo XVII, había entrado en un proceso de autodebilitamiento que se intensificará con el cercamiento hostil por parte de las potencias europeas. Las transformaciones económicas y sociales de finales del siglo XVII no fueron acompañadas por una transformación en las instituciones políticas que se mantuvieron relativamente estáticas en sus formas, aunque perdieron capacidad de manera sostenida.

Este autodebilitamiento reflejó en la incapacidad del Estado para cobrar impuestos de manera efectiva, ejercer el monopolio de la coerción legítima, la creciente descentralización del poder político y la debilidad de su aparato burocrático. La consecuencia fue un proceso de descentralización anárquica o feudalización (fēngjiàn (封建)) del poder político marcado por el ascenso de las elites locales que llenaron el vacío de poder que dejaba el Estado central. Esto se acentuaría con la militarización de los gobiernos locales como forma de respuesta a las rebeliones internas. La militarización fue de la mano con la autonomía fiscal (legal y extralegal) para obtener los fondos necesarios para el mantenimiento de esos aparatos militares.

En conexión con el plano externo, la creciente comercialización de la economía china desde finales del siglo XVII fue acompañada de una creciente demanda de plata que sería proveída por los comerciantes europeos, particularmente por la Compañía de las Indias Orientales británica. El impacto de este flujo de dinero generó una mayor comercialización de la economía y una revolución de precios. Por ello, cuando dicho flujo se revirtió como consecuencia del contrabando ilegal del opio, la economía china entró en un espiral descendente hacia la fragmentación. La escasez de plata trajo aparejado un problema fiscal para el Estado y un proceso constante de rebeliones fiscales que sacudieron el orden interno.

Finalmente, las invasiones externas durante la primera y la segunda Guerra del Opio colocaron los grilletes del endeudamiento externo y la concesión de privilegios a las potencias occidentales. La cesión de derechos aduaneros y los pagos de indemnización de guerra

profundizaron la crisis fiscal, y aumentó su dependencia externa. Si bien China no fue formalmente reducida a colonia, es decir, mantuvo su estructura de gobierno formal, su autonomía territorial fue crecientemente horadada. En particular mediante la concesión de áreas de arrendamiento que se encontraban bajo completo control de poderes extranjeros. China estaba siendo incorporada en el sistema interestatal como un miembro débil, pero la dinastía Qing se resistía a subordinarse a pesar de las derrotas militares y de la firma de tratados desiguales con las potencias de occidente

La incorporación en la EM-C trajo profundas transformaciones económicas y políticas que desencadenaron, por un lado, la implantación del modo de producción capitalista, y por el otro, el proceso de formación de un Estado moderno. Ambos procesos están atravesados por las particularidades de la sociedad china. En el plano económico, la economía continuó siendo predominantemente agraria y centrada en el hogar campesino como unidad económica y productiva principal. Este predominio del hogar generó un tipo de innovación institucional económica que absorbía mano de obra por sobre los rendimientos decrecientes, generando la paradoja de un mayor crecimiento económico bruto pero una caída del producto per cápita. Esto impidió el desarrollo de grandes estancias rurales de base asalariada, dificultando la capitalización del campo y asegurando el control del excedente por parte de los terratenientes a través de la renta. Esta estructura económica rural también se encargó de la fabricación de manufacturas simples sobre la base de una mano de obra poco calificada y barata (generalmente ancianos, niños y mujeres) lo que mantuvo los costos salariales bajos, desincentivando el trabajo asalariado. Esta estructura económica probó ser extremadamente adaptativa y resiliente, lo que impidió que sea completamente reestructurada para servir a los intereses del capital extranjero.

Por su parte, la construcción de un Estado nación moderno estuvo atravesado por las presiones competitivas que representaba la participación en el sistema interestatal y por el cercamiento militar por parte de las potencias europeas. Hay que resaltar que el proceso de construcción estatal durante el siglo XIX no estuvo caracterizado por una respuesta pasiva frente a las agresiones externas, si no que, por el contrario, la dinastía Qing cumplió un rol activo e intentar adaptarse a las nuevas condiciones internacionales

El proceso de autodebilitamiento estatal que inició con la Rebelión del Loto Blanco a finales del siglo XVIII no hizo más que profundizarse durante el siglo XIX, en particular luego

de las guerras del Opio y de la Rebelión Taiping. La elite letrada confuciana demostró ser incapaz como fuerza social de conducir las transformaciones sociales y económicas necesarias para salvar al Estado imperial chino. A pesar de ello, batalló e intentó dar una respuesta activa para evitar ocupar un espacio subordinado en el sistema interestatal. Esto se tradujo en un conjunto de iniciativas por modernizar el aparato del Estado, modernizar e industrializar la economía y alcanzar las técnicas militares necesarias para defenderse de la agresión de occidente.

Como demostramos, durante el movimiento de autofortalecimiento, las elites locales en alianza con la clase de los comerciantes estuvieron a la cabeza de los esfuerzos de industrialización y modernización económica, pero sin un Estado autónomo y fiscalmente poderoso que los respalde la mayoría de los proyectos fracasaron o cayeron bajo control extranjero. La elite letrada probó ser una clase social ineficaz para encarnar al sujeto del desarrollo de la sociedad china del siglo XIX. Por su parte, el gobierno imperial y la burocracia oficial continuaban ligados a los intereses de las clases terratenientes y a su concepción de gobierno frugal que impedía el desarrollo de una estructura política moderna necesaria para acompañar el esfuerzo económico del movimiento de autofortalecimiento.

El fracaso de la industrialización del movimiento de autofortalecimiento se debió a la falta de financiamiento, en parte por la propia debilidad fiscal del Estado y en parte por la dispersión del excedente rural que permanecía en manos de la clase terrateniente (a través de la renta) o de los gobiernos locales que lo hacían a través del líjīn (厘金). El Estado central, debilitado por la emergencia de las elites y gobiernos locales, carecía de la capacidad para coordinar y gestionar un modelo de colaboración que fuera aceptado tanto por los comerciantes como por los oficiales de la burocracia. El problema de la industrialización radicó en como canalizar ese excedente rural hacia el sector secundario de la economía. El Estado imperial, que se sostenía sobre el poder de los terratenientes y la elite letrada confuciana, no tenía el suficiente poder como para transformar el status quo económico más allá de incorporar las técnicas militares de occidente. Centralizar el excedente rural demandaba una reforma de la economía agraria que el Estado no tenía el poder de implementar.

No obstante, la incapacidad de transformar la estructura agraria, la política de Guāndū shāngbàn (官督商办) mostró un primer intento de ascenso semiperiferico motorizado por el Estado en alianza con algunos sectores comerciales privados. Esta política se basó en la

recuperación de la tradición de gestión pública de la economía contraria a la idea del libre mercado de occidente. Estas iniciativas de comerciantes supervisados por el gobierno generaron los primeros focos de acumulación de capital industrial moderno, lo que sentaría las bases para el desarrollo posterior de una burguesía industrial autóctona. El Estado aparece como el motor de esta política de modernización económica, dirigiendo a la clase de los comerciantes hacia la inversión en sectores productivos de vanguardia, articulando con el capital y los conocimientos de occidente. El objetivo fue intentar desarrollar un modelo posible de capitalismo burocrático, que se expresó con claridad en el sistema mixto de gestión privada con supervisión estatal, lo cual se enmarca en un primer intento de ascenso semiperiferico. Este patrón institucional se repetirá a lo largo de la historia del siglo XX en los diversos intentos por modernizar la estructura productiva de China.

El intento de modernización de finales del siglo XIX buscó asegurar al Estado chino un lugar entre las grandes potencias, similar al proceso que atravesó Japón con la restauración Meiji. Sin embargo, el cercamiento externo por parte de las potencias occidentales y su control creciente sobre áreas claves de la política económica china, como las tarifas y las aduanas, así como su penetración en el control de palancas claves de la economía como el transporte, la minería y los bancos hicieron imposible la implementación efectiva de una estrategia de ascenso semiperiférico, por lo que los esfuerzos encarados durante el movimiento de autofortalecimiento fracasaron.

Segundo período: 1914-1949:

Foto de Jiang Jieshi, en Beijing, durante el período republicano.

Capítulo N° 5: Tradición y modernidad, el largo camino a la nueva China

Entre 1850 y 1949, la elite económica y política de China fracasó en sus intentos de adaptarse a las nuevas condiciones que le imponía su incorporación forzada en el sistema mundo capitalista contemporáneo. Los intentos de la dinastía Qing por construir un Estado con autonomía externa frente a las potencias occidentales, y con autonomía interna con la capacidad de concentrar el excedente rural para motorizar el desarrollo de la industria moderna en China fracasaron debido al proceso de autodebilitamiento estatal que se sucedió durante todo el siglo XIX. Esto eventualmente condujo al colapso del Estado imperial y al reemplazo de la elite tradicional en las posiciones de poder. Dicho proceso abrió un período de luchas internas que se extendería entre 1912 y 1927, cuando el poder vuelve a centralizarse en un nuevo Estado comandado por el Guomindang (GMD) (国民党).

Entre 1915-1927 la propia idea de Estado y de gobierno fueron completamente eclipsadas por el caos y el desorden. El llamado gobierno de Beiyang (1912-1927) fue un período de debilidad política del Estado central en el que predominaron los caudillos militares conocidos como los “señores de la guerra”. Coincidentemente, este fue el período de mayor esplendor de la naciente burguesía china cuando alcanzaría su máximo poder económico y político (Bergère, 1989, p. 07). La burguesía china tiene sus orígenes en la clase de la elite comerciante que ocuparía los principales lugares económicos durante el movimiento de autofortalecimiento de la dinastía Qing. Como vimos en el apartado anterior, la política de Guāndū shāngbàn (官督商办) constituyó una primera oleada modernizadora impulsada por la burocracia en colaboración con los comerciantes, y se concentró principalmente en la industria pesada y de armamentos, e intentó atraer la inversión privada bajo gestión estatal, junto con créditos externos (Chan, 1977).

La segunda ola de modernización industrial se produjo en contexto de debilidad y retirada del Estado y fue favorecida por el escenario internacional marcado por el caos sistémico y la Primera Guerra Mundial. Fue gracias al aislamiento relativo que generó la guerra que los empresarios chinos se volcaron a la producción de bienes de consumo, dado que estos podían realizarse con las condiciones tecnológicas y laborales existentes en China. Sin embargo, no será posible para la naciente burguesía comandar un proceso de acumulación de capital

suficiente como para sentar las bases del desarrollo capitalista en China. Como señaló Wallerstein (1979), tan solo las burguesías de los países de industrialización temprana fueron capaces de desarrollar el capitalismo industrial a través de las actividades espontáneas del mercado. A medida que la competencia y las presiones del sistema mundo capitalista se acrecientan, aquellos países que intentan desarrollar sus industrias requieren de mayores niveles de intervención estatal para poder concentrar los medios económicos necesarios para que sus industrias sean competitivas.

En el caso de China, este desarrollo espontáneo, que se daría entre 1915 y 1927, no fue un proceso en el que la burguesía y su naciente sociedad civil superaron los límites restrictivos del poder autocrático del Estado, adquiriendo independencia de su tutela. Por el contrario, la magnitud de las transformaciones necesarias para modernizar China no podría nunca ser resuelta por una burguesía que en el mejor de los casos tenía una influencia restringida a las ciudades de los tratados de puertos y cuya penetración en el interior rural era escaso o inexistente.

En este sentido, el principal limitante de la burguesía china residía en que era impotente para crear las instituciones estatales asociadas al desarrollo económico consideradas como requisito mínimo para competir en el sistema mundo capitalista contemporáneo, un Estado y una nación. Por lo que, la burguesía no se podía desarrollar en oposición al Estado ni de manera independiente de este (Bergère, 1989, p. 08).

Durante este período se profundizó la división entre dos Chinas, entre las ciudades "burguesas" de la costa y el interior rural terrateniente, entre los centros de poder nacionalistas y los comunistas, entre los partidarios de las instituciones tradicionales confucianas y los partidarios de la modernización acelerada, entre los intermediarios del capital extranjero y los elementos del capital nacional, entre la producción artesanal y la moderna industria de consumo.

Por lo que los intentos de modernización autoritaria y reforma del Estado imperial tardío a comienzos de siglo XX, la revolución republicana de 1911, la instauración del gobierno de Nanking en 1927 y la creación de la República Popular China 1949 fueron diferentes proyectos en disputa mediante los cuales las elites burocráticas chinas intentaron construir un Estado-nación fuerte para dar respuestas a las presiones externas provenientes del cercamiento imperialista desde mediados del siglo XIX (Hung, 2015, p. 34).

A pesar de estas limitaciones, el proceso de desarrollo espontáneo trajo aparejado crecimiento moderno, es decir, basado en el aumento de la productividad per cápita (Myers, 1991; Rawski, 1989), y aunque no transformó la estructura económica china en su totalidad generó islas de modernidad que ayudarían al desarrollo de nuevas instituciones políticas orientadas hacia el desarrollo. Este crecimiento se produjo principalmente en las ciudades de los tratados portuarios donde tenían presencia los extranjeros residentes en China. El ascenso de la burguesía de estas ciudades, con centro en la ciudad de Shanghái, y la retirada del Estado burocrático, generaron el contexto para el ascenso de una proto-sociedad civil más independiente, cuyas instituciones desempeñaron un rol central en la modernización de China.

Nuevas organizaciones como las Cámaras de Comercio asumieron mayor responsabilidad social, así como también los gobiernos municipales adquirieron una mayor autonomía. La llegada de nuevas ideas desde Occidente y la posición de sumisión internacional de China en el concierto de naciones llevaron a la explosión de nuevos movimientos culturales e ideológicos, principalmente el nacionalismo, el liberalismo y el comunismo. De allí surgieron los dos principales partidos políticos del período, el GMD y el Partido Comunista de China, zhōngguó gòngchán dǎng (中国共产党) (J. K. Fairbank & Goldman, 2006, p. 276).

El análisis en este apartado se divide en dos momentos: un primer período entre 1911 y 1928 hablaremos del gobierno Beiyang (1912-1928) (que deriva su nombre del ejército de Yuan Shikai, uno de los caudillos del período y presidente de China entre 1911-1916) caracterizado a nivel político por el predominio de los señores de la guerra que gobernaron desde Beijing, y en lo económico por la época dorada de la burguesía. El segundo período es el gobierno de Nanking entre 1927 y 1949, que incluye una década de reconstrucción del aparato estatal atravesada por la invasión japonesa y la guerra civil entre nacionalistas y comunistas. Estos eventos moldearán el desarrollo de las modernas instituciones políticas chinas, así como el comienzo de su sistema de empresas estatales, sentando una trayectoria de dependencia que marcará tanto sus ambiciones como sus limitaciones.

Mientras proseguimos nuestro análisis para rastrear los orígenes del Estado contrincante semiperiférico el período de construcción estatal del gobierno nacionalista del GMD nos provee de elementos clave para comprender el papel del Estado en el desarrollo de la economía política china durante el siglo XX. La Comisión de Asuntos Militares, la Comisión de Recursos Naturales, la estatización de los bancos nacionales, la creación de un complejo industrial militar

de propiedad estatal y la instauración de un gobierno autoritario de partido único están entre los principales legados institucionales del período. Estos elementos constituyen un puente entre formas institucionales tradicionales y formas modernas de gobierno necesarias para garantizar la acumulación de capital y para sentar las bases del desarrollo de la industria moderna en China. Será precisamente durante este momento en el que comenzó a revertirse el proceso de autodebilitamiento estatal y se gestó una elite político-ideológica-técnica comprometida con el desarrollo económico del país. Sin embargo, la invasión japonesa en 1937 y la estructura de poder del GMD impidieron que el gobierno de Nanking unifique las "dos Chinas" y consolidara la unidad nacional.

En primer lugar, analizamos la posición en la que se encontraba China en la jerarquía de riqueza del Sistema-Mundo capitalista, en segundo lugar las principales transformaciones económicas que se produjeron en el período de auge de la burguesía, como tercer elemento reconstruimos las transformaciones a nivel de las elites en particular con el ascenso político de la burguesía como clase dirigente, finalmente centramos nuestro enfoque en las nuevas instituciones estatales durante el período del gobierno de Nanking (1927-1937) para dar cuenta del retorno del poder burocrático en China bajo nuevos elementos modernizantes.

a) China en la economía-mundo capitalista

Entre 1910 y 1927 se produjo la época dorada de la burguesía china, altas tasas de crecimiento económico, crecimiento del sector moderno en las industrias y en las finanzas configuraron un proceso de desarrollo espontáneo del capitalismo que prosperó como resultado de la revolución de 1911. Sin embargo, a pesar del crecimiento económico e industrial de este período, el mismo no devino en el ascenso de una burguesía con la capacidad de desarrollar las fuerzas productivas de manera autónoma. Por el contrario, la revolución de 1911 trajo aparejado una mayor debilidad y el eventual colapso del Estado central, cuya institucionalidad estuvo asediada a nivel interno por la rivalidad entre diferentes señores de la guerra y a nivel externo por la agresión diplomática y militar de diferentes potencias imperialistas. Este primer período conocido como el gobierno de Beiyang (1912-1928) profundizó las tendencias hacia la fragmentación del poder político del Estado que habían comenzado a manifestarse durante el siglo XIX. Un gobierno central nacional había dejado de existir (Eastman, 1986, p. 116).

La presencia de las potencias extranjeras y las contradicciones entre ellas en la lucha por el dominio sobre China fueron una parte integral de su desarrollo económico e

institucional durante el siglo XX (Etō, 1986, p. 74). Un rol destacado lo tuvieron las potencias en ascenso como Japón y los EE.UU., que jugaron un papel decisivo en la conformación y evolución del Estado republicano. La ruptura del orden imperial sino-céntrico había dejado a la República China en un lugar menor en el sistema interestatal regional, reducido a una semi-colonia atrapada por los tratados desiguales y carente de autonomía externa. El proceso de construcción estatal durante la república es parte del esfuerzo de las elites chinas por recuperar el lugar de centralidad que ocupara el "reino del medio" (中国) durante los siglos anteriores.

En el plano externo, el Estado continuaba estando limitado por la vigencia de los tratados desiguales, mediante los cuales las potencias extranjeras tenían control de las aduanas y las tarifas del comercio exterior, además de cierto poder de veto sobre decisiones de política económica. El Estado aparecía impotente para llevar adelante un programa nacionalista que devolviera el orgullo al pueblo chino y pudiera satisfacer las demandas de la burguesía local y de la elite económica en general. Esto condujo a diversas estrategias de autonomía por parte de la burguesía y a crecientes tensiones y conflictos con el gobierno de Beijing. Es decir, que la debilidad externa se tradujo en debilidad interna. Al ser incapaz de llevar adelante el programa de reformas que la burguesía necesitaba, se encontró con mayor resistencia por parte de estos grupos, o al menos con su indiferencia (Bergère, 1989, p. 205).

La primera mitad del siglo XX estuvo marcada por el caos sistémico que caracterizó a este período de transición hegemónica. Los eventos de la Primera Guerra Mundial entre 1914-1919 fueron el resultado de una tendencia que tuvo su origen en la crisis señal de la hegemonía británica en 1870. La caída de la tasa de ganancia de las actividades comerciales e industriales dio comienzo a un proceso de financiarización. La disponibilidad de crédito más barato generó que los Estados centrales incrementaran sus gastos militares, llevando la competencia económica al plano de la competencia militar. Este aumento del gasto militar, abrió paso a la Belle Époque, que duraría hasta el estallido de la Primera Guerra en 1914. El resultado de la guerra tuvo un impacto directo en la reconfiguración de las relaciones de poder entre las grandes potencias (Arrighi, 2010, p. 177). Estas transformaciones en el sistema mundo capitalista

impactaron en el proceso de modernización y construcción estatal chino durante la primera mitad del siglo XX.

En primer lugar, debemos destacar el ascenso del Imperio de Japón como una potencia regional en el Este Asiático, quien al finalizar la Primera Guerra Mundial desplazará a los alemanes de los territorios ocupados en China y se convertirán en uno de sus principales socios comerciales e inversores (Etō, 1986, p. 82). En segundo lugar, el triunfo de la Revolución Rusa de 1917 y la creación del primer Estado socialista, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), tendrá una influencia central en la radicalización de parte de la intelectualidad china. No solo se presentará como un posible modelo de desarrollo a seguir por las naciones periféricas, sino que a través del Comintern jugará un rol tanto en la fundación del PCCh como en su política de alianzas con el GMD (Garver, 1988; Saich, 2014). En tercer lugar, esta reconfiguración del poder mundial marcó un antes y un después en la política de las grandes potencias para con China, las cuales intentaron dejar atrás su estrategia de subordinación económica y política por una de cooperación en la construcción de un orden económico y político. Esto va de la mano con el ascenso de EE.UU. y su primer intento de crear un nuevo orden internacional mediante la Liga de las Naciones.

Tabla N° 7: La jerarquía de riqueza del Sistema Mundo Capitalista, 1920

	PBI per cápita (2011 US$)	Población Porcentaje	Porcentaje PBI per cápita sobre el promedio mundial	Porcentaje del PBI mundial
Centro	**7.829**	**15,44**	**195**	**55,53**
Estados Unidos	11.954	6,83	297	25,83
Suecia	9.920	0,22	247	0,71
Países Bajos	9.068	0,43	226	1,25
Reino Unido	8.772	2,55	218	7,08
Australia	8.389	0,36	209	0,95
Semiperiferia	**3.151**	**20,39**	**78**	**24,59**
Italia	4.889	2,26	122	3,5

Checoslovaquia	4.849	0,78	121	1,19
Irlanda	4.501	0,16	112	0,23
Finlandia	4.331	0,19	108	0,26
Japón	3.665	3,56	91	4,1
Periferia	**1.462**	**64,16**	**36**	**19.88**
Bulgaria	1.956	0,33	49	0,21
Indonesia	1.702	3,41	42	1,84
Brasil	1.465	1,84	36	0,85
India	1.160	18,62	29	6,83
China	1.003	27,24	25	8,64

Fuente: elaboración con base en Maddison (2020)

Como podemos observar en la tabla N.° 7 como resultado de la industrialización de la economía-mundo capitalista, durante el siglo XIX, surgió una nueva división del trabajo. Mientras en el centro se ubicaron aquellos países industrializados mediante el uso intensivo de tecnología y capital en la industria pesada, en las periferias encontramos dos tipos de países. Por un lado, están aquellos que habiendo sido incorporados de manera tardía en la Economía Mundo Capitalista utilizaron tecnologías intensivas en trabajo mayormente en la industria liviana, adaptando métodos tradicionales a las nuevas condiciones globales, es decir, que se especializaron en productos competitivos no necesariamente destinados a la exportación. Esto se ve expresado en sus respectivos PBI per cápita y en la proporción del PBI global que cada uno controla. Ejemplo de ello fueron aquellos que lograron mantener cierta autonomía política para introducir reformas parciales en su estructura económica, como el caso exitoso de Japón, o el intento fracasado por parte de China durante el final de la dinastía Qing. Por otro lado, encontramos aquellos países que sufrieron el colonialismo europeo y atravesaron un proceso de disrupción de sus instituciones, de sus formas organizacionales, y de su estructura productiva como resultado de la incorporación forzada del patrón de desarrollo occidental. Estos sufrieron la transformación y especialización de su estructura productiva en torno a un cultivo comercial o la extracción de algún recurso natural no renovable destinado a la exportación de recursos naturales (Sugihara, 2003, p. 95).

Este no fue el caso de China, que nunca fue colonizada completamente por una sola potencia y tampoco, ninguna potencia logró penetrar en el interior rural del país para reconfigurarlo (G. Wang, 2019). La diferencia entre colonias de asentamiento y colonias de conquista es un elemento central para comprender el patrón de desarrollo institucional y los orígenes del atraso económico (Baran, 1957, p. 273). El estatus de China como semicolonia reviste una importancia mayor, dado que impidió el desarrollo de una economía completamente dependiente del sector externo y de una clase económicamente dominante atada a esos intereses con capacidad de sabotear los intentos de transformación económica.

En el caso de China, estos sectores asociados al capital extranjero se caracterizaron más por su debilidad y su dependencia. El principal obstáculo a la modernización se encontraba en la economía rural y en la clase de los terratenientes, cuyos intereses estaban representados en los caudillos militares locales. Es de destacar que, a pesar de su debilidad externa e interna, el país pudo mantener sus instituciones políticas e intentar reformarlas o adaptarlas a las nuevas condiciones, algo que en el caso de las experiencias coloniales no es posible.

b) El ascenso de nuevos poderes: EE. UU. y Japón

Un cambio significativo fue la consolidación de EE.UU. como la principal potencia económica mundial, aunque todavía sin haberse convertido en la potencia hegemónica. Como se observa en la tabla N.° 7, la economía de los EE.UU. representaba el 25% del PBI mundial, igualando al conjunto de la semiperiferia. Durante los períodos de transición, como lo es el período que estamos describiendo, la habilidad del centro hegemónico, en este caso Gran Bretaña, comienza a decaer. Esto implica que su capacidad para liderar la acumulación en el Sistema Mundo Capitalista se ve debilitada por el ascenso de una potencia rival, la cual todavía no cuenta con las fuerzas suficientes para gobernar por sí sola. Este dualismo de poder se resuelve eventualmente por una guerra general que reordena el tablero geopolítico (Arrighi, 2010, p. 164). La Primera Guerra Mundial fue el comienzo de ese reordenamiento.

Con la derrota de Alemania y con el triunfo de la Revolución Rusa, el frente único de las potencias en China se rompió. Mediante la declaración de Karakhan la Unión Soviética (heredera del Imperio Ruso) repudió los principios del sistema de tratados desiguales y rechazó los privilegios zaristas sobre China (Etō, 1986, p. 109; Saich, 2014, p. 08). Esta nueva situación en el sistema interestatal abrió la oportunidad para que los EE.UU. promovieran una nueva

política, instando a las potencias a abandonar sus pretensiones territoriales y militares en China en favor de mayor cooperación internacional para ayudar al desarrollo del país generando cambios que favorecieron la situación de China (Bergère, 1989, p. 259; Etō, 1986, p. 89).

En el plano regional del Este Asiático observamos el éxito del Imperio de Japón en convertirse en una potencia económica y militar regional, lo que tendrá consecuencias directas en China. Como resultado de la guerra de 1895, el Imperio de Japón obtuvo la soberanía sobre la isla de Taiwán, que pasó a ser una colonia, también obtuvo concesiones económicas importantes en Manchuria en disputa tanto con China como con el Imperio Ruso (Etō, 1986, p. 86). Lo mismo sucedió luego con la península de Corea, que fue convertida en una colonia. Gracias al éxito de la estrategia de ascenso semiperiférico que implicó la Restauración Meiji, Japón se convirtió en una potencia regional que disputó el control del Este Asiático y de China con las potencias occidentales.

Particularmente en la zona de Manchuria (al norte de China), Japón establecería su cabeza de playa mediante una combinación de estrategia militar y económica basada en relaciones comerciales e inversores estratégicas en infraestructura, como el ferrocarril, así como una base industrial (Moulder, 1977; Rawski, 1989). Habiendo obtenido la concesión del Ferrocarril del Sur de Manchuria como resultado de la guerra sino-rusa de 1905, el Imperio japonés pretendía usar el ferrocarril como un mecanismo de colonización de la región de Manchuria mediante el control de las tierras adyacentes al trazado del mismo, el desarrollo de minas de acero y carbón, así como de la agricultura. Durante la Primera Guerra Mundial, Japón aprovechó el escenario bélico para consolidar su posición imperial en la región. En 1914 ocupó los territorios alemanes dentro de China, la provincia de Shantung, presionando al gobierno chino con más concesiones expresadas en las "21 demandas" (Etō, 1986, p. 99; J. K. Fairbank & Goldman, 2006, p. 266). La claudicación del gobierno frente a Japón debilitó su escaso poder interno y generó una respuesta de masas en la sociedad china, repudiando al imperialismo y reafirmando la ideología nacionalista. El intento del presidente Yuan Shikai de autoproclamarse monarca encontró la oposición conjunta de todas las potencias extranjeras y de las elites chinas. Japón aprovechó este momento de debilidad para presionar por la "independencia" de Manchuria, pero estas pretensiones deberían esperar.

Precisamente, a medida que los intereses de las potencias europeas se vieron debilitadas en China por la disrupción que generó la Primera Guerra Mundial, avanzaron los intereses del

Imperio de Japón y de EE.UU. cuya rivalidad marcará la geopolítica regional y el destino de China hasta el final de la Segunda Guerra Mundial en 1945.

Durante los años posteriores a la Primera Guerra Mundial se sucedieron dos eventos internacionales de importancia significativa para la diplomacia china. El primero se dio en los acuerdos de paz al finalizar la guerra. En 1919, durante la firma del Tratado de Versalles, mediante el cual las grandes potencias se decidieron a reorganizar el mapa geopolítico mundial. El Imperio de Japón reclamó para sí el control sobre las zonas coloniales en manos alemanas (Shandong) en territorio chino, las cuales había ocupado militarmente. El gobierno de Beiyang (durante ese período dominado por una facción con apoyo del gobierno japonés) presionó por el retorno de los territorios a la soberanía china, pero esto fue rechazado. La decisión de las potencias en favor de Japón condujo a la irrupción del movimiento del 4 de mayo en China, en el que estudiantes, empresarios y obreros se manifestarían en un nuevo movimiento nacionalista y antiimperialista dando comienzo a un nuevo momento en la construcción de la nación china (Coble, 1986, p. 25; Etō, 1986, p. 103; J. K. Fairbank & Goldman, 2006, p. 276).

Estos eventos generaron la radicalización de parte de la intelectualidad china, que en el marco del llamado Movimiento de Nueva Cultura se volcó a la crítica abierta de las ideas tradicionales asociadas al régimen imperial dinástico. Emergieron grupos y organizaciones dedicadas al estudio, que buscaron revolucionar las ideas y el pensamiento social. El movimiento del 4 de mayo insistió en aprender de las experiencias exitosas de Europa y Estados Unidos. China era un país pobre y atrasado, para salir del atraso era necesario desarrollar la técnica y la industria moderna, abrazar estos conceptos implicaba romper con el pensamiento tradicional clásico chino. En la experiencia norteamericana, y en la europea, el papel de un Estado poderoso había sido central en hacer avanzar los intereses de la burguesía.

Para la burguesía china era necesario reconstruir el poder del Estado, pero no ya el antiguo Estado-burocrático imperial, sino un Estado moderno con capacidad de hacer valer sus intereses de clase (Bergère, 1989, p. 207). Estos grupos de estudio, parte un movimiento cultural mayor, empalmaron con la larga tradición de sociedades secretas que imperaba en China desde la época imperial. Generaron un movimiento intelectual de masas ligado al ideario político del liberalismo y, particularmente, del nacionalismo con fuerte impronta antiimperialista. Parte de estos grupos, con la ayuda del Comintern (1919-1943), condujeron a la creación del PCCh en 1921 (J. K. Fairbank & Goldman, 2006, p. 276; Saich, 2014). Este movimiento ideológico

cultural sentaría las bases de la nueva cultura en China, dando origen a las dos tradiciones políticas que marcarían la historia del siglo XX, el movimiento comunista y el nacionalista.

El segundo evento fue la Conferencia de Washington de 1921, bajo la nueva política de EE.UU. para asegurar sus intereses en China, esta conferencia reafirmó el principio de la soberanía china y su independencia, junto con su integridad territorial y administrativa (Bergère, 1989, p. 259). Si bien implicó un triunfo para el Estado chino que sería reconocido como unidad territorial soberana como los demás Estados, esto de ninguna manera implicaría el final de la dominación imperialista en el país. Dado que también se reafirmó una política de puertas abiertas para China, garantizando los mismos derechos en el comercio y la industria para todas las potencias extranjeras (Bergère, 1989, p. 263; Etō, 1986, p. 104). La intención de los EE.UU. implicaba utilizar la diplomacia y sus mecanismos de presión económica para garantizar que el poder en China sea entregado a grupos de la elite local, en particular los hombres de negocios, entre los cuales los banqueros de Shanghái estaban a la vanguardia (Bergère, 1989, p. 93). Sin embargo, encontraría la oposición de las demás potencias, cuyos intereses radicados en China, presionaron a sus Estados para lanzar una suerte de restauración del dominio imperial y restitución de derechos.

En dicha conferencia, la diplomacia China estuvo representada por dos sectores, por un lado, los representantes oficiales del gobierno de Beiyang y, por el otro lado, los representantes del pueblo de China en ejercicio de una "diplomacia popular". Esta situación se produjo en un contexto en el que el Estado (o quienes pretendían asumir la representación de la nación china) no poseía las herramientas políticas ni la legitimidad social para hacerlo. En ese contexto es que la Cámara de Comercio de Shanghái designa "embajadores del pueblo" para que asistan a la conferencia de Washington a representar los intereses de la sociedad civil china. Es decir, eran voceros de la sociedad burguesa de los círculos de negocios de Shanghái y otras ciudades portuarias, que no encontraban eco a sus reclamos dentro del gobierno de Beiyang hegemonizado por los caudillos militares. Esto expresaba la debilidad externa del país, que ni siquiera podía presentar un frente único nacional en la diplomacia frente a las grandes potencias, pero también la fortaleza relativa de la burguesía de Shanghái (Bergère, 1989, p. 263).

Al finalizar la conferencia se acordaron resoluciones respecto a las esferas de influencia, la política de puertas abiertas, la prohibición de proveer elementos militares a China y un acuerdo sobre el control de los mares y la presencia militar en ellos. También se acordó el tema

de la soberanía sobre los territorios alemanes ocupados por Japón, que serían devueltos a China, reafirmando su integridad territorial. Se dejó para futuras conferencias la cuestión de las tarifas aduaneras, en un intento por ayudar a aliviar el frente fiscal del Estado chino, esto se sustanció en 1925 y fue de mayor utilidad para el futuro gobierno de Nanking a partir de 1927 (Etō, 1986, p. 105).

A pesar de las intenciones de Washington, la cooperación entre los extranjeros y la burguesía china no fue más que una ilusión. Aunque esta carecía de los medios políticos para erradicar a los negocios de los extranjeros, apelaba a diversos mecanismos de desgaste en el plano de la competencia económica. Esta estrategia implicaba utilizar la movilización de masas para imponer boicots a los negocios de los extranjeros, los cuales fueron ampliamente utilizados, en particular contra el capital japonés. Sin embargo, esta política terminó por deteriorar las relaciones entre los hombres de negocios y las pretensiones de los extranjeros de que estos se hicieran cargo del gobierno de China.

De hecho, el Estado central en China existía meramente porque las potencias necesitaban un interlocutor que pagara las deudas externas, negociara nuevos privilegios para los extranjeros y forzara la aplicación de los tratados desiguales. En todos los otros planos el gobierno estaba colapsando, había perdido el monopolio de la violencia legítima, carecía de presupuesto y no podía hacer frente al pago de salarios de la administración pública, a su vez las condiciones de mercado se deterioraron crecientemente, con excepción de las islas de modernidad que conformaban las ciudades costeras, como Shanghái o Guangdong (Etō, 1986, p. 107).

c) La influencia de la URSS y del Comintern

En 1925, el GMD comenzó su revolución nacionalista en alianza con el PCCh en el llamado primer frente único, denunciando los acuerdos firmados en la Conferencia de Washington como pro-imperialistas y exigiendo el ejercicio incondicional de soberanía sobre todo el territorio de China. Esta estrategia fue el resultado de la influencia y padrinazgos soviéticos para con la revolución en China. La URSS (1922-1991) había desplegado una estrategia bifronte en China. Mientras ayudaba en la creación y conformación del PCCh en 1921, también trabajó en brindar su apoyo al GMD. Esta táctica, que ideológicamente parecería

contradictoria, se asentaba sobre la teoría del desarrollo por etapas de corte marxista, por la cual un modo de producción se sucedía a otro de manera lineal (Melotti, 1977). Como la caracterización de la estructura económica de China caía dentro de la etiqueta de feudalismo, la teoría indicaba que era necesario que primero la burguesía realizara su revolución y destruyera el orden feudal, para que luego la clase obrera dirigida por el Partido Comunista tomara el poder del Estado burgués e iniciara la revolución socialista. A su vez, la lucha por la liberación de China de las manos del imperialismo se englobó en la estrategia general de derrotar el colonialismo y al sistema capitalista que los promovía (Meisner, 1999). Así, mientras la burguesía en los países centrales era una fuerza regresiva y reaccionaria, en los países de Asia "feudales" o en las colonias, constituía una fuerza progresiva y aliada de la revolución proletaria mundial (Etō, 1986, p. 108). Dentro de este marco teórico tenía sentido que el Comintern apoyara tanto al GMD (como el partido de la "burguesía") y a su vez ayudara en la formación de una organización de vanguardia de corte comunista (el partido de la clase obrera) (J. K. Fairbank & Goldman, 2006, p. 280).

Por ello es que la URSS, mediante sus agentes, desempeñó un rol clave en la formación del primer frente único "anti-terrateniente" (1926-1928) y el segundo frente único anti-japonés (1937-1945) entre los nacionalistas y los comunistas (Saich, 2014). La asistencia en la formación militar durante los años veinte fue clave tanto en la formación militar como en la provisión de armamento moderno. También lo fue la formación de cuadros políticos en la llamada Universidad Sun Yat-sen de Moscú, así como en la reorganización del GMD bajo los principios del centralismo democrático que le otorgaría una verdadera estructura organizativa, capacidad de acción y liderazgo político-social (Eastman, 1986, p. 119). El primer borrador del estatuto del GMD fue escrito por Mikhail Borodin, como asesor del gobierno soviético y representante del Partido Bolchevique (Saich, 2014). En este sentido, antes de la muerte de Sun Yat-sen (en 1925), el GMD adoptó un programa antiimperialista en lo político y estatista en lo económico, otorgando un papel central al Estado en el desarrollo económico e industrial de China. El propio Sun llegó a condenar el egoísmo de los capitalistas haciendo un llamado al control estatal de las grandes empresas industriales para que sirvan a los intereses de la mayoría del pueblo chino (Coble, 1986, p. 59). El nacionalismo chino, al menos en su concepción del Estado y del desarrollo, probaría ser un desafío para el desarrollo "libre" de la burguesía, como lo será más adelante el comunismo.

Jiang Jieshi (1887-1975) 蒋介石 (pinyin: Jiǎng Jièshí o Chiang Kai-shek), quien se convertirá en el arquitecto del Estado nacionalista, realizó parte de su formación militar en Moscú y luego de su retorno a China se encargó de la academia militar de Whampoa (1924-1926), donde se formaron los principales cuadros militares que luego comandarían tanto los ejércitos nacionalistas como los comunistas. Entre ellos, el luego influyente general Lin Biao del Ejército de Liberación Popular (Elleman & Paine, 2019, p. 410; Etō, 1986, p. 110).

La URSS proveyó de asistencia en la formación militar y en la provisión de armamento, lo cual fue un recurso clave para la consolidación del poder militar nacionalista que permitió luego encarar la Campaña del Norte en 1926 y derrotar a los señores de la guerra unificando el país (J. K. Fairbank & Goldman, 2006, p. 281). Este período de formación en la URSS de Jiang Jieshi y otros cuadros nacionalistas influenció su visión sobre el sistema político durante el gobierno de Nanking cuando la estructura burocrática partidaria del GMD pasó a rellenar el espacio vacío que había dejado la desaparición de la burocracia confuciana luego de 1911, similar al rol del PCUS en la URSS. Posterior a 1949 y la fundación de la RPC, este lugar será ocupado por el PCCh.

Luego del triunfo del GMD por reunificar China con su nueva sede del poder en Nanking (1927-1937), Jiang Jieshi eliminó a los elementos de izquierda dentro de su partido, incluidos los comunistas. Esta violenta purga de la revolución nacionalista quebró las relaciones de Nanking con la URSS y lo situó del lado de los poderes de occidente (Etō, 1986, p. 112; Garver, 1988; Saich, 2014).

d) Los convulsivos años 30, crisis económica mundial y agresión militar

En 1931, el colapso del patrón oro de la libra esterlina fue el indicador del fin del dominio británico sobre el dinero mundial y el comienzo de su crisis terminal (Arrighi, 2010, p. 179). Sin embargo, la crisis no tuvo repercusiones inmediatas en la economía de China, en parte porque su moneda estaba basada en la plata y no en el patrón oro. De hecho, gracias a haber recuperado la autonomía tarifaria en los acuerdos de Washington, permitió aminorar los coletazos de la crisis internacional, ya que para ese año los ingresos provenientes de las tarifas más altas dieron un gran impulso a las finanzas del nuevo gobierno (Young, 1971b, p. 20). A

su vez, entre 1927-1931, en camino a la crisis mundial, se generó una caída en los precios de la plata de un 50%, precipitando una devaluación drástica de la moneda China. Esto creó condiciones favorables para las exportaciones chinas, protegió a las industrias de las importaciones que se encarecieron, y mejoró el acceso al crédito. También atrajo mayor inversión extranjera directa (Coble, 1986, p. 85). En 1932, cuando las principales potencias abandonaron el patrón oro, se generó un aumento en el precio de la plata, resintiendo las condiciones favorables e iniciando un período de decadencia económica.

En múltiples sentidos 1931 sería un antes y un después en la historia de la construcción estatal durante el gobierno de Nanking. Ese mismo año se produce el incidente de Manchuria en el cual las tropas del ejército japonés ocuparon los pueblos y ciudades a lo largo del recorrido del Ferrocarril de Manchuria del Sur. El gobierno de Jiang Jieshi decidió apelar a una decisión diplomática a través de la Liga de las Naciones, intentando evitar un conflicto militar abierto con el Imperio de Japón. Esta estrategia no llevaría a los resultados esperados por la República de China.

Del incidente emergieron dos fenómenos significativos para comprender el proceso de construcción estatal chino. El primero de ellos fue que las autoridades comprendieron, una vez más, que para tener poder de decisión en el sistema interestatal dentro de la economía-mundo capitalista era necesario contar con instituciones soberanas fuertes y aliados poderosos. El segundo fue la decisión del Imperio de Japón de crear un Estado títere en los territorios ocupados. El Estado de Manchukuo sería fundado en 1932 y su jefe de Estado sería el último emperador de la dinastía Qing, Puji. A pesar de ser un Estado contestado en su soberanía, es un ejemplo de un verdadero Estado nación moderno en China continental (X. Liu, 2011).

La creación del Estado de Manchukuo significó un duro golpe para el desarrollo de la República China, que no solamente perdió una porción significativa de su territorio a manos de una potencia colonial como Japón, sino que perdió una de las regiones más desarrolladas del país, en particular a lo que refiere a la industria moderna. Manchuria era una de las regiones más dinámicas en términos de la inversión externa directa, particularmente de Japón, y rica en minerales y combustibles estratégicos para el desarrollo de una industria y un ejército modernos. El control territorial sobre esta zona no sería restablecido hasta la ocupación soviética a finales de la Segunda Guerra Mundial y su retorno bajo control del PCCh.

Para este momento el agresivo y peligroso contexto internacional generó los estímulos necesarios para un cambio en la mentalidad de las autoridades nacionalistas respecto a las instituciones vinculadas al desarrollo económico, lo que propulsó el fortalecimiento del sistema de empresas estatales, bajo control y gestión de la Comisión Nacional Militar y de la Comisión Nacional de Recursos (CNR), dando impulso a la modernización de la economía y de la industria de la defensa (Bian, 2005, p. 33). No obstante, la guerra de agresión japonesa sobre China obturó el proceso de consolidación de las instituciones estatales que comenzó durante el gobierno de Nanking.

Al finalizar la guerra de agresión japonesa, el gobierno de Nanking esperaba recibir reparaciones de guerra de parte de Japón equivalentes a los daños causados por la agresión militar sobre China. Inicialmente, estas expectativas tuvieron buen recibimiento en la comisión de Naciones Unidas para el lejano oriente, que había decidido desmantelar el aparato militar industrial de guerra japonés y repartirlo como parte de las reparaciones de guerra. No obstante, al poco tiempo y en el contexto de la preparación para lo que luego sería la Guerra Fría, los EE.UU. decidieron cambiar su política para con Japón y en lugar de castigarlo, convertirlo en una base de contención regional del comunismo. Debido a ello, China recibió tan solo 1/10 del total de los daños de la guerra en concepto de material industrial proveniente de Japón. Esto complicó la situación financiera del Estado, que se vería aún más agobiada por el reinicio de la guerra civil y la retirada de parte de las inversiones extranjeras prometidas como parte del programa de reconstrucción de posguerra. Estos dos fenómenos limitaron la capacidad de reconstrucción del Estado y desfinanciaron el esfuerzo de construcción estatal y de desarrollo económico encarado por el gobierno (L. Cheng, 2005).

A continuación, analizamos cómo se desarrolló el sector moderno chino en este contexto internacional convulso, como afectó la debilidad externa del Estado a su proceso de construcción interna y de qué forma se fue forjando una nueva elite política en China cuya misión será la de restaurar el poder del Estado burocrático central con toda su fuerza.

Capítulo N.° 6: Un proceso de modernización espontáneo

a) Crecimiento económico

Como hemos indicado, la Primera Guerra Mundial tuvo su impacto en el desarrollo del sector moderno en China. Como resultado del conflicto bélico se generaron nuevas condiciones en la economía-mundo capitalista que favorecieron el desarrollo espontáneo del capital en China (Bergère, 1989, p. 63). El Estado chino estaba en una situación de extrema debilidad, particularmente en el plano externo, dado que luego de sucesivas derrotas militares frente a diferentes potencias, primero en las Guerras del Opio (1839-1842 y 1856-1860), la guerra de 1895 contra el Imperio de Japón y la Guerra de los Bóxer de 1905 se vio forzado a firmar los llamados tratados desiguales. (Young, 1971b, p. 17).

Con estas restricciones políticas y fiscales, el Estado no podía convertirse en un promotor directo del desarrollo del sector moderno. Por un lado, carecía de la autonomía tarifaria necesaria para proteger a sus industrias de la competencia internacional, por el otro lado, su nula capacidad fiscal impedía la creación de un fondo de estímulo para el sector moderno a través de subsidios a la producción de manufacturas. A su vez, al no controlar la recaudación de impuestos, que hasta 1931 estuvieron en su mayoría en manos de gobiernos provinciales y locales, tampoco pudo articular una política fiscal de estímulo a la industria. En este contexto, una política de industrialización sustitutiva no podía ser puesta en marcha (Myers, 1991). China ocupaba una posición periférica en la Economía-Mundo Capitalista y sus instituciones nacionales eran una expresión y una condición de este hecho.

A pesar de estas condiciones internas desfavorables, durante el período que va desde la derrota frente a Japón en 1895 hasta la invasión japonesa de 1937 China experimentó casi cuatro décadas de transformaciones económicas, una rápida industrialización (al menos de las zonas costeras), una expansión del sector moderno en el transporte y las comunicaciones (trenes y telégrafos), una acelerada expansión y renovación de sus instituciones financieras y de crédito, junto con un crecimiento de la inversión directa en el sector moderno de su aparato productivo (Rawski, 1989, p. 268).

La mayor parte de ese desarrollo se produjo en la región del gran Shanghái, en el bajo Yangzi. Históricamente, esta región fue la más desarrollada de China, y hasta el siglo XIX demostró poseer un PBI per cápita, niveles de vida, comercialización y producción manufacturera similar a la de las regiones del noroeste de Europa (Pomeranz, 2001). Para 1930, la ciudad producía 41% de todas las manufacturas del país, albergaba un 60% de las máquinas hiladoras, generaba un 50% de la electricidad. Por sí sola, absorbió el 46,4% del total de la inversión extranjera directa, y un 67% de la inversión extranjera manufacturera, así como reclamaba para sí el 47,8% del capital financiero de China. En términos comerciales, para 1933 un 53,4% del comercio internacional se realizaba por la ciudad y un 25,6% de todos los embarques, tanto nacionales como internacionales. Del total de 2435 fábricas modernas que existían en China, 50% estaban radicadas en Shanghái (Coble, 1986, p. 17; Ma, 2008).

Con un acceso al capital limitado, los industrialistas se concentraron mayormente en el desarrollo de bienes de consumo intensivos en trabajo y de baja calidad. La ciudad de Shanghái pasó de ser una ciudad de tratados de puertos que albergaba extranjeros a convertirse en una cuasi ciudad-estado estilo europeo con sus propias instituciones de gobierno autónomas. La presencia de los extranjeros y de la burguesía nacional china la convirtió en el centro económico, financiero e industrial de la China del período entre guerras. Fue así que el desarrollo del sector moderno de la economía acompañó el ascenso político de la burguesía. El crecimiento económico de este período es en parte la historia de la burguesía china y su intento por enriquecerse mientras modernizaba el país. La existencia de los asentamientos de extranjeros que gozaban de extraterritorialidad y ejercían su propio gobierno creó un entorno por fuera del alcance de las autoridades de Beijing, por lo que las empresas radicadas allí (ya sean extranjeras o chinas) escaparon a las regulaciones del gobierno y a sus impuestos (Bergère, 1989, p. 73; Coble, 1986, p. 19).

Un conjunto de factores hizo posible que la economía china se expandiera durante este período en el que el país continuó sometido a los efectos negativos de los tratados desiguales de puertos, el Estado central estaba fuertemente debilitado y el escenario internacional se encontraba marcado por la disputa y la guerra abierta entre las grandes potencias (incluido el Imperio de Japón). En este difícil contexto, la economía China alcanzó niveles de crecimiento económico significativos. Los buenos resultados económicos se debieron en gran parte a la fusión entre nuevos inputs provenientes de la economía-mundo capitalista, tales como el

transporte, la industria, el comercio y la banca modernos, junto con sus contrapartes tradicionales chinas. Esto produjo aumentos en los intercambios de mercancías a medida que los productores y consumidores comenzaron a depender más de los mercados para satisfacer sus necesidades (Rawski, 1989, p. 220).

Este proceso fue posible por los cambios en los precios de las mercancías y en varios factores de producción que llevaron a la adopción de nuevas tecnologías y capital. Estos cambios afectaron a la producción artesanal y la agricultura, que registraron aumentos de productividad y de sus ingresos provenientes del intercambio en el mercado. Uno de los sectores principales fue la industria del algodón, que como ya observamos en la primera parte de esta tesis, se benefició del ingreso de algodón proveniente de la India durante fines de siglo XIX lo que permitió abaratar costos de producción e incrementar el producto debido al aumento en el acceso de materias primas. Ahora esta industria se vería revolucionada por la incorporación de nuevas máquinas y la instalación de grandes talleres de hilado y fábricas de textiles con tecnología importada (Bergère, 1989, p. 65).

Otro ejemplo de este tipo de fusión/modernización puede observarse en el desarrollo del sector financiero. Los bancos nativos de Shanghái tomaron prestados los métodos de los bancos occidentales y de los bancos estatales, para generar nuevas notas de crédito que permitieron expandir el comercio entre las regiones de la costa y el interior del país (Myers, 1991).

Producto de este proceso es que entre 1914 y 1937 el PBI aumentó entre un 20% y un 25% per cápita. De la mano de este crecimiento, la cantidad de capital acumulado, medida como una proporción del PIB, ascendió a un 10.3 por ciento, lo que implicó cambios significativos en la composición del capital y trabajo (Myers, 1991). Este dato es de relativa importancia por dos razones, por un lado, es la expresión material del impacto "positivo" de la economía-mundo capitalista en el sector productivo chino, lo que nos indica un proceso de crecimiento económico, pero también de aumento de la productividad per cápita y de expansión del sector moderno de la economía. Por otro lado, este dato es significativo porque atestigua el ascenso de una nueva clase social en China, la burguesía.

Si bien la expansión del sector moderno fue significativa para una economía atrasada y periférica como la China, no debemos exagerar su alcance sobre el conjunto de la economía nacional. El desarrollo del sector moderno se mantuvo más bien confinado en las ciudades costeras, particularmente aquellas ligadas a los tratados de puertos, con tres focos regionales

fuertes. La región de Guangdong, la región del bajo del Yangzi que incluye Shanghái y su gran área y la región de Manchuria en el norte (posteriormente colonizada por Japón). De todos estos, Shanghái sería el epicentro de la actividad económica y política de la burguesía china (Myers, 1991).

A medidas que los comerciantes chinos comenzaron estar más integrados con los mercados internacionales, se generaron cambios en los precios de mercancías y de factores de producción que incentivaron la transformación económica, particularmente su especialización hacia una producción orientada por el mercado y al uso de nuevas fuentes de capital y tecnologías (Brandt, 1989).

Los incrementos en los retornos de trabajo junto con términos de intercambio favorables produjeron un aumento en el producto per cápita entre 1870 y 1937 (Myers, 1991). Es en este sentido es que el aumento de la comercialización de la economía china trajo aparejado crecimiento económico moderno (es decir, basado en aumentos de la productividad per cápita y las dotaciones de capital) en la región central y este de China.

Tabla N° 8: Composición porcentual por sectores del PBI y crecimiento para el período 1931/1936

Sector	Datos Rawski(a)	Índice de producción para 1931/1936 (1914/1918=100)	Tasa de crecimiento promedio interanual[%]	Datos Maddison (1933)(b)
Agricultura	62,9	129,8	1,5	64
Industria Moderna	4,2	390,8	8,1	3,8
Artesanías	7,5	127,5	1,4	7,4
Construcción	1,6	219,7	4,6	1,6
Transporte y comercio moderno	1,7	167,7	3	1,5
Tradicional	3,9	139	1,9	4
Comercio	9,3	154	2,5	9,4

Finanzas	1	234	5	0,7
Servicios del gobierno	3,1	179	3,4	2,8
Servicios personales	1,2	117	0,9	1,2
Renta residencial	3,6	115	0,8	3,6
Producto bruto interno	100	138,3	1,9	100

Fuentes: (a)Rawski (1989) Economic Growth in Prewar China p. 274.

(b)Maddison (2007) p. 54

Los datos presentados en la Tabla N.° 8, demuestran en primer lugar que el proceso de crecimiento económico del período no trajo aparejado un cambio estructural de la economía China, la agricultura continuó representando más del 60% del PBI, y cuatro de cada cinco empleos se generaban en el sector agrícola (Eastman, 1986, p. 151). No obstante, sí se desarrollaron nuevos sectores, como el sector de la industria moderna, basado principalmente en la elaboración de productos de consumo masivo.

Como se observa en la tabla N.° 8 a pesar de la expansión del sector industrial moderno que se cuadruplicó durante el período bajo análisis, tan solo representaba un 3,8% según Rawski o un 4.2% según Maddison del PBI chino, muy por debajo de la producción artesanal tradicional que continuaba representando un 7.5%. Dentro de la producción artesanal se destaca el rol del sector textil ligado al algodón, el cual creció a pesar de la competencia proveniente de los productos de elaboración fabril tanto nacionales como del extranjero (Rawski, 1989, p. 276). Otros sectores modernos que se desarrollaron con fuerza durante este período fue el comercio, 9.3% y el sector de las finanzas, a una tasa del 5%. Esto indica una expansión sostenida de la intermediación financiera tanto por parte de los bancos tradicionales como de la banca moderna.

La industria liviana atravesó un período de oro durante la 1.ª Guerra Mundial debido a los estímulos generados por el contexto internacional descritos en el apartado anterior (Rawski, 1989, p. 270). La guerra creó las condiciones favorables que el Estado no podía garantizar por su debilidad. En primer lugar, interrumpió el comercio de productos manufacturados hacia China, creando las condiciones para la emergencia de un proceso de industrialización de sustitución de importaciones, dado que la demanda del mercado interno ya no podía ser

satisfecha por los productos importados. En segundo lugar, el aumento en la demanda de materias primas por parte de los países centrales para sostener el esfuerzo de guerra ayudó a la balanza externa, estimulando las exportaciones. En tercer lugar, el aumento del precio de la plata en el mercado mundial reforzó el poder de compra del país.

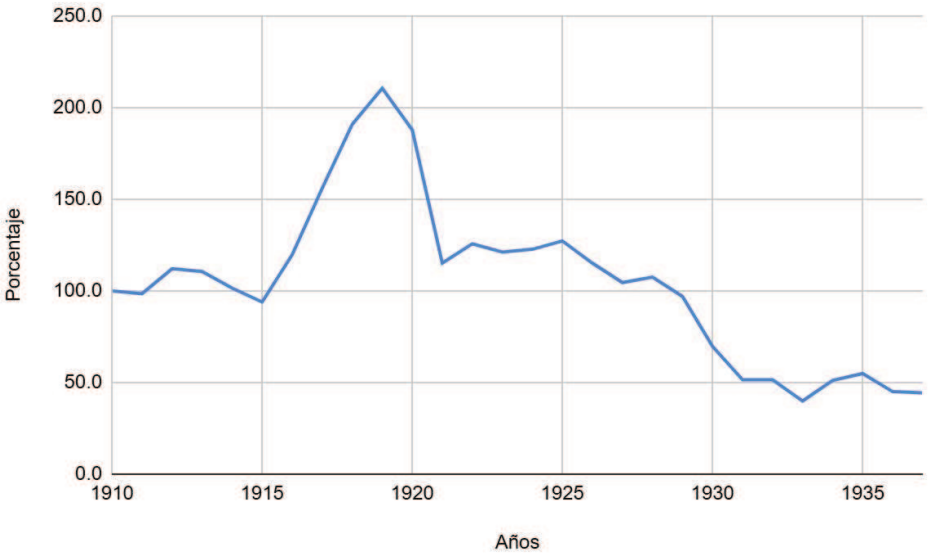
Estos tres elementos hicieron posible obtener los beneficios de un proteccionismo de facto que era imposible motorizar por medios políticos sin contradecir lo pactado en los tratados desiguales de puertos. Por ello es que esta industrialización se concentraría en la industria liviana, en aquellos segmentos productivos donde los productores chinos ya tenían cierta experiencia, y se dejaría de lado la industria pesada asociada a las políticas de Guāndū shāngbàn (官督商办), de industrialización promovida por el Estado. La inversión en la industria pesada que había predominado en el período de industrialización impuesta desde arriba mediante estas políticas reflejaban los intereses y preocupaciones de la elite burocrática, principalmente en el plano militar en el cual China se encontraba en desventaja frente a sus rivales. Por ello se concentraron en promover aquellos segmentos productivos relacionados con el sector militar para estimular al resto de la industria (Chan, 1977; Moulder, 1977).

Por el contrario, el segundo movimiento industrial fue más horizontal, se gestó al calor del nacionalismo y el antiimperialismo que movilizó tanto a empresarios como a los intelectuales, favoreciendo los bienes de consumo y la industria liviana (Bergère, 1989, p. 70).

La guerra generó no solo un aumento de la demanda de materias primas, sino también del precio de muchas que eran claves para el esfuerzo de guerra. Los minerales no ferrosos necesarios para ciertas aleaciones de metales destinados a la industria armamentista, como el tungsteno. Lo mismo sucedería con los aceites vegetales, el té negro, harinas, carnes, huevos indispensables para alimentar a los ejércitos. Esto mejoró la posición de los productores chinos en los mercados internacionales. El aumento del precio de la plata se vio reforzado por los disturbios que se generaron en México luego de la revolución de 1913, lo que generó un déficit neto en los países que estaban en guerra. Como podemos observar en la figura N.°1, el precio de la plata aumentó de manera sostenida frente al dólar norteamericano, pasado de 0.56 dólares en 1914 a 1.12 dólares en 1919 (Bergère, 1989, p. 65).

Figura N°2:

Valor del Tael de plata frente al dolar americano, año base 1910.



Fuente: Cheng (Y. Cheng, 1956)

Este contexto favorable para los productores chinos se extendería para el período 1927-1932 aunque solo pudo ser aprovechado de manera parcial debido al subdesarrollo general de la tecnología y en el marco restrictivo que significaba el sistema semi-colonial impuesto por los tratados desiguales de puertos. La guerra también trajo costos crecientes en términos del acceso a maquinarias y tecnologías que debían ser importadas de los países centrales, pero que durante el esfuerzo de guerra fueron suspendidas. Estas restricciones también afectaron a los movimientos internacionales de capital, lo que aumentó el costo de endeudamiento externo y redujo la inversión extranjera.

Precisamente, cuando el contexto no podía ser más favorable para los empresarios industriales, el acceso a maquinarias y suministros indispensables para mejorar la productividad y capitalizar el sector industrial, se hizo más difícil o imposible (Bergère, 1989, p. 67). Esto generó una ampliación de la producción de manufacturas de base artesanal recuperando en parte el viejo modelo de producción en red con los hogares campesinos como los principales proveedores de materias primas y mano de obra y los comerciantes como coordinadores de la producción y comercialización en las ciudades, combinándolo con pequeños talleres urbanos.

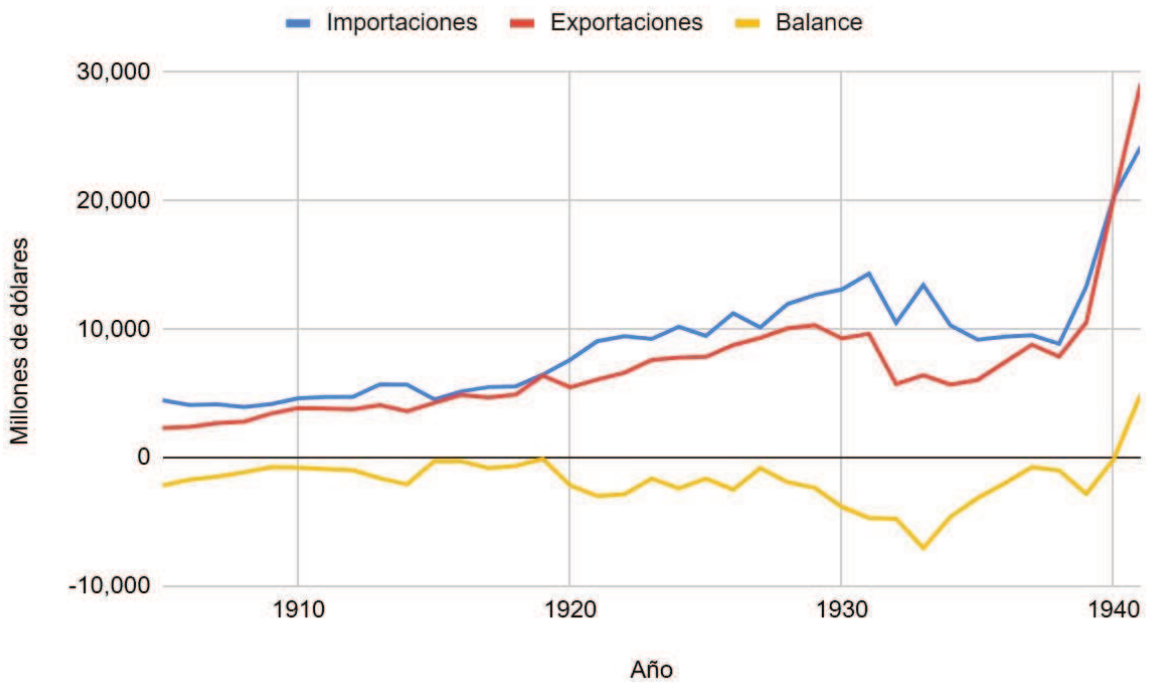
La retirada de las potencias europeas favoreció el avance de sus rivales norteamericanos y japoneses. Mientras que los americanos se dedicaron a la actividad financiera buscando ganar

mayor control sobre los negocios chinos y del comercio internacional; los japoneses penetraron en la producción manufacturera a través de la inversión extranjera directa. A su vez, Japón avanzó hasta convertirse en el principal proveedor de telas de algodón y como proveedor de equipos industriales.

La situación de la economía-mundo capitalista también se vuelve central para interpretar el éxito o fracaso de las estrategias de industrialización. Las industrias de consumo masivo requieren de cierto contexto en el que los mercados globales estén abiertos a la oferta. Esta no era necesariamente la situación para los productores chinos de comienzos de siglo, ni lo sería durante los primeros treinta años luego de la Segunda Guerra Mundial.

A pesar de la mejora en su balanza de pagos producto de la diversificación de las exportaciones y el aumento de los precios de las materias primas, desde 1880 hasta 1937 el comercio de China fue deficitario, como se observa en la figura N.° 3.

Figura N° 3: Balanza comercial de China 1905-1941, expresado en millones de dólares de 1956.



Fuente: Cheng (Y. Cheng, 1956)

Esto demuestra la situación de una economía periférica subdesarrollada, pero no necesariamente de una dependiente. La imagen se corresponde más bien con el inicio de un proceso de crecimiento en una economía nacional moderna (Bergère, 1989; Dernberger, 1975; Rawski, 1989).

Las fluctuaciones de los años de la primera posguerra trajeron aparejado cierta reversión de las condiciones favorables que posibilitaron el desarrollo espontáneo de la industria de consumo masivo en China. En primer lugar, como observamos en la figura N.° 1 el país debió enfrentarse a las fluctuaciones en el valor de la plata. Una vez terminada la guerra, las potencias occidentales comenzaron a vender sus reservas de plata, lo que produjo que el valor internacional se desplomará alcanzando sus niveles de preguerra. El tael chino se desplomó de 1.48 dólares americanos en febrero de 1920 a 0.74 dólares en diciembre de 1920. Si bien el efecto devaluatorio debió ayudar a las exportaciones de los productos chinos, a su vez se encareció los costos de maquinarias e insumos importados necesarios para sostener el ritmo de la industria.

La fuerte y precipitada devaluación del tael chino provocó una crisis en el sector externo por el lado de las importaciones. Los precios de importación favorables en febrero (cuando se realizaron los contratos de compra) se vieron revertidos en diciembre, al momento de tener que pagar los productos importados. Debido a ello, los productores tuvieron que pagar más del doble de lo que pensaban por el costo de estos insumos. Los sectores más afectados serán la industria del algodón y los metales (Bergère, 1989, p. 88; Young, 1971b).

Esta crisis del sector externo puso blanco sobre negro los límites del desarrollo espontáneo de la industria en manos solamente del sector privado. La ausencia de un Banco Central con capacidad de regular el precio de la moneda nacional, la debilidad e inestabilidad del poder central, sumado a la fragmentación del sistema financiero, hicieron imposible que el Estado intervenga de manera virtuosa. Esta crisis trajo aparejado el colapso del sistema de bancos tradicionales chinos que se especializaban en la intermediación entre los productores del interior con los extranjeros en las ciudades portuarias

No obstante esta situación desfavorable, el promedio nacional de la producción per cápita aumentó en lo que puede interpretarse como un proceso de crecimiento económico moderno (Rawski, 1989, p. 270). De acuerdo con las estimaciones de Rawski el PBI per cápita creció un 1.1 o un 1.2 % interanual entre 1914 y 1936. Este ritmo de crecimiento económico no está muy

por debajo de la tasa de crecimiento de Japón para el período 1910-1930 (Ma, 2008). Estas estimaciones respecto al crecimiento del producto se realizaron sobre la base de los cálculos de Yeh (Yeh, 1980) pero recalculando la tasa de crecimiento del sector agrícola. Esta revalorización de los datos respecto del crecimiento del sector agrícola es en parte lo que explica este mayor crecimiento del PBI per cápita. Sin esta revalorización del crecimiento del sector agrícola, la tasa de crecimiento del PBI per cápita se ubicaría en torno al 0,5% interanual (Ma, 2008; Myers, 1991; Rawski, 1989). Sin embargo, Ma (2008) utiliza los datos provistos por Rawski, pero sin la revaluación del sector agrícola para calcular el producto neto doméstico de Shanghái y la región del Bajo Yangzi y concluye que la tasa de crecimiento per cápita de esta región para 1930 había alcanzado tasas comparables con las de sus vecinos del Este Asiático, incluido Japón. En cambio, si se utilizaran los datos de Rawski la tasa de crecimiento de la región pasaría a ser 1.4% interanual para la región del Bajo Yangzi lo que daría una de las tasas de crecimiento más altas del período para la región.

En cuanto al crecimiento del PBI per cápita nacional, si excluimos la región del Bajo Yangzi y de Manchuria la tasa de crecimiento interanual para el resto del país es de 0,37 (Ma, 2008). El trabajo de Maddison sostiene que para todo el período que va desde 1890 a 1933 (un período más extenso que el de los cálculos de Rawski y Ma) el PBI per cápita aumentó tan solo un 7% lo que da un crecimiento interanual promedio de 0.16% (Maddison, 2007, p. 52).

En cualquiera de los escenarios quedan demostrados dos elementos importantes. En primer lugar, la existencia de crecimiento moderno, es decir, basado en el aumento de la productividad y del PBI per cápita. En segundo lugar, se comprueba el desarrollo espacialmente desigual al interior de la economía China, con un sector moderno ligado a la economía-mundo capitalista y un sector agrícola interno que participa de la economía-mundo solo a través de la intermediación con los capitales de las ciudades de la costa, sin percibir grandes mejoras en su situación económica o productiva.

Este aumento en el producto per cápita y en el consumo per cápita no implicó cambios en la distribución del ingreso, por lo que gran parte de este crecimiento económico pasó desapercibido para la gran mayoría de los habitantes y para sus circunstancias económicas que no se vieron significativamente modificadas. Esto se condice con la afirmación de Rawski respecto a que Manchuria y la región del Bajo Yangzi progresaron de manera más rápida que

el promedio nacional, por lo que el resto del país atravesó tasas de crecimiento por debajo del promedio o incluso, por momentos, negativas (Rawski, 1989, p. 271).

El rol del sector externo sobre las variables principales de la economía fue significativamente menor. Para el año 1933 el total de las importaciones y las exportaciones no representaban más que el 8.5% del PBI. El comercio exterior limitado implicaba que tan solo una fracción pequeña de la producción de China alcanzaba al mercado global (Rawski, pp 05). Por lo que podemos observar, la consecuencia más directa de la incorporación del antiguo imperio-mundo chino a la economía-mundo capitalista fue el ingreso de las fuerzas de mercado internacionales en las circunstancias económicas de millones de campesinos chinos, los cuales en su mayoría no compraban ni vendían en los mercados internacionales.

La presencia de agentes capitalistas extranjeros, en particular en las ciudades portuarias habilitadas por los tratados desiguales, implicó el ingreso de nuevas oportunidades para el sector privado en forma de recursos, capitales, tecnología, transporte y finanzas. Lo que es de resaltar es que las exportaciones de China estaban más diversificadas que las de un país periférico de la época que tradicionalmente estaba asociado a la explotación de un recurso de manera intensiva. Por lo que, debido a la relativa diversificación de la producción heredada del período imperial, el comercio exterior fue el resultado de un patrón de desarrollo económico y productivo histórico, antes que la penetración de nuevas fuerzas y productos destinados para satisfacer la demanda de la metrópoli en el centro del sistema-mundo (Rawski, 1989; Young, 1971b).

En lo que respecta a la inversión extranjera directa, funcionó como un estímulo al crecimiento económico y al cambio estructural en la economía antes que aletargarlo (Dernberger, 1975). Para 1933, el 67% del valor agregado bruto de producción en las fábricas estaba bajo control de firmas de capitales chinos, un 14,2% en manos de firmas extranjeras en la región de Manchuria y un 18,8% en el resto de China. En la industria textil, el 48% de los husos y el 56% de los telares estaban en manos extranjeras, en su mayoría japoneses. Para 1930, existían en total 43 hilanderías de propiedad japonesa, comparadas con 81 de propiedad china. No obstante, el total del capital invertido en el sector de propiedad japonés excedió al total del capital invertido en las industrias textiles de origen chino. Debido a esto, las empresas extranjeras del sector representaban el 38% de toda la producción de hilos de algodón y un 56% de la producción de telas (Coble, 1986, p. 26). El sector tradicional de la producción

manufacturera artesanal era enteramente de propiedad china, lo mismo sucedía en la agricultura. En su conjunto, solo un 2,5% del PBI era producido por capitales extranjeros (Maddison, 2007, p. 55).

Entre 1902-1936 el stock de inversión extranjera creció; sin embargo, para 1930 representaba tan solo 5 dólares per cápita, lo que equivale a la mitad de la inversión extranjera en la India (colonia británica) y siete veces menor que la de Taiwán (colonia japonesa desde 1895). A su vez, el 37% de esta inversión estaba concentrada en el comercio y la banca, seguido por un 30% en transportes y finalmente, tan solo un 21% en la industria, el resto en bienes inmuebles (Maddison, 2007, p. 55).

En el período entre 1937 y 1945, China fue invadida por Japón en una guerra total que duró ocho años, seguida de la invasión soviética de las provincias de Manchuria, y luego cuatro años de guerra civil entre nacionalistas y comunistas. Como resultado, se observa en la tabla N.° 9 el PBI per cápita de 1952 retrocedió a los niveles de 1890, generando la ilusión de que durante el período no hubo crecimiento económico. A pesar de esto, el periodo de crecimiento económico desigual propulsado por el mercado durante este período si modificó en cierta medida la composición sectorial del PBI siendo lo más importante la creación de un sector moderno relativamente robusto, particularmente en la zona del Bajo Yangzi y Manchuria.

Tabla N.° 9: Crecimiento del PBI, Población y del PBI per cápita

Año	PBI (million 1990 US$)	Población (miles)	PBI per cápita
1870	189 740	358 000	530
1890	205 379	380 000	540
1990	218 154	400 000	545
1913	241 431	437 140	552
1929	274 090	487 273	562
1930	277 567	489 000	568
1931	280 393	492 640	569

1932	289 304	496 307	583
1933	289 304	500 000	579
1934	264 091	502 639	525
1935	285 403	505 292	565
1936	303 433	507 959	597
1937	296 043	510 640	580
1938	288 653	513 336	562
1950	244 985	546 815	448
1951	273 733	557 480	491
1952	305 854	568 910	538

Fuente: Madisson (2007)

b) La debilidad fiscal del Estado

Durante todo este período se realizaron diversos esfuerzos para intentar recentralizar el poder del Estado y reafirmar el poder de la burocracia central. Durante la República de Beiyang (1916-1926) las fuerzas centrífugas de la estructura social china se hicieron sentir con fuerza. El regionalismo cobró poder y los caudillos militares competían por el control de Beijing. No había un gobierno central, sino un caos administrativo. Al no tener control administrativo carecía de fuentes de financiamiento. Los impuestos a la tierra y el líjīn (厘金) estaban bajo control de los gobiernos locales, las aduanas y el monopolio de la sal se encontraba bajo control de las potencias extranjeras con escasa participación china y las tarifas al comercio exterior se encontraban congeladas como resultado de la vigencia de los tratados desiguales. Por todo esto es que el gobierno se encontraba en una trampa de la cual era muy difícil salir, no tenía fondos porque el Estado era muy débil, habiendo sido vulnerada su autonomía interna y externa, y a la vez el Estado era débil porque carecía de los recursos fiscales para afrontar la construcción de una administración eficiente (Young, 1971b, p. 05). La fragmentación del poder fiscal y militar dieron como resultado la emergencia de caudillos militares provinciales que se disputaron entre

sí el control del Estado central. El resultado fue una mayor debilidad del sector público, pero una expansión de las fuerzas privadas de la sociedad. Esto se dio en particular en las ciudades costeras de los tratados desiguales donde emergería la nueva clase social en China, la burguesía.

Es significativo para nuestro abordaje sobre el desarrollo de China resaltar que, por un lado, precisamente cuando el Estado se retiró casi por completo de la actividad económica y de su presencia sobre la sociedad, es que se generaron las condiciones para este proceso de desarrollo espontáneo. Por lo que este nuevo proceso de desarrollo económico y los actores sociales que lo encabezaron constituían una esfera independiente respecto del contexto institucional. Por otro lado, este sector se desarrolló con cierta independencia respecto de los mecanismos de control colonial impuestos sobre China, sostenido mayormente por recursos nacionales, aunque limitado por eso mismo. Esta doble autonomía probaría ser un limitante y no una fortaleza para el desarrollo del sector industrial moderno chino de principios del siglo XX (Bergère, 1989, p. 63)

La clase burguesa que emerge de este proceso se liberaría en parte de las restricciones sociales confucianas y se dedicaría a la persecución de la riqueza privada. Frente a la ausencia de un Estado con capacidad para asistir a la burguesía en el esfuerzo de acumulación de capital (incluso en sus funciones más mínimas como salvaguardar la propiedad privada) múltiples organizaciones de la sociedad civil se alzaron para intentar satisfacer la demanda de orden político.

El resultado fue una gran expansión del sector privado, pero sin el desarrollo de un sector público con capacidad de acompañar el esfuerzo de modernización. Esto se refleja con especial énfasis en el casi insignificante papel que desempeñó el gasto público, lo que indica una debilidad notable de la capacidad fiscal del Estado, incluso durante el período de reconstrucción del poder central durante el gobierno de Nanking. En parte, el bajo nivel de gasto público se debía a que los ingresos aduaneros se colocaron como parte de pago de la deuda externa que se contrajo para solventar las reparaciones de guerra. Entre 1921 y 1927 los pagos de la deuda externa representaron ¾ de los ingresos netos de las aduanas (Young,
1971b, p. 06)

La economía era así predominantemente privada y el rol del sector estatal permaneció siendo marginal (Rawski, 1989, p. 03). Durante el siglo de humillación que devino luego de la derrota en las Guerras del Opio, el Estado chino careció de la capacidad fiscal necesaria para

transformar su estructura productiva. Esta debilidad le impidió generar los ingresos necesarios como para motorizar el desarrollo del sector moderno mediante subsidios directos.

El gobierno de Beiyang era una estructura muy débil y fragmentada, lo que se observó en la prevalencia del 厘金 (pinyin: líjīn) como forma prevaleciente de extracción de recursos desde el sector privado hacia el público (S. Mann & Jones, 1987). Muchos de estos impuestos provinciales iban acompañados de sobornos a las autoridades oficiales o de extorsión por parte de las mismas tendiente a obtener fondos para el enriquecimiento personal de algunos funcionarios o para solventar alguna campaña militar contra otro señor de la guerra o contra el gobierno central.

El Estado Nacionalista dirigido por Jiang Jieshi tomó las riendas formales del gobierno a partir de 1927. Estableciendo su sede en la nueva capital en Nanking, el GMD buscó garantizar la unidad político territorial del país y ejercer el gobierno directo efectivo. La Campaña del Norte fue el gran movimiento militar con el que aseguró su posición como jefe político y militar de la nueva China. Sin embargo, para 1928 su poder solo estaba garantizado para la zona de Jiangnan en el bajo Yangzi, el resto del país estaba bajo el control efectivo de diversos caudillos que cooperaban con el gobierno. Por lo tanto, la mayoría de los ingresos del Estado permanecían en manos de los gobiernos locales, con excepción de las aduanas (Young, 1971, pp 13).

El gobierno tenía dos herramientas a su favor para forzar la recaudación de impuestos. Por un lado, en la ciudad de Shanghai utilizó a su favor el poder de las organizaciones criminales como la Banda Verde (J. K. Fairbank & Goldman, 2006, p. 284). Esta organización obtendría a cambio el monopolio del comercio de opio en todo el país. Parte de sus servicios residió en funcionar como fuerza de choque contra los comunistas, pero también como fuerza para extraer recursos (generalmente extorsivos) de los hombres de negocios. Por otro lado, el gobierno tenía control sobre la Corte Provisional de Justicia, institución que utilizó para forzar el cobro de impuestos sobre los chinos residentes en las zonas internacionales. En 1927, el gobierno emitió un impuesto especial a ser pagado por todos los terratenientes residentes de las zonas internacionales, en caso de no pagar, la corte no recibiría demandas ni resolvería disputas entre los locatarios y los dueños de la tierra (Coble, 1986, p. 40). El gobierno se vio permanentemente forzado a buscar nuevas fuentes de financiamiento.

A pesar de un comienzo un tanto anárquico, el gobierno de Nanking implementó una serie de estrategias para obtener el apoyo político de la burguesía. El representante de este esfuerzo

será T.V. Soong, Ministro de Finanzas, cuñado de Jiang Jieshi y de Sun Yat-sen, descendiente de una familia burguesa de Shanghái. Su estrategia para ganar el apoyo de los capitalistas de Shanghai residió en traerlos a la arena política como agente de consulta en materia de política económica, y más adelante reclutándolos como miembros del gobierno, esto llevaría a la burocratización de parte de la burguesía china (Coble, 1986, p. 49).

El gobierno colocó como prioridad central el ordenamiento de las cuentas públicas y el establecimiento de un presupuesto ajustado. Para ello convocó a los principales hombres de negocios a la Conferencia Económica Nacional para intentar dar vuelta la página en la relación con la burguesía, en particular para ordenar el plano fiscal. En palabras del Ministro de Finanzas Soong "Sin saber cuál es nuestro ingreso real, toda conversación sobre unificar China es inútil" (Young, 1971, pp 16). Para ello dictaminó que los impuestos nacionales serían las aduanas, el impuesto a la sal, el vino, el tabaco, la minería, las estampas y las ganancias de las empresas públicas. Sin embargo, no hubo esfuerzos por mejorar la recaudación de los impuestos. El problema principal era que el gobierno "nacional" solamente recaudaba impuesto en la zona del gran Shanghái, el resto del país seguía bajo control de caudillos militares nominalmente leales al GMD. Esto también dificultó el establecimiento del presupuesto nacional, e impidió los múltiples intentos por reducir los gastos militares. El problema radicaba en que la China Nacionalista estaba lejos de ser una nación unificada, si no una colección de feudos militares (Coble, 1986, p. 54; Young, 1971b, p. 78).

Avances significativos se lograron en 1931, cuando el gobierno de Nanking logró abolir el líjīn (厘金) y reemplazarlo por impuestos sectoriales recaudados por la burocracia central (Maddison, 2007, p. 53). En compensación por la abolición del líjīn se cedió a la provincia la recaudación del impuesto a la tierra que tradicionalmente había sido la base de los ingresos del Estado imperial. Este impuesto permaneció bajo control de los gobiernos provinciales y dependía para su recaudación de los terratenientes.

Pero a pesar de una considerable expansión del aparato burocrático y el poder del gobierno central, los gastos del Estado no superaron el 4% del producto y los ingresos no superaron el 3%, como se desprende de la Tabla N°10, comparado con un 2,4% en 1908 (Qian & Sng, 2021). También se observa que casi la mitad de los ingresos del gobierno provenían de las aduanas, aunque el comercio exterior representaba tan solo el 6% del PBI, lo que demuestra la escasa capacidad fiscal interna del Estado (Boecking, 2017, p. 120). Según Young (1971) el

gasto público alcanzó un pico de 5.4% del producto en 1936. Si bien implicó una mejora respecto al período imperial tardío, durante el cual el Estado tan solo recaudaba un 10% de lo que gastaba (Y. Wang, 2022, p. 259) este nivel de ingresos y de gastos continuó siendo marginal similar al del Estado imperial tardío de la dinastía Qing luego de las Guerras del Opio y de la Rebelión Taiping. No obstante, estos nuevos impuestos fueron una tragedia para muchos hombres de negocios, particularmente del sector industrialista de Shanghai (Coble, 1986, p. 40). La burguesía quería y necesitaba un gobierno y un Estado más poderoso, pero no estaba dispuesta a hacer el esfuerzo económico necesario para lograrlo.

Tabla N° 10: Agregados fiscales del gobierno central 1932-1936

Año	**1932**	**1933**	**1934**	**1935**	**1936**
Ingresos (millones de yuanes)	**619**	**614**	**689**	**745**	**817**
Aduanas	59,8	53,1	51,1	47,4	33,3
Impuesto a la sal	23,2	25,7	25,7	22,4	22,5
Impuestos consolidados	14,4	13	15,4	14,1	16,5
Otros (excluyendo préstamos)	2,6	8,2	7,8	16,1	27,7
Total	100	100	100	100	100
Prestamos (millones de yuanes)	**130**	**112**	**179**	**225**	**276**
Gastos (millones de yuanes)	**749**	**726**	**896**	**1031**	**1182**
Militar	40,6	44,2	41,6	37,6	33
Indemnizaciones de guerra	36	28,9	27,3	23,1	24,9
Otros	23,4	26,9	31,1	39,3	42,1
Total	100	100	100	100	100
Producto Bruto Interno (millones de yuanes)	33431	30673	27278	26091	29265
Participación sobre PBI (porcentaje)					

Ingresos	1,8	2	2,5	2,8	2,8
Gastos	2,2	2,4	3,3	2	4

Fuente: Rawski (1989, p. 15).

Los intentos por reformar la administración y gestión de los condados, en particular en materia de recolección de impuestos resultaron infructíferas para el gobierno de Nanking que continuó dependiendo de la recolección de los impuestos sobre los propietarios de la tierra (en su mayoría terratenientes en ausencia que vivían en las ciudades) y no en la recolección de impuestos sobre los productores directos, por lo que los terratenientes continuaron desempeñando su rol tradicional como intermediarios en la recolección de impuestos. Esta tarea recaía de manera directa en los jefes de aldea que operaban a nivel local por debajo del nivel del distrito (P. C. C. Huang, 1990, p. 154).

Los efectos económicos de las políticas del gobierno de Nanking (1927-1937) en lo que refiere al plano fiscal aparecen en el plano militar, en los mercados de capitales y en las industrias que aportaban a los impuestos consolidados, principalmente la sal y aquellos ligados al sector moderno.

En el plano del sector externo, el Estado logró recuperar su autonomía para fijar tarifas recién en 1930 (que había sido cedida en la Segunda Guerra del Opio) pero no logró hacer retroceder a las potencias extranjeras en sus derechos de extraterritorialidad ni en su control sobre las aduanas. De hecho, la vigencia de los tratados desiguales continuó en efecto hasta 1943, configurando en total “un siglo de humillación” para la nación China. Sin embargo, a partir de 1927 se puso en vigencia una nueva política aduanera acordada previamente con las potencias que permitió que la tasa para las importaciones aumentará de 3.35% en 1928 a un 19.74% en 1933 (Coble, 1986, p. 83). Dicha política favoreció levemente las cuentas del gobierno, por lo que en 1931 también decidieron aumentar la tasa para las exportaciones, de un 5% a un 7,5%. Esto eliminó las ventajas competitivas de las que gozaban los productos chinos en el mercado internacional y repercutió negativamente en el desarrollo de ciertas industrias.

Si retomamos los datos de la tabla N.° 10 observaremos que el aumento en la capacidad fiscal del Estado no impidió el desarrollo del sector moderno en China, particularmente la industria, que creció a una tasa del 8.1% interanual, logró aumentar su participación en el PBI.

Respecto al gasto total del Estado, si consideramos todos los niveles de gobierno local, de condado, provincial y central, las estimaciones más ambiciosas sostienen que para 1935 el gasto total equivaldría a un 9% del PBI (Rawski, 1989, p. 25). Si bien son valores que comparados con la expansión del gasto en los países del centro es muy bajo, si los comparamos con otros países de la periferia y la semiperiferia durante la década del 30, los valores alcanzados por el Estado durante el período republicano se ubican dentro de la media histórica (FMI, 2022).

Por lo que la idea de que el gobierno de Nanking fue el de un Estado que ejerció un control desmedido sobre la economía y tendió a la recaudación impositiva predatoria, ahogando al naciente sector privado, parece no coincidir con la capacidad fiscal efectiva de su aparato burocrático. En todo caso, las políticas monetarias, la reforma del sistema bancario y las reformas en las tarifas aduaneras fueron medidas que tendieron a beneficiar al sector privado (Rawski, 1989, p. 15).

Los impuestos en las zonas rurales recaudaban un 35% del ingreso bruto de un campesino para 1937. En cambio, en las zonas del norte de China bajo ocupación japonesa, la recaudación alcanzó hasta el 68% de los ingresos de los campesinos. La tasa efectiva de tributación del Estado republicano se estima alcanzó el 20% de la producción después de 1941 (P. C. C. Huang, 1990, p. 170).

Debemos recordar que estamos en un período en el que el capitalismo se encontraba en su faceta competitiva durante el cual el gasto del Estado se mantenía relativamente bajo y sus funciones más bien limitadas en cuanto a su capacidad de intervención económica. No será hasta después de la Segunda Guerra Mundial que el gasto público se elevará y las funciones económicas y sociales del Estado se expandan.

Sin embargo, lo que muestra este nivel de gasto es que el Estado estaba lejos de ser una máquina burocrática predatoria sobre el sector privado. A su vez, también demuestra que toda intención de desarrollar un modelo de economía planificada esbozado por el GMD y su aparato burocrático no podría haber salido más allá del estado de diseño porque el gasto del Estado estaba muy por debajo de los niveles necesarios para poder desplegar de manera efectiva políticas de estímulo al desarrollo económico o directamente de suplantar la función de inversión del sector privado. Entre los años 1934-1936 menos del 4% del gasto del gobierno estuvo destinado al desarrollo económico (Young, 1971a, p. 437).

En este sentido, los esfuerzos del gobierno central por mejorar la capacidad de recaudación del Estado se encontraron con dos limitantes. Desde su establecimiento en Nanking y durante cada año de su existencia, el presupuesto del gobierno fue deficitario (Coble, 1986, p. 66). Por un lado, la capacidad administrativa y el alcance de la burocracia central continuó alcanzando tan solo hasta nivel de distrito. Por debajo de este nivel continuaba operando la compleja red de encargados cuasioficiales de la recaudación que operaban durante la dinastía Qing, es decir, jefes de aldea y terratenientes. A su vez, el Estado se limitaba a recaudar impuestos directos allí donde existía mayor riqueza, generalmente en torno a los cauces de los ríos y de las grandes ciudades que sé dedicaban al comercio y la industria mayoritariamente, además de ser el espacio en el que habitaban los terratenientes (Rawski, 1989, p. 29). Por lo que, si bien se registró un 25% de aumento en la recolección de impuestos de la tierra, su participación en el total de lo recaudado cayó de un 80% a un 55% entre 1920 y 1930, período en el cual la recaudación general creció. Por otro lado, luego de varios siglos de políticas de bajos impuestos y gobierno pequeño (Deng, 2002), el Estado se encontró con una fuerte resistencia civil a pagar impuestos o la simple existencia de nuevos impuestos. Esta resistencia civil podía alcanzar el grado de disturbios o pequeñas rebeliones, hasta la insurrección de algún caudillo militar. El poder de resistencia del campesinado chino continuará siendo un factor central para comprender los límites del poder del Estado hasta la creación de la RPC y el despliegue de la reforma agraria. Esta resistencia al pago de impuestos fue particularmente fuerte en la ciudad de Shanghái donde el gobierno recurrió a formas coercitivas extremas (como el secuestro de empresarios por parte de organizaciones criminales) para extorsionar a los empresarios a contribuir a la causa nacionalista (Coble, 1986, p. 44).

De hecho, si bien el Estado de Nanking era una forma de poder central superior a su antecesor, no había logrado dejar atrás por completo la política de atomización de los señores de la guerra, ni había logrado construir una burocracia con mayor capilaridad territorial que la burocracia de la dinastía Qing. En primer lugar, podemos interpretar a Jiang Jieshi como un primus inter pares cuyo poder central era reconocido, pero como parte de una negociación con caudillos locales que continuaron ejerciendo el poder de facto en sus provincias. En segundo lugar, la burocracia del gobierno de Nanking continuó alcanzando hasta el nivel de distrito, por debajo de este nivel administrativo continuaban ejerciendo su poder los terratenientes y los jefes de aldea, que eran centrales para la recaudación de impuestos agrícolas.

Por estos motivos, Shanghái se convirtió en la principal fuente de recursos al alcance del Estado. En el período que va de 1927 a 1937, aproximadamente un 85% de los ingresos impositivos provinieron de actividades comerciales o manufactureras (Eastman, 1986, p. 132). A su vez, debido a los recurrentes déficits en el presupuesto que aquejaron al gobierno, los banqueros de Shanghái se convirtieron en los principales prestamistas del Estado.

Esta baja capacidad fiscal del Estado no significa que la carga impositiva no fuera por momento y para algunos sectores una carga pesada que afrontar, particularmente para los campesinos. Pero también para algunos sectores industriales como la industria del tabaco (Coble, 1986, p. 87).

Los sectores acomodados también cargaron con el peso impositivo del gobierno, en particular de los gobiernos provinciales. El caso de la provincia de Shanxi fue testigo de los intentos desmedidos del caudillo local por reforzar su poder militar y económico a costa del aumento de impuestos sobre básicamente todas las áreas productivas, incluso llegando a que ciertos emprendimientos mineros se cerrarán debido a la presión impositiva. En el caso de los campesinos, la presión impositiva se convirtió en predatoria cuando la combinación de malas cosechas con aumento de los impuestos generó una hambruna en 1928. El eslogan de fortalecer al Estado, enriqueciendo a la nación, se tradujo en aumentar los impuestos y las cuotas del servicio militar que terminaron en parte generando el efecto contrario. Debilitando el poder del Estado incentivando la rebelión social y la evasión impositiva (Gillin, 1967, p. 90;110).

En el primer año de gobierno, el 87% del gasto estuvo destinado al esfuerzo militar (de ahí el intento infructuoso de Soong de reducir el gasto militar), a su vez el 48.6% de los ingresos lo constituyeron préstamos por un total de 73.4 millones de yuanes (Coble, 1986, p. 67). Durante los siguientes cinco años, el 24.6 % del gasto fue cubierto por deuda. Esta incapacidad de la burocracia de generar los ingresos suficientes para el funcionamiento rutinario del Estado y su dependencia de los acreedores privados nacionales generó un nuevo patrón de autodebilitamiento estatal que se mantendrá durante todo el gobierno de Nanking. Durante el mismo período el gasto militar se redujo considerablemente, pero continuó representando en promedio un 44% del gasto. Esto se debió a los constantes conflictos militares internos tanto con los comunistas como con caudillos locales que intentaban mantener su autonomía. En el largo plazo este financiamiento del gasto militar mediante deuda fue una fortaleza por sobre el resto de las fuerzas contendientes, pero a la larga imposibilitó consolidar un régimen fiscal

eficiente y contribuyó a la inoperancia del Estado para resolver los problemas cotidianos del pueblo chino.

En la persecución del Estado por controlar todo se terminó controlando mucho, pero de manera ineficiente (Eastman, 1986, p. 151). Así, entre los gastos militares y los servicios de deuda consumieron el 85% del gasto en el periodo 1928-1932 (Coble, 1986, p. 68). Esto representaba tanto deuda externa (parte de reparaciones de guerra y préstamos internacionales) como deuda interna generada mediante bonos del gobierno en manos de los principales bancos del país.

Los bajos niveles de gasto público durante el período republicano se revertirán post-1949 cuando alcanzaría un 29% del PBI en 1957 durante el primer plan quinquenal. Hasta 1949, no se pudo romper la inercia institucional heredada del período Qing de impuestos bajos y gobierno pequeño. El tamaño del Estado continuó siendo insignificante en comparación con el total de la economía nacional, si a esto agregamos el tamaño del gasto militar y de los gastos de servicios de deuda y reparaciones (como se observa en la tabla N°9) queda demostrado que las fuerza del mercado sobrepasaron la capacidad de cualquier maniobra administrativa posible (Rawski, 1989, p. 26), pero que a la vez el Estado carecía de los medios necesarios para motorizar un proceso de desarrollo económico.

c) La emergencia de una nueva elite nacional desarrollista: ascenso y caída de la burguesía china

La mayoría de los capitalistas modernos emergieron de la comunidad de compradores que se desarrolló en las ciudades portuarias chinas, en particular en Shanghái. Para 1920, esta ciudad era la más grande de China y la más rica. Era el punto de convergencia entre la economía-mundo capitalista con sus nuevas tecnologías, productos e ideas y la china tradicional milenaria. Los compradores eran hombres de negocios que se encargaron de la intermediación entre los hombres de negocios extranjeros y los comerciantes chinos. Paulatinamente, fueron obteniendo contactos y conocimiento del mundo de los negocios occidentales y lo utilizaron para crear sus propias fortunas. Estos nuevos sectores empresariales se diferenciaban de sus contrapartes europeas en el sentido de que debido a su origen completamente de base urbana, carecían de la posición social que gozaban aquellos como terratenientes y de los ingresos

asociados a esa posición (Bergère, 1989, p. 125). Cuando el tratado de Shimonoseki de 1895 permitió la instalación de fábricas extranjeras en los puertos, Shanghái se convirtió en el centro del desarrollo industrial del país. Esto condujo a la emergencia de una clase burguesa moderna autóctona y a la aparición de una clase proletaria industrial moderna (Dillon, 2010, p. 253).

Los compradores se convirtieron en industriales y en hombres de negocios, pero de la mano de la influencia de Occidente también emergió un sector bancario moderno. Producto del intercambio comercial intenso y de la necesidad de contar con formas de intercambio modernas, la mayoría de las transacciones estaban a cargo de bancos extranjeros. Sin embargo, esto no impidió la emergencia de bancos chinos modernos (Coble, 1986, p. 17).

A diferencia de los antiguos comerciantes letrados del período imperial, los nuevos hombres de negocios gozaron de mayor libertad y un menor grado de control político. También se produjo un cambio en el estatus social que gozaban los hombres de negocios, y el prestigio asociado a este tipo de actividades, antes consideradas menores. Esto se reflejaría en diversas posiciones simbólicas que los nuevos empresarios ocuparían como asesores o financistas del Estado y su administración. A la vez, este cambio de estatus se reflejó en el relativo desinterés de los empresarios por ocupar posiciones burocráticas dentro del Estado, dando cuenta de la nueva correlación de fuerzas entre el ámbito privado de los negocios y el débil poder del Estado. Aunque los capitalistas de Shanghái no lograron romper del todo con el control político del Estado, sí alcanzaron mayores grados de influencia política. La ligazón con el gobierno se hizo sentir particularmente en el sector bancario, donde muchos sirvieron como financistas del gobierno (Dillon, 2010, p. 209).

Entre 1911 y 1927, frente a la ausencia de un Estado central poderoso, los capitalistas de Shanghái desarrollaron sus propias instituciones independientes. El contexto institucional de la ciudad fue favorable para el desarrollo de la burguesía, en particular por la existencia de la Concesión Internacional de Shanghái. Este evolucionó de un simple enclave colonial a una ciudad-estado con su propio gobierno, constitución, leyes y cortes. La existencia de este gobierno fue posible por la vigencia de los tratados desiguales que brindaban derechos de extraterritorialidad a las potencias extranjeras. El entramado institucional moderno brindó las bases para la protección de la propiedad privada que muchos burgueses compradores aprovecharon para proteger sus activos del poder del Estado chino (Ma, 2006). A su vez, lograron hacerse con el control de activos y empresas que originalmente eran controladas por

el gobierno o co-gestionadas bajo el sistema Guāndū shāngbàn (官督商办), tales como el Banco de China, el Banco de Comunicaciones y la Compañía de Navegación de Vapor de los Comerciantes chinos (Coble, 1986, p. 20).

Como observamos en la primera parte de esta tesis, los negocios y las funciones administrativas burocráticas en el Estado estuvieron interpenetrados, esta práctica formaba parte de la sociedad tradicional China. Ya fuera en el formato de comerciantes-magistrados, por la necesidad de obtener protección oficial para los negocios o una licencia de monopolio sobre algún producto, negocios y burocracia estuvieron entrelazados en la formación estatal china desde al menos la dinastía Qin en adelante. Sin embargo, para 1920 esta relación adquirió un formato diferente. La nueva burguesía no se dedicaba a los negocios persiguiendo prestigio social o la protección frente a la arbitrariedad del poder burocrático, ahora se trataba de expresar en la esfera política un poder que ya les era propio en la esfera económica (Bergère, 1989, p. 129). Por lo que, a diferencia de sus antecesores, estos nuevos actores económicos no concebían a los negocios simplemente como medio para alcanzar posiciones de mayor prestigio social, generalmente ligadas a la tenencia de la tierra y de títulos imperiales.

En términos políticos, la clase burguesa de Shanghái fue generando sus propias instituciones representativas (J. K. Fairbank & Goldman, 2006, p. 272). Las más importantes fueron aquellas que se convirtieron en voceros de los más diversos sectores de manera transversal. Entre ellas se destacó la Cámara General de Comercio de Shanghái, la cual sirvió como vocera de los grandes hombres de negocios y, rápidamente, logró asegurarse poder político. Por ejemplo, sus miembros lograron ocupar lugares prominentes en el gobierno local de la ciudad y crearon su propia milicia, la cual desempeñó un papel importante en las revoluciones de 1911 y 1927.

La burguesía china estuvo marcada por la contradicción que se gestó en su interior desde sus orígenes. Debido a sus raíces en la llamada burguesía compradora ligada al capital extranjero (J. K. Fairbank & Goldman, 2006, p. 269), fue difícil conciliar la efervescencia nacionalista de los años veinte con sus propios intereses económicos ligados a los negocios con las potencias extranjeras. Luego del estallido social del movimiento del 4 de mayo, la presencia de los extranjeros en China se había convertido en un impedimento mayor para el desarrollo de los capitalistas nacionales (Coble, 1986, p. 26). Esto agudizó la contradicción de origen de estos grupos capitalistas que debían parte de su desarrollo a la presencia del capital extranjero, pero

que a su vez veían imposibilitado desarrollarse como tal debido a la competencia desleal del capital trasnacional.

Como demostramos previamente, la burguesía tuvo su época de oro gracias a las condiciones favorables generadas por la Primera Guerra Mundial. No obstante, con el final de la guerra, esas condiciones se volvieron desfavorables y, los espacios que se habían ganado en el mercado a costa de los intereses de los capitales extranjeros ahora eran reclamados por una feroz competencia. Las burguesías occidentales tenían a su disposición el poder de sus poderosos aparatos estatales para hacer avanzar sus intereses y forzar al Estado chino a devolverles los privilegios perdidos. Por su parte, la burguesía china no tenía ese recurso de poder político. La incapacidad del Estado de fijar aranceles para defender a los capitales chinos y su debilidad fiscal que le imposibilitaba desplegar una política de fomento industrial, dejó a la burguesía china librada a su suerte. Esta situación de ausencia de poder político llevó a la burguesía a apoyar más decididamente al movimiento nacionalista (Bergère, 1989, p. 193).

Mientras buscaban una mayor autonomía política, necesitaban de un Estado fuerte, frente al que corrían el riesgo de que se convirtiera en una autocracia (J. K. Fairbank & Goldman, 2006, p. 273). Es en este contexto que los capitalistas de Shanghái volcaron su apoyo a los nacionalistas y al movimiento antiimperialista con sus expectativas puestas en la creación de un gobierno y un Estado central poderoso que pudiera defender los intereses de los industrialistas, banqueros y hombres de negocios chinos frente al capital extranjero (Coble, 1986, p. 27)). Por eso brindaron un fuerte respaldo político y financiero al gobierno de Nanking; sin embargo, el gobierno del GMD tomaría una dirección que iría más allá de representar los intereses de la burguesía, persiguiendo una política de capitalismo burocrático (Bergère, 1989, p. 284; J. K. Fairbank & Goldman, 2006, p. 288).

En este contexto, la burguesía se encontraba atravesada por la contradicción entre favorecer el esfuerzo nacionalista y mantener sus vínculos con el capital extranjero, del cual dependía en parte para sus negocios y para sostener su independencia política. A su vez, una segunda contradicción comenzó a emerger en el frente interno con el proletariado. De la mano del desarrollo del sector moderno creció una extensa clase obrera que, para 1920, estaba organizada en sindicatos que fueron la base social del movimiento antiimperialista de masas. La conflictividad laboral estuvo desde el comienzo de la industrialización de Shanghái, entre 1985 y 1913 el 75% de las huelgas fueron protagonizadas por trabajadores no calificados

(proletarios), en su mayoría mujeres trabajadoras de los talleres de seda o las hilanderías de algodón (Perry, 1993, p. 49). En este movimiento de masas surgieron dos sectores políticos, el PCCh y los sectores de izquierda al interior del GMD. En la historia de China republicana, frente a ser explotada por el capital extranjero o ser regulada por la acción de masas de la clase obrera, la burguesía siempre optaría por el capital extranjero (Coble, 1986, p. 28).

Los comunistas, aliados al GMD durante este período, desempeñaron un papel central en la Campaña del Norte (1926-1927) y en la captura de Shanghái de manos de los señores de la guerra. En el camino a la captura de la ciudad, los activistas comunistas organizaron huelgas y movilizaciones de masas demostrando el poder que tenían sobre la clase obrera. Esto encendió las alarmas de los capitalistas de Shanghái, que no dudaron en brindar todo su apoyo a la campaña de persecución y exterminio que desató el gobierno de Jiang Jieshi una vez en el poder. Jiang era nativo de la región de Ningbo y conocía íntimamente a los hombres de negocios del llamado grupo de Chekiang, un selecto círculo de hombres de negocios que conformaban la cúpula de la burguesía de Shanghái[11] (Coble, 1986, p. 29).

El temor de que el gobierno termine en manos de los comunistas y la clase obrera, empujó a los capitalistas a apoyar al gobierno de Nanking, no obstante, el gobierno de Jian Jieshi estaría lejos de ser tan solo un instrumento del capital, sino que rápidamente mostraría su voluntad burocrática centralizadora, ahogando en ese proceso el desarrollo de la burguesía como fuerza social y política.

Como parte de la consolidación del poder interno de su nuevo gobierno, las autoridades del GMD no tardaron en recurrir a la extorsión y a la incautación forzosa de bienes de parte de la burguesía. Muchos hombres de negocios fueron arrestados y liberados a cambio de una cuantiosa contribución a la causa nacionalista. En casos más extremos, el gobierno recurrió a la expropiación de la propiedad privada. Frente a este avance del poder autoritario del Estado, parte de la burguesía china recurrió a sus contactos en el Consorcio Internacional en busca de

[11] Las relaciones familiares fueron un componente central en la forma de hacer negocios en la China imperial y en la china republicana de principios del siglo XX, esto también se traduciría a la política. Por ejemplo, Jiang Jieshi se casaría con la hermana de Madame Sun Yat-sen (Soong Qingling). T.V. Soong (el cuñado de Jiang Jieshi) se desempeñaría como Ministro de Finanzas del gobierno de Nanking. Madame Sun Yat-sen continuaría su vida política incluso luego de la revolución de 1949 como Vicepresidente de China hasta su muerte en 1981. Estos clanes de familia continuarían durante la RPC y se expresarían con fuerza en la figura de Liu Sahoqi y su esposa Wang Guangmei, cuya familia provenía de la alta burguesía china y cumpliría un rol importante durante la reforma y apertura post 1978.

protección de parte de los poderes extranjeros. Esta situación volvió a poner el carácter bifronte de la burguesía china durante este período y su debilidad como clase (Coble, 1986, p. 37).

El siguiente paso del gobierno fue tomar el control de las instituciones autónomas de la burguesía con el objetivo de obturar cualquier tipo de resistencia a su poder. En 1928 se declaró la nulidad de las elecciones para las autoridades de la Cámara General de Comercio de Shanghái y se designó un comité supervisor, anulando en el proceso la institución que había sido la voz más poderosa de los intereses de la burguesía (Bergère, 1989, p. 239). El gobierno también asumió el control de la Empresa de Navegación a Vapor de los Comerciantes de China (que originalmente había sido una empresa de propiedad estatal con gestión privada).

Además de la extorsión, la expropiación y el control político sobre sus instituciones, la burguesía fue forzada a colaborar con el esfuerzo militar del gobierno mediante la compra de bonos del gobierno. Si bien los bonos aparecían como una inversión razonable, la posibilidad de cobrarlos a futuro dependía del éxito del gobierno de Nanking. Otra estrategia de gran importancia fue el boicot a los capitales japoneses. Esta estrategia fue utilizada como herramienta para aumentar el poder de fiscalización sobre los negocios chinos y como una excusa para forzar mayor colaboración y donaciones, como una manera de evitar ser acusados de colaboracionistas japoneses (Coble, 1986, p. 37).

Para desplegar esta estrategia, el gobierno se apoyó en organizaciones del mundo criminal, como la Banda Verde, conocida por sus negocios de contrabando de opio y utilizado como fuerza de choque tanto contra los grupos comunistas como contra la burguesía (Perry, 1993, p. 51). Esta estrategia del GMD de tercerizar en este tipo de organizaciones coercitivas parte de la gestión política, en el largo plazo terminaría delineando y limitando su política de alianzas. El gobierno de Nanking reemplazó a las organizaciones de masas y la participación de la sociedad en la política por organizaciones criminales coercitivas, destruyendo en el proceso su base de apoyo social y restringiendo el alcance de la política estatal (Perry, 2002, p. 147).

Si bien la burguesía de Shanghái había obtenido ciertos beneficios, como la eliminación total de los sindicatos controlados por los comunistas, el esfuerzo militar de la Campaña del Norte recayó sobre su esfuerzo económico. El gobierno se financió principalmente del cobro de impuestos (por momentos de manera extorsiva) sobre los capitalistas de la ciudad. No obstante, luego de la conquista de Beijing, y habiendo consolidado su poder político, el gobierno de Nanking dejaba un balance negativo para la burguesía de Shanghái. Ellos, siendo

el grupo económico más poderoso de toda China, fallaron en convertir su poder económico en poder político (Bergère, 1989, p. 276; Coble, 1986, p. 46). El gobierno de Nanking estaba lejos de ser el Estado burgués que habían soñado, pronto se convertiría en una poderosa fuerza burocrática con la intención de moldear el desarrollo capitalista de China, incluso reemplazando a los capitalistas en el mercado. Los capitalistas verían esfumarse la libertad económica y política de la que habían gozado durante la época dorada entre 1914-1927, cuando el Estado central había prácticamente desaparecido. Ahora el gigante burocrático estatal había recuperado su fuerza y no estaba dispuesto a compartir el poder con ningún grupo social. Esto conduciría tanto al fracaso de la burguesía como al fracaso del proyecto de construcción estatal del GMD.

La burguesía de Shanghái fue convocada a la arena política, como colaboradora y financista de la revolución nacionalista. Fueron, como ya se dijo, los principales financistas de la Campaña del Norte. En este sentido, se esperaba que el gobierno otorgara mayores libertades y poder a las instituciones que representaban los intereses de los hombres de negocios. La Conferencia Económica Nacional de 1928 hizo un llamado a la participación activa de la burguesía para que hicieran lobby en favor del programa nacional económico que incluía la reducción del gasto militar, la desmovilización de tropas, la creación de un presupuesto nacional estable, la creación de un banco central, una nueva moneda nacional y un sistema fiscal sólido.

La burguesía, que había visto perjudicados sus intereses, se volcó al activismo político y reclamó la devolución de las propiedades confiscadas, la pronta desmovilización de las tropas y el fin del impuesto líjīn (厘金). El impuesto fue finalmente reemplazado por nuevos impuestos sectoriales, que la burguesía consideró abusivos y se negaba a pagar. A su vez, utilizaron su fortaleza financiera para intentar frenar el avance autoritario del gobierno de Nanking que iba contra sus intereses económicos inmediatos. En este sentido, comenzaron a desafiar a las autoridades y reforzaron sus instituciones de representación sectorial, recuperando el control de la Cámara General de Comercio de Shanghái de manos de las autoridades oficiales y convocando a la creación de una Cámara Nacional de Comercio.

La respuesta del gobierno no se hizo esperar. Entre 1927 y 1932, el gobierno de Nanking desató su ofensiva política sobre la independencia de la clase burguesa, con particular crudeza en el centro neurálgico de su poder político, la ciudad de Shanghái (Bergère, 1989, p. 275). Durante el 3.er Congreso Nacional del Guomindang en 1928, los delegados de la sección del partido en Shanghái promovieron una moción para clausurar la Cámara General de Comercio

de Shanghái. Pero debido a disputas internas en el gobierno, esta moción no prosperó. El congreso fue suspendido y ninguna de sus mociones se pusieron en práctica. Durante el año 1929, la sección local del GMD en Shanghái promovió una nueva estrategia para forzar el cierre de la Cámara. A la luz de altercados públicos entre diferentes organizaciones en el predio en el que funcionaba la Cámara (una de ellas un brazo político del Guomindang) se solicitó al gobierno de Nanking la reorganización de las instituciones de representación de los comerciantes de la ciudad. El gobierno promovió entonces la creación de una nueva organización. En junio de 1930 entró en funcionamiento la llamada nueva Cámara de Comercio de la Municipalidad del Gran Shanghái. Así, el poder de la vieja cámara y sus representantes fueron disueltos en una institución mayor, en la cual sus voces eran minoritarias. El gobierno anunció que todos aquellos que fueran miembros de la cámara debían seguir los "tres principios de Sun Yat-sen", lo que marcaba el corte ideológico partidario de la nueva organización. A su vez, se denunció a la vieja cámara como un organismo que oprimía a los capitalistas de Shanghái y de colaboracionista con el imperialismo (Bergère, 1989, p. 277; Coble, 1986, p. 63).

De esta forma llegó a su fin la institución de representación de la burguesía más poderosa de China, su poder político y su influencia se diluyó bajo la burocratización de sus miembros y la partidización de afiliación. El partido lograba imponerse sobre una de las instituciones autónomas de representación política gremial más poderosas del país, afirmando así su poder y el del Estado al que representaba. A partir de este momento los capitalistas no volverían a jugar un papel independiente en la política de China. Por lo tanto, tampoco se establecieron medidas legales que aseguraran la inversión privada, ni se generaron instancias para que los capitalistas tengan voz en los organismos de decisión del Guomindang.

En los años finales de la "década de Nanking" los capitalistas chinos fueron dominados crecientemente por el Estado (Coble, 1986, p. 140; J. K. Fairbank & Goldman, 2006, p. 288). A mediados de 1943, tanto los banqueros, los industriales y los comerciantes de Shanghái habían sufrido las consecuencias de la crisis económica mundial. Por lo que la burguesía como clase se encontraba debilitada, económica y políticamente. Para 1933, T.V. Soong quien se había desempeñado como Ministro de Finanzas durante los últimos siete años, fue forzado a renunciar. Con su renuncia se cerró la etapa de colaboración entre el Estado y los capitalistas de Shanghái. Fue reemplazado por su cuñado, H.H. Kung quien también era parte de la familia

de Jiang Jieshi y de Sun Yat-sen por matrimonio. No obstante, Kung provenía de una familia de la elite comercial de Shanxi por lo que provenía de una vertiente más tradicional.

Las condiciones de la burguesía de Shanghái fueron empeorando a medida que su dependencia de los bonos que emitía el gobierno fue creciendo. Para 1934, un tercio de la capacidad de los bancos de obtener ganancias estaba atado a estos bonos. La política del gobierno generó una especie de pequeña burbuja financiera (Maddison, 2007; Rawski, 1989; Young, 1971b). Necesitado de mayor cantidad de fondos para afrontar el gasto militar de la campaña de cercamiento anticomunista, el Estado decidió cubrir su déficit con mayor endeudamiento. Los financistas de Shanghái, en medio de la crisis económica mundial, no veían con buenos ojos invertir en actividades productivas que en el mejor de los casos estaban estancadas y cuyos precios caían en picada. Por lo que, controlando la mitad del circulante de plata de todo el país, los banqueros decidieron aceptar los bonos que emitía el gobierno. La gran mayoría de este ingreso fresco del gobierno fue para actividades improductivas relacionadas con el esfuerzo bélico y no para estimular el sector productivo de la economía. Los bonos estaban extrayendo capital de las actividades productivas y redireccionándolas al gasto militar (Coble, 1986, p. 168). Esta política combinada con la situación externa en la que los EE.UU. estaban comprando plata a precios mayores que los que se conseguían en China, generó una salida neta de capitales que secó la plaza monetaria restringiendo el acceso al crédito aún más (Young, 1971a, p. 107).

En este contexto de crisis, los banqueros se beneficiaron de la política de bonos del gobierno mientras el capital productivo se perjudicaba. Esto dividió a la clase capitalista. Esta fractura fue aprovechada por el gobierno de Nanking, cuando a principios de 1935 la escasez de crédito llevó al fracaso de muchos negocios, diversos grupos comerciales e industriales comenzaron a presionar y peticionar al gobierno para que interviniera. La intervención del gobierno fue en un primer momento forzar a los bancos a hacerse cargo y proveer cierto alivio a los sectores productivos. Cuando estos fracasaron, el gobierno aprovechó la situación como pretexto para tomar el control de los bancos (Coble, 1986, p. 178). La motivación política estuvo lejos de ser la de acompañar el desarrollo de una economía de mercado fuerte o de desarrollar las fuerzas productivas. El objetivo del Estado parecía ser fortalecerse así mismo, lo que quedó en evidencia cuando durante los años de depresión que siguieron a la crisis de 1930,

el Estado permaneció a un costado de los reclamos por parte de empresarios de algún tipo de asistencia financiera (Bergère, 1989, p. 288).

En 1936, el gobierno de Nanking tomó el control del capital financiero de Shanghái, cerrando la última y limitada capacidad de influencia política que tenían los capitalistas como prestamistas del Estado (Coble, 1986, p. 161; Young, 1971a, p. 263). El golpe bancario fue el evento más importante y generó un cambio dramático en la relación entre los capitalistas y el Estado. Los banqueros habían sido el grupo con mayor capacidad de presión sobre el gobierno y su absorción por parte del aparato estatal significó el dominio total de las finanzas chinas por parte del Estado y el fin de los empresarios como un grupo de presión independiente.

El éxito del golpe demostró lo aislado que estaba el capital bancario en China. Carecían de aliados políticos en el gobierno. Su posición ni la del capital privado formaban parte del bagaje ideológico del GMD, por lo que la idea de un grupo de empresarios independiente del poder del Estado carecía de sustento ideológico en la sociedad China. Las instituciones autónomas de la burguesía, la Cámara General de Comercio de Shanghái, el gobierno de la Municipalidad de Shanghái y las asociaciones de empresarios sectoriales, una a una, habían caído bajo el control del aparato burocrático del Estado. Encontrándose su posición política debilitada, más su posición económica aún más debilitada por la crisis internacional y careciendo de legitimidad al interior de la clase capitalista debido a sus negocios como financista del gobierno, el Estado no tuvo mayores impedimentos en hacerse con el control de los principales bancos, el Banco de China y el Banco de Comunicaciones. Lo significativo de este proceso es que los directores (y parciales dueños) de los bancos continuaron como administradores de los mismos, pero supervisados por una comisión especial bajo control estatal. Así, los capitalistas pasaron a convertirse en burócratas (Bergère, 1989, p. 130).

A la captura por parte del Estado de estos bancos, se sumarían otros cuatro en los siguientes meses. En todos ellos, el Estado designaría un nuevo directorio afín a los intereses del gobierno en una estrategia para crear un consorcio de bancos estatales. Esto generó que los intereses privados de los administradores y el interés público del Estado se entremezclaron, generando el enriquecimiento de los particulares y de sus negocios bancarios. Para el año 1937, el Estado controlaba el 70% de los activos bancarios del país. Si bien, en un comienzo los banqueros se beneficiaron de las altas tasas de interés ofrecidas por los bonos públicos, el Estado de Nanking estaba lejos de ser un instrumento de la burguesía. Esto quedó confirmado

con el fin de los banqueros como grupo de presión independiente, demostrando que el Estado controlaba a los capitalistas y no viceversa (Eastman, 1986, p. 140). No obstante, esta captura del Estado de los principales bancos estuvo destinada a costear su déficit presupuestario para hacer frente a los crecientes gastos militares (Coble, 1986, p. 187).

Por lo que, el gobierno de Nanking que comenzó como un proyecto político compatible con los intereses de la burguesía china, terminó fagocitándola a través de la cooptación y partidización de sus principales organizaciones y luego mediante la estatización de sus principales negocios, incorporando a la clase empresarial al interior del aparato del Estado y convirtiéndolo en capitalistas burocráticos al servicio del mismo. Si bien en un comienzo Jiang Jieshi y los capitalistas de Shanghái se necesitaron, esto fue más una relación de conveniencia antes que una alianza estratégica. Jiang Jieshi necesitaba de la asistencia financiera de la burguesía para financiar sus ejércitos y su proyecto político, mientras que la burguesía se benefició principalmente de la persecución a los sindicatos libres y a los comunistas (Eastman, 1986, p. 131; Perry, 2002, p. 148).

No obstante, ese poder autoritario que se fue gestando a la cabeza del Estado no tenía como parte de sus intereses compartir el poder con ningún otro actor que pudiera disputar el monopolio de la política. Lejos de estar dirigido por los intereses de la burguesía, el gobierno del GMD destruyó la autonomía de la burguesía de Shanghái (J. K. Fairbank, 1968, p. 287). Por eso no tardaría en volcar su nueva fortaleza coercitiva sobre ella, así como sobre individuos o grupos que desafiaron el poder del Estado o criticaran el rumbo político. Todos fueron silenciados o asimilados por la fuerza (Eastman, 1986, p. 137). En un primer momento, imponiendo su poder de recaudación con métodos extorsivos y confiscatorios, para luego aprovechar los momentos de mayor debilidad para convertir a la burguesía como clase en un brazo económico bajo su control, anulando su autonomía económica y política.

d) El Guomindang en el poder: capitalismo, burocracia y partido

En 1928, Jiang Jieshi logró reunir en su persona la titularidad del GMD, la jefatura de gobierno del Estado y el título de comandante en jefe de las fuerzas armadas, dando comienzo a la reunificación del poder político en China luego de 17 años de dispersión anárquica

(Eastman, pp 118). El gobierno tendió abiertamente hacia el autoritarismo y el militarismo. En primera medida, mediante la purga de los comunistas, cuyo poder de movilización había sido clave en la campaña del norte y en la toma de Shanghái. En segundo lugar, Jiang decidió reorganizar el partido mediante la expulsión de los elementos de izquierda que se oponían a su liderazgo político. El ya mencionado congreso partidario, en 1929, ordenó la disolución de todas aquellas organizaciones de masas ligadas al partido, pero no subordinadas a su autoridad. Se ordenó un empadronamiento y se dictaminó la suspensión de acciones de masas como la toma y redistribución de tierras en el campo, suprimiendo los elementos campesinos anti-terratenientes (Eastman, 1986, p. 122).

Una vez que se convirtió en el titular del Estado, el GMD fue mutando. En materia de su programa político abandonó las ideas más radicales esbozadas por el 2.º Congreso Partidario en 1924. La reforma agraria, por ejemplo, fue una declamación que no fue más allá de los papeles. En parte porque los terratenientes eran una base de apoyo del régimen y sus principales representantes en el ámbito rural, en parte porque el Estado no podía alcanzar el nivel del sub-distrito sin la asistencia de estos (Lippit, 2018, p. 14). Si bien las rentas de la tierra no formaban el ingreso principal del gobierno, sí eran su base de recaudación más constante (Myers, 1991; Rawski, 1989). Por lo que el GMD fue perdiendo sus bases apoyo agrarias, a medidas que su orientación hacia las grandes ciudades y el gran capital se convertía en su principal base de apoyo. La inclinación del GMD hacia los terratenientes, y la relación de dependencia que se estableció entre ambos, quedó plasmada en la sanción de la Ley de Tierras. Esta legislación tenía un contenido progresista en su orientación pro campesina, fijaba un tope a la renta de 37,5% del total de la cosecha y autorizaba a los arrendatarios a comprar las tierras en manos de terratenientes ausentes. Esta ley permaneció como letra muerta, el gobierno de Nanking no tenía ni los medios ni la voluntad política para implementarla (Eastman, 1986, p. 151).

No obstante, en las ciudades también abandonaría una parte de su base de apoyo tradicional, en particular el movimiento de masas de obreros y los sindicatos. Habiendo optado por favorecer al capital en la contradicción capital-trabajo para fortalecer su legitimidad entre la burguesía china, recayó en la dependencia de organizaciones criminales como la Banda Verde para perseguir a sus opositores políticos y para imponer el orden interno. Este grupo criminal fue clave en la persecución de dirigentes de la clase obrera, en su mayoría comunistas,

disidentes intelectuales y sectores de la burguesía que se resistieron al control estatal (J. K. Fairbank & Goldman, 2006, p. 291; Perry, 2002, p. 144).

Además, el Estado logró consolidar su ascendencia y control sobre todas aquellas instituciones de la sociedad civil que había contribuido activamente al ascenso al poder del GMD. En ese sentido, ya detallamos cómo el Estado logró el control sobre los capitalistas. Esta política de cooptación, o en muchos casos, directamente de reemplazo de líderes de organizaciones de base para que se sometan a las directivas del GMD se extendió a los sindicatos de obreros, a las asociaciones de estudiantes, a las ligas campesinas, y allí en todos los sectores que formaron parte de la base social del GMD previo a su control sobre el Estado. Esto sirvió como un movimiento de des-radicalización de las bases del partido, sobre todo de sus sectores más combativos (como los estudiantes y los obreros) en el intento de construcción de un nuevo orden centralizado en el Estado de Nanking.

Esta política de control burocrático contribuyó a la disolución de la frontera entre Estado y partido de gobierno, posteriormente convirtiéndose en un factor de debilidad para el régimen, que perdió apoyo entre su base social original. Esto repercutió principalmente en el movimiento estudiantil entre cuyas filas se encontraban los sectores más radicales de las ideas nacionalistas y antiimperialistas. Durante la década del 30, los estudiantes fueron protagonistas de grandes demostraciones de masas, y de boicots, en particular contra el capital japonés. No obstante el gobierno desconfiaba de aquellos movimientos y acciones de masas por fuera de su control, sobre todo porque podían convertirse en bases de oposición a la política oficial, por lo cual desplegó una política de represión y persecución sobre los estudiantes, lo que eventualmente condujo a muchos hacia las filas del PCCh (J. K. Fairbank & Goldman, 2006, p. 287).

En efecto el GMD fue reducido en su ascendencia sobre el gobierno, el poder se concentró en la figura de Jiang Jieshi y su entorno familiar, entre los que se destacaron su cuñado T.V. Soong como ministro de finanzas y su concuñado H.H. Kung (uno de los hombres más ricos de China) como Ministro de Industria, ambos ligados a Jiang mediante la familia de su esposa Soong Mei-ling hermana de Soong Ching-ling, conocida como Madame Sun Yat Sen.

Relegado el rol de los cuadros partidarios, Jiang comenzó a reclutar a la burocracia tradicional y a miembros del ejército para servir en su administración. Frente al evidente éxito de la revolución nacionalista, una gran cantidad de burócratas de carrera que habían servido bajo órdenes de los señores de la guerra migraron a Nanking en busca de prestar sus servicios

al nuevo gobierno. Estas figuras llegaron a ocupar la titularidad de 4 de los 10 ministerios del gobierno, a punto tal que figuras prominentes del GMD renunciaron a sus cargos en la administración denunciando el retorno de los antiguos miembros de la elite letrada confuciana (Eastman, 1986, p. 123). El retorno de estos viejos cuadros trajo aparejado el retorno de viejas prácticas burocráticas, en particular el desprecio por el bienestar general de la sociedad, la corrupción y una falta de capacidad en la implementación de políticas públicas.

La otra fuente de reclutamiento fueron las fuerzas armadas, lo que trajo una creciente militarización y una visión autoritaria de la política. Si bien, parte de esta influencia puede comprenderse en el contexto del cercamiento militar por parte de Japón y, de la necesidad de imponer un orden interno, particularmente frente a las guerrillas comunistas, la influencia del ejército trajo aparejado muchos males para la gestión del Estado. En particular, como ya hemos discutido anteriormente, se hizo imposible la tarea de reducir el gasto militar, que ocupó en promedio el 45% del gasto del Estado entre 1929 y 1937 (Rawski, 1989; Young, 1971a). La mitad de los afiliados del GMD eran soldados, no civiles, lo que también se expresó en un predominio del ejército sobre el partido y en la pérdida de influencia sobre las organizaciones de masas que originalmente le habían dado vida (J. K. Fairbank & Goldman, 2006, p. 287).

Para 1929 el gobierno nacionalista consolidó su soberanía política sobre los territorios de la China propia[12] y Manchuria (es decir, sin el Tíbet, y Xinjiang y Mongolia exterior, ni Taiwán), reunificando el país por primera vez desde 1916. Esto se logró mediante la incorporación y cooptación de diversos líderes militares regionales dentro de la estructura del gobierno que virtualmente mantuvieron gobiernos regionales autónomos (Eastman, 1986, p. 15), por lo que la capacidad de hacer valer las decisiones del gobierno central era relativamente débil y dependiente de la voluntad de estos poderes locales. Si bien el nuevo aparato estatal revirtió en parte las tendencias autodebilitantes que atravesaban a la sociedad y al Estado, cumpliendo en parte con el programa de demandas de la burguesía, su motivación política estuvo lejos de ser la de acompañar el desarrollo de una economía de mercado fuerte o de desarrollar las fuerzas productivas. Por el contrario, el objetivo del Estado parecía ser fortalecerse así mismo, lo que quedó en evidencia cuando durante los años de depresión que siguieron a la crisis de 1930, el

[12] China propia es una expresión que denota las 18 provincias que conforman el área de influencia de la civilización china tradicional antes de la expansión del siglo XVII durante la dinastía Qing.

Estado permaneció a un costado de los reclamos por parte de empresarios de algún tipo de asistencia financiera (Bergère, 1989, p. 288).

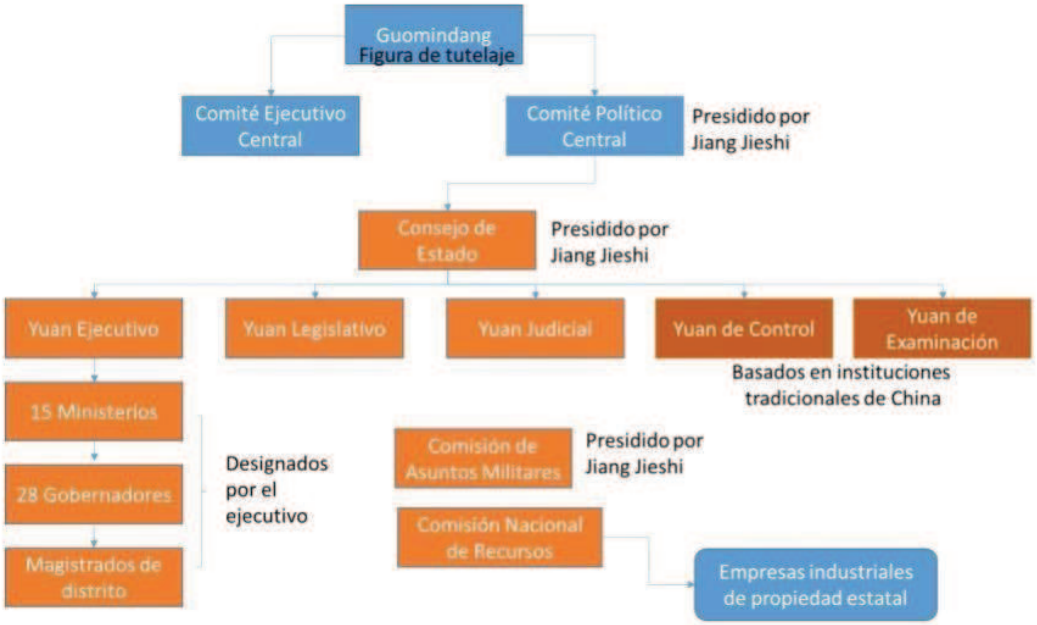
El régimen de gobierno elegido por Jiang fue el autoritarismo político militarista, oscilando entre el totalitarismo y la demagogia política. Si bien el GMD no tenía una ideología política por fuera del nacionalismo, sí tenía principios que habían sido establecidos por su fundador, Sun Yat-sen. Los Tres Principios del Pueblo, Sānmín Zhǔyì (三民主義) se basaban en la independencia nacional, la democracia del pueblo como representación de la voluntad general y en garantizar el bienestar general económico del pueblo. El GMD ordenó la revolución nacionalista en diferentes etapas, siendo la primera una etapa militar necesaria para reunificar la nación china. En 1928 comenzó la segunda etapa de la revolución, con el objetivo de garantizar la soberanía popular, era necesario un período de tutelaje. Esta tutela estaría a cargo del Estado sobre el conjunto de la sociedad hasta que esta estuviera lista para ejercer la soberanía política. Es decir, era el fundamento para un gobierno autoritario en nombre del pueblo. En este período la representación del pueblo residía en el GMD como la encarnación política de su voluntad y como una guía que abriría el paso para el autogobierno del pueblo (Cabestan, 2019, p. 52). De esta forma se puso el fundamento teórico para lo que sería un sistema de partido único. Este afectaría profundamente la construcción del Estado, el reclutamiento de la burocracia y su capacidad para ejecutar políticas de manera efectiva (Eastman, 1986, p. 154). Ser afiliado del GMD se convirtió en un requisito para ser miembro de la burocracia estatal, pero la afiliación al GMD se convirtió solamente en un requisito administrativo, ya que el propio partido fue vaciado de función y contenido.

e) Estructura organizativa del Estado: partido único y gobierno

A partir de 1931, el Estado organizó su estructura burocrática en dos brazos paralelos. Por un lado, estaba la estructura del poder ejecutivo formal con sus ministerios presidido por Wang Ching-wei en calidad de jefe de gobierno. Por el otro lado, se encontraba la Comisión de Asuntos Militares, que era presidida por Jiang Jieshi pero en calidad de comandante en jefe de las fuerzas armadas. Este arreglo institucional fue el resultado del compromiso entre las distintas facciones del GMD para construir un gobierno de unidad que pudiera hacer frente a la amenaza del Imperio Japón que había invadido Manchuria en 1931.

No obstante, en el periodo que va desde 1932 hasta 1949, el poder residió crecientemente en la figura de Jiang Jieshi como líder dominante del régimen nacionalista. El poder estaba donde estaba Jiang, quien presidió la Comisión Política del GMD, el Consejo de Estado y la poderosa Comisión de Asuntos Militares. En la práctica se convirtió en un régimen militar y en una dictadura personalista, en la que el GMD cumplía cierto rol de legitimación basada en los tres principios. Esta forma institucional que adquirió el régimen político basado en la influencia personalista de un gran líder político y en la dictadura de un partido único con control sobre el Estado, será perfeccionado durante la RPC luego de 1949.

Figura N°4: Estructura del Gobierno de Nanking (en azul instituciones presididas por Jiang Jieshi)



Fuente: Elaboración propia con base en Eastman (1986) y Young (1971)

Aunque el Estado fue exitoso en afirmar su poder autoritario, principalmente mediante el militarismo, la persecución política y la cooptación de las organizaciones de masas, este carácter autoritario se vio limitado por su debilidad. El Estado no ejercía el gobierno directo sobre todo el territorio, sino que dependía de múltiples intermediarios para desempeñar sus funciones. La debilidad de la administración civil se expresaba en el déficit permanente del presupuesto y el alto grado de endeudamiento, del cual una gran parte eran servicios de deuda externa y reparaciones militares producto de la incorporación subordinada del Estado chino en la economía-mundo capitalista. A su vez, los tratados desiguales y la extraterritorialidad que

gozaban las potencias extranjeras continuaba vigente en las ciudades portuarias. El Estado había dado pasos importantes en el frente externo, pero continuaba siendo débil y dependiente, mientras los tratados de puertos continuaran vigentes.

El faccionalismo, la falta de una burocracia profesional y la debilidad fiscal horadaron los esfuerzos de la administración por llevar algún tipo de bienestar a la población. Esta inoperancia sumada a la represión, persecución o control sobre las actividades libres de la sociedad civil, impidieron que el Estado construya una fuerte base de sustento social que le permitiera movilizar los recursos necesarios para modernizar la economía china. Desconfiado de los movimientos de masas y de la iniciativa privada, el Estado logró consolidar su autoridad política, pero a costa de una inmensa debilidad administrativa y de gestión (J. K. Fairbank & Goldman, 2006, p. 289). Por lo que su frente interno continuaba siendo débil, en similares proporciones al Imperio Qing tardío. En este sentido, el Estado del GMD no respondía ni se debía a ningún grupo social en particular ni a ninguna fuerza por fuera de sí mismo. Esta "fortaleza" constituyó su propia debilidad.

El régimen estaba concentrado en sus funciones militares debido a diversos motivos. En primer lugar, porque las fuerzas armadas eran la base de su legitimidad política, en segundo lugar porque los comunistas se habían convertido en una amenaza militar en las zonas rurales particularmente desde la creación del Soviet de Jiangxi (1931-1934), en tercer lugar por el creciente cercamiento militar por parte del Imperio de Japón (Eastman, 1986, p. 141; Young, 1971a, p. 147). Debido a esto, en promedio el 45% del gasto del Estado en este período se destinó al ejército, por lo que eran fondos que estaban bajo la órbita de la Comisión de Asuntos Militares, es decir, de Jiang Jieshi. No obstante, dentro de esta porción de la administración se crearon ciertas áreas de eficiencia burocrática que lograron no solo planificar, sino ejecutar de manera efectiva grandes proyectos de política pública como el primer plan industrial (Kirby, 1990).

Bajo la órbita de la Comisión de Asuntos Militares se creó la Comisión Nacional de Recursos, cuyo objetivo era sentar las bases del sistema nacional de empresas estatales en áreas estratégicas como el acero, la electricidad, maquinaria y arsenales militares, preparando a la nación para la defensa de su soberanía. La mayoría de los recursos financieros del Estado fueron ejecutados por la Comisión de Asuntos Militares, haciendo que la estructura burocrática del poder ejecutivo quedará en los hechos vacía e impotente. Mediante este diseño institucional, el

gobierno de Nanking extendió su idea de tutelaje sobre la sociedad desde el plano político para incluir el plano económico. Las ideas de Sun Yat-sen sobre el desarrollo de China y el ideario nacionalista tuvieron una influencia decisiva sobre las políticas de planificación económica (Bian, 2005, p. 45; Cabestan, 2019, p. 48). El Estado se debía encargar también de la modernización de la industria mediante el control directo de la producción a través de grandes conglomerados de empresas estatales.

Esta voluntad política expresaba la conciencia de la elite dirigente de que la única forma de modernizar la economía y la sociedad eran mediante la emulación de Occidente, para lograrlo el Estado debía tomar las riendas de un proceso de ascenso semiperiférico, no obstante su debilidad externa e interna impedirán que cumpla su cometido.

La reconstrucción del poder del Estado avanzó en su estrategia de autofortalecimiento primero mediante la eliminación de sus rivales militares durante la Campaña del Norte, luego de sus opositores políticos más radicales como los sindicatos y los comunistas, también del sector de izquierda dentro del GMD, reduciendo al partido a un rol de propagandista de la política estatal. Los cuadros más idealistas dentro del Estado fueron reemplazados en el aparato burocrático por antiguos burócratas confucianos y por los caudillos locales subordinados a Jiang Jieshi.

Por último, el Estado consolidó su poder sobre la única fuente de poder autónoma que existía por fuera de su alcance, el capital bancario y financiero de Shanghái, mediante el golpe bancario de 1935, en cuyo proceso terminó burocratizando a una parte de la clase capitalista. Con la eliminación de la última base de poder comunista en el sur, el "Soviet de Jiangxi" en 1934, el Estado terminó de asentar su control efectivo abriendo paso a un intento de planificación económica, ahora sin los capitalistas de por medio, sino utilizando el poder burocrático financiero del Estado para llevar adelante un proceso de modernización desde arriba.

Capítulo N.° 7: Desarrollo semiperiferico, segundo fracaso

a) Recuperando un legado milenario

Los líderes de Nanking estaban principalmente interesados por los problemas económicos que referían al sector industrial moderno. Una señal de ello es que, como señalamos en apartados anteriores, el sector moderno se cuadruplicó durante el período bajo análisis, aunque tan solo representaba un 4.2% del PBI chino. Como demostramos en el apartado sobre el crecimiento económico, la producción industrial creció a una tasa interanual del 6.7% entre 1931 y 1936.

La política del gobierno para tomar el control del sector productivo no fue tan drástica ni tan directa como lo fue la captura de los bancos durante el golpe bancario de 1935. No obstante, ambos fenómenos estuvieron íntimamente relacionados, dado que el virtual monopolio que el gobierno obtuvo de los préstamos y las finanzas lo colocó en una posición de poder frente al capital productivo y comercial que eran sus principales clientes (Coble, 1986, p. 208). Para 1937, la mayoría del capital comercial e industrial era altamente dependiente del acceso al crédito bajo gestión de la burocracia estatal, lo que implicaba mantener una red de contactos y favores con el personal del gobierno. La mayoría de los oficiales del gobierno emergieron como los principales líderes empresariales. Esto se produjo por dos mecanismos, por un lado, los oficiales del Estado aprovecharon sus contactos en el sector público para hacer negocios personales, por el otro lado, parte de la burguesía china aceptó cargos en la administración como una estrategia para obtener contactos y favores del Estado.

La gran depresión mundial generada por la crisis del 30 comenzó a impactar en China a partir de 1933 en adelante, producto de la compra masiva de plata por el gobierno de EE.UU., que generó problemas de liquidez y acceso al crédito, por una sucesión de sequías e inundaciones que generaron malas cosechas y por los impactos negativos de la pérdida de Manchuria a manos del Imperio de Japón. En este contexto, la burguesía china demandó un paquete de asistencia económica para las empresas que el gobierno aprovechó para ir tomando control de los paquetes accionarios, y para aumentar su control sobre el entramado industrial comercial privado. Los capitalistas aceptaron un aumento del control estatal a cambio de este tipo de asistencia (Coble, 1986, p. 210). De esta manera surgieron un conjunto de corporaciones semi-públicas o semi-privadas, generalmente desarrolladas bajo auspicio de los bancos

estatales. La noción de gestión privada con recursos públicos, o gestión de los comerciantes bajo supervisión del gobierno, aparece como un renacimiento de la política de Guāndū shāngbàn (官督商办) de finales de la dinastía Qing. En parte, la inspiración para este tipo de política provenía de los casos de desarrollo tardío europeo, particularmente se destacaban el caso de la Italia fascista, la Alemania Nazi, pero también la URSS. También para este período el New Deal norteamericano podía considerarse un ejemplo de intervención estatal en la economía.

El rol empresarial del Estado fue en los hechos una reafirmación de una modalidad política tradicional en la construcción estatal china (Eastman, 1986, p. 160). Los primeros intentos por modernizar la industria en China fueron gestionados por el gobierno. Es más, la participación directa de oficiales del Estado en emprendimientos empresariales privados guarda un paralelo con la experiencia de los oficiales políticos durante el gobierno de Nanking (Cabestan, 2019; Chan, 1977; Kirby, 1990).

La participación estatal en empresas no era algo sin precedentes en el proceso de construcción estatal chino. Todo lo contrario, lo que aparecía como una desviación del patrón fueron los años de "capitalismo libre" cuando el Estado fue muy débil para conducir la economía. Existió una larga tradición de prácticas desde el período imperial hasta los tiempos modernos cuyo ejemplo más inmediato fue la política de industrialización de finales de la dinastía Qing, cuando los burócratas del Estado se vieron involucrados personalmente en la gestión de empresas industriales con el objetivo de aprender las técnicas de Occidente y modernizar la economía china. Este movimiento de autofortalecimiento, o el intento de desplegar una estrategia de desarrollo semiperiférica para mejorar la posición de China en la jerarquía de riqueza, se retomará bajo el gobierno de Nanking. Precisamente cuando lograron recuperar parcialmente el poder del Estado, este una vez más buscó participar directamente en el proceso de desarrollo económico mediante la gestión directa de empresas estatales.

La presencia de poderosos oficiales del Estado, que eran a su vez poderosos actores capitalistas, como T.V. Soong o H.H. Kung, se involucraron en la gestión directa de activos industriales tanto por interés privado como por el interés del Estado, obteniendo grandes beneficios en el proceso. El personal que estaba involucrado en todas las facetas de esta estrategia generalmente se superponía, o eran los mismos, dado que grandes ganancias estaban a disposición de aquellos que podían acceder a estas redes. Una práctica muy similar a la del

burócrata reformista Li Hongchang (1823-1901) a finales del siglo XIX por nombrar un paralelo.

La comparación del modelo de promoción del desarrollo de la década del 30 con su antecesor de finales del siglo XIX tiene sus límites. Mientras que a finales de siglo XIX los emprendimientos fueron colocados bajo la supervisión de la burocracia, en una forma primitiva de capitalismo burocrático, los administradores de 1930 tenían poco en común con los burócratas confucianos modernizadores del pasado. Mientras que en el siglo XIX la tarea de promover estas políticas recayó sobre un grupo selecto de gobernadores con llegada a los príncipes reformistas que coordinaban la Zǒnglǐ Yámén (总理衙门) (Chan, 1977); en 1930 el impulso para el desarrollo económico provino de los estratos superiores de la burocracia estatal trabajando para el gobierno central (Bergère, 1989, p. 290).

A pesar de no contar con una gran capacidad fiscal, el Estado se volcó por una estrategia de economía planificada y controlada mediante la promoción del sector privado, pero centralmente mediante empresas estatales. La planificación del gobierno nacionalista no fue necesariamente un esfuerzo coordinado de la administración central, sino un conjunto de iniciativas en paralelo. Mientras el Consejo Económico Nacional, comandado por T.V. Soong avanzó el control directo o semidirecto de diversas empresas privadas a través del control del Banco de China y de la Corporación Financiera para el Desarrollo de China, el Ministerio de Industria se dedicó a fortalecer su capital bancario a través del negocio de las aseguradoras. También se utilizó el poder del Ministerio de Industria para tomar control directo de la producción a través de medios legales. Por su parte, la poderosa Comisión de Asuntos Militares bajo órdenes de Jiang Jieshi estableció la Comisión Nacional de Recursos Naturales (CNR), que se involucró en un programa ambicioso de nacionalización de la producción. La Comisión fue organizada enteramente por el gobierno y promovió la nacionalización de empresas privadas y la creación de nuevas empresas estatales con el objetivo de fortalecer las capacidades para la defensa militar del país (Coble, 1986, p. 216).

Para 1937, aquellos oficiales asociados al gobierno de Nanking se habían convertido en el núcleo de dirección de la actividad comercial, industrial y financiera de Shanghái. Habían logrado desplazar al antiguo grupo empresarial de Chekiang y a sus prestigiosas redes de

contactos basadas en el guangxi[13] (Gold et al., 2002) . Esta práctica antigua tradicional de las familias empresariales de China cobró particular importancia en la conformación de la red de negocios de la burguesía. Mediante estas conexiones familiares empresariales se aseguraban el control de amplias ramas de la producción y la posibilidad de generar grandes ganancias. Sin embargo, el nuevo núcleo de dirección contaba con el control de los bancos estatales y su autoridad en el Estado. Combinando estos dos elementos, redes de contactos de negocios personales con la autoridad del Estado, utilizaron su autoridad política para favorecer a sus redes de negocios personales (Coble, 1986, p. 252). Por ejemplo, podían dictaminar el monopolio del comercio sobre ciertos productos, reducir tarifas de importación o exportación, reducir impuestos sectoriales o disponer de fondos especiales de fomento de manera más bien discrecional.

Esto dio origen a diversas políticas para desarrollar la economía nacional estatal, tales como el Plan de control de combustibles y petróleo almacenamiento de grano y control de precios, plan de minas nacionales de tungsteno y antimonio, entre otros. La agresión militar japonesa en 1937 daría el impulso para que se produjera un cambio institucional que propulsaría estas medidas, demostrando lo inadecuadas que eran las instituciones existentes y la necesidad de promover nuevas formas organizacionales para motorizar el desarrollo (Bian, 2005, p. 14). Principalmente, porque era una forma de garantizar el acceso a los recursos necesarios para la movilización militar. De esta manera creció el peso e importancia de la burocracia y de las empresas del sector público sobre el conjunto de la economía.

b) La Comisión Nacional de Recursos: el ascenso del sistema de empresas estatales

El control operacional y de las inversiones de las empresas públicas recayó sobre la Comisión Nacional de Recursos (CNR), las cuales predominaron ampliamente en diferentes sectores como las finanzas, la industria básica y la industria pesada. También se fomentó el desarrollo de los transportes, el comercio y las exportaciones. Este fue el segundo intento de

[13] La palabra "(guanxi" (kuan-hsi) significa literalmente "relación" o "vínculo" como sustantivo, y "relacionarse con" como verbo. Refiere a "lazos particularistas" que se basan en rasgos atribuidos o comunes, como el parentesco, el lugar de origen y la etnia, asistir a la misma escuela, servir juntos en la misma unidad militar, tener experiencias compartidas, o hacer negocios juntos.

China por promover el desarrollo industrial mediante el despliegue de empresas estatales bajo control burocrático (Tian & Chen, 2022a, p. 35).

El programa de desarrollo fue anunciado por Jiang Jieshi el 1 de abril de 1935 bautizado como "Movimiento Nacional de Reconstrucción Económica", de acuerdo con el propio Jiang, el comienzo de esta política fue la nacionalización del Banco de China y del Banco de Comunicaciones (Coble, 1986, p. 236). Jiang fue quien comandó personalmente la CNR como su presidente hasta 1938 (L. Cheng, 2005, p. 47). Con el objetivo de satisfacer las necesidades del plan militar, la comisión anunció un plan quinquenal de 270 millones de dólares chinos que incluía proyecto de minería de carbón, producción de petróleo y la industria pesada. El Estado buscaba construir un polo de empresas estatales que acelerara la modernización de China, en particular en la industria pesada. Para esto, previamente había establecido la Comisión de Planificación de la Defensa Nacional, antecesora de la CNR. Esta comisión se había nutrido de personal técnico mayoritariamente formado en el exterior con el objetivo de crear los planes económicos necesarios para el desarrollo de la industria de defensa en China, en preparación a la agresión de Japón. Esta comisión, lejos de ser un simple cuerpo burocrático, conformó una verdadera agencia tecnocrática moderna basada en la experiencia técnica de sus miembros (Bian, 2005, p. 52).

La localización de las nuevas empresas estatales debía estar alejada de las provincias costeras porque se consideraban vulnerables a un posible ataque militar, por lo que el centro de los proyectos se radicaron en la provincia de Hunan (Bian, 2005, p. 34). El nuevo polo industrial debía incluir fábricas de acero, maquinaria, radio-electrónica, equipamiento eléctrico, una planta de energía hidráulica, una mina de carbón y una fundición de cobre. El plan también incluía la creación de fundiciones de acero y hierro, plantas químicas de ácido sulfúrico, sulfato ferroso, ácido nítrico para las municiones y alcohol para combustible. Una fábrica de motores a combustión, fábricas de aeroplanos para la guerra, metales no ferrosos y otras empresas asociadas a este esfuerzo militar. El objetivo era alcanzar las 1.500.000 toneladas de carbón, 300.000 de hierro y acero, 5000 de cobre, plomo y zinc y 50 millones de galones de gasolina (Cheng, 2005)

Si bien el plan de desarrollo industrial estatal fue el esfuerzo de planificación más ambicioso de toda la década, rápidamente se hicieron sentir aquellos impedimentos relacionados con la debilidad del Estado, en particular en materia fiscal. De los 270 millones

de dólares chinos presupuestados, solamente se pudieron recaudar 10 millones. Debido a esto, para el comienzo de la guerra de agresión japonesa la Comisión tan solo había establecido tres empresas, una de maquinaria, una de equipos radioeléctricos y otra de materiales eléctricos industriales (Coble, 1986, p. 237). Debido a estas limitaciones presupuestarias, la Comisión terminó favoreciendo una política de confiscación del capital ligado a la extracción y procesamiento de recursos naturales, particularmente en la minería. También se dispuso recaudar fondos provenientes del extranjero por un total del 56% de los recursos necesarios para llevar adelante los objetivos planteados. Alemania fue quien proveyó el primer préstamo para los esfuerzos de la CNR, consistente al equivalente en marcos alemanes, a la suma de 135 millones de dólares chinos a cambio de la provisión de recursos naturales.

Una vez garantizados los fondos, la siguiente limitación con la que se encontró la CNR fue la escasez de recursos humanos con capacidades de gestión y conocimiento para liderar estas empresas. Este problema es similar al que se enfrentaron los reformistas de la dinastía Qing durante el movimiento de autofortalecimiento y la ejecución de la política de Guāndū shāngbàn (官督商办) (Bian, 2005; Chan, 1977; Coble, 1986; Kirby, 1990).

Para ello, la CNR promovió la formación de cuadros técnicos y especialistas. Con excepción de algunos individuos provenientes del sistema bancario y empresarios industriales, la mayoría de la CNR estaba compuesta de prominentes profesores, científicos e ingenieros que eran la autoridad en su campo disciplinar. Estos burócratas habían sido formados en EE.UU., Japón, Europa o la URSS, por lo que poseían una visión más cosmopolita de los problemas que enfrentaba el país y de la desventaja que tenía frente a las potencias extranjeras. A su vez, poseían formación universitaria y técnica en áreas estratégicas, por lo que eran considerados expertos en sus campos de estudio. Estos actores representaban a una nueva elite moderna dentro de la administración pública (J. K. Fairbank & Goldman, 2006, p. 286).

Como resultado de la incorporación de técnicos, banqueros y expertos en economía, el aparato burocrático del Estado se modernizó. La estructura organizativa de la CNR incluía un secretariado y siete divisiones, la de industria, minería, energía eléctrica, compra de materiales, finanzas, contabilidad, y desarrollo tecnológico e investigación (Bian, 2005, p. 54). La nueva elite tecnocrática generaría un bloque de poder relativamente independiente del poder central, una tecnocracia que colaboraba con el nuevo régimen, pero no necesariamente se identifica

políticamente con este (Bergère, 1989, p. 297), lo que quedará en evidencia cuando los comunistas se hagan con el control del Estado post-1949.

Una vez iniciado el plan industrial, muchos de estos técnicos pasarían a ser los jefes de diversas empresas estatales. También se prestó especial atención a la formación y promoción de carreras universitarias técnicas necesarias para abastecer las posiciones de administración intermedia.

Las empresas estatales no estaban subordinadas a la necesidad de obtener ganancias, sino que sus objetivos estaban dictaminados por la política y las necesidades militares del país. Debido a ello, los ingresos de las empresas estaban asegurados ya sea por los subsidios o por los derechos de monopolio sobre el sector en que se desempeñaban, o porque eran empresas que comercializaban productos cuyo principal cliente era el Estado. Por esto, la calidad y el desempeño de los administradores era dudosa, y se desperdiciaban recursos que eran escasos. Esto en parte generó ineficiencias en la asignación de recursos y altos niveles de nepotismo y corrupción. Esta combinación de déficits presupuestarios y de recursos humanos, sumados a la invasión del imperio de Japón en 1937, impidieron que la CNR alcanzara sus objetivos, pero sentaron la base para su expansión durante la posguerra (Bian, 2005, p. 36; L.
Cheng, 2005).

Si bien el estricto control sobre el proceso de industrialización y la creciente monopolización por parte del sector estatal fue inicialmente presentado como una necesidad en momentos de guerra, principalmente centrada en la industria pesada, este control y gestión por parte del Estado se extendería a la industria liviana, y a la provisión de servicios como la electricidad. Testigo de esto es la creación de importantes empresas estatales, incluso en sectores que previamente habían sido dominados por el sector privado, como por ejemplo la Industria Textil China Inc. creada en diciembre de 1945 o la Corporación de Seda China. El grado de monopolio en algunos fue increíblemente elevado, por ejemplo, la Industria Textil China Inc. tenía bajo su control directo el 60% de los husos y telares de todo el país (Tian & Chen, 2022a, p. 36).

Por lo que, luego de finalizada la agresión japonesa en 1945, el Estado decidió continuar con la expansión del sistema de empresas públicas (Bian, 2005, p. 53). Durante el período de paz, aquellas medidas que aparecieron como una excepción para el esfuerzo de guerra sirvieron como base para la recuperación económica (Kirby, 1990). Luego de diversos intentos fallidos por absorber la CNR dentro de un nuevo Ministerio de Industria, esta comisión alcanzó mayores

niveles de autonomía y jerarquía dentro de la burocracia, convirtiéndose en la principal responsable de la gestión de todo el sistema nacional de empresas estatales. En 1937 la CNR controlaba 27 empresas con unos 2000 empleados, para el final de la guerra operaba 98 empresas manufactureras y mineras, de las cuales un 57% eran de completa propiedad estatal y el resto joint ventures con otras áreas del Estado. Con un total de 60.000 empleados, la CNR se convirtió en el empleador gubernamental más grande por fuera de las fuerzas armadas (L. Cheng, 2005, p. 55).

Luego de la agresión japonesa, el GMD pierde el control de la región de Shanghái y Nanking en manos de los japoneses, lo que resulta en la pérdida de su centro industrial y financiero. El gobierno también pierde su principal base de recaudación fiscal, los impuestos a la sal, a las actividades productivas industriales y las aduanas representaban entre el 70 y el 80% de sus ingresos (Y. Cheng, 1956, p. 100). El Estado asistió tanto a las empresas privadas como públicas en su relocalización hacia el interior del país, en consonancia con el traslado del gobierno hacia la ciudad de Chongqing. No obstante, la CNR continuó con sus actividades e incluso en este contexto desfavorable logró avances significativos en la creación de empresas estatales de base industrial. Para el período 1939-1941 se estableció un plan industrial trienal cuyo gasto proyectado eran 57.98 millones de dólares chinos. El gobierno logró destinar para este gasto unos 28 millones de dólares chinos, es decir, casi la mitad de lo proyectado para la reconstrucción del sector de la industria pesada (Bian, 2005, p. 55).

De esta manera, la Comisión Nacional de Recursos se convirtió en la agencia clave y más poderosa dentro del aparato burocrático del gobierno republicano. Mediante el uso de este nuevo órgano de planificación económico se produjo una enorme expansión del capital de las empresas estatales y un crecimiento de la porción de la economía nacional bajo control estatal.

Tabla N° 11: Número de fábricas industriales establecidas en China libre (1937-1943)

Año	Estatales	Privadas	Total	% Estatales
Antes de 1937	64	440	504	12,7
1937	20	71	91	22,0
1938	45	175	220	20,5
1939	95	371	466	20,4

1940	108	481	589	18,3
1941	162	681	843	19,2
1942	39	528	567	6,9
1943	123	335	458	26,9
Total	656	3082	3738	17,5

Fuente: Cheng (1956)

La Tabla N°11 muestra la cantidad de fábricas establecidas en China libre categorizadas por tipo de propiedad. Observamos qeue, en 1937 existían 64 fábricas industriales estatales, sobre 504 en manos privadas, es decir que los establecimientos industriales representaban un 12% del total. Para 1943, las fábricas industriales de propiedad del Estado representaban un 17%. No obstante, debido al mayor tamaño de las fábricas estatales, su peso en la capacidad productiva era mayor. Ocupaban un 42,3% del total del poder industrial y un 32% del total de la fuerza de trabajo industrial (Y. Cheng, 1956, p. 109) . El conglomerado industrial estatal controlaba recursos estratégicos para el desarrollo del país. Por ejemplo, producían el 100% de la gasolina, el kerosene, diesel, cobre, tubos de acero y cableado eléctrico. En los rubros de automotores, maquinaria y electrónica también ocupaban más de la mitad del mercado (Cheng, 2005).

Para 1947, la CNR empleaba unos 33.000 administradores y 230.000 trabajadores, si sumamos las empresas de joint ventures con gobiernos provinciales alcanza más del medio millón de trabajadores. Representaba un 67,3% del total del capital industrial del país (Kirby, 1990, p. 13). A pesar de este sostenido esfuerzo por la CNR, los efectos de la guerra, en particular la pérdida de las zonas costeras donde se encontraba el corazón de la industria moderna, implicaron un golpe muy fuerte para la producción industrial. De hecho, en 1943, su año de mayor producción, el valor agregado de los principales productos industriales representaban tan solo el 12% de los valores pre-1937 (Y. Cheng, 1956, p. 109).

Gran parte del capital inicial de la CNR durante la posguerra provino de las empresas de propiedad japonesa que habían sido expropiadas. No obstante, la CNR contaba con tres fuentes de financiamiento fijas, a saber, las asignaciones del tesoro, los préstamos bancarios por parte del sector estatal y ciertos derechos de exportación de recursos naturales (Bian, 2005, p. 57).

De hecho, más de dos mil industrias de propiedad japonesa fueron expropiadas por el Estado y puestas bajo control de la CNR. Considerando la falta de personal calificado para operar las modernas maquinarias de la industria japonesa, se promovió la formación de nuevos cuadros técnicos en el extranjero. Finalmente, la CNR tomó el control de 292 grandes compañías japonesas por un valor de 3266 millones de dólares chinos que serian reorganizadas en 94 conglomerados (Cheng, 2005).

No obstante, esta increíble capitalización, el Estado chino tenía una posición fiscal débil y la promoción de la industria requería de grandes sumas de capital. La primera fuente de financiamiento, de acuerdo a los planificadores de CNR, debían ser las inversiones extranjeras directas. Si bien se comenzaron rondas de negociaciones, el aumento de la conflictividad interna producto de la guerra civil entre comunistas y nacionalistas desalentó a los inversores. La segunda fuente de financiamiento en la mente de los jefes de la CNR eran las reparaciones de guerra provenientes de los acuerdos de paz con Japón. Sin embargo, los cambios en la situación geopolítica y el reordenamiento global en preparación para la Guerra Fría condujeron a EE.UU. a un cambio de táctica respecto al gobierno de Japón, al cual decidió apoyar como plataforma territorial en el Este Asiático. Por lo tanto, China solo recibió un 10% de las indemnizaciones de guerra que reclamaba. Finalmente, en 1949, la CNR sería disuelta, aunque la acumulación de capital estatal sentó la base para el desarrollo de la industria moderna en China.

c) Balance de las políticas de desarrollo: ¿capitalismo burocrático como intento de ascenso semiperiférico?

Dentro de las instituciones de planificación económica, ninguna tuvo tanta relevancia para el período como la Comisión Nacional de Recursos Naturales, que estaba bajo el ala del Comité Militar Nacional, presidido por Jiang Jieshi. El objetivo de esta comisión era la planificación y administración de aquellos recursos que se consideraban estratégicos para la defensa nacional, entre los recursos naturales, particularmente la minería y el carbón, y la industria pesada ligada al complejo militar. Instituida en el marco de la crisis económica de la década del 30, y en el contexto de agresión japonesa, el objetivo de modernizar la economía mediante la acción directa del Estado no hicieron más que reforzar una tendencia institucional a favorecer el control y la gestión estatal directa de empresas (Bian, 2005, p. 45).

La creación de conglomerados industriales a gran escala utilizando dotaciones de capital provisto por el Estado fue el eje de la política industrial que desplazó a los agentes privados del control de la producción. El sector industrial creció durante todo el período, tanto en su momento más de libre competencia privada como durante la gestión del Estado. A pesar de los esfuerzos del gobierno de Nanking el sector estatal continuó siendo débil, abarcando tan solo un 11% del capital industrial moderno de China. Esta cifra está lejos de un programa de desarrollo con base en el capital estatal. No obstante, la red de negocios semiprivados y la de aquellos agentes ligados a su posición en el Estado hacen mucho más difícil cuantificar con certeza el peso del sector estatal en el conjunto de la economía. En todo caso, el gobierno de Nanking ejercía una influencia menor sobre el conjunto de la economía China, por lo que el saldo más importante de este proceso no fue económico sino político. Las autoridades del Estado asumieron el liderazgo del sector industrial y comercial, subordinando a la clase capitalista, recuperando el papel tradicional que ocupara el Estado central en China (Coble, 1986, p. 259). Esta estrategia es la que luego adoptaría el PCCh mediante sus planes quinquenales, aunque durante las primeras tres décadas de la RPC sería sin acceso al financiamiento internacional (a excepción del periodo de asistencia soviética) solamente basado en la autosuficiencia del excedente interno (Bergère, 1989, p. 290).

Es necesario diferenciar entre las actividades llevadas adelante por la CNR, el Ministerio de Industria y la Comisión Financiera de Desarrollo de China. En las últimas dos se pueden observar casos de enriquecimiento personal de los oficiales a cargo y el entrecruzamiento entre negocios oficiales y privados. Este sector podría ser entendido como una forma de "capital-burocrático", pero muchas de las inversiones contribuyeron al desarrollo del sector industrial a pesar de ello.

En el caso de la CNR, la gestión era completamente estatal y las ganancias de las empresas retornaban a la CNR para su utilización futura en ampliación del proyecto o construcción de nuevas instalaciones. Además, al estar su objetivo fijado por los intereses de la defensa militar del país, sus empresas no estaban necesariamente destinadas a obtener una ganancia, por lo que no podría considerarse un emprendimiento capitalista en ese sentido. Este tipo de actividades económicas y productivas dirigidas estaría lejos de la etiqueta de capitalismo burocrático.

El gobierno nacionalista del GMD nunca logró consolidar ni tampoco organizar un programa unificado de desarrollo. Esto queda en evidencia por la simple existencia de múltiples

agencias de promoción industrial cuyas áreas de influencia se solapaban. El Consejo Económico Nacional, la CNR, la Comisión del Movimiento Nacional de Reconstrucción Económica, la Comisión de Reconstrucción Nacional, perseguían el mismo objetivo, pero sus fondos y su capacidad de maniobra estaba sujeta al padrinazgo político de diferentes sectores dentro del gobierno. Por ello, la CNR, comandada por Jiang, logró objetivos más ambiciosos (Coble, 1986, p. 258).

Hacia finales de la guerra civil, previo a la victoria de PCCh, muchos de los líderes de la CNR comenzaron a distanciarse del GMD y ayudar en la ocupación de las empresas estatales a las tropas comunistas. Todas las empresas pertenecientes al conglomerado estatal fueron ocupadas por las tropas comunistas y pasaron a conformar el primer núcleo de las empresas estatales de la RPC. El trabajo de la CNR fue tan importante que el nuevo Estado absorbió a los más de 150.000 trabajadores que operaban en sus empresas estatales (L. Cheng, 2005). Aproximadamente un 90% de los miembros de la CNR permanecieron bajo servicio del gobierno a la caída del régimen del GMD, incluidos una gran mayoría de sus jefes que continuaron ocupando cargos de dirección en los sucesivos organismos de planificación económica. Entre ellos se destacan la figura de su director, Wong Wen-hao y de su subdirector Qian Changzhao, ambos se sumaron al gobierno comunista post-1949 (Bian, 2005, pp. 48-49) De los más de treinta mil ingenieros que ocupaban cargos de dirección en las diferentes empresas que administrativa la CNR, la gran mayoría mantuvo sus posiciones de jerarquía y sus beneficios salariales, al menos hasta 1957.

El éxito relativo de la CNR en promover la industrialización del país mediante empresas estatales reafirmó la larga trayectoria de gestión estatal de la economía y revalidó la creencia firme en los círculos de las elites ya desde el movimiento de autofortalecimiento de la dinastía Qing respecto a la necesidad el Estado para la rápida industrialización y modernización del país. Este consenso influenció las decisiones respecto de las políticas de industrialización de la RPC, como lo hicieran el marxismo o los asesores soviéticos. Esto demostró que para el liderazgo comunista no había demasiadas diferencias entre la política económica industrial nacionalista y la propia.

No obstante, el "éxito" relativo de la CNR como organismo técnico de gestión en la creación de las bases del sistema nacional de empresas estatales, sus limitaciones fueron importantes. En primer lugar, la debilidad fiscal del Estado para garantizar el capital necesario

para llevar adelante los planes de industrialización limitó la capacidad de acción efectiva de la CNR. Muchos de los planes no pudieron salir del papel porque no existían los fondos para poder llevarlos adelante. Esta debilidad se expresó en la incapacidad de la burocracia nacionalista de penetrar por debajo del nivel de distrito, dependiendo de la recolección del impuesto rural de los gobiernos locales, de los terratenientes y de los jefes de aldea. Esta dinámica fue una herencia del período dinástico tardío de los Qing que el GMD no pudo revertir, en parte por su alianza estratégica con los terratenientes y los señores de la guerra. El déficit en el presupuesto fue constante durante todo el gobierno republicano, siendo el gasto militar y los servicios de deuda los que mayor porción ocupaban. Para solventar este déficit, el GMD recurrió al endeudamiento, comenzando una política de autodebilitamiento del aparato del Estado que no pudo imponer su capacidad fiscal sobre una sociedad en la cual la resistencia al pago de impuestos y el gobierno pequeño tenían una tradición milenaria. Así, el excedente rural continuó disperso en múltiples de unidades productivas familiares rurales, en los terratenientes y, en los gobiernos locales que operaban como intermediarios. El Estado no pudo ejercer el gobierno directo por fuera de la zona del bajo Yangzi.

En segundo lugar, el Estado continuaba sometido al régimen de tratados desiguales que convertía a China en una semi-colonia disputada por múltiples potencias imperialista. Los derechos de extraterritorialidad continuaban dando ventaja al capital extranjero y ofreciendo un espacio de evasión de impuestos a los capitalistas locales que buscaban el refugio de las leyes occidentales, particularmente en la Concesión Internacional de Shanghái. Si bien el gobierno de Nankín logró recuperar la autonomía tarifaria, el comercio exterior continuó siendo deficitario, demostrando la vulnerabilidad de la posición en la economía mundo capitalista. Durante la invasión japonesa, los costos crecientes que impuso la guerra sobre el gasto militar y la debilidad del Estado, sobre todo en el frente fiscal externo, generaron que las políticas de desarrollo del GMD queden disminuidas por el caos que implicó la guerra.

En tercer lugar, si bien el Estado había logrado reafirmar su autonomía interna sobre los sectores de la burguesía, los terratenientes y los señores de la guerra continuaron siendo factores de poder regionales que limitaron el alcance del Estado, incluso entrando en rebelión abierta en varias ocasiones. A esto se debe sumar la presencia de las bases rurales comunistas, primero durante el Soviet de Jiangxi (1931-1934) y luego durante el período de Ye'nan. El Estado falló en garantizar el monopolio de la coerción legítima interna, y su poder continuó en disputa

durante todo el gobierno de Nankín, tanto por caudillos locales como por las guerrillas rurales comunistas.

Por lo tanto, sin poder revertir completamente la dinámica de autodebiltiamiento estatal iniciada durante la dinastía Qing y con la continuidad de los tratados desiguales, el GMD fracasó en la construcción de un Estado con doble autonomía tanto interna como externa. De esa manera, sin este primer paso de reafirmación de la voluntad soberana del Estado chino, la estrategia de desarrollo semiperiferica estaba condenada a su fracaso. Habría que esperar al triunfo del PCCh en la guerra civil y la creación de la RPC en 1949 para que el Estado recupere su doble autonomía y construya las bases internas para la re-emergencia de China en la jerarquía de poder y riqueza.

Tercer Período: 1949 - 1992

Mao Tse-Tung y Deng Xiaoping, provincia de Shandong, marzo de 1959

Capítulo N.° 8: un nuevo actor en el escenario mundial

La revolución de 1949 fue efectivamente un quiebre en la historia contemporánea de China. La fundación de la RPC el 1º de octubre marcó el final del siglo de humillación, rompiendo con la dinámica de fragmentación política, guerra civil, rebeliones internas e invasiones externas que habían caracterizado a China durante las últimas décadas. Significó la recuperación de una tradición, a la cual Balazs (1970) denomina estatista burocrática, junto con la adopción de nuevas ideas, principalmente el estilo soviético de organizar el Estado bajo la dirección de un partido único y de planificar la economía de manera centralizada (Naughton, 2007; Perkins, 2014; Tian & Chen, 2022b). En este sentido 1949 es más una ruptura con el período republicano (1911-1949) caracterizado por la apertura de ideas, el crecimiento de un capitalismo de base familiar, la emergencia de una sociedad civil autónoma y con el desarrollo de ciertos principios "liberal-democráticos", que una ruptura con el orden "feudal" del período imperial. En la práctica, la obsesión de las elites de recuperar el poder del Estado, ahora bajo la dirección del PCCh, condujo a una restauración plena del poder burocrático del Estado, pero bajo una ampliación de su alcance y capacidad de control sobre la sociedad como nunca antes visto (Cabestan, 2019, p. 56).

El Estado debía reconstruirse en dos planos mutuamente condicionantes. En primer lugar, la RPC era un nuevo actor en el sistema interestatal en busca de reconocimiento internacional, dado que la República de China (ROC), cuyo gobierno nacionalista estaba asentado en la isla de Taiwán continuaba existiendo y detentando la representación como único Estado legítimo de toda China. En segundo lugar, debía asentar su orden interno mediante la consolidación de un nuevo orden político sobre el que se mezclan legados de la política del Frente Único anti-japonés, el centralismo democrático leninista y la tradición burocrática propia de la sociedad china. Para el nuevo Estado era imperioso reafirmar el control ideológico sobre aquellos segmentos de la sociedad que se encontraban más alejados de la práctica y las ideas del PCCh.

Ambos campos eran necesarios para garantizar un nuevo orden económico que en primer lugar detuviera la inflación, reordenará las variables macroeconómicas y permitiera avanzar en un proceso de crecimiento y desarrollo económico sostenido. El deterioro del poder adquisitivo y la debacle monetaria estuvieron detrás del fracaso del GMD para sostener su esfuerzo militar en la Guerra Civil y, fue en gran medida, la causa de la pérdida de legitimidad del régimen

nacionalista (J. K. Fairbank & Goldman, 2006, p. 314). El gobierno del GMD carecía de una base fiscal sólida y, al encontrarse sin ingresos corrientes y con gastos crecientes por la guerra, recurrió a la emisión monetaria (Pepper, 1986).

Los nacionalistas intentaron poner la inflación bajo control y mejorar su capacidad fiscal, reinstaurando el monopolio sobre la sal, pero se encontraron con la oposición abierta de sus asesores norteamericanos, por lo que la política no pudo ser implementada (I. Weber, 2021, p. 74; Young, 1971a). Los fenómenos inflacionarios y el desorden de la política monetaria estuvieron históricamente ligados a las caídas de las dinastías imperiales, como vimos que sucedió durante el período Qing tardío (Dillon, 2010, p. 44; Y. Wang, 2022, p. 241). Los comunistas lograron controlar la inflación en menos de un año, lo que representó no solo una gran hazaña, sino que les proveyó de una gran fuente de legitimidad (I. Weber, 2021, p. 70). Este éxito, está ligado a la autonomía externa del Estado y su capacidad para experimentar libremente en materia de política económica, utilizando tanto la experiencia de la Guerra Civil como las propias de la tradición de construcción estatal imperial (Ch'en, 1986; Heilmann & Perry, 2011). Los comunistas obtendrán valiosas lecciones de este proceso para la construcción de su aparato estatal, sus instrumentos de política económica y más importante aún, para su relación con la URSS y su asistencia técnica y económica.

Los primeros treinta años de existencia de la RPC se caracterizaron por una profunda lucha intestina por el control del rumbo económico y político del país. El instrumento para procesar esta disputa será el propio PCCh, una nueva dimensión a considerar para entender la construcción estatal y central en la estructura de la RPC. La figura de Mao Tse Tung como líder y padre de la RPC configuró un culto a la personalidad que dificultó la democracia interna del partido generando tensiones que bordearon la guerra civil, sobre todo durante los eventos de la Gran Revolución Cultural Proletaria China (1966-1976) y la transición política luego de la muerte del líder en 1976. En este sentido, el control del partido será clave porque el mismo constituye una extensión, por medios informales, del poder del Estado.

El Estado que nació con el triunfo de los comunistas en la guerra civil no fue propiamente un Estado contrincante semiperiférico. Por un lado, en la dimensión externa, había logrado afirmar su autonomía externa, pero a costa de ser aislado de la economía-mundo capitalista, condenado a una estrategia de desarrollo semiperiférica defensiva (Vieira, 2022). Por otro lado, en el plano interno, fue exitoso en afirmar su autoridad y en fortalecer su estructura burocrática

y fiscal, permitiendo el inicio de un proceso de acumulación originaria de capital, industrialización y crecimiento moderno basado en aumentos de la productividad. No obstante, su control total sobre la sociedad y la eliminación del sector privado independiente lo privó de las ventajas competitivas y tecnológicas que se desprenden de una economía de mercado. Ambos procesos constituyen un legado importante para que durante la reforma y apertura (1978) emerja el Estado contrincante semiperiférico.

Durante el período de planificación centralizada (1949-1978) se sentaron las bases para el ascenso de China en la jerarquía de riqueza. Esto implicó la adopción de una estrategia de planificación centralizada de la economía, inspirada en el modelo de industrialización soviético, lo que conformó un caso típico de desarrollo semiperiférico basado en la autosuficiencia (I. Wallerstein, 1979, p. 76). No obstante, la RPC se vería impedida de aprovechar por completo las ventajas de esta estrategia debido al bloqueo impuesto por los EE.UU., a la precaria situación de reconocimiento internacional, lo que la dejó aislada del sector más avanzado tecnológicamente de la EM-C y de sus mercados de consumo. El reordenamiento del sistema mundo capitalista y las tensiones geopolíticas con EE.UU. y la URSS marcaron todo este período, condicionando el rumbo tanto de la política de construcción estatal de la RPC.

En este sentido, China logró su autonomía externa, se libró de los tratados desiguales y de las imposiciones coloniales, pero no fue reconocida en plano de igualdad junto a los demás actores del sistema interestatal. No será hasta la Reforma y Apertura que el Estado podrá aprovechar un contexto internacional favorable para desplegar una estrategia de desarrollo semipériferico que le posibilite ascender en la jerarquía de poder y riqueza.

La consolidación del Estado contrincante semiperiférico se dará luego del reconocimiento pleno de la soberanía de la RPC y su ingreso formal a las Naciones Unidas y con el restablecimiento de relaciones diplomáticas y comerciales con los EE.UU. y el resto de sus aliados. Una vez iniciada la apertura externa, la reforma interna comenzará a desmantelar la economía planificada centralmente por una estrategia de economía de mercado socialista (Tan, 2005). Este proceso culminará formalmente con la reforma constitucional de 1993, en la que se reconoce el papel de los empresarios privados en el desarrollo económico del país y se reemplaza la descripción del modelo económico "economía planificada basada en la propiedad estatal socialista" por "economía de mercado socialista" (Tan, 2021, p. 427). Por ello, este tercer apartado del trabajo abarca el período 1949-1993.

a) La RPC y el sistema interestatal

Las fuerzas comunistas lograron imponerse en la guerra civil y establecer un nuevo Estado y un nuevo gobierno en China continental el 1 de octubre de 1949, cuando Mao proclamó la creación de la República Popular de China. De esta manera, China había sido reunificada una vez más, el país sería lentamente pacificado y el nuevo gobierno paulatinamente encaró una serie de reformas económicas basadas en el estilo soviético de industrialización que transformaron el país para siempre (M. Li, 2008, p. 24). Por más de un siglo la elite intentó y fracasó en la construcción de un Estado fuerte con la capacidad para inducir el despegue de la acumulación de capital como respuesta al cercamiento militar imperialista de las potencias de occidente y el Imperio de Japón (Hung, 2015, p. 34).

El nuevo Estado probó ser un defensor de su soberanía y de la integridad territorial de China, no obstante, enfrentaba un escenario internacional complejo y en transformación en el que se estaban sentando las bases de la disputa geopolítica entre los EE.UU. y la URSS que marcaría los próximos cincuenta años. A su vez, el estatus político de la RPC en el sistema interestatal era de reconocimiento parcial.

Si bien, el Ejército Popular de Liberación (EPL) se había impuesto en toda China propia, el gobierno del GMD encabezado por Jiang Jieshi había logrado refugiarse en la isla de Taiwán. La Guerra de Corea (1950-1953) forzó la intervención de la séptima flota de los EE.UU. que bloqueó el estrecho que separa a la isla del continente, permitiendo que el gobierno del GMD sobreviva. Por lo que la República de China (ROC) continuó existiendo como un Estado independiente y, por lo tanto, el reconocimiento internacional, los pactos firmados con otros Estados y las alianzas económicas y militares continuaron rigiendo, a pesar de que ahora el su extensión territorial se viera reducida a tan solo una porción menor del total del territorio que reclama como propio. Es en este sentido que la ROC fue el Estado que participó formalmente de la creación de la Organización de las Naciones Unidas, y continuó ocupando la representación diplomática de toda China, incluso su asiento permanente en el Consejo de Seguridad hasta 1971 (J. K. Fairbank & Goldman, 2006, p.
340).

Por lo tanto, el nuevo Estado chino dirigido por el PCCh colocó como principal objetivo de su política internacional el obtener el reconocimiento de otros Estados, en particular de las grandes potencias europeas, los EE.UU. y la URSS, junto con todo el bloque socialista. Pero la

situación de reordenamiento del sistema mundo capitalista en la posguerra rápidamente ayudaría al alineamiento de China dentro de uno de los bloques en disputa. La Guerra Fría y el orden internacional bipolar de disputa geopolítica por zonas de influencia entre la URSS y los EE.UU. marcó el escenario en el que la RPC debió maniobrar (D. Li & Xia, 2018). Si bien inicialmente el gobierno del PCCh deseaba obtener el reconocimiento tanto de los EE.UU. como de la URSS para aprovechar el financiamiento y el acceso al capital de ambos poderes para poder desarrollarse, los eventos de principio de la década de 1950 volcaron a la RPC decididamente hacia el bloque soviético (Nakajima, 1987, p. 263).

Durante los primeros treinta años de existencia, la RPC se encontró en una posición de aislamiento internacional. Si bien en 1949 obtuvo el reconocimiento de Gran Bretaña, del bloque soviético y de otros países de Asia, como la India, Occidente permaneció bloqueado. Los eventos de la guerra de Corea condujeron a los EE.UU. al no reconocimiento del gobierno de Beijing como representante del Estado chino y la imposición de un embargo económico sobre la RPC, al que se sumaron Gran Bretaña, Japón y otros países europeos (Elleman & Paine, 2019, p. 362). Si bien para 1957 la mayoría de los países levantaron el embargo económico, EE.UU. lo mantuvo hasta 1971, congelando los activos chinos y prohibiendo todo tipo de transacciones. En este marco, más bien forzados por la situación internacional, pero también por su convicción en la modernización, la elite estuvo dispuesta a operar con un mínimo nivel de intercambio con la economía mundo capitalista, con excepción de los países que conformaban parte del bloque socialista (Maddison, 2007, p. 59).

No obstante, el enorme costo económico y humano que implicó para China el participar de la guerra de Corea a tan solo un año de creado el nuevo Estado, el empate en el que terminó significó un triunfo histórico para China. Por primera vez desde 1839, pudo enfrentarse a una alianza de potencias occidentales conformadas por los países más desarrollados del globo y salir victoriosa. Además, en 1954 la RPC fue clave en las negociaciones para terminar con la ocupación Francesa de Indochina (Westad, 2012, p. 272). Por lo que habiendo evitado que se instale un régimen hostil en la península de Corea y habiendo expulsado a los franceses de Indochina, el nuevo régimen, había devuelto al país su posición geopolítica tradicional en el escenario asiático.

Esta no será la última vez que el nuevo Estado debió pelear en el escenario militar regional para consolidar su autonomía externa y reafirmar sus fronteras. De hecho, entre 1949 y 1979 la

RPC se enfrentó en cuatro guerras de diferente escala con el objetivo de asegurar sus fronteras y demostrar su superioridad militar en la región. Entre esos conflictos enumeramos la Guerra de Corea (1950-1953), la guerra sino-india (1962), conflictos fronterizos con la URSS (1969) y la Guerra de agresión a Vietnam (1979). Efectivamente, la posición geopolítica de China se da en una región hostil a sus intereses y que durante siglos formara parte de su sistema tributario, por lo que ante el ascenso de un nuevo poder en China, sus antiguos clientes desconfiaron de las intenciones de su antiguo patrón.

Estos eventos estarán marcados por la Guerra Fría y por las diversas y antagónicas posturas que tomará la RPC en los diferentes momentos. De un período de alineamiento con la URSS se desató la Guerra de Corea (1950-1953) contra los EE. UU. y la ONU. Del período de mayor aislamiento internacional de China se desprenden los conflictos fronterizos con las otras potencias territoriales, la India (1962) y la URSS (1969). El cuarto conflicto bélico, la invasión a Vietnam, (1979), fue el resultado de la apertura iniciada por Mao en 1971 para restablecer relaciones con los EE.UU. y con Japón, y de su enfrentamiento con la URSS y sus aliados regionales. Durante todo este período, tanto la política exterior de la URSS como la de EE.UU. en la región del Este asiático influenciaron directa e indirectamente las decisiones concernientes al proceso de construcción estatal en la RPC (Strauss, 2019, p. 14).

En un contexto regional hostil, la RPC se vio forzada a una retirada parcial de la economía-mundo capitalista, esto le permitió desplegar una estrategia de desarrollo semiperiferica, inspirado en parte en la experiencia de Alemania, la URSS, Japón y otros países de industrialización tardía. Las estrategias de desarrollo semiperiféricas implican un mayor nivel de intervención estatal en la economía para motorizar un sendero de desarrollo deseado (Flint & Taylor, 2018). En esta estrategia, la capacidad fiscal del Estado es central para motorizar un proceso de centralización y redireccionamiento del excedente. La RPC no será la excepción, el excedente rural será la base sobre la que se financie la industrialización y el desarrollo del sector moderno de propiedad estatal. La adopción de una economía de planificación centralizada fue en parte el resultado del alineamiento de la RPC en la disputa de la Guerra Fría, para comprender este proceso debemos primero analizar que tipo de orden internacional emergió de la Segunda Guerra Mundial.

b) El sistema-mundo capitalista: de la hegemonía al predominio de los EE.UU.

Los EE.UU. emergieron como la potencia hegemónica al finalizar la Segunda Guerra Mundial. A la derrota de Alemania e Italia en el continente europeo debemos sumarle la victoria sobre el Imperio del Japón, luego del uso por primera y única vez de armas termonucleares sobre población civil. Las explosiones de las bombas atómicas en Hiroshima y Nagasaki abrieron paso a un nuevo orden global en el cual la región del Este Asiático y el Pacífico desempeñaría un papel crucial para la estrategia geopolítica norteamericana.

Entre 1870 y 1945, se produjo una enorme competencia por el dominio de la EMC entre el imperio de libre mercado del Reino Unido y el capitalismo corporativo alemán. El modelo de desarrollo industrial del capital alemán de tipo corporativo fue la respuesta que encontraron las clases dominantes del "tardío" Estado continental para poder entrar y mantenerse en la geopolítica de las grandes potencias. La utilización abierta del poder del Estado en alianza con el capital monopólico alemán fue una típica estrategia de desarrollo semiperiférico (I. Wallerstein, 1974a). Pero el sistema alemán apenas estaba reduciendo la brecha con Gran Bretaña al comienzo de la Gran Depresión. Alemania tuvo que aumentar la producción industrial casi tres veces más rápido que los británicos para lograr una ganancia relativamente pequeña en valor añadido. No obstante, mientras más poder acumulaba el capitalismo corporativo alemán, más se profundizaba el curso de colisión con los intereses imperiales británicos (Arrighi, 2010, p. 276). Esta tensión trajo como consecuencia las dos Guerras Mundiales.

Para el fin de la Segunda Guerra Mundial, el gran ganador de la contienda fueron los EE.UU., la competencia entre Alemania y Gran Bretaña terminó de horadar el predominio británico que resultó en el triunfo de un tercer actor. Los EE.UU. se beneficiaron ampliamente de su posición insular respecto a la guerra, cuyos escenarios fueron principalmente Europa y el Este Asiático. Su rol como el taller manufacturero del esfuerzo de guerra de los aliados le permitió beneficiarse masivamente, a punto tal que el resultado fue la centralización del poder financiero mundial en manos de la burguesía de Wall Street. Para 1947, las reservas de oro de los EE.UU. representaban el 70% del total mundial (Arrighi, 2010, p. 284). A su vez, se había convertido en el principal prestamista mundial. Esto le permitió desempeñar un rol decisivo en el esfuerzo de reconstrucción de posguerra.

El triunfo militar trajo aparejado el predominio de nuevas formas de hacer negocios y nuevas formas de acumular capital. Significó el triunfo de una estrategia y estructura de acumulación de capital que se venía gestando desde comienzo de siglo. Los EE.UU. también habían desplegado una estrategia de ascenso semiperiférico intentando proteger a sus empresas del imperio de libre competencia británico mediante el uso de aranceles y tarifas. Pero a diferencia del modelo corporativo alemán que se basó en el control monopólico estatal de la producción, los capitalistas norteamericanos desarrollaron corporaciones verticalmente integradas que le otorgaron una superioridad organizativa frente a las incertidumbres de la competencia en el mercado (Arrighi, 2010, p. 302). Estas grandes empresas monopólicas habían logrado internalizar los costos de transacción. Este proceso permitió a una sola organización empresarial dominar el conjunto de actividades y transacciones antes realizadas por una multiplicidad de unidades separadas organizacionalmente entre sí, lo que posibilitó reducir los costos de transacción y aumentar la tasa de ganancia. Como resultado se produjo una concentración y centralización de la capacidad productiva y de la demanda efectiva.

Este nuevo tipo de empresas demostró ser la indicada para dominar en una economía-mundo capitalista más transnacionalizada, en la cual se encontraban en posición de someter los costos de transacción, riesgos e inseguridades involucrados en el proceso de producción en cadenas a la lógica administrativa y la planificación a largo plazo. Lo que se tradujo en un mejor posicionamiento en el mercado global, convirtiéndose en la plataforma sobre la que se expandió el capital norteamericano al resto del globo, mediante la inversión extranjera directa y las redes de intercambio globales. La expansión global del capital norteamericano incrementó la capacidad de organización de los cuerpos administrativos de las empresas, lo que les permitió controlar mercados y procesos de trabajo en aquellas ramas de negocios a las que apuntaban controlar o que ya controlaban (Arrighi, 2010, p. 249). Una vez desplegadas, estas estructuras burocráticas, administrativas y jerárquicas se convirtieron en una fuente permanente de poder y de crecimiento continuo.

Si observamos la tabla N.° 12, para 1950 el PBI de los EE.UU. era igual a los ingresos nacionales de Gran Bretaña, Francia, Alemania, Italia y Benelux combinados, y tres veces más que la URSS. Aún más, la economía de EE.UU. solo equivalía al total del PBI global de la semiperiferia. De esta forma, EE.UU. se consolidó como la economía más fuerte de la EM-C y como el líder hegemónico del Sistema-Mundo capitalista. El espacio de la semiperiferia estaría

liderado por la URSS y por los países del bloque soviético, aunque luego EE.UU. ayudaría en la recuperación económica de Japón, que ocupará un espacio central en la nueva geopolítica del Este asiático.

Por su parte, China continuaba sumergida en la periferia de la EM-C siendo uno de los países más pobres y de las economías más atrasadas. No obstante, el triunfo de la Revolución de 1949, la reunificación del Estado continental y la recuperación de su soberanía le permitirán desplegar una estrategia de desarrollo semiperiferica, pero como veremos más adelante, se verá forzada a hacerlo aislada del centro hegemónico. Esto pondrá límites a su estrategia de ascenso semiperiférico, la cual tan solo podrá desplegarse en su totalidad cuando se reincorpore voluntariamente a las redes de comercialización y producción controladas por occidente a partir de la década de los ochenta.

Tabla N° 12: La jerarquía de riqueza del Sistema Mundo Capitalista, 1950

	PBI per cápita (2011 US$)	**Población Porcentaje**	**Porcentaje PBI per cápita sobre el promedio mundial**	**Porcentaje del PBI mundial**
Centro	**12.285**	**19,16**	**313**	**59,17**
Estados Unidos	15.240	6,07	388	27,59
Suiza	11.541	0,01	294	0,64
Reino Unido	11.061	2	282	6,59
Francia	8.266	1,7	210	4,18
Alemania	6.186	3,79	158	5,03
Italia	5.582	1,9	142	3,13
Semiperiferia	**2.441**	**35,46**	**62**	**29,12**
URSS	4.529	7,16	115	9,67
Sudáfrica	4.041	0,54	103	0,65
México	3.510	1,1	89	1,19
Portugal	3.325	0,34	85	0,33
Japón	3.062	3,34	78	3,05

Periferia	**771**	**45,38**	**20**	**11,71**
India	987	14,3	25	4,21
China	799	21,8	20	5,19

Fuente: elaboración con base en Maddison (2020)

Esta nueva forma de acumular capital y la expansión económica que trajo aparejada generaron nuevas fuerzas sociales poderosas. El nuevo orden de posguerra trajo como consecuencia la descolonización de las antiguas colonias. La obtención de la independencia de antiguas colonias implicó el ingreso de decenas de nuevos países al sistema interestatal y a su participación en las Naciones Unidas y otros organismos internacionales, este proceso representó la emergencia del Tercer Mundo (hoy llamado Sur Global). Los pueblos de África y Asia que continuaban bajo el dominio colonial europeo se rebelaron en grandes movimientos de liberación nacional, restableciendo viejas soberanías y reafirmando nuevas, crearon decenas de nuevos Estados nacionales (Arrighi, 2009, p. 13). La Revolución China y la RPC, junto con la URSS, desempeñaron un papel central en el fomento de estos movimientos. La Conferencia de Bandung (1955) que reunió a países asiáticos y africanos, sentaría principios para los movimientos de liberación de todo el mundo (Nakajima, 1987; Zhang, 2007).

Para estos nuevos países, la independencia política debía traer aparejado soberanía económica y desarrollo, por lo que las clases trabajadoras de los países que emergieron de los movimientos de liberación nacional de posguerra demandaron una porción del excedente global (M. Li, 2008, p. 67). Esto requería de un nuevo orden regulatorio en el plano político interno, que estaría caracterizado por el keynesianismo y el Estado de Bienestar y, mucho más importante aún, requería de un nuevo orden geopolítico global. Si bien los EE.UU. se habían beneficiado masivamente del aislacionismo durante la Primera Guerra Mundial interviniendo en su último período, el ataque a Pearl Harbor en la Segunda Guerra y la invasión japonesa en las Filipinas (controladas por los EE.UU.) así como en otras posiciones geopolíticas estratégicas en el Pacífico señalaron el final de los retornos positivos del aislacionismo y la necesidad de una nueva política exterior (Arrighi, 1999, p. 62, 2010, p. 285).

La creación de la Organización de Naciones Unidas en 1944 fue el primer paso en la idea de un mundo unificado, donde las disputas pudieran resolverse mediante la diplomacia antes que mediante la guerra. La industrialización de la guerra había traído grandes beneficios para

aquellos que hicieron negocios con la venta de armamentos modernos, pero también generó un incremento en el poder destructivo de un enfrentamiento militar entre grandes poderes, lo que quedaría demostrado con la proliferación del armamento nuclear.

En este contexto, los EE.UU. pretendían que su política exterior funcionara como un "New Deal" para todo el planeta. Así como el Estado debía gastar en política social, el orden de posguerra demandaba que los EE.UU. gastaran en la asistencia a los aliados, pero también a las naciones pobres para asistirlas en su "desarrollo", evitando que se conviertan en focos de reacción anti-sistémicos. Para ello fue necesario que el sistema interestatal incorporara y reconociera a los nuevos Estados que emergieron de los movimientos de liberación nacional. Obtener el estatus de Estado nación era el primer paso para participar del nuevo orden internacional de posguerra (M. Li, 2008, p. 67). Este reconocimiento le será negado a la RPC durante las primeras décadas de su existencia.

Participar del orden internacional, permitía que las nuevas naciones se integren a las redes de comercialización y producción global, volviéndose más responsables frente al orden internacional. La asistencia en la recuperación de los países europeos mediante el Plan Marshall y la asistencia económica a Japón (y luego Taiwán y Corea del Sur) fueron centrales en la nueva economía global, eventualmente desplegando una estrategia de desarrollo por invitación que permitió el ascenso de estos países del Este Asiático (I. Wallerstein, 1979, p. 80). Así, los países europeos se convertirían en una fuente de consumo, mientras los otros serían una fuente de trabajo barato.

A la creación de la ONU, que sería el foro político del nuevo orden mundial, le seguirán la creación de otras instituciones globales como las financieras que surgieron de Bretton Woods. Estos acuerdos crearon el sistema monetario moderno, fijando los arreglos técnicos necesarios para establecer la convertibilidad del dólar al oro, garantizando su rol como moneda de cambio y reserva mundial. Pero el verdadero logro de estos acuerdos estuvo en la creación de una red global de organizaciones gubernamentales que controlaban la creación de dinero motivado principalmente por consideraciones de bienestar, seguridad y poder. El Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial serían el mascarón de proa de un bloque de poder encabezado por la Reserva Federal de los EE.UU. que en coordinación con los bancos centrales de las potencias aliadas controlaron el flujo de dinero mundial (Arrighi, 2010, p. 287). Esto significó

que, por primera vez, el control sobre la liquidez monetaria pasó de manos privadas a manos públicas, lo que implicó que la política monetaria se plegó a consideraciones de seguridad.

De esta manera se crearon nuevos incentivos para el flujo de la IED, que sería la principal forma de "redistribución" del excedente monetario acumulado por los EE.UU. durante la guerra. A las instituciones financieras se sumará una nueva alianza militar para defender al mundo libre de la amenaza del comunismo expansionista. La Organización del Tratado del Atlántico Norte será el escudo militar que estableció el protectorado militar de EE.UU. sobre sus aliados.

Este nuevo orden trajo un largo período de crecimiento económico para los EE.UU., Europa Occidental y sus aliados. Este crecimiento estuvo sostenido por el modelo fordista de producción en masa, el Estado de Bienestar que fomentaba el consumo en masa y el capital monopólico de los EE.UU. que aportaba capitales, nuevas tecnologías y productos (Harvey, 2008, p. 153). No obstante, para la década del sesenta, la recuperación de las economías europeas y de Japón estaba completa y sus monopolios comenzaron a competir con los norteamericanos, aumentando las presiones competitivas y reduciendo la tasa de ganancia (Arrighi et al., 1999, p. 24).

A este aumento de la competencia inter-monopólica se debe sumar el aumento de los costos de producción como el trabajo como resultado de la fortaleza del movimiento obrero organizado en el centro (Patnaik & Patnaik, 2016, p. 89). En este contexto, una menor tasa de crecimiento, un aumento de los costos de producción y la caída de la tasa de ganancia deprimieron la inversión de capital. La política keynesiana de mantener el pleno empleo y sostener el consumo generaron presiones inflacionarias (M. Li, 2016, p. 57).

No obstante, el golpe de gracia que desataría la crisis provendría de las periferias del Sistema-Mundo Capitalista. Como señalamos, los nuevos Estados soberanos que emergieron de las luchas anticoloniales comenzaron a demandar para sí también soberanía económica y una mejora de las condiciones de vida de sus clases trabajadoras. Esto se tradujo en que una mayor porción del excedente y de los recursos que se extraían de sus economías durante el período colonial debía ahora permanecer en sus territorios para favorecer a sus clases trabajadoras, lo que se tradujo en estrategias de desarrollo como la industrialización sustitutiva. Dicho proceso comenzó a generar presiones inflacionarias desde el lado del suministro de recursos claves, las instituciones globales de posguerra no contaban con los mecanismos

necesarios para imponer una deflación de ingresos en los trabajadores de la periferia con el objetivo de evitar el aumento de los costos de los suministros (Patnaik & Patnaik, 2016, p. 91).

Como se ha demostrado, el sistema capitalista tiene una tendencia intrínseca a que los costos de producción aumenten, esto genera que a medida que los crecientes costos de salarios, insumos e impuestos alcanzan sus límites, la tasa de ganancia se verá reducida y la acumulación de capital se volverá cada vez más inviable (I. M. Wallerstein, 1998, p. 36). Por lo tanto, el centro sistémico requiere de una provisión constante de cuatro insumos que deben ser baratos, el trabajo, la tierra, los alimentos y los recursos naturales (J. W. Moore, 2013). El sistema garantiza esto mediante diversos mecanismos de intercambio desigual entre las periferias y el centro, pero a medida que los Estados de la periferia fueron ganando soberanía lograron aminorar estos flujos para beneficiarse económicamente. La necesidad de garantizar el acceso barato a estos insumos genera rondas de solución espacial, en las que el capital se deslocaliza hacia la periferia en búsqueda de recursos baratos, generando una reconfiguración del orden geopolítico global (Arrighi, 2010; M. Li, 2016). Esto se observa en el funcionamiento de las cadenas de mercancías, a medida que las actividades más rentables se van volviendo más competitivas, el capital central las abandona y avanza sobre nuevas actividades en la frontera tecnológica, dejando estas actividades menos rentables a los países de la semiperiferia. Los países del Este asiático se beneficiaron de este circuito, particularmente entre 1950-1970.

En el sistema capitalista de producción industrial ningún recurso es más importante que la energía. El bajo costo del petróleo durante la posguerra estuvo detrás de las enormes tasas de ganancias de los monopolios occidentales (M. Li, 2016, p. 104). Por lo que la decisión de la OPEP en la década del setenta de aumentar de manera unilateral los precios del barril de petróleo desencadenó una crisis global. Por un lado, los mayores costos del petróleo significaron un aumento de los costos fijos de producción y una caída de la tasa de ganancia. Por otro lado, generó una reversión del flujo de excedente desde los países centrales hacia los países petroleros. Eventualmente, estos flujos de capitales volverían hacia Occidente a través de la compra de bonos y de los depósitos bancarios en lo que se conoció como petrodólares. Este aumento de la liquidez generó una caída de las tasas globales, lo que disparó una ronda de endeudamiento en una gran parte de los países en vías de desarrollo (Brenner, 2006, p. 277).

Esta rebelión de los países de la periferia generó las condiciones para el aumento del poder de los pueblos y naciones del mundo no occidental y generaría las condiciones para el

resurgimiento de Asia y China como centro de la economía mundo capitalista (Arrighi, 2009, p. 09). No obstante, durante la década de los ochenta la escalada de la competencia de los EE.UU. en el mundo financiero frenó los flujos de capitales que financiaban al Sur Global, provocando a la vez una contracción global de la demanda de los productos primarios y recursos naturales (Arrighi, 2009, p. 14). La crisis de deuda externa que asoló al Sur Global permitió a las instituciones globales comandadas por EE.UU. imponer los planes de ajuste estructural que contribuyeron a la deflación de los ingresos de las clases trabajadoras de estos países y que se retome el flujo normal del intercambio desigual (Wolff, 2012). Esto es lo que se conoce como la ofensiva neoliberal (Arrighi & Zhang, 2011).

No obstante, debido a las características del Estado chino (que analizaremos a continuación) el país logró evitar tanto el sobreendeudamiento como las terapias de shock impuestas desde afuera, proceso en el que la doble autonomía del Estado fue clave.

La estrategia de desarrollo semiperiférico de la RPC se deberá desenvolver en este contexto, en el cual deberá balancear entre los dos polos en pugna mediante el despliegue de una política exterior autónoma que le permitiera adaptarse a los cambios en el escenario mundial (Hu, 2016, p. 26). El período de aislamiento y autosostenimiento del crecimiento y desarrollo económico de China sentará las bases para su despegue a partir de la década de los ochenta, pero también dejará una trayectoria de dependencia en un conjunto de políticas que serán centrales para la conformación del Estado contrincante semiperiferico. De la disputa en el mundo bipolar y de las crisis que se enfrentará el bloque capitalista a partir de la década del 70 surgirá la oportunidad para la incorporación plena de China en la EM-C. La puja entre el bloque comunista y el bloque capitalista marcará todo este período, por lo cual ahora nos adentraremos en cómo se desarrollaron las relaciones de la RPC con ambas superpotencias.

c) El rol de los EE.UU.

Para comprender el papel de los EE.UU. debemos remontarnos a los años previos a la fundación de la RPC y a la participación del gobierno y el ejército de los EE.UU. en la guerra civil de China y en la guerra de defensa nacional contra Japón. Efectivamente, cuando en 1941 el Imperio de Japón decide atacar Pearl Harbor, China y la guerra de agresión japonesa pasan a ser parte del escenario geopolítico de la Segunda Guerra Mundial. Los EE.UU. necesitaban que China continuara la guerra contra Japón. Para ello es que en 1943 propusieron que China

pase a ser reconocido como una fuerza en el campo de los aliados, por lo que promovió la abolición de los tratados desiguales establecidos durante las Guerras del Opio por las grandes potencias cien años atrás (Pepper, 1986, p. 712). Esto le otorgó por primera vez a la República China el estatus de nación soberana en pie de igualdad con el resto de los actores del sistema interestatal. China pasaría a ser parte del campo de los aliados junto con la URSS, EE.UU., Francia y Gran Bretaña. Más adelante esto le aseguraría una posición en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas. La estrategia de los EE.UU. apuntaba a la pacificación y democratización de China para convertirla, una vez más, en el centro del orden político y económico regional, pero como una fuerza aliada a los EE.UU.

En 1944, los EE.UU. colocaron una misión de observación en Ye'nan (la capital de facto de las bases de operaciones rurales) en el norte de China. Esto fue clave para mantener vínculos más estrechos con los comunistas (Pepper, 1986, p. 713). Esta decisión acrecentó las intenciones del PCCh de obtener asistencia militar por parte de los EE.UU. y la posibilidad de un reconocimiento para el futuro Estado. No obstante, esas expectativas se disiparon casi por completo con los acuerdos de Yalta. En esos acuerdos, los EE.UU. y la URSS se dividieron zonas de influencias, Europa oriental y el Este de Asia quedarían bajo la esfera de influencia soviética (M. Li, 2008, p. 67).

Entre 1945 y 1949, se resumió la Guerra Civil entre el PCCh y el GMD, en este conflicto los EE.UU. se posicionaron del lado de su aliado histórico Jiang Jieshi brindando apoyo logístico, económico y militar a las tropas nacionalistas. Durante 1945, el ejército de EE.UU. movilizó a 53000 soldados a Peiping (actualmente Beijing) para protegerla de los comunistas hasta la llegada de las tropas nacionales (Pepper, 1986, p. 726). Luego de la derrota de Japón, ordenaron a las tropas japonesas en territorio chino que permanezcan en sus posiciones a la espera de la llegada de las tropas del GMD, para evitar que sus posiciones sean ocupadas por los comunistas (Westad, 2012, p. 248).

No obstante, los esfuerzos económicos y políticos de los EE.UU. estaban colocados en el escenario europeo, al cual consideraban su principal área de influencia. Frente al avance del bloque soviético en el este de Europa, los EE.UU. desplegaron el Plan Marshall, algo similar sucedería con Japón. El gobierno del GMD había demostrado ser ineficiente para terminar con la amenaza comunista, así como en el manejo de su economía. Por lo que, los comunistas

pudieron aprovechar esta situación de compromiso débil de parte de los EE.UU. para con el GMD para avanzar en sus posiciones en la guerra civil.

Una vez fundada la RPC, los EE.UU. hicieron pública su política para el Este Asiático, dejando claro que no intervendrían en la península de Corea y que tampoco asistirían al gobierno del GMD refugiado en la isla de Taiwán (Elleman & Paine, 2019, p. 368; Strauss, 2019, p. 14). Las intenciones de Washington buscaban incentivar a que China mantuviera una política de no alineamiento en el marco de la Guerra Fría (Cohen, 2019, p. 157). No obstante, esto cambió rápidamente con la firma del Pacto de Amistad Sino-Soviético a comienzos de 1950.

La recién fundada RPC estaba pugnando por reconocimiento internacional y enfocada en la desmovilización de tropas para reducir el gasto militar y concentrar recursos en la recuperación económica del país, cuyo primer hito sería la reforma agraria que comenzó en junio de 1950. A su vez, planeaban recuperar la isla de Taiwán de manos del GMD para agosto de ese mismo año. El estallido del conflicto entre las dos Coreas y la participación directa de los EE.UU. implicó un cambio en la geopolítica regional. Sobre todo cuando la 7.ª flota de la marina bloqueó el estrecho de Taiwán en defensa del gobierno nacionalista que residía en la isla, preservando artificialmente al gobierno del GMD en Taiwán (Elleman & Paine, 2019, p. 368; Strauss, 2019, p. 13).

China se involucró formalmente en la guerra en apoyo de las tropas del norte el 1 de octubre de 1950, a tan solo un año de la fundación de la RPC. Los motivos fueron claramente de seguridad regional, la península de Corea es la puerta de entrada al noreste de China y a Manchuria, en ese momento una de las zonas más industrializadas del país. Además, la presencia de la 7.ª flota asistiendo a los nacionalistas en Taiwán constituyó una amenaza a la ciudad de Shanghái, el otro polo industrial y económico del país.

La guerra de Corea fue el único evento militar de la Guerra Fría en el que intervinieron los ejércitos de la URSS (principalmente su fuerza aérea), la RPC y los EE.UU. y sus aliados. El resultado de esta guerra aseguró el prestigio militar del ejército chino que, a pesar de contar con una clara desventaja en equipamiento y tecnología militar, demostró ser un ejército disciplinado y formado para el combate. El impacto de estos eventos en la política interna de China fueron decisivos y marcaron el ritmo de la política de seguridad (Nakajima, 1987, p. 276).

Si bien la política de movilización de masas para asistir a Corea y resistir al imperialismo ayudó a consolidar el poder y legitimidad interna del nuevo gobierno y, además se garantizó la existencia de un Estado "colchón" la República Democrática de Corea, entre China y las fuerzas occidentales, las consecuencias negativas fueron mayores. A los 900.000 soldados chinos que murieron, ya sea en combate o por heridas de combate, se debe sumar que ahora la ONU consideraba a China un Estado agresor, por lo que el aislamiento internacional de la RPC se profundizó (Dillon, 2010, p. 279). Además, la intervención de la 7.ª flota de los EE.UU. hizo imposible recuperar la isla de Taiwán y permitió al gobierno de la ROC continuar ostentando la representación internacional de toda China y ocupando su lugar en las Naciones Unidas y el Consejo de Seguridad hasta la década del 70 (Westad, 2012, p. 273).

Para los EE.UU. la "pérdida" de China luego de al menos una década de asistencia al gobierno del GMD, tuvo un impacto profundo en su política externa (Cohen, 2019). El aislamiento de China y el desconocimiento de lo que sucedía en su interior no hizo más que aumentar la histeria y sostener la continuidad de la política que se iniciara con la Guerra de Corea, el bloqueo económico sobre la RPC, el apoyo al gobierno del GMD en Taiwán y el despliegue de la política de desarrollo por invitación en Japón, Corea del Sur y Taiwán.

El aislamiento de China y el bloqueo económico duraría entre 1950 y 1971, lo que implicó estar aislada política y económicamente de la porción más desarrollada de la economía-mundo capitalista (Maddison, 2007, p. 62; Westad, 2012, p. 277). Aunque si bien existían elementos ideológicos de afinidad con los soviéticos, la realidad del bloqueo americano forzó en un primer momento la política de alineamiento con la URSS, y luego durante la década del sesenta una política de autosustentabilidad económica. La situación de encontrarse aislada de las redes de producción y comercialización del centro de la economía-mundo capitalista, más la situación de reconocimiento parcial de su Estado, tuvieron un impacto directo en la política interna de China, en particular sobre sus decisiones en torno a la planificación económica. Hasta no resolver su estatus en el sistema interestatal, la RPC se vería impedida de aprovechar todas las ventajas de una estrategia de ascenso semiperiférico.

A pesar de la ruptura entre China y la URSS en la década de 1960, los EE.UU. continuarían con una política exterior hacia la RPC que constituía en los siguientes puntos: evitar que China desestabilizara o invadiera el mundo libre y los países vecinos, lo que significaba establecer un cerco alrededor de China, poner como condición la política de "dos

Chinas", negar la legitimidad de la República Popular China, continuar el embargo comercial y, mantener una actitud firme, pero negociable con miras a mejorar la relación bilateral (Hu, 2016, p. 25).

La agresión militar de los EE.UU. sobre Vietnam del Norte a partir de 1964 y el apoyo abierto a Vietnam del Sur no hicieron más que acrecentar el antiimperialismo en la RPC. Los dirigentes del PCCh temían que Vietnam se convierta en la nueva Corea y se vean forzados a intervenir militarmente (Cohen, 2019, p. 212). La creencia de una amenaza militar permanente condujo a un mayor control de los asuntos domésticos, para evitar la invasión externa por parte del "imperialismo" pero también la contrarrevolución interna por parte de los "revisionistas". Esta segunda categoría hacía alusión a los elementos pro soviéticos dentro del PCCh.

Entre 1966 y 1968, los dos años más convulsivos de la Revolución Cultural Proletaria sirvieron para que Mao recuperara las posiciones de poder que había perdido luego del Gran Salto Adelante. También debilitaron la posición exterior de China, dado que todos los embajadores fueron obligados a volver al país para reeducación, lo que redujo la presencia internacional de la RPC y contribuyó a su aislamiento (Cohen, 2019, p. 213)

Una vez consolidado el frente interno bajo su control, la estrategia de Mao se centró en asuntos internacionales. En particular, los crecientes conflictos fronterizos con la URSS, lo que llevó a la denuncia de la URSS como una potencia imperialista (D. Li & Xia, 2018). En el contexto de la Guerra Fría, el creciente alejamiento entre Beijing y Moscú alcanzó su máximo cuando la URSS insinuó a los EE.UU. la posibilidad de un ataque nuclear preventivo sobre las instalaciones nucleares de China (Hu, 2016). En este contexto de creciente aislamiento internacional, la RPC redireccionó su estrategia para acercarse a Washington. Si bien la Revolución Cultural se había hecho bajo el manto ideológico de la "lucha por el socialismo" y "evitar la restauración capitalista", el realineamiento de política internacional de la década del setenta con los EE.UU. y Japón, sentó las bases para la política de Reforma y Apertura de la década de los ochenta cuando retornaron al poder "los roedores capitalistas" expulsados durante la década anterior.

Para comienzos de la década del setenta, Mao decidió promover puentes de diálogo con los EE.UU.; estos se encontraban en retirada de la guerra de Vietnam y rediseñando su política para la región. Ya en 1969 las sanciones y restricciones a los viajes entre China y los EE.UU. habían sido aliviadas, también se habían suspendido los patrullajes en estrecho de

Taiwán, todas señales inequívocas de la voluntad de la administración Nixon de entablar relaciones con la RPC (MacMillan, 2008). Mao era consciente del atraso tecnológico e industrial de China respecto de los EE.UU., a su vez era consciente de los beneficios que se desprendían de poder acceder a los mercados y la tecnología occidental. Estos beneficios se materializaron en asistencia económica para los países vecinos de China que habían quedado del otro lado de la cortina de hierro. Es decir, Taiwán, Corea del Sur, Hong Kong, Singapur y Japón, que para la década del setenta ya demostraban estar a la delantera de China en materia de desarrollo tecnológico y económico (Friedman, 1999; Katzenstein, 2003). Esto no podría haberse logrado sin la particular estrategia geopolítica que los EE.UU. había desplegado en la región para contener a la URSS y a su aliada China (Arrighi, 2009, p. 15; Hung, 2015, p. 52). EE.UU. no solo había proveído el capital inicial para comenzar la industrialización de dichos países, sino que había proveído protección militar, a la vez que mantuvo los mercados europeos y de EE.UU. abiertos para los productos del Este Asiático (Tan, 2021, p. 163).

El desagrado con esta situación de atraso y sus intenciones de acercamiento con el gobierno de Nixon quedaron abiertamente expuestas en la entrevista que diera en 1970 al periodista norteamericano Snow (1970). La posibilidad de una alianza con China continental, que quebrara el bloque comunista y colocara mayor presión militar sobre la URSS se alineó con los intereses de China de contar con nuevos aliados geopolíticos y con la posibilidad de un fortalecimiento de sus relaciones diplomáticas y su reconocimiento por parte de Naciones Unidas. Mao, la elite del PCCh, al igual que antes que ellos la burguesía burocrática del GMD y aún antes la elite letrada confuciana, admiraban a los EE.UU. por su desarrollo tecnológico y por su desarrollo cultural.

El conflicto entre China y EE.UU. fue un problema de la coyuntura histórica, pero no necesariamente fruto del deseo de la elite china. Esto también lo expresa Mao cuando sostiene que "Preferimos poner nuestras esperanzas en los estadounidenses antes que en los soviéticos... porque Estados Unidos es un país industrial, líder en el mundo, y su cultura está bien desarrollada"(Snow, 1970). A punto tal que en la entrevista Mao sugiere a Snow sobre la posibilidad de un viaje secreto de Nixon a Beijing (Cohen, 2019, p. 217). No será Nixon, sino Kissinger quien realice un viaje secreto a Beijing en julio de 1971, preparando el camino para la visita del presidente de los EE.UU. el año siguiente. El evento central que precipitó este acercamiento fue la derrota en Vietnam. El fracaso militar indujo a EE.UU. a reintegrar a China

en la política mundial para contener los daños y perjuicios políticos de la derrota militar, así como asegurarse un poderoso aliado contra la URSS (Arrighi, 2009, p. 17). China obtendrá el reconocimiento internacional pleno por parte del sistema interestatal, sentando las bases de la política exterior que posibilitará su ascenso en la jerarquía de riqueza en las próximas décadas.

Una vez restableció su status internacional como la única China y ocupado su legítimo asiento en el Comité de Seguridad de Naciones Unidas, la RPC se convirtió en un Estado de reconocimiento legal pleno, ya no un paria internacional. Luego de la muerte de Mao, Deng Xiaoping profundizó esta línea de política exterior. A principios de 1979 viajó personalmente a los EE.UU. donde se firmaron tratados de cooperación en materia política y económica y se restablecieron formalmente las relaciones diplomáticas entre ambas naciones. Previamente, en 1978, en el marco de la "Reforma y Apertura" se mejoraron las relaciones con Japón y se firmó la paz, con el objetivo de formar un amplio frente antisoviético.

A su vez, para comienzos de la década del setenta la economía mundo capitalista atravesaba una crisis signada por la inflación, el estancamiento económico, el aumento de los costos de producción principalmente la energía, pero también salarios y costos sociales lo que había deprimido la tasa de ganancia. Esta situación empujó a los capitalistas de Occidente a subcontratar parte de su producción en países donde los costos laborales fueran menores (Brenner, 2006, p. 22). En una primera etapa fueron los Tigres asiáticos los que absorbieron parte de esa demanda, pero a medida que la calidad de vida mejoraba y los costos laborales aumentaron, la RPC apareció como el otro candidato natural en este relevo regional. En este momento, la RPC, mediante sus políticas de apertura regulada de su economía, logró aprovechar las "ventajas del atraso" (Tan, 2021, p. 160). La Reforma y Apertura apuntó a aprovechar al máximo esta situación internacional mediante la implementación de un conjunto de reformas internas que liberaran las fuerzas productivas, particularmente el trabajo del campo, para redireccionarlo a la producción de manufacturas para la exportación.

A diferencia de lo sucedido en el siglo XIX, cuando las potencias forzaron la apertura de China de manera unilateral mediante la guerra y los tratados desiguales, la RPC decidió voluntariamente abrir su economía. Una vez más, las ciudades portuarias se convirtieron en el polo de recepción de capitales extranjeros, pero centrados en la IED y la producción de manufacturas y en la transferencia de tecnología (Friedman, 1999, p. 251; Tan, 2021, p. 160). Esta capacidad autónoma exterior del Estado es lo que generó las condiciones para el despliegue

de una verdadera estrategia de desarrollo semiperiferico. Las condiciones internas habían sido creadas por el Estado post-1949 (como veremos en secciones posteriores), pero sin las condiciones externas adecuadas no era posible aprovechar de manera plena la participación en la economía-mundo capitalista.

d) El rol de la URSS

La Guerra Civil entre el GMD y el PCCh, definió las relaciones internacionales de China durante la década del cincuenta. Si bien el conflicto entre ambos bandos tenía una larga historia, podemos interpretar a la Guerra Civil china como el primer escenario de conflicto de la Guerra Fría, en el que tanto los EE.UU. como la URSS intervinieron en apoyo de un bando. El triunfo del PCCh generaró una reacción anticomunista en los EE.UU. que duró por una generación (Westad, 2012, p. 248). A pesar de la asistencia de los EE.UU. el gobierno del GMD perdió la contienda militar frente al PCCh, debido a la debilidad estructural de su régimen político, el GMD era un partido débil, sin ideología ni cuadros, al cual la población veía como crecientemente corrupto y como un títere de poderes extranjeros. En su afán por crear un Estado poderoso y un régimen centralizado, el GMD cosechó el antagonismo de demasiados grupos al mismo tiempo. El PCCh, por el contrario, pudo exhibir sus credenciales nacionalistas y sus políticas de distribución de la tierra para ganarse el favor de la mayoría de la población.

Debido al apoyo de los EE.UU. al GMD, luego de la fundación de la RPC en 1949, Mao propuso su política de alineamiento con la URSS. Obtener el reconocimiento del Estado soviético, que era considerado la vanguardia de la revolución comunista mundial, sería un gran soporte tanto externo para el reconocimiento internacional del nuevo Estado, como interno para la consolidación del gobierno del PCCh y de la figura de Mao.

No obstante, la URSS veía sus intereses geopolíticos en el Este Asiático, amenazados por la idea de un Estado socialista independiente de su voluntad. El liderazgo soviético desconfiaba del PCCh y temía que la RPC se convirtiera en una nueva Yugoslavia, en referencia al Estado socialista autónomo comandado por Tito (Whiting, 1987). La política de frente único y de nueva democracia del PCCh no hacía más que aumentar esas sospechas, dado que en el nuevo gobierno se encontraban figuras no-comunistas como Madame Sun Yat-sen, esposa del difunto líder del GMD, así como la continuidad de otros líderes intermedios del GMD en la

administración (Kirby, 1990). Según el liderazgo sovietico, estas presencias podrían ser indicios de una política más pro occidental a mediano plazo.

En todo caso, el triunfo comunista y la reunificación de China continental fue un evento inesperado, en lugar de un país débil, vulnerable y dependiente de poderes extranjeros, la creación de RPC puso sobre el escenario geopolítico del Este Asiático una fuerza vigorosa con posibilidades de desafiar el liderazgo de la URSS en el campo comunista y en el Tercer Mundo (Elleman & Paine, 2019, p. 355). A pesar de esta situación, el viaje de Mao a la URSS en diciembre de 1949 logró la firma del Pacto de Amistad Sino-Soviético, el cual incluía préstamos, asistencia técnica y una alianza militar. Estas negociaciones dejaron claro que la URSS perseguía una política de subordinación de todos los Estados socialistas a la causa mundial del comunismo, comandada por los intereses geopolíticos de la misma URSS (Dillon, 2010, p. 273; Elleman & Paine, 2019, p. 363; Nakajima, 1987, p. 268).

Tanto los préstamos y la asistencia técnica soviética serían clave durante el primer plan quinquenal. A pesar de su liberación política, China continuaba siendo un país tecnológicamente atrasado y su acumulación de capital era muy baja. La estructura jerárquica de riqueza del sistema mundo capitalista continuaba relegando a China una posición periférica, donde efectivamente la acumulación de capital era nula o casi nula. Sin capacidad de acumulación de capital ni de ahorro sería imposible para China industrializarse.

Una vez delineadas las fronteras de la Guerra Fría luego de la guerra de Corea y, habiendo sido excluida de las redes financieras y políticas de Occidente por la preferencia de EE.UU. por Japón y Taiwán, la RPC se encontraba aislada tanto en el plano económico como diplomático. Sin la asistencia inicial de la URSS, que proveyó técnicos e ingenieros para las grandes empresas estatales, sobre todo en las industrias pesadas, habría sido muy difícil alcanzar los objetivos de industrialización (D. Li & Xia, 2018; Perkins, 2014). No obstante, aportes financieros significativos no se sustanciarán hasta después de la visita de Jrushchov a Beijing en 1954, posterior a la muerte de Stalin (Strauss, 2019, p. 15; Westad, 2012, p. 260).

Además de asistencia financiera, la URSS se comprometió a devolver el Ferrocarril de Manchuria y sus instalaciones en Puerto Arturo (Lüshun), junto con diferentes propiedades adquiridas en Beijing. La RPC, por su parte, concedió la creación de empresas mixtas para la explotación minera en Xinjiang y el reconocimiento de la independencia de Mongolia Exterior (es decir, del Estado de Mongolia) que previamente había sido territorio de la dinastía Qing

(Westad, 2012, p. 250). Claramente, la relación entre ambos fue tensa desde sus inicios, la URSS estaba devastada por la Segunda Guerra y sus intereses geopolíticos puestos en Europa del Este y los nuevos países dentro de la influencia soviética. China era una preocupación menor, por lo que la asistencia financiera se limitó a un préstamo con una tasa del 1% a pagar en diez años, por 300 millones de dólares a desembolsar en cinco años (Dillon, 2010, p. 274; Hu, 2016, p. 29). La alianza también prometía la protección militar de la Unión Soviética, lo que colocaba a China en oposición al bloque capitalista liderado por los Estados Unidos.

El ingreso en la guerra de Corea en 1950 implicó para la RPC grandes sacrificios económicos y humanos. En años posteriores, durante la ruptura política con la URSS, las autoridades de la RPC se lamentarán respecto a que de los 1.3 mil millones de dólares que recibieron como préstamos por parte de la URSS, la mitad fue destinado al esfuerzo de guerra, principalmente a la compra de armamento a la misma URSS. El costo total de la guerra implico más de 10 mil millones de dólares (Nakajima, 1987, p. 278). Para la URSS, el saldo fue más favorable porque los eventos de la guerra volcaron a la RPC decididamente hacia el bloque soviético y relegaron a aquellos elementos nacionalistas dentro del PCCh que buscaban una mayor integración con los EE.UU. y occidente (Borisov & Koloskov, 1975, p. 117). Dichos eventos políticos tendrán consecuencias durante los próximos veinte años para las relaciones exteriores de la RPC.

El primer plan quinquenal de China se realizó siguiendo las instrucciones de los asesores soviéticos, un tercio de los proyectos de infraestructura y grandes empresas se realizaron con asistencia o financiamiento soviético. A su vez, el modelo soviético fue el plan maestro sobre el que se edificó la estructura del nuevo Estado, aunque los elementos propios de la tradición china permeaban en este diseño institucional (Naughton, 2007; Tian & Chen, 2022b). No obstante, claramente el estilo del gobierno se basaba en el modelo leninista, gobierno de partido único, planificación centralizada, modernización acelerada desde el Estado, concentración del excedente y su canalización en la industria y la creación de un poderoso ejército moderno. Para 1955, un 60% del comercio exterior de China era con la URSS (Westad, 2012, p. 270). Si bien esto demostraba la fortaleza de las relaciones entre la RPC y la URSS, también demostraba el nivel de aislamiento internacional del nuevo Estado y de dependencia respecto de la URSS.

A pesar de continuar excluida de la ONU y de las principales organizaciones internacionales que conformaron el orden internacional de posguerra, la RPC logró grandes

avances en su reconocimiento internacional, en particular en la conferencia de Bandung del año 1955 que reunió a 29 países de Asia y África, sin la presencia de la URSS ni de los EE.UU. sentando los principios de la coexistencia pacífica y abriendo paso a la política internacional independiente para el Tercer Mundo en la que China ocuparía un rol central (Weigelin-Schwiedrzik, 2023, p. 101). Estos eventos no fueron bien recibidos por la URSS, que a partir de 1956 en adelante enfrentaría diversos alzamientos y rebeliones en Europa del Este, tanto en Hungría como en Polonia (Dillon, 2010, p. 296). A su vez, la muerte de Stalin y la lucha por la sucesión condujeron a que durante el 20.º Congreso del PCUS Jrushchov pronunciara su famoso discurso secreto en que criticaba los abusos de Stalin y su culto a la personalidad (Hu, 2016, p. 30).

Las intervenciones militares en Hungría por parte de las fuerzas armadas del Pacto de Varsovia para evitar una rebelión contra el gobierno pro-soviético y, las críticas a Stalin, produjeron una ruptura ideológica entre el PCCh y Moscú. Inicialmente, Mao promovió su lectura sobre la forma correcta de tratar las contradicciones en el seno del pueblo, la posición frente al "discurso secreto" se hizo pública en una edición de la revista *renmin ribao* (1956). En ella se expuso la causa de los problemas de base detrás de los descontentos dentro del bloque soviético, apuntando a la falta de preparación de la clase obrera para dar la lucha de clases dentro del socialismo (Hu, 2016, p. 30). La estrategia perseguida por el PCCh fue la de intentar canalizar parte del descontento social interno, mediante el llamado Movimiento de las Cien Flores, incentivando la crítica abierta y la participación política. El objetivo principal de esta campaña fue la de crear un mecanismo para canalizar las demandas sociales, principalmente de los cuadros intelectuales de manera ordenada, y evitar que se conviertan en un movimiento de oposición al liderazgo del PCCh (Westad, 2012, p. 280).

Los líderes de la nueva China eran tan comunistas como nacionalistas y temían una excesiva dependencia de sus aliados soviéticos (Cohen, 2019, p. 157). La intervención militar en Hungría y el control férreo de las disidencias en los países de Europa del Este no hicieron más que aumentar el temor a la dependencia soviética. Sumado a ello, la colectivización acelerada de la producción agrícola acrecentó las tensiones al interior del Comité Central del PCCh y abrió el camino para la planificación y ejecución del Gran Salto Adelante (1958-1961), un proyecto que rompió con la lógica de planificación quinquenal de estilo soviético y que buscó crear un camino original hacia el socialismo (J. K. Fairbank & Goldman, 2006, p. 381;

Westad, 2012, p. 277; Wong, 1997, p. 60). A pesar de ello, las declaraciones de buenas intenciones entre la URSS y la RPC continuaron. No obstante, en 1959, frente a un conflicto militar fronterizo entre la RPC y la India, la URSS se posicionaría a favor de la segunda en contra de la primera (Hu, 2016, p. 31).

Como resultado de este ejercicio de autonomía frente a la influencia soviética por parte de China, para 1960 las tensiones ideológicas y diplomáticas entre ambos Estados llevaron a la ruptura de los acuerdos y la asistencia soviética (D. Li & Xia, 2018). Esto se vio reflejado en la suspensión del apoyo técnico que la URSS brindaba a China mediante ingenieros y profesionales para la construcción de grandes proyectos de infraestructura e industriales. La retirada de los soviéticos se produciría en el pico del Gran Salto Adelante y en el comienzo de lo que sería la gran hambruna y crisis económica que se sobrevendrá a los errores cometidos, sobre todo en el campo de la locación de recursos humanos, desviando demasiados trabajadores desde tareas agrícolas hacia las industriales (Dillon, 2010, p. 322; Hu, 2016, p. 33; Hung, 2015, p. 135). A pesar de estas tensiones, las reuniones bilaterales continuaron y durante el año 1961, Moscú brindó alimentos a la RPC en momentos de gran necesidad.

Producto de la ruptura de los acuerdos, China perdió su acceso tanto a los capitales como a la tecnología soviética. Sin embargo, aquellas tecnologías y patentes que se transfirieron entre 1950 y 1960 influenciaron el desarrollo tecnológico de China en los años siguientes, lo que se manifestaría con el estallido de la primera bomba atómica china en 1964. Como vemos, los eventos políticos que marcaron la ruptura y disputa con la URSS tuvieron un impacto directo en la política interna. Entre 1962 y 1965, se promovió el movimiento de educación socialista, el cual era una más de las tradicionales campañas de rectificación de trabajo del partido, no obstante, en ella se hizo particular hincapié en denunciar a los elementos capitalistas dentro del Estado y del PCCh. Mao sostenía que era posible que en China emergiera un “Jrushchov” en referencia al líder de la URSS, que buscara la restauración del capitalismo a través del control del aparato del Estado. Durante la Revolución Cultural Proletaria (1966-1976) la tensión con la URSS escaló al máximo, produciéndose enfrentamientos militares fronterizos. En este contexto, la situación de aislamiento internacional de China había llegado al extremo. De ello se desprendió la política de acercamiento con los EE.UU. que condujo al reconocimiento de la RPC como la única China, su ingreso a Naciones Unidas y al Consejo de Seguridad.

Este nuevo escenario otorgó mayor margen de maniobra a la RPC para su geopolítica regional en su disputa con la URSS. La RPC temía que los soviéticos utilizaran a Vietnam como títeres para una ofensiva militar, evento en el que se vería asediada tanto por el sur, desde Indochina, como por el norte, desde Mongolia y la URSS. Vietnam y la URSS habían firmado un pacto de protección mutua frente a agresiones externas. No obstante, en 1979, la RPC decide invadir Vietnam, en respuesta a las acciones vietnamitas en su intervención en Camboya en 1978, que finalizó con la remoción de Pol Pot (un aliado del PCCh) del poder. La guerra de agresión de la RPC en Vietnam demostró lo poco que valían los acuerdos firmados con la URSS, quien no cumplió su palabra con los vietnamitas, sino que los abandonó frente a la agresión china.

Por lo tanto, cuando en 1980 caducó el tratado de amistad sino-soviético, firmado por Mao y Stalin en 1950, la RPC no tuvo ninguna intención de renegociar. Por el contrario, se profundizó su apertura y su alianza con Occidente en el plano externo, y la reforma económica promercado en el plano interno.

El resultado es que China se consolidó como una fuerza autónoma y soberana en la región del Este Asiático, en un pie de igualdad (al menos formal) con el resto de los miembros del sistema interestatal. El Estado afirmó su soberanía externa mediante la diplomacia y la guerra cuando fue necesario. A pesar del contexto complejo de la Guerra Fría, logró maniobrar con entre ambos superpoderes sin retornar a las relaciones de dependencia y sumisión a la que la habían sometido las potencias extranjeras durante el siglo de humillación. Esta política externa tuvo profundos impactos en el proceso de construcción estatal y en la transformación estructural de la economía que sobrevino con el éxito de la estrategia de desarrollo semiperiférico. La fortaleza en el plano externo fue lo que posibilitó un mayor margen de experimentación en la política interna, incorporando elementos propios de la tradición política milenaria del país, tanto durante el período de la planificación centralizada como luego durante la reforma y apertura. Esta dinámica es lo que otorgó características sui generis al modelo de desarrollo chino en ambos períodos. A continuación, nos adentramos en la reafirmación de la autonomía interna del Estado.

Capítulo N.° 9: Autofortalecimiento estatal y desarrollo semiperiferico

a) Estructura política

Dentro del sistema mundo capitalista, el Estado funciona como un mecanismo para que grupos particulares distorsionen el funcionamiento del mercado, mientras más fuerte el aparato estatal mayor es su capacidad de distorsionar el mercado en favor de los grupos que representa (I. Wallerstein, 1979, p. 61). Generalmente, los Estados ubicados en el centro de la EM-C tienden a ser más exitosos en promover los intereses de los grupos que representan, es decir son más fuertes que aquellos ubicados en la periferia. Como resultado de su proceso de incorporación subordinada en la EM-C China se encontraba en la periferia y sus instituciones estatales eran débiles. No obstante, el PCCh y la nueva elite en el poder se encargó de revertir esta situación, creando la "paradoja" de un Estado fuerte (es decir, con doble autonomía, externa e interna) en el espacio de la periferia. Esto es lo que le permitirá adoptar una estrategia de desarrollo semiperiférica.

Para lograrlo, la nueva organización del Estado partirá de tres grandes afluentes a saber: la trayectoria de dependencia propia de la construcción estatal milenaria china, con su antecedente más inmediato siendo la República China, la experiencia administrativa y política del PCCh acumulada durante la guerra civil y la influencia del modelo de economía planificada basándose en la experiencia soviética.

Como hemos dado cuenta hasta aquí, la idea de la participación estatal en el desarrollo económico no era nueva en China. El Programa Común, diseñado por el gobierno para construir un nuevo régimen político, aparecía como una continuación, aunque bajo mejores condiciones, del monopolio sobre las finanzas, la industria y la minería que había ejercido el gobierno del GMD a través de la CNR (Dillon, 2010, p. 264).

Las ideas para la conformación de la estructura de gobierno tampoco eran ajenas al pasado reciente de China. La idea expuesta por Mao (1949) en su ensayo sobre la Dictadura Popular democrática, retoma la experiencia política del Frente Único anti japonés como la base constitutiva del nuevo gobierno. Esto implicaba que la RPC sería gobernada por una coalición de clases compuesta por el campesinado, la pequeña burguesía urbana y la gran burguesía nacional bajo la dirección de la clase obrera. Dado que la representación política de la clase

obrera se encontraba (teóricamente) en su partido de vanguardia, es decir, en el PCCh, lo que se decía implícitamente era que la tarea de conducción del nuevo gobierno recaería en el partido. Dejando de lado el marco teórico del marxismo, estas ideas no se alejan demasiado de los tres principios de Sun Yat-sen y su noción respecto al tutelaje político del GMD sobre el conjunto del pueblo chino que condujo a una dictadura de partido único durante la República de Nanjing (1927-1949). O si nos vamos más atrás en el tiempo, al papel de dirección que desempeñaba la elite letrada confuciana mediante el monopolio de la representación política en el período dinástico imperial.

El proceso de autofortalecimiento del nuevo Estado se vio atravesado por cinco procesos el establecimiento del control social y la seguridad interna, la extensión del poder central hasta los niveles más bajos de la sociedad, el desarrollo de la capacidad administrativa necesaria para implementar sus políticas fundamentales, la habilidad para motorizar el apoyo de elementos de la sociedad a su favor, y el reconocimiento externo por parte de otros Estados (Strauss, 2019, p. 06).

A pesar de estas continuidades, las rupturas fueron muy importantes. El establecimiento de la RPC marcó un quiebre en la forma de gobierno y en la composición de la elite dominante. El Estado logró un mayor control centralizado de la economía comparado con el gobierno del GMD o con el Estado imperial de la dinastía Qing (Maddison, 2007, p. 59). Por primera vez, la administración central alcanzó de manera directa los niveles más bajos de gobierno, los condados y las aldeas, a su vez que penetró en los lugares de trabajo, las granjas y en los hogares campesinos. El PCCh contó con una estructura partidaria, sólida, forjada al calor de la lucha armada, con su propio ejército y burocracia. La experiencia de la Guerra Civil y de construcción de un Estado dentro del Estado le permitió convertirse en un organismo de poder en sí mismo. No obstante, sus credenciales antiimperialistas y revolucionarias que le valieron parte del apoyo popular que volcó la guerra civil a su favor, el PCCh continuaba siendo una fuerza minoritaria en la sociedad china y las ideas comunistas una porción aún menor.

El nuevo Estado surgió del triunfo del PCCh en la guerra civil, pero esto no habría sido posible sin la participación de cientos de miles de campesinos y, en menor medida obreros, que pusieron su trabajo, su tiempo y su vida en la construcción del ELP y de la economía necesaria para sostener el esfuerzo militar en las zonas rojas "liberadas" por el PCCh (Ch'en, 1986; Dillon, 2014, p. 52). Esta experiencia con los campesinos transformó al partido, que adoptaría la línea

de escuchar y servir a las masas con el objetivo de ganar su apoyo y aumentar la legitimidad política del partido entre ellas, de allí surgiría la línea de masas y cierta sensibilidad de los cuadros partidarios respecto de las condiciones de vida de la población (Arrighi & Zhang, 2011; J. K. Fairbank & Goldman, 2006, p. 310). Por lo tanto, el nuevo régimen político nacía en parte con un mandato popular de mejorar las condiciones de vida generales de la población, en particular del campesinado. Pero para ello debería primero consolidar el régimen político mediante la afirmación de sus fronteras territoriales, estabilizar la economía, asegurar el alimento para las ciudades, registrar a la población, establecer redes de seguridad y vigilancia internos e implementar la reforma agraria (M. Li, 2008, p. 50; Strauss, 2019, p. 16).

La creación e implementación de un nuevo pacto social se traducirá en un conjunto de medidas de reforma económica que apuntaron a mejorar los ingresos de los trabajadores y los servicios a los que podían acceder a lo largo y ancho de todo el país. Sin esta política de distribuir parte de los beneficios del esfuerzo de reforma económica, el PCCh no podría haber logrado el nivel de penetración y control sobre la estructura social que demostraría en los años por venir. No obstante, esto, debido al bajo nivel de productividad, el bajo desarrollo de las fuerzas productivas y la necesidad de redirigir el excedente hacia el esfuerzo de industrialización y modernización, el Estado nació con una contradicción difícil de resolver. Por un lado, mejorar las condiciones de vida de la población mediante medidas redistributivas para asegurar su participación activa, por el otro, acumular capital en el sector industrial moderno para desarrollar el país. Esta tensión es la que atravesará las decisiones de política económica de todo el período.

A su vez, la capacidad para ejecutar estas políticas podría verse limitada por la ineficiencia de la burocracia estatal o por la resistencia abierta de diferentes agentes sociales (Strauss, 2019, p. 17). Por lo que el proceso de autofortalecimiento del Estado implicó asegurar su predominio sobre el resto de los actores de la sociedad civil con capacidad de resistencia política. Esto se manifestó especialmente en la necesidad de controlar las ciudades donde el partido tenía poca presencia y cuyos habitantes no participaron en los principales eventos de la guerra civil ni en los ejércitos o las políticas rurales promovidas por el PCCh (Dillon, 2010, p. 269).

La elite política del PCCh desplegó una estrategia doble de construcción estatal, por un lado, una burocrática guānliáo (官僚), aunque en la RPC por razones ideológicas el término

utilizado era jiāqiángjīguān (加强機關) que se traduce como “fortalecer los órganos estatales” y, por otro lado, las campañas de masas yùndòng (运动). Ambas estrategias tienen profundas raíces en el proceso de construcción estatal chino desde la época imperial, pero ahora en el marco de un régimen político que combinó partido único, ejército y Estado. Ambas estrategias se reforzaban mutuamente, las campañas servían para movilizar a los cuadros administrativos y partidarios con el objetivo de sobrepasar las resistencias sociales y establecer o fortalecer nuevas agencias burocráticas (Strauss, 2019, p. 16). Estas campañas ayudaron a consolidar la autoridad del PCCh dentro de la burocracia estatal y en el mundo de los negocios privados.

La constitución de 1954 sentó las bases institucionales del Estado mediante la creación de sus principales organismos. La autoridad suprema reside en la Asamblea Nacional del Pueblo (ANP). Esta asamblea se reúne una vez al año y tiene la capacidad para aprobar legislación, elegir al primer ministro y aprobar la política económica. El Comité Permanente es quien toma decisiones mientras la ANP se encuentra en receso (Dillon, 2010, p. 280). Además, se institucionalizó el funcionamiento del Comité Nacional de la Conferencia Consultiva Política del Pueblo Chino (CCPPC) cuya existencia precede a la creación de la RPC y que es la piedra angular del gobierno de Frente Único de clases comandado por el PCCh. Generalmente constituido por representantes de las organizaciones de masas y presidido por personalidades destacadas, por ejemplo, Madame Sun Yat-sen (Soong Ching-ling) ofició como vicepresidenta de la comisión, entre otros cargos durante el período 1949-1981. La reunión anual de ambos cuerpos se conoce como las Dos Sesiones Conjuntas liǎnghuì (两会) y es el evento político que evalúa y determina las políticas del país. La ANP también es la encargada de elegir al líder supremo de la RPC 主席[14] (pinyin: zhǔxí), quien nomina al premier (canciller) y otros ministros, y tiene a su cargo la representación exterior del país. El Consejo de Estado es el órgano ejecutivo y responde tanto a la APN como a su Comité Permanente.

Así como la formación intelectual de la burocracia imperial en el pensamiento confuciano y su reclutamiento mediante los exámenes imperiales había dotado al Estado imperial de una

[14] 主席# (pinyin: zhǔxí) es el vocablo que se utiliza en chino mandarín para designar a los presidentes de China, Vietnam, Cuba, Laos que son todas Repúblicas Populares, mientras que el resto de los presidentes de otras repúblicas son designados como 总统 (pinyin: zǒngtǒng). Durante el período de gobierno de Mao, hasta 1976, el término en inglés era Chairman o Líder Supremo en español. El cargo sería abolido luego de 1975 y reemplazado en 1982 por el cargo de Presidente.

ideología y de instrumentos de política comunes, conformando una elite política letrada; el partido proveyó a la nueva elite política de una homogeneidad ideológica que la unificó y fortaleció para la concreción de sus objetivos.

Una vez establecido el andamiaje institucional formal, se avanzó en el despliegue de las campañas de masas y de la construcción de burocracias. El PCCh fue el instrumento principal sobre el que se organizaron ambas estrategias, sus cuadros políticos eran centrales tanto en la conducción política como en las tareas técnicas, por lo que rápidamente las diferencias al interior de la nueva elite comenzaron a expresarse en la disputa por el control de posiciones clave dentro de la burocracia como del partido.

b) La nueva elite: campañas de masas, burocratización y disputa interna

Con la reforma agraria, la colectivización y el establecimiento de las empresas estatales en las grandes urbes, las bases de poder material de la antigua clase terrateniente, la de los literatos confucianos y la de los empresarios burgueses del período del GMD fueron efectivamente destruidas (Shue, 1994, p. 68). Estas tres clases habían fracasado en generar las condiciones internas para la reafirmación de la posición de China en la jerarquía de riqueza y, mediante su fracaso, habían perdido el "mandato del cielo" necesario para dirigir al conjunto de la sociedad. El triunfo del PCCh, la fundación de la RPC y la reestructuración económica de los primeros ocho años implicó que dichos sectores perdieran sus fuentes de riqueza y prestigio social, el antiguo régimen fue puesto de cabeza, por lo que fueron desplazados de la conducción política y económica de la sociedad china por una nueva elite.

La nueva elite en el poder constituyó el ascenso, por primera vez en el siglo XX, de un sujeto político firmemente comprometido con el desarrollo de China. Es decir, su objetivo principal, luego de la reconstrucción de un aparato estatal fuerte, radicó en la modernización de la economía. Esto implicó que el país debía ser capaz de desarrollar y producir bienes y servicios a la vanguardia en todos los campos, y especialmente el militar. Este es el gran consenso de la elite política China, lo que sentó las bases para la construcción del Estado contrincante semiperiférico. No obstante, en este consenso estratégico general, existían diferencias tácticas.

El grupo de conducción política del PCCh se formó del núcleo de cuadros que sobrevivieron al asedio del Soviet de Jiangxi (1934) y que eventualmente protagonizaron la Larga Marcha hasta llegar a Ya´nan. Efectivamente, en la experiencia del gobierno de Ya´nan se construyó la base del comando colectivo del partido, entre las principales figuras se destacan Mao Tse Tung, Liu Shaoqi, Deng Xiaoping, Zhou Enlai, Chen Yun, Bo Yibo, y aquellos cuadros de dirección militar dentro del ELP como Gao Gang, Zhu De, Peng Dehuai o Lin Biao, por nombrar algunos de quienes fueron referentes.

Podemos identificar grupos o facciones cuyos integrantes fueron variando dependiendo las circunstancias políticas y económicas, pero a grandes rasgos eran tres, una vertiente ideológica (maoísta), otra vertiente técnico-burocrática y una vertiente pro-soviética. La vertiente pro-soviética, como la expresada por Gao Gang (purgado en 1954) o Peng Dehuai (purgado en la Conferencia de Lushan en 1959) sostenía la necesidad de implementar una política de desarrollo industrial centralizada basada en los planes quinquenales de desarrollo a imagen y semejanza de la URSS. La variante técnico-burocrática abogaba por la adopción de las políticas más eficaces en función de la evidencia disponible, una corriente más pragmática que relegaba los elementos políticos-ideológicos a un segundo plano. Finalmente, la facción ideológica, encabezada por Mao, el jefe del ejército Lin Biao y la Banda de los Cuatro, comandada por su esposa Jiang Jing, promovían una versión autóctona y nacionalista del desarrollo de China, un camino independiente basado en la movilización ideológica de las masas. Estas tres corrientes estuvieron en disputa desde 1956 hasta 1976 con la muerte de Mao (Elleman & Paine, 2019, p. 395).

Esta perspectiva analítica de sectores dentro del PCCh rompe con las visiones monolíticas que atribuyen solamente a la figura de Mao la responsabilidad última en todas las decisiones, ya sea en política interna o externa. Si bien, es imposible negar que muchas de las políticas y del rumbo que tomaron los acontecimientos gravita en torno a su figura, atribuirle a una sola persona la capacidad de dirigir a su capricho una sociedad de millones de personas, ni hablar conducir una estructura burocrática como el PCCh, es una caricatura que dificulta el comprender el proceso de construcción institucional de China (Whiting, 1987, p. 486).

Por debajo de los principales grupos de dirección del PCCh se encontraban los cuadros intermedios y los burócratas de carrera, muchos de los cuales estaban encargados de la gestión cotidiana de las Comunas Populares, las empresas estatales, gobiernos locales y destacamentos

del EPL. Este estamento era clave para llevar adelante dichas tareas, pues eran quienes detentaban el conocimiento técnico necesario para hacerlas, particularmente en la esfera de la producción y la gestión administrativa. El núcleo de profesionales e intelectuales al comienzo de la RPC era muy reducido y concentrado en las ciudades, si bien muchos simpatizaron con el PCCh por su ferviente nacionalismo en la guerra de agresión japonesa y luego durante la guerra civil, no necesariamente habían formado parte de sus filas ni comulgaban con las ideas del comunismo. El cómo ganarse y mantener el apoyo de este estrato social se convirtió en uno de los principales problemas a resolver. Dentro de este estamento había elementos de las más diversas corrientes ideológicas, nacionalistas del GMD, liberales, confucianos o conservadores. Su rol social era indispensable para los planes del partido que buscaba la creación de un sistema de planificación económica centralizada que permitiera iniciar la industrialización acelerada del país, por lo que ingenieros, administradores y técnicos de todas las ramas eran un sector clave para la concreción de estos objetivos. Para garantizar el control y la adhesión de este sector se lanzaron dos campañas, la Campaña de las Tres Anti 三反 (pinyin: Sānfǎn) en 1952 (contra el burocratismo, el despilfarro y la corrupción) y la Campaña de los cinco anti 五反 (pinyin: Wǔfǎn) en 1953 (contra el soborno, el fraude, la evasión, el robo de información y el robo de bienes públicos) (Meisner, 1999, p. 66).

No obstante, el estilo burocrático y autoritario del nuevo orden impuesto no contribuía a la participación abierta de este sector, criticar abiertamente a los dirigentes del partido o a las acciones llevadas a cabo por la burocracia podía significar ser etiquetado como contrarrevolucionario. Tampoco existían mecanismos democráticos para saldar las diferencias entre los distintos grupos dentro de la elite, por lo que en general esto se tradujo en luchas facciosas, mecanismos de resolución burocráticos que terminaban en purgas, expulsiones y persecuciones.

El clima de censura dificultó la participación honesta de los profesionales e intelectuales en las tareas políticas y con el tiempo se convirtieron en el foco de un movimiento de oposición al nuevo gobierno (Hu, 2016, p. 82), por lo que la represión ideológica e intelectual se estaba convirtiendo en un riesgo para el programa de desarrollo económico (Meisner, 1999, p. 120).

El PCCh había evolucionado desde una organización revolucionaria dispuesta a hacer grandes sacrificios para la toma del poder hacia una estructura política burocrática que incluía a muchos arribistas del poder más preocupados con la carrera y la riqueza personal. El partido

se fue convirtiendo desde una organización revolucionaria, hacia una organización de gobierno, por lo que su estructura burocrática fue reorganizada en 26 estamentos con diferentes grados de responsabilidad y de paga. En 1957 se eliminaron trabas para la afiliación de intelectuales al partido, lo que llevó a un aumento del 50% en el núcleo de intelectuales partidarios, por lo que para 1960 había más intelectuales que obreros afiliados al PCCh (Meisner, 1999, p. 121; Schurmann, 1973).

Esta política fue un blanqueo de la situación real en la que se encontraba el modelo político económico de China en ese momento, el de la consolidación de una elite burocrática con privilegios por sobre la mayoría de la sociedad. Convertirse en miembro del PCCh se transformó en el principal mecanismo de ascenso social y esto atrajo a una gran cantidad de carreristas que no formaban parte del núcleo ideológico de Ye´nan (M. Li, 2008, p. 55; Meisner, 1999). El modelo de economía centralizada soviética no hizo más que reforzar esta tendencia intrínseca hacia la burocratización dentro de la sociedad y las instituciones chinas (M. Li, 2008, p. 75).

Las contradicciones al interior de la elite dirigente se prolongaron y agudizaron, sobre todo luego del fracaso económico del Gran Salto Adelante (1958-1961). A partir de 1956 en adelante, Mao rompió con el liderazgo colectivo que había caracterizado al Comité Central del PCCh (Hu, 2016, p. 55). Se fueron consolidando así dos facciones, cuya diferencia principal radicó en cómo construir el socialismo una vez fortalecido el poder del Estado. Mientras el sector encabezado por Mao priorizó la lucha de masas ideológicas a través de grandes campañas de masas, el sector pragmático encabezado por Liu Shaoqi y Deng Xiaoping priorizó la construcción económica a través de una burocracia eficiente (Hu, 2016, p. 47).

Estas dos vertientes de la elite dominante entraron en conflicto también en relación con el método más efectivo para hacer avanzar la acumulación de capital y la extracción de plusvalor de los campesinos y trabajadores. Por un lado, el sector maoísta promovía la idea de "conciencia socialista", es decir, la promoción de ideas y prácticas favorables para los trabajadores en función de que estos trabajen más o estén dispuestos a hacer mayores sacrificios. Por otro lado, el sector pragmático promovió la idea de incentivos materiales directos para promover un mayor compromiso por parte de los trabajadores. Este elemento de la voluntad de los trabajadores será particularmente complicado para aquellos en el estrato de administradores

o profesionales que eran claves para el buen funcionamiento de la industria y que esperaban una mayor compensación por su trabajo basado en el conocimiento (M. Li, 2008).

La situación de privilegio que gozaban los administradores intermedios reforzó la convicción de los maoístas respecto a los aspectos nocivos del modelo de desarrollo industrial soviético, que en la práctica requería de un núcleo administrativo especializado que constituía un estamento privilegiado dentro de la sociedad. Para los maoístas, el modelo de desarrollo debía promover espontáneamente principios y valores acordes con el socialismo, algo que el modelo soviético no garantizaba. Esta idea será central en la promoción y diseño de las Comunas Populares y el Gran Salto Adelante (Hu, 2016, p. 81).

Mientras la tensión en la cúpula dirigente se acrecentaba y la burocracia y los intelectuales consolidaban su poder dentro del partido, a nivel de la sociedad, la contradicción principal que empezaba a formarse era entre esa elite burocrática privilegiada y el resto de la población, la mayoría campesinos en zonas rurales. Los privilegios no se limitaban tan solo a la elite del partido, sino también hacia los habitantes de las grandes ciudades, sobre todo aquellos que tenían el privilegio de trabajar en una gran empresa estatal. El resto de la población comenzó a percibir a la elite dominante como parte de los explotadores y no los "liberadores" que fundaron el nuevo Estado. Esto emergió prontamente en las críticas que se realizaron durante la Campaña de las Cien flores (1956-1957) (Hu, 2016, p. 143; Meisner, 1999, p. 64). Efectivamente, esta contradicción entre elite burocrática y el conjunto del pueblo o las masas es la contradicción permanente de la civilización china, ya sea durante el período dinástico imperial, durante el gobierno del GMD o con el gobierno del PCCh (Balazs, 1970).

Para 1959, el sector maoísta fue desplazado de los principales lugares de decisión dentro del partido y del Estado. Liu Shaoqi había sido electo como Presidente de China, aunque Mao retuvo la posición estratégica de Presidente del Comité Central del PCCh 中国共产党中央委员会主席 (en pinyin: Zhōngguó Gòngchǎndǎng Zhōngyāng Wěiyuánhuì Zhǔxí). No confundir con la figura de Secretario General 中国共产党中央委员会 (en pinyin: Zhōngguó Gòngchǎndǎng Zhōngyāng Wěiyuánhuì Zǒngshūjì) que es el cargo que ocupará Deng Xiaoping entre 1956 y 1967 (Meisner, 1999, p. 190).

Entre 1961 y 1966, Mao convocó solamente a una sesión del Comité Central y se retiró de Beijing hacia el sur del país, a Shanghái y Hangzhou. Durante esos años se dedicó a promover el Movimiento de Educación Socialista (1964) como una gran campaña de

rectificación del estilo de trabajo del partido, pero sus políticas fueron menospreciadas por quienes detentaban el poder real en la RPC (Hu, 2016, p. 49; M. Li, 2008, p. 51). La Revolución Cultural Proletaria (1966-1978) fue la estrategia elegida por Mao para la disputa interna por la conducción del Estado.

Esta disputa interna se encontraría atravesada por eventos que sacudieron al campo socialista. Durante el Gran Salto Adelante (1958-1961) se produjo la ruptura de relaciones con la URSS, frente a lo que Mao comenzó a denunciar a la URSS como un Estado social-imperialista a la par del imperialismo de los EE.UU., en el que la burocracia del partido había restaurado una forma de capitalismo burocrático, advirtiendo sobre la posibilidad de que sucediera lo mismo con la revolución china (Hu, 2016, p. 27; Meisner, 1999, p. 179; Whiting, 1987, p. 488). Existían así dos caminos, uno socialista representado por las ideas del Mao y, uno capitalista representado por Liu Shaoqi (Presidente de la RPC),
Deng Xiaoping (Sec. Gral. del PCCh) y Chen Yun (Jefe de la Comisión Estatal de Planificación), todos aquellos que en la práctica se habían opuesto a las ideas económicas de Mao y que en ese momento ocupaban los principales puestos de decisión dentro del Partido.

La ofensiva del sector maoísta se produjo en 1966, Mao continuaba estando en minoría al interior del Comité Central y las posiciones clave dentro del Estado estaban en manos de los "roedores capitalistas". Por ello es que se decantó por la creación de enorme movimiento de masas para movilizar el apoyo a su línea interna rompiendo efectivamente con el liderazgo colectivo al interior del partido y declarando la guerra abierta a los burócratas del PCCh que ocupaban las principales posiciones de poder tanto en el Estado como en el partido.

La base de este movimiento social fueron los jóvenes estudiantes, secundarios y universitarios, a los que Mao incentivó para que formaran sus propias organizaciones políticas de masas, así surgieron los famosos Guardias Rojos (Hu, 2016, p. 242). Mediante reuniones masivas en la plaza de Tiananmén, los jóvenes fueron incentivados a remover los cuatro viejos: ideas viejas, cultura vieja, costumbres y hábitos. Inicialmente, esto se tradujo en el desafío de los jóvenes a sus maestros y en particular, a todos aquellos formados en ideas occidentales. Miles de maestros fueron forzados a "sesiones de lucha" y fueron enviados al campo para reeducarse entre las masas obreras y campesinas (J. K. Fairbank & Goldman, 2006, p. 393). Esto afectará gravemente al sistema educativo y a la formación de profesionales necesarios para el desarrollo de China (Meisner, 1999, p. 222).

La segunda fase fue la toma directa de los Comités de Partido local, para expulsar a la vieja burocracia partidaria. Aquí es donde entra en juego la utilización de la contradicción creciente entre los funcionarios del partido y sus familias (la nueva elite) y la gran mayoría de las masas que no podían acceder a sus privilegios. El ataque a la estructura del partido fue posible porque la gran mayoría de los líderes de las Guardias Rojas eran jóvenes de las ciudades cuyos antepasados habían sido catalogados como pequeños burgueses o contrarrevolucionarios, por lo que la efervescencia revolucionaria y la radicalidad de sus prácticas eran una forma de demostrar que ellos (como descendientes) no habían heredado "los males de clase" de sus antepasados (Dillon, 2010, p. 333; Meisner, 1999, p. 137).

Como resultado de toda esta primera etapa, Liu Shaoqi y Peng Dehuai fueron encarcelados, el primero morirá en 1969 como resultados de maltratos recibidos en prisión, mientras el segundo morirá en 1974. Chen Yun y Deng Xiaoping sobrevivieron, pero fueron removidos de sus puestos y enviados a zonas agrarias para llevar adelante la reeducación a través del trabajo. Una vez alcanzado este objetivo, y frente al desorden interno que había generado el movimiento de masas estudiantiles y la lucha intestina dentro del partido, Mao ordenó a Lin Biao y al EPL que se movilizaran para garantizar el orden. Los Guardias Rojos fueron desmovilizados y enviados al campo. Más de 17 millones de jóvenes urbanos fueron forzados a relocalizarse en las zonas agrarias para ayudar al desarrollo local (Hung, 2015, p. 64). Además, esto ayudó a reducir el creciente desempleo en los grandes centros urbanos.

En 1969 se realizó el 9.º Congreso del PCCh y hubo un recambio en el Comité Central y del Politburó. Un 60% de los miembros del politburó eran nuevos, así como un 70% del Comité Central. A nivel provincial, un 80% de los líderes de Comités eran nuevos cuadros, la mayoría miembros de las Guardias Rojas o del Ejército Popular de Liberación (Dillon, 2010, p. 342; Elleman & Paine, 2019, p. 398; J. K. Fairbank & Goldman, 2006, p. 395). A pesar de estos cambios las redes de contactos y líneas internas dentro del partido no fueron eliminadas, Zhou Enlai continuó a cargo de la burocracia del Estado y como premier, representando en parte la vieja guardia del partido. La promoción a miembros del Comité Central de la Banda de los Cuatro y los leales a Maó sí aseguró una mayoría en las decisiones y un mayor control dentro del Estado.

Una vez consolidado el frente interno bajo su control, la estrategia de Mao se centró en asuntos internacionales. En particular, los crecientes conflictos fronterizos con la URSS, lo que

llevó a la denuncia de la URSS como una potencia imperialista. En el contexto de la Guerra Fría, el creciente alejamiento entre Beijing y Moscú, sumado a la derrota de los EE.UU. en Vietnam, generaron las condiciones para el acercamiento entre China y los EE.UU. (Cohen, 2019; Elleman & Paine, 2019). En este contexto de creciente aislamiento internacional, la RPC redireccionó su estrategia para acercarse a Washington. Si bien la Revolución Cultural se había hecho bajo el manto ideológico de la "lucha por el socialismo" y "evitar la restauración capitalista", el realineamiento de política internacional de la década del setenta con los EE.UU. y Japón, sentó las bases para la política de Reforma y Apertura de la década de los ochenta, cuando retornaron al poder "los roedores capitalistas" expulsados durante la década anterior. Otra de las consecuencias inesperadas fue que el ataque a la "vieja guardia" partidaria y el desplazamiento de tantos cuadros intermedios, generaría posteriormente las condiciones propicias para la implementación de reformas arriesgadas post-1978 que encontraron escasa resistencia por la debilidad en la que se encontraba la estructura partidaria (M. Li, 2008; Schweickart, 2006).

El período de la Revolución Cultural entre 1966-1978 puede verse como una anomalía dentro de la dinámica de construcción estatal en la que una minoría de la elite utilizó la movilización compulsiva de las masas en grandes campañas ideológicas con la intención de destruir los resabios institucionales y sociales de lo que Balasz (1970) definió como sociedad burocrática. En este sentido las dos estrategias de construcción estatal, las campañas de masas yùndòng (运动) y el fortalecimiento de oficinas del Estado guānliáo (官僚) tendieron a cancelarse mutuamente, al convertirse en herramientas de la disputa entre los sectores de la elite partidaria. No obstante, el intento de terminar con la burocracia fue derrotado por una mayoría dentro de la elite que privilegiaba la construcción estatal y el desarrollo económico del país mediante la construcción de un Estado fuerte, un PCCh monolítico y una economía de mercado con control estatal. El triunfo de este sector representado por la figura de Deng Xiaoping unificó a la elite bajo el único objetivo de mantener el poder del PCCh a través del crecimiento y la reforma económica. Este elemento de unidad al nivel de las elites y de coherencia en la estructura burocrática serán centrales para explicar la autonomía interna del Estado y el éxito de sus reformas económicas post-1980.

c) Las campañas de masas como estrategia para extender el poder del Estado: Reforma agraria y colectivización agrícola.

Tanto para el Estado imperial dinástico como para el Estado republicano del GMD, el campesinado no era otra cosa más que una fuente permanente de ingresos fiscales para mantener el Estado. Como analizamos, la capacidad fiscal del Estado comenzó a decaer a finales del siglo XIX junto con la fragmentación del poder político. Este proceso de decadencia alcanzó su pico en el período de los señores de la guerra, y comenzó a recuperarse durante el Gobierno de Nanjing. Por lo tanto, durante estos períodos la economía agraria no estuvo en el centro de las preocupaciones políticas, con excepción de la difusión de algunas nuevas técnicas de producción o la introducción de nuevos cultivos, no se colocó a la producción agrícola en el centro del problema del desarrollo, por el contrario, la preocupación y la injerencia del poder político estaba concentrado en el sector industrial. No obstante, el frente fiscal continuó siendo un problema para el Estado republicano y la limitada productividad agrícola colocó un freno al desarrollo industrial de principios de siglo (Ma, 2012; Myers, 1991; Rawski, 1989; Y. Wang, 2022).

A diferencia de ello, el nuevo Estado fundado en 1949 vio en el campo el centro del proceso de reorganización y reestructuración de la economía. Sus políticas fueron mucho más allá de la extracción de excedente, se propuso desarrollar la economía agraria de acuerdo a las necesidades de su programa de cambio estructural. En este sentido, el Estado se convirtió en mucho más que un recolector de impuestos, se propuso planificar y controlar el comercio rural, detentar un poder total sobre la economía familiar campesina, expropiándola de casi todo tipo de decisión económica (P. C. C. Huang, 1990, p. 165). El proceso se asentaría sobre tres ejes: la reforma agraria; la política de los tres fijos en grano (liáng shi sāndìng 粮食三定), es decir, la producción, compra y venta de granos a cargo del Estado; y la colectivización agrícola. La institución encargada de gestionar el modelo de economía planificado fue la Comisión Estatal de Planificación (CEP), una heredera de la experiencia de la CNR del período republicano, pero con muchas más funciones a su cargo en el conjunto de la economía (L. Cheng, 2005; Kirby, 1990). No se encargaba tan solo de la gestión de empresas estatales, sino que se encargaba de asignación administrativa de recursos de acuerdo al plan y en función de las necesidades de

producción. La CEP era el reemplazo burocrático del rol que desempeña el mercado en una economía liberal.

No obstante, para lograr esto, el Estado debió primero expandir su poder vertical hasta que sus agentes administrativos alcancen el nivel de la aldea y también expandir el alcance del poder de estos funcionarios más allá del cobro de impuestos. En este proceso es clave la lógica de construcción del Estado a través de campañas y de procesos de fortalecimiento del Estado.

La primera campaña fue la reforma agraria (ver en detalle en el punto siguiente), en ella se movilizaron cuadros del PCCh y campesinos para transformar la estructura de la propiedad agrícola. A la campaña de movilización política le siguió un momento de fortalecimiento del poder del Estado mediante la organización jerárquica de la producción. Tan solo de esta manera, el Estado logró ampliar su influencia en las zonas agrarias de China. Mientras el antiguo Estado imperial se aseguraba el control de los campesinos y el cobro de impuestos mediante la intermediación de la clase de terratenientes y los letrados confucianos que fungían como funcionarios del gobierno a escala local, el nuevo Estado eliminó para siempre la intermediación entre el gobierno central en Beijing y los ciudadanos mediante la creación de un nuevo aparato estatal con mayor capacidad de administración y control (P. C. C. Huang, 1990, p. 171; Meisner, 1999, p. 186).

La reforma agraria eliminó a la clase de los terratenientes y repartió la tierra entre los campesinos más pobres, mejorando la distribución del ingreso y eliminando la renta terrateniente (ver en detalle en el siguiente apartado). Durante el gobierno del GMD se estima que la tasa efectiva de impuestos podría haber alcanzado el 20 por ciento de la producción recién en 1941 (Rawski, 1989). El nuevo gobierno revolucionario impuso tasas de impuestos mucho mayores que bajo los gobiernos imperiales y republicanos anteriores a la guerra. En algunas regiones, la carga impositiva aumentó del 13 por ciento de la producción antes de la reforma agraria a un astronómico 30 por ciento (P. C. C. Huang, 1990, p. 191). Sin embargo, la tasa nacional ascendió al 10.5 por ciento de la producción de grano. Teniendo en cuenta esto, probablemente lo que tomó el Estado a través de impuestos no superaba la combinación de rentas e impuestos de períodos anteriores, por lo que los campesinos se beneficiaron económicamente de la reforma en términos de sus ingresos reales. Además, debemos agregar que una porción de los impuestos (a diferencia de la renta que se apropiaba el terrateniente)

volvían a las aldeas en forma de gasto público y beneficios sociales. No obstante, el Estado debió lidiar con la larga tradición campesina de resistencia al cobro de impuestos.

En 1953 el Comité Central promovió la resolución sobre la "Compra y Venta Planificada de Granos" con el objetivo de colocar la comercialización rural bajo control del Estado. Esta política promovió la venta obligatoria a los agentes oficiales del Estado a los precios que se fijaban de antemano. Mediante esta estrategia, el Estado pudo ampliar su capacidad de apropiación del excedente rural significativamente. Mientras que a través de los impuestos directos se apropiaba de un 10,5% de la producción bruta de granos, con la compra-venta de granos oficial se apropiaba de un 17,5%, por lo que en total el Estado absorbió en total el 27.6% del total de la producción de granos (Walker, 1984, p. 182).

El sistema de compras se organizaba de manera centralizada por parte de la Comisión Estatal de Planificación, que fijaba las cuotas a nivel nacional sobre la base de las necesidades y de la capacidad de las cosechas. Luego estas cuotas se iban asignando a cada nivel administrativo hasta alcanzar el nivel más bajo de la aldea y los hogares campesinos. La fijación de cuotas de compra obligatoria, cuotas de venta unificada y cuotas de producción dejaron poco margen de discreción individual. En primer lugar, los hogares campesinos debían cumplir con la cuota exigida por el Estado y luego en sus necesidades de consumo, alimentación y semillas para sembrar el año siguiente (P. C. C. Huang, 1990, p. 173). Esta política, además de colocar a la economía de los hogares bajo el control del Estado, generó incentivos para la colectivización de la producción agrícola entre los campesinos, dado que de esa manera era más fácil procurar las cuotas exigidas y además las cooperativas recibían exenciones o beneficios.

Tabla N° 13: Política agraria y construcción estatal

Fecha	**Política**	**Impacto**
1946	El PCCh anuncia su política de reforma agraria	Ganar apoyo de los campesinos en las zonas ocupadas por el GMD
1949	Moderación de la política de reforma agraria en las zonas liberadas	Obtener el apoyo o menor resistencia de los pequeños y medianos propietarios
1950	Ley de Reforma de la tierra	Establece los Grupos de Asistencia Mutua 互助组 (pinyin: hùzhùzǔ)

1951	Ley de cooperativización agrícola	Se crean las las Cooperativas de Producción Agrícolas 农业社 (pinyin: nóngyèshè)
1953	Ley de agricultura colectiva	Impulsa la creación de Cooperativas Superiores 高级社 (gāojíshè)
1958	Creación de las Comunas Populares 人民公社, (pinyin: rénmín gōngshè)	La propiedad de la tierra queda en manos del Estado
1978	Reforma y Apertura	Desmantela la colectivización agrícola mediante la política de responsabilidad de los hogares. Mantiene la tierra en manos del Estado

Fuente: elaboración propia.

Para trascender las restricciones productivas y las resistencias sociales de los campesinos se desplegó una segunda campaña de reorganización de la sociedad mediante el impulso de la cooperativización de la producción agrícola. Cada campesino estaba asignado a un grupo de trabajo y cada grupo de trabajo a una cooperativa. Esta primera oleada se centró en la creación de los hùzhùzǔ (互助组) Grupos de Asistencia Mutua en los cuales los campesinos compartían herramientas de trabajo, pero estas permanecían como propiedad individual de cada familia. El objetivo era promover un espíritu colectivo que saque a los campesinos de su mentalidad tradicional centrada en la gestión de una pequeña propiedad familiar, con el objetivo de aumentar la escala de la producción e incrementar la productividad condición necesaria para cumplir con los objetivos de desarrollo industrial. Este tipo de prácticas cooperativas no eran ajenas a los campesinos que estaban acostumbrados a este tipo de esquemas colaborativos, a su vez que también estaban acostumbrados a brindar su fuerza de trabajo para la realización de obras de infraestructura local como caminos o diques bajo la coordinación de algún tipo de autoridad loca (Dillon, 2010, p. 291). Un segundo nivel de asociación eran las nóngyèshè (农业社) Cooperativas de Producción Agrícolas que se construyeron sobre la base de los Grupos de Asistencia Mutua, incluían aproximadamente cuarenta familias campesinas, la tierra continuaba siendo propiedad individual de cada familia y recibían una renta por su uso cooperativo.

Para 1955, un 14% de las familias campesinas eran miembros de una cooperativa (Dillon, 2010, p. 292), un número muy bajo para las necesidades del plan industrial. En tercer lugar, se

impulsaron las llamadas Cooperativas Superiores 高级社 (gāojíshè) eran las cooperativas que habían socializado las herramientas, el trabajo y la propiedad de la tierra, gestionando de manera centralizada y coordinada la producción. En estas estructuras el ingreso de cada familia dependería de los puntos de trabajo obtenidos. A su vez, el trabajo fue organizado en Brigadas Productivas shēngchǎn dàduì, (生产大队) similares a las cooperativas de producción agrícolas, y cada brigada estaba dividida en Grupos de Trabajo shēngchǎn duì, (生产队) similares a los anteriores Grupos de Asistencia Mutua (M. Li, 2008,
p. 28; Meisner, 1999, p. 220).

En cada nivel de organización existían sus correspondientes células partidarias cuyos activistas promovieron la implementación correcta de las políticas del gobierno central. En esta estructura los campesinos continuaron trabajando en la misma parcela de tierra que antes, solo que ahora esta era propiedad colectiva, y las decisiones sobre producción estaban detalladamente coordinadas por el centro. Esto aseguraba al Estado un control directo sobre el excedente rural que el Estado imperial dinástico jamás hubiera soñado tener.

En una primera etapa la participación de cada campesino en la estructura cooperativa era voluntaria, pero para mediados de la década del cincuenta el movimiento se volvió forzoso. Inicialmente, muchos campesinos resistieron esta práctica porque implicaba en los hechos entregar al Estado la capacidad de decisión sobre la producción agrícola, lo que significaba una expropiación de la autonomía de los campesinos. No obstante, a pesar de las resistencias locales y de las resistencias al interior de la dirección del PCCh y del aparato del Estado, se decidió promover la creación de las llamadas Comunas Populares rénmín gōngshè (人民公社). Estas organizaciones fueron creadas sobre la base de las organizaciones de linaje, asociaciones de templos, aldeas, pueblos y mercados preexistentes y que habían constituido el espacio social rural (Shue, 1994, p. 68).

Las Comunas Populares fueron estructuras de gobierno conformadas por obreros, campesinos y soldados que se encargaron de la producción agrícola e industrial, de la comercialización, de la educación, la provisión de vivienda, el acceso a la salud y asuntos militares (Maddison, 2007, p. 73). Surgieron de la fusión de las Cooperativas Avanzadas con las estructuras de gobierno locales para conformar una gran estructura burocrática centralizada que absorbió a los gobiernos locales (Dillon, 2010, p. 306). La gran mayoría de las comunas

eran pequeñas o medianas, y coincidían en general con la antigua división distrital de China, aunque algunas eran grandes como un condado entero.

La creación de las Comunas a lo largo y ancho del país tuvo múltiples repercusiones para la vida de los campesinos y para el desarrollo de China. Más de 750.000 granjas colectivas fueron reorganizadas en 24.000 comunas, un proceso que involucró a ⅙ de la humanidad (Elleman & Paine, 2019, p. 380). En primer lugar, al hacerse cargo de la comercialización de los granos, se eliminaron las redes comercialización locales que existían desde hace siglos y terminó con la actividad privada de los comerciantes (Wong, 1997, p. 67). Esto trajo aparejado dos aspectos, por un lado, concentró el excedente agrícola en manos del Estado, por el otro, aisló aún más a los campesinos de influencias externas.

Como las Comunas debían ser autosuficientes, garantizando alimento, vivienda y servicios básicos a sus habitantes, y dado que cumplían funciones militares, su rol era similar a la función de los 保甲 (pinyin: bǎojiǎ) durante la dinastía Ming y Qing (Elleman & Paine, 2019, p. 381; Wong, 1997, p. 239). En segundo lugar, las Comunas sirvieron como plataforma para la implementación del sistema de registro de hogares 户口 (pinyin: hùkǒu), dicho sistema fue clave para el mantenimiento del nuevo régimen.

d) Capacidad Fiscal del Estado: el sistema 户口 (pinyin: hùkǒu), un legado milenario bajo un nuevo contexto

Este sistema se encuentra entre las instituciones más viejas de la tradición estatal china y sus orígenes se remontan al período de los Reinos Combatientes (476 a. C.-221 a. C.) y a la dinastía Qin (221 BC–206 BC) (Zhao, 2015, p. 82). Por lo que el sistema tiene una historia de más de veintitrés siglos y todas las dinastías, la ROC y la RPC, han implementado el hùkǒu o alguna variación del mismo (F.-L. Wang, 2005, p. 33). El sistema busca registrar los hogares y fijar a las personas a una residencia permanente para organizar el cobro de los impuestos, así como el trabajo colectivo y el reclutamiento para las milicias (Zhao, 2015, p. 196).

La implementación efectiva de este tipo de sistema comenzó con la creación de los 保甲 (pinyin: bǎojiǎ) durante la dinastía Qin. Durante el período imperial, el sistema estuvo ligado al control de la población y al cobro efectivo de impuestos, pero también desde la dinastía Tang (618 to 907) a la distribución de tierras para los campesinos mediante el sistema de reparto

equitativo de la tierra o jūntián (均田) (F.-L. Wang, 2005, p. 35). Estos fueron utilizados también durante la dinastía Song, durante la reforma de Wang Anshi (1069–1076) como un mecanismo para organizar centralizadamente el aparato de conscripción militar basado en el registro catastral, también funcionó como una forma de imponer la responsabilidad compartida entre los hogares, lo que ayudaba a mantener el orden social y a reducir el tamaño del Estado, dado que era la misma población la que se autovigilaba (F.-L. Wang, 2005, p. 41; Y. Wang, 2022, p. 66) lo que constituyó un mecanismo efectivo de autofortalecimiento.

Durante el período imperial, por debajo del nivel administrativo del distrito o xiàn (县) que era el nivel más bajo a cargo de la burocracia central, existía una estructura tripartita basada en las aldeas 乡 (xiāng), el pabellón 亭 (tíng) y el vecindario 里 (lǐ). Durante la dinastía Ming 1368–1644) se reforzó este orden mediante la implementación del sistema lǐjiǎ (里甲) (Brook, 2005). Cada uno de estos niveles estaba a cargo de la elite letrada local que desempeñaban funciones litúrgicas al servicio del Estado. Será en la dinastía Qing que el hukou se escindirá del cobro de impuestos, puesto que la reforma impositiva de los Qing se basó en el cobro a un impuesto sobre la tierra y no sobre las personas (Y. Wang, 2022, p. 242), aunque retendrá su función como mecanismo de control social y recolección de datos.

Finalmente, en la ROC, el sistema de lǐjiǎ/bǎojiǎ será central en la persecución ideológica que ejerció el GMD sobre los comunistas y otros disidentes. Es curioso que durante la guerra civil con los comunistas, las "zonas liberadas" bajo control del PCCh utilizaron el sistema de lǐjiǎ/bǎojiǎ para organizar a la población y al Ejército Popular de Liberación (Dillon, 2014, p. 54). Durante la RPC, éstos se reconvirtieron en danwei (单位) en las ciudades o shēngchǎn duì (生产队) en el campo. Estas unidades organizaban el trabajo, pero también proveían acceso a otros servicios esenciales como vivienda, salud, educación (Elleman & Paine, 2019, p. 362).

El 乡 xiang se mantuvo como la unidad básica para la recaudación de impuestos como para la implementación de la reforma agraria hasta la colectivización, cuando fue reemplazado primero por las Cooperativas Superiores gāojíshè (高级社) y, para 1958, por las Comunas populares (人民公社, rénmín gōngshè) y las aldeas administrativas por las Brigadas Productivas 生产大队, (pinyin: shēngchǎn dàduì) (P. C. C. Huang, 1990, p. 176). Con este proceso de construcción burocrática se garantizó la recolección de impuestos, la organización de la producción, la comercialización de los granos y la prestación de servicios sociales básicos.

En la RPC el hùkǒu fue central en este proceso, no solo porque mediante su implementación el Estado pudo extraer y centralizar una enorme porción del excedente agrario de una mayoría de la población China, sino por el papel que ocupa en los procesos de segregación y control social, (Hung, 2015, p. 45; F.-L. Wang, 2005, p. 40). El sistema incluye el registro de personas sospechosas o posiblemente peligrosas para el régimen (una práctica que tenía sus antecedentes en la dinastía Qing y en la ROC), lo que permite al Estado ejercer un mayor poder de policía sobre aquellos elementos posiblemente "contrarrevolucionarios".

La decisión de reinstalar esta política se debió a su probada eficiencia para registrar, catalogar, controlar y, de ser necesario, excluir a grandes números de individuos dentro de una estructura jerárquicamente organizada que se adaptaba a la idea de planificación centralizada de la economía que propuso el PCCh.

En la tabla N.°14 puede observarse la estructura administrativa del Estado imperial y del Estado de la RCP en sus distintos niveles organizativos. En esta observamos que, las Comunas Populares cumplían un rol central, dado que operaban por debajo del nivel del distrito 县 (pinyin: xiàn) y organizaban a la población en tres niveles administrativos, el nivel más general de coordinación y administración era la Comuna, seguido de la Brigada Productiva y del Grupo de Trabajo. La diferencia cualitativa en este tipo de organización, a diferencia de sus antecesores de la época imperial, es que las autoridades de todos los niveles respondían de manera directa a su estructura superior, esto permitió al Estado implementar de manera efectiva la planificación centralizada con grados de intervención mayores que los aparatos administrativos que lo antecedieron. Mediante esta política, la administración central penetró en la estructura social agraria, como ningún Estado anterior pudo hacerlo, para controlar a los campesinos que se encontraban en la base (Elleman & Paine, 2019, p. 360; Meisner, 1999, p. 186).

El PCCh y el Estado se hicieron con el control del lugar de trabajo y a través de la colectivización sobre propiedad privada. Sin embargo, no existía personal del Estado rentado debajo del nivel de la Comuna Popular. Los jefes de Brigadas Productivas o los jefes de Grupo de Trabajo podían o no ser cuadros del PCCh, pero no eran funcionarios del Estado. Tan solo el pago de los sueldos del personal administrativo de las Comunas consumía una porción del ingreso significativa que creció con los años (ver Tabla N.° 15).

Tabla N° 14: Comparación estructura de gobierno imperial con gobierno de la RPC

Estructura de Gobierno Imperial		**Estructura de Gobierno en la RPC**			
Nivel de Gobierno	Autoridad	Nivel de Gobierno	Estructura del PCCh	Autoridad	
中央 Gobierno Central (zhōngyāng)	Ministros y corte imperial.	中央 Gobierno Central (zhōngyāng)	Comité Central (中央委员会) / Secretario General del Partido Comunista (总书记) Presidente del Consejo de Estado (国务院总理)	Asamblea Nacional del Pueblo y Comité Permanente / Comité Nacional de la Conferencia Consultiva Política del Pueblo Chino (CCPPC) / Consejo de Estado / Líder Supremo 主席 (pinyin: zhǔxí)	
州 Gobierno Provincial (zhōu)	Gobernadores provinciales.	Gobiernos provinciales (省政府, shěng zhèngfǔ)	Comité del PCCh provincial	Gobernador / Secretario del Comité Provincial	
郡 Prefectura (jùn)	Gobernadores de prefectura.	Gobiernos de prefectura (地区, dìqū)	Gobernador de la Prefectura (地区行政公署主任, dìqū xíngzhèng gōngshǔ zhǔrèn)	Secretario del Partido en la Prefectura (地区党委书记, dìqū dǎngwěi shūjì)	
县 Condado (xiàn)	Magistrados de condado.	Gobiernos de condado (县政府, xiàn zhèngfǔ)	Comité Local	Jefe de gobierno local/ Secretario del Comité Local	
乡 Comarca/Aldea (xiāng)	Elite letrada sin cargo oficial	Comunas populares (人民公社, rénmín gōngshè) (Hasta 1978)	Comité de la Comuna Popular (公社委员会, gōngshè wěiyuánhuì)	Secretario del Partido en la Comuna (公社党委书记, gōngshè dǎngwěi shūjì)	Municipio (post 1978)
亭 (tíng) el pabellón	Autogobierno	Brigadas Productivas 生产大队, (en lo rural)	Jefe de Brigada	Secretario local del Partido / (党支部, dǎngzhī bù)	Aldea (post 1978)

里 (lǐ) vecindario	Autogobierno	Grupos de Trabajo 生产队, (en lo rural) Grupo de Trabajo 单位 (Danwei) (en la ciudad)	Jefe de Grupo	Podía ser un cuadro partidario	Eliminados (pos 1978)

Fuente: Elaboración propia

En 1982 existían alrededor de 54.000 comunas en todo el país, presuponiendo diez empleados rentados por Comuna, esto eleva la cantidad de empleados a 550.000, unas dieciséis veces más que todos los empleados del gobierno central (P. C. C. Huang, 1990, p. 176). La siguiente tabla muestra el porcentaje de los ingresos y los gastos del aparato del Estado a nivel central y local. Si observamos a partir del período 1959-1962 (cuando se crean las Comunas) el gasto de los gobiernos locales se duplica y se mantiene en ese nivel. Esto se debe a los diversos servicios sociales que cumplían las comunas y a la descentralización de funciones que recayó sobre sus estructuras.

Tabla N° 15: Distribución porcentual de los ingresos y gastos a nivel central y local.

Años	**Ingresos totales [%]**		**Gastos Totales**	
	Central	Local	Central	Local
1953-1957	45,4	54,6	74,1	25,9
1958-1962	22,7	77,3	48,1	51,9
1963-1965	27,6	72,4	59,7	40,3
1966-1970	31,2	68,8	61,1	38,9
1971-1975	14,7	85,3	54,2	45,8
1976-1980	15,6	84,4	49,4	50,6
1981-1985	30,6	69,4	48,8	51,2
1986-1990	39,5	60,5	39,6	60,4

Fuente: China Statistical Yearbook, 1993, p. 197

Diversas funciones económicas se fueron adhiriendo al sistema hùkŏu. Por ejemplo, con el establecimiento del monopolio estatal en la compra de granos, y el establecimiento de cuotas alimentarias para toda la población urbana a precios fijos, el sistema adquirió una función principal en la administración y distribución de recursos (F.-L. Wang, 2005, p. 45). De esta manera, el sistema permitió la ubicación diferenciada de recursos por regiones, priorizando algunas o desfavoreciendo a otras. En general, las zonas rurales se vieron perjudicadas y excluidas frente a las ciudades. El hùkŏu se volvió aún más importante en controlar la migración de la población rural a las ciudades, para evitar el crecimiento de problemas sociales ligados a la urbanización acelerada, pero también para evitar un desbalance entre la fuerza de trabajo asignada a la producción agrícola (que seguía siendo el centro de la economía china) y los sectores industriales y de servicios. La exclusión impuesta mediante este mecanismo quedó en evidencia en la gran hambruna durante el Gran Salto Adelante.

Con la sanción de la ley para la Regulación de los Registros de Hogares de la RPC en 1958 se estableció el sistema como un mecanismo institucional de exclusión, control y estratificación social que permitió la relocalización de recursos, la formación de capital, la colectivización de la economía agraria y la división tajante entre el mundo urbano y rural (F.-L. Wang, 2005, p. 45).

Como señalamos, el aparato estatal no se extendió formalmente hasta el nivel de la Brigada y el Grupo de Trabajo, continuando con la tradición milenaria de ser niveles de gobierno que se autogobiernan. Pero la RPC contaba con un elemento distintivo frente a sus antecesores republicanos e imperiales, el Partido Comunista de China. Este funcionó como un mecanismo informal de control estatal, dado que su estructura existe en paralelo a la estructura jerárquica formal del Estado. La estructura del PCCh sí se extiende hasta los niveles inferiores a la Comuna Popular, niveles en los que el Comité local del partido prolonga informalmente el alcance del poder del Estado. Esto permitió un mayor nivel de control social a un menor costo para las arcas públicas (P. C. C. Huang, 1990, p. 180). Generalmente, la designación como Jefe de Brigada coincidía con la afiliación al partido, el reclutamiento se realizaba en las comunidades campesinas y solían ser personas respetadas. El rol de estos cuadros era complejo, pues estaban sometidos a las presiones de la comunidad y a las órdenes desde arriba por el Estado y el partido.

Con la total penetración del aparato del Estado y del partido en su alcance vertical hasta la brigada de producción, también se produjo una extensión del poder estatal más allá del cobro de impuestos. De esta manera, se logró la implementación efectiva de los registros de hogares. Esto permitió la relocalización forzosa de millones de trabajadores estatales desde las ciudades hacia sus aldeas de origen, ubicadas en las Comunas Populares, en las zonas rurales. Para 1963, aproximadamente 25 millones de trabajadores estatales habían sido relocalizados desde la ciudad al campo, con el objetivo de fortalecer la producción agrícola y aliviar el abastecimiento de alimentos para las ciudades. Esta medida redujo la fuerza de trabajo industrial de un 14,4% de la población a un 6%, convirtiendo a la población urbana en una minoría verdaderamente privilegiada, una economía urbana fuertemente subsidiada por el Estado. Durante la década de 1960, y debido a la necesidad de contar con una mayor oferta de trabajo para las fábricas estatales en las grandes urbes, se estableció un permiso de trabajo temporal para los obreros rurales que podían acceder a trabajar en las ciudades (Meisner, 1999, p. 118).

Este rígido sistema de residencia implementado a rajatabla fue creando una enorme división entre las ciudades y las zonas rurales. Sin embargo, esta diferenciación no era algo nuevo para la sociedad china, las ciudades imperiales, aunque grandes en sus dimensiones, nunca pudieron generar una verdadera economía urbana y existieron como un apéndice de la economía agraria, subsistiendo de los recursos relocalizados vía impuestos o por el cobro de la renta terrateniente. La nueva política económica tenía el mismo fundamento, pero pugnaba por la creación de una economía urbana autosustentable a través de la industrialización mediante las empresas estatales. Por ello, así como durante el período imperial, mediante el uso de hùkǒu las ciudades continuaron siendo el refugio de una minoría privilegiada subsidiada por la economía agraria a través del intercambio desigual implementado por el Estado (Hung, 2015, p. 54).

Efectivamente, a través de la reforma agraria y del sistema hùkǒu se resolvieron dos de los problemas principales que acarreaba el país desde la caída de la dinastía Qing, la reconstrucción de una economía agraria nacional que terminó con la pobreza rural y la construcción de una nación para la civilización china (Elleman & Paine, 2019, p. 73). El Estado de la RPC logró que se produzca una intersección entre el poder del Estado y el partido, por un lado, y la sociedad agrícola campesina a nivel de las comunas, por el otro. Lo que indicaba que tenía mucho más poder vertical que sus antecesores, el poder del Estado central estaba presente

en la vida de cada campesino y no solo como un agente recaudador de impuestos, lo que constituyó una diferencia fundamental con el período dinástico en el que la figura del emperador y sus funcionarios estaban completamente alejados de la vida comunal (P. C. C. Huang, 1990, p. 183).

Hasta finales de la década del 80, el lugar de nacimiento de una persona determinaba de manera tajante sus posibilidades económicas y de ascenso social, su nivel de representación política y su calidad de vida. Migrar del campo a la ciudad solo era posible mediante el ingreso a la carrera militar, el ingreso a la universidad o algún arreglo de casamiento. El movimiento contrario, desde la ciudad al campo, fue promovido por el Estado, particularmente durante la Revolución Cultural, cuando se incentivó a millones de Guardias Rojos a trabajar en el campo como parte del esfuerzo revolucionario por la construcción de la nueva sociedad. La división entre campo y ciudad fue tan tajante que a nivel administrativo se catalogaba a las personas en residentes agrarios o no agrarios, incluso cada libreta de residencia se imprimía en colores diferentes para las zonas rurales y las urbanas, constituyendo un mecanismo de estratificación social, de discriminación y exclusión social (F.-L. Wang, 2005, p. 47).

Luego de las Reformas y Apertura (1978), este sistema se volvió central en la regulación del trabajo interno desde el campo a la ciudad. Muchos migrantes ilegales se trasladaron a zonas urbanas para trabajar en las fábricas de las zonas especiales y en el creciente sector privadas, pero al no contar con residencia permanente no tienen acceso a los servicios públicos de las ciudades donde residen y suelen recibir una paga menor, constituyendo el equivalente de la inmigración ilegal en los países desarrollados. El sistema de seguridad social, las pensiones, seguro de desempleo, seguro médico solo están disponibles para aquellos que cuentan con un permiso legal registrado en el hùkǒu (Perkins, 2014, p. 51; F.-L. Wang, 2005, p. 51).

Capítulo N.° 10: del desarrollo semiperiférico defensivo a contrincante semiperiférico

a) Planificación centralizada

La decisión de la RPC de adoptar el modelo de desarrollo centralizado, es decir, una economía de comando en el que se eliminaron las fuerzas del mercado, fue parte de su estrategia de desarrollo semiperiférico en el contexto de aislamiento externo en el que se encontraba luego de la guerra de Corea. El desarrollo histórico del sistema mundo capitalista implicó tres procesos de cambio estructural, en primer lugar la capitalización de la producción agrícola, en segundo lugar el uso de la tecnología al servicio de la producción de mercancías, es decir la industrialización, y en tercer lugar, un fortalecimiento de todas las organizaciones políticas y sus estructuras administrativas, es decir un proceso de burocratización (I. Wallerstein, 1979, p. 63). China comenzaría por el proceso de fortalecimiento de sus estructuras políticas y burocráticas para motorizar las otras dos transformaciones estructurales. La estrategia fue adoptar un modelo de planificación centralizada que requirió de la creación de órganos de planificación, la institución encargada de esta tarea fue la Comisión Estatal de Planificación (CEP).

El primer objetivo que se propusieron fue reordenar la política fiscal, equilibrar el presupuesto del Estado mediante el recorte de gasto militar y el aumento de la recaudación, así como poner bajo control la hiperinflación. Tanto la reforma fiscal como la reforma agraria tuvieron como objetivo en común aumentar la capacidad de recaudación e iniciar un proceso de acumulación de capital con el Estado como agente principal en el control del excedente para motorizar un proceso de industrialización y modernización de la economía China. No obstante, el principal logro de la nueva política fiscal fue poner bajo control la hiperinflación y constituyó la fuente principal de legitimidad del Estado (Chow, 2015, p. 39; Dillon, 2010, p. 284), junto con la implementación de la reforma agraria que otorgaría a miles de campesinos pobres la propiedad sobre la tierra. En este sentido, la posterior colectivización de la producción agrícola tuvo como principal objetivo capitalizar la producción agrícola y terminar con la agricultura de subsistencia (allí donde era predominante) reemplazando la producción familiar en pequeñas parcelas, por la producción de escala.

El reordenamiento de los mercados rurales, que permitió reconectar la economía urbana con la rural, fue central en la normalización de los precios de la economía. A su vez, la pacificación del país y la recuperación de la producción rural proveyeron los bienes necesarios para satisfacer la demanda de la población de elementos básicos cotidianos. En este contexto de recuperación económica, el Estado logró reducir la inflación mediante la intervención en la compra y venta de productos esenciales como mecanismo para equilibrar los precios. Las agencias de comercio estatales fueron tomando control de los mercados de los productos esenciales, a través de comprar donde es barato para vender donde es caro. Una vez asegurada el control de los precios agrícolas (que son los principales en una economía eminentemente agraria) el valor de la moneda se recompuso y la confianza en el sistema monetario también (I. Weber, 2021, p. 81).

Con la adopción del modelo de economía planificada se decidió abandonar la industrialización liviana, basada en mano de obra barata y relativamente poco calificada con el que se había experimentado en las ciudades costeras durante el periodo de industrialización espontánea anterior, la cual era una estrategia que desde todo punto de vista se adaptaba más a las condiciones que presentaba la economía china a mediados del siglo XX y se volcaron por completo a una estrategia de gran empuje industrial centrado en la industria pesada y capital intensiva (Naughton, 2007, p. 55; Perkins, 2014). Así priorizaron el consumo del Estado y las empresas estatales antes que el consumo de los hogares, la industria pesada sobre la liviana, las industrias domésticas sobre el capital extranjero, el plan sobre el mercado, un crecimiento más lento sobre uno más rápido, una economía más cerrada y autónoma que una abierta. Esta decisión implicaría el desarrollo de un sistema económico de locación de recursos que concentrara el excedente para redirigirlo hacia la inversión. La industrialización colocó como objetivo el uso de los avances tecnológicos para producir bienes y servicios a un costo menor, no obstante, el modelo adoptado por China se centró en la industria pesada y en los bienes de capital.

Ninguno de los planes de industrialización estatal previos, ni la política de Guāndū shāngbàn (官督商办) a finales del siglo XIX, ni la desarrollada por a CNR durante el período republicano, habían intentado abordar el problema del excedente rural. Sus estrategias estaban más bien centradas en aprovechar el capital urbano y, en parte, los créditos internacionales y las inversiones extranjeras para fomentar el desarrollo industrial. No obstante, la RPC no podía

acudir a ninguna de estas dos alternativas, por lo que su única fuente de ahorro se encontraba en la producción agrícola; sin embargo, hasta ahora el excedente rural había permanecido disperso en manos de los hogares campesinos, los comerciantes, prestamistas y en la renta terrateniente.

Como ya hemos señalado, de ninguna manera las prácticas y las políticas estatales tendientes hacia la planificación centralizada de la economía eran algo nuevo en la trayectoria de China. Las experiencias anteriores y, sobre todo, la más inmediata del gobierno del GMD y la gestión de la CNR no entraban en contradicción con el modelo de los planes quinquenales de estilo soviético, sino que se complementaban. La gran diferencia fue el grado de penetración y transformación de la economía agraria para acompañar el esfuerzo de industrialización. Algo que las experiencias anteriores fueron incapaces de ejecutar (Kirby, 1990, p. 134).

En muchos países que fueron incorporados a la economía-mundo capitalista mediante la colonización europea, la agricultura fue transformada para servir a las necesidades de la metrópoli mediante la creación de grandes estancias que producían cultivos comerciales (Chase-Dunn & Babones, 2012; T. D. Hall, 2012; Patnaik & Patnaik, 2016). A su vez, este tipo de procesos de periferialización destruyeron la producción artesanal agraria, a la vez que expandió los derechos de propiedad privada y la mercantilización en el marco de un Estado colonial. Este legado colonial suele ser señalado como un impedimento para el desarrollo posterior a la independencia dado que este tipo de estructura agraria genera una elite económica cuya realización se encuentra ligada a la antigua metrópoli, y suelen sabotear los intentos de crear estructuras estatales robustas capaces de motorizar un proceso de industrialización (Migdal, 1988, p. 58). Por lo que estos Estados suelen adoptar una estrategia de desarrollo periférica y subordinada en el Sistema Mundo Capitalista. Esta estrategia refuerza la dependencia en la exportación de recursos naturales a países cuyos términos de intercambio son desfavorables, favoreciendo un esquema de intercambio desigual, que debilita o impide la transferencia del excedente rural hacia el sector industrial moderno (Flint & Taylor, 2018, p. 110; Hickel et al., 2021; Hung, 2015, p. 39).

Como destacamos durante el proceso de incorporación de China, si bien fue sometida militarmente y parte de su economía se vio forzada a abrirse a la economía-mundo capitalista, la estructura agraria del país no se modificó porque el capital extranjero no logró penetrar en la estructura agraria ni mucho menos reformarla de manera tal que se convierta en proveedor de

un solo cultivo comercial para el centro (P. C. C. Huang, 1990, p. 15). A su vez, las industrias rurales de China no solo sobrevivieron, sino que prosperaron en parte gracias a la apertura comercial y el acceso a nuevas fuentes de materias primas, como fue el caso del algodón y la industria textil (Chang, 2003b). Durante el período republicano, la producción agrícola de base campesina creció a un promedio anual de 1.5 %, 0.5% superior al crecimiento poblacional anual (Rawski, 1989). Por lo que el frágil desarrollo de la industria no se debió a la falta de un excedente rural, sino a la inexistencia de un actor (elite o el Estado) con la capacidad de canalizar ese excedente disperso en la economía agraria y redirigirlo hacia la industria moderna.

El período que va desde el movimiento de autofortalecimiento (1861) hasta la creación de la RPC en 1949 puede observarse como vigoroso proceso de adaptación y resurrección de viejas instituciones, aunque marcado por el fracaso de articular formas de organización social tradicionales con las modernas instituciones sociales de poder que emergieron luego de la incorporación de China en la EM-C (Shue, 1994, p. 67).

Este fracaso dejó un legado de instituciones frágiles y desacreditadas frente a la sociedad, particularmente luego del proceso de hiperinflación que acosó al GMD durante sus últimos años en el poder. Las únicas organizaciones sociales con legitimidad eran aquellas que estaban ligadas a las fuerzas comunistas, organizaciones campesinas, sindicatos y el ELP. Estas instituciones estaban fuertemente articuladas con el nuevo Estado emergente, lo que le permitió a la RPC implementar rápidamente la reforma agraria y fiscal a partir de 1950 y en el proceso centralizar el excedente rural y colocarlo al servicio del desarrollo económico del país. Si bien la colectivización de la tierra se hizo en el nombre del socialismo (es decir con el objetivo final de terminar con la propiedad privada) lo que la colectivización logró fue crear un aparato productivo bajo control estatal con la capacidad de recaudar y centralizar el excedente rural y canalizarlo hacia la industrialización en las grandes empresas estatales de base urbana (Hung, 2015, p. 42; Naughton, 2007, p. 60; Perkins, 2014, p. 46).

A continuación, analizamos cómo este modelo se implementó y qué impacto tuvo sobre la economía rural y sobre la economía urbana, sentando las bases materiales para el despegue de China hacia finales de siglo.

b) La Comisión Estatal de Planificación: la construcción de burocracias como estrategia de autofortalecimiento 官僚 (guānliáo).

La decisión de reemplazar los mercados por la planificación centralizada, colectivizar la producción agrícola e industrializar al país a través de las empresas estatales requería de la existencia de una capacidad burocrática para diseñar y administrar la economía de manera centralizada. Las decisiones sobre qué producir y con qué insumos recayó sobre la Comisión Estatal de Planificación (CEP) (Perkins, 2014, p. 41). La CEP fue creada en 1952 y fue el órgano político-administrativo encargado de diseñar y ejecutar los planes quinquenales hasta su reemplazo en 1998 por la Comisión Nacional de Desarrollo y Reforma. Su primer director fue Gao Gang, aunque sería expulsado en 1954 como resultado de sus vínculos con la URSS y acusado de comandar una facción anti-partido (Dillon, 2010, p. 281; Hu, 2016, p. 323). Entre 1954 y 1974 el presidente de la CEP fue Li Fuchun (1900-1975) quien a su muerte sería sucedido por Yu Qiuli (1914-1999), que se desempeñaría en esa función hasta 1980. Durante la década de los ochenta la CEP estuvo dominada por la llamada "facción del petróleo" en referencia a que los cuadros que ocupaban las posiciones de decisión provenían de la administración de empresas de ese sector. Fueron hasta su retiro a principios de la década de los noventa una fuerza conservadora opuesta al rumbo de las reformas.

Dentro de la CEP existieron múltiples institutos y organismos encargados de la planificación e investigación. De todos ellos, el más importante fue el Grupo Central de Economía y Finanzas, que era un órgano que reunía a miembros del Politburó del PCCh y del Consejo de Estado (Lixin & Fewsmith, 1995, p. 124). Una de las características particulares de la adopción de una estrategia de desarrollo semiperiferico en la que la elite y el Estado tienen un mayor interés por controlar la economía es la creciente politización de las decisiones económicas (I. Wallerstein, 1979, p. 72). En este sentido, las disputas políticas se expresaron como una lucha facciosa dentro de la elite por el control de aparatos claves de planificación estatal y posiciones dentro del partido. Chen Yun como la cabeza política del Grupo Central de Economía y Finanzas desde 1954, se opuso abiertamente a la política del Gran Salto Adelante (1958-1961), a la planificación centralizada de la agricultura y a la Revolución Cultural Proletaria (1966-1976), en polémica con el sector maoísta (Hu, 2016, p. 94).

Así, la CEP se convirtió en el centro de la disputa por el rumbo de la economía. Tanto Li Fuchun, como Yu Qiuli y Chen Yun fueron atacados durante la Revolución Cultural, aunque

lograron mantener sus posiciones dentro del Estado y el PCCh, continuando a cargo de la planificación económica. En parte por ello los eventos disruptivos de la Revolución Cultural sobre la producción pudieron ser rápidamente superados. La CEP se convirtió en la base de poder de estos cuadros y, en parte, gracias a ellos lograron sobrevivir a la violenta vida partidaria de los años sesenta (Vogel, 2005). Aunque Chen fue desplazado del comando de la economía durante la Revolución Cultural, retornaría en 1979, durante todo el período mantuvo una gran influencia sobre la CEP a través de sus socios. Desde su creación, los directores de la CEP han sido miembros importantes del Politburó y la disputa por su control ha sido reflejo de la disputa de líneas y facciones al interior del PCCh. En 1989, de los seis miembros del Politburó, dos habían dirigido la CEP, los tres vicepresidentes también eran antiguos directores de la CEP. No por nada la CEP era considerado el órgano de decisión más poderoso dentro de la RPC, a punto tal que se lo denominaba como el pequeño Consejo de Estado (Lixin & Fewsmith, 1995, p. 121).

En los inicios de la CEP la gran mayoría del capital inicial de las empresas estatales lo conformaron aquellas empresas que durante el gobierno de Nanjing se desarrollaron bajo la CNR. A pesar de que todo el capital generado durante el gobierno del GMD fue caracterizado como capitalismo burocrático y, por ende, sujeto a su expropiación, una gran excepción se realizó con las empresas de la CNR. Lo mismo sucedería con la mayoría de los ingenieros y profesionales a cargo de estas empresas, quienes continuaron en sus posiciones y conformarían el núcleo inicial de la CEP (Naughton, 2007, p. 65). La figura emblemática de esta transición fue Sun Yueqi, director de la CNR y uno de los responsables de la entrega pacífica de las empresas al PCCh durante los últimos meses de la guerra civil. Sun continuará en la función pública sirviendo como parte de las "personalidades democráticas" que formaron parte del CCPPC y como miembro de la Comisión Financiera y Económica del Consejo de Estado, la antecesora directa de la CEP (Kirby, 1990, pp 135). Algo similar sucederá con la figura de Qian Changzhao, también previo director de la CNR, que continuó desempeñando funciones públicas en el CCPPC hasta 1987. A estos cuadros de dirección económica no se les realizaron objeciones ideológicas. Esto demostraba en parte lo escaso que era el capital humano calificado en China y que el PCCh requería de la asistencia y colaboración de todos los que tuvieran conocimientos técnicos y profesionales para motorizar el desarrollo del país.

En el contexto en el que se encontraba China, la decisión de perseguir un modelo de planificación centralizada buscaba garantizar el éxito en la industrialización que las experiencias anteriores no habían podido brindar. Además, se suponía que el comercio exterior no desempeñaría un rol importante, noción que se reforzó luego del embargo estadounidense durante la guerra de Corea. A su vez, China requería de una industria pesada que le permitiera la elaboración de material bélico en una región que se encontraba atravesada por la guerra. Por lo que en este sentido los objetivos iniciales eran similares a los perseguidos por la CNR durante el gobierno del GMD.

Por lo que las prioridades industriales continuaron en la línea del modelo anterior, centrado en la industria pesada, las industrias intensivas en capital, con especial prioridad en aquellas relacionadas con el complejo militar y la defensa nacional (Kirby, 1990, p 133). Por ello se priorizaron grandes empresas estatales de base industrial cuyo principal cliente sería el Estado y no en la industria del consumo cuyo principal destino sería la población y requeriría de la ampliación de la base consumo interno, algo que se encontraba fuertemente restringido. No obstante, la continuidad inicial de ciertos funcionarios del GMD, con el tiempo la mayoría fueron víctimas de la campaña antiderechista de 1957, y luego, ya durante la Revolución Cultural, se expulsó al resto.

La función principal de la CEP era la de diseñar los planes quinquenales que constituyen la hoja de ruta sobre la que se organiza la producción tanto industrial como agrícola. En la tarea de industrializar el país con base en recursos propios, aumentar la producción agrícola era clave para sostener el ritmo de crecimiento de la industria. No obstante la planificación centralizada de la agricultura es una tarea compleja y, luego de la experiencia negativa del Gran Salto Adelante (1958-1961) se reemplazaría la planificación por un sistema de cuotas, sobre todo en la producción de granos e insumos para la industria, dejando el resto de la producción (básicamente alimentos) en manos de las decisiones de los campesinos (Perkins, 2014, p. 42).

En el caso de la industria, el plan fijaba objetivos de producción para cada rama y también objetivos en relación con los insumos necesarios para alcanzar esos resultados. Los datos necesarios se recababan de las propias empresas por parte de la CEP como un insumo necesario para la elaboración del plan. El principal desafío fue lograr una coordinación centralizada entre los objetivos de producción de todas las ramas industriales para garantizar que los insumos necesarios lleguen en tiempo y forma para la producción del bien final.

El esfuerzo de codificación de datos necesarios para planificar los insumos y el producto de una economía es enorme, y fallas en el diseño o fallas en el proceso productivo pueden conducir a escasez. En el modelo chino, la escasez se daba generalmente en los bienes de consumo, ya que los productos destinados para el ejército tenían prioridad sobre todo. Estas fallas requerían de esfuerzos de relocalización de insumos a lo largo de la cadena productiva, beneficiando a la industria militar y perjudicando a la industria liviana destinada al consumo. Alcanzar las metas de producción estaba incluso por sobre las ganancias, dado que la mayoría de las ganancias debían ser devueltas al gobierno central y no cambiaban sustancialmente la situación de las empresas. Incluso, una gran mayoría de estas se podía dar el lujo de funcionar a pérdida sabiendo que serían subsidiadas por el Estado evitando su quiebra (Hung, 2015, p. 55).

Las empresas estatales estaban sujetas a controles presupuestarios débiles y dependían de las agencias de comercialización estatales para acceder a los insumos necesarios y para la comercialización posterior de sus productos (Song, 2018, p. 346). El financiamiento era garantizado por el sistema bancario estatal, que funcionaba como Banco Central y como bancos comerciales a la vez. Este sistema custodiaba los fondos de las empresas que no podían disponer de ellos libremente y, se encargaba también de proveer de créditos de corto plazo a las industrias para que alcanzaran sus cuotas de producción (Perkins, 2014).

Si bien el diseño de la CEP y de los planes quinquenales estaban inspirados en el modelo soviético, desde un comienzo la planificación en la RPC fue más descentralizada. Como ya nombramos en el caso de la agricultura, se dejaba a cargo de los jefes de brigada tomar las decisiones sobre la producción, siempre y cuando cumplieran con las cuotas a entregar al gobierno. Lo mismo sucedería a nivel de las empresas estatales y los gobiernos provinciales. Si bien debían cumplir con las metas fijadas por el plan y, muchas de las decisiones claves de la producción estaban centralizadas, tales como la dotación de trabajo o el nivel de inversión, las empresas gozaban de cierto margen de maniobra para intercambiar excedentes de stocks para ajustarse a las necesidades de la producción (Naughton, 2007, p. 62).

Además de las decisiones relativas a la producción y distribución de bienes y servicios, la CEP se encargó también de fijar metas de inversión que garantizaban la ampliación de las plantas productivas. Esta función continuó vigente incluso cuando China abandonara la planificación centralizada en favor de la economía de mercado en la década de los ochenta

(Perkins, 2014, p. 44). Los fondos para las decisiones de inversión provenían de las propias ganancias de las empresas, pero estas no disponían de ellas libremente, sino que era el Estado a través del presupuesto el que asignaba las partidas de inversión y la CEP la que decidía en que rama se invertiría de acuerdo a los objetivos del plan central.

Otra de las funciones principales de la CEP era mantener a raya la inflación. En general, en las economías de mercado esta tarea es reservada a los Bancos Centrales, cuya independencia es considerada central para evitar un aumento desmedido del circulante. En las economías planificadas la inflación no es controlada por la política monetaria sino por el plan central. En este sentido, se perseguía que el total de los ingresos de los asalariados urbanos y el ingreso de los campesinos no superara el total de los productos de consumo planificados para el año (Chow, 2015, p. 40; Perkins, 2014, p. 50).

A pesar del poder y la magnitud de las tareas, la CEP llegó a tener tan solo siete mil empleados en su pico máximo. A su vez, no era un organismo simplemente técnico o asesor, por el contrario, se encontraba en el centro de la toma de decisiones políticas al ser sus miembros parte del Politburó o del Comité Central del PCCh. En ese sentido, muchas veces sus decisiones o planificaciones fueron contestadas o rechazadas en la práctica por el accionar de otros actores políticos. Esto sucedió durante el segundo plan quinquenal, que coincidió con la decisión de Mao de llevar adelante el Gran Salto Adelante, lo que en la práctica condujo a que no se implementara el plan. Eventos similares se sucederían durante la Revolución Cultural Proletaria y luego también durante la Reforma y Apertura, cuando la CEP se encontraba del lado más "conservador" de las reformas (Lixin & Fewsmith, 1995, p. 131).

A pesar de esta realidad, la creación y la práctica de la comisión fueron centrales en la tarea general de planificar y administrar la economía, siendo el núcleo estatal en el que se condensó la capacidad técnica y burocrática de administración constituyendo la materialización institucional de la voluntad de una elite política comprometida con el desarrollo económico. La existencia de este tipo de instituciones fue un patrón común de las estrategias de desarrollo de la región del Asia Pacífico (como Japón o Corea del Sur) y su existencia fue central en el despliegue de una estrategia de desarrollo semiperiferico centrada en la dirección estatal. Pero el poder y alcance de la CEP superaron ampliamente a sus pares regionales, dado que se trataba de una institución de comando en una economía planificada centralmente y no en una economía de mercado (Howell, 2006).

Mediante la construcción de este tipo de burocracias altamente especializadas se generaron las capacidades para la administración de una economía planificada centralmente que reemplazó a las fuerzas del mercado y a los actores privados como los principales agentes del desarrollo. Esta re-institución del poder burocrático del Estado se dio en el contexto de una ampliación de su penetración en la sociedad y en su capacidad de control ideológico y político. La acumulación de poder en este tipo de organismos de decisión central conduciría a la burocratización del PCCh y de las fuerzas de dirección del Estado. Sin embargo, también generaría su contra corriente, en forma de campañas de movilización de masas que desafiaron el poder de la burocracia, oponiendo la experiencia de las masas.

c) La economía rural: campañas de masas para movilizar el apoyo social 运动 (yùndòng)

Cumpliendo el pacto social con los campesinos que fueron la fuerza motriz del triunfo del PCCh en la Guerra Civil, se encaró la reforma agraria. El Estado también se debía en parte a la tarea de desarrollar la economía a la par que se mejoraran las condiciones de vida de los trabajadores (M. Li, 2008, p. 26). El término Reforma Agraria o Reforma de la Tierra 土地改革 (pinyin: tǔdì gǎigé) indica el proceso de expropiación de los grandes terratenientes y su redistribución entre los campesinos más pobres. El objetivo de esta política apuntó a mejorar la distribución del ingreso y terminar con el peso de la renta terrateniente que afectaba la productividad agrícola y la centralización del excedente rural. El proceso de colectivización de la tierra es un proceso posterior que implicó una mayor centralización y planificación económica (Dillon, 2010, p. 287).

La reforma agraria se basó en las experiencias de gobierno que el PCCh había ejecutado durante la guerra civil desde el Soviet de Jiangxi (1931-1934) hasta la experiencia de las bases de apoyo agrarias durante el período de Ye'nan (1935-1945). Esta experiencia le otorgó al Estado cuadros políticos y gestores con capacidad para implementar la reforma agraria en todo el país, el EPL se convirtió en una institución clave para movilizar a las masas campesinas en la categorización, repartición y puesta en trabajo de las tierras (Ch'en, 1986).

Reconociendo que la situación de grandes zonas agrícolas era de subsistencia, el PCCh emergió con un mandato popular de transformar la situación de los campesinos. Sin embargo,

la descripción que el partido hacía de una China "feudal" no remite a la situación real de la economía agrícola de 1950. En China no existía una nobleza terrateniente que fuera dueña de la tierra, ni existían relaciones de vasallaje. Tampoco existían grandes estancias destinadas a la producción de cultivos comerciales sobre la base de trabajo asalariado (Deng, 2002; P. C. C. Huang, 1990; von Glahn, 2016). La gran mayoría de los campesinos eran propietarios, y la base de la economía rural era el hogar campesino que se encargaba de proveer el trabajo. Existía un mercado para comprar, vender y arrendar tierras, por lo que tan solo el 10% de los campesinos no tenía acceso a la tierra. El 44% de los campesinos eran propietarios, el 23% parcialmente propietarios y arrendatarios y un 33% eran arrendatarios completos (Maddison, 2007, p. 71). Las leyes de herencia igualitaria divisible en China generaron que la propiedad de la tierra se fragmentara, lo que sumado a las presiones demográficas tuvo como resultado que la granja promedio fuera de 1.7 hectáreas (P. C. C. Huang, 1990; Kishimoto, 2011; von Glahn, 2016).

Nunca existieron grandes plantaciones como en la India u otras colonias porque el capital extranjero no logró periferalizar la economía agrícola china que se mantuvo bajo control de los campesinos (Hung, 2015, p. 40). A su vez, debido a la proporción de campesinos sobre cantidad de tierras, el establecimiento de grandes propiedades rurales bajo administración de un particular que empleara mano de obra asalariada no era posible ni deseable. Era más rentable alquilar la tierra excedente para que la cultivaran los hogares campesinos y cobrar a cambio una renta. Las rentas equivalían a un 43% del producto de aquellos campesinos que eran arrendatarios (Maddison, 2007, p. 70). Por lo que las condiciones de vida de los campesinos eran en muchos casos de subsistencia, situación a la que había que agregar los años de invasión japonesa y de guerra civil que habían generado grandes penurias.

Para 1933 se estimó que los ingresos por propiedad rural equivalían a un 25,8%% del producto agrícola neto (Perkins, 1975, p. 74). Este se componía de la siguiente forma, la renta terrateniente se apropiaba de un 16.3 %; los empleadores obtenían un 5.2 %; los préstamos equivalían al 4.3 %. Además, se pagaba alrededor de un 3.2 por ciento en impuestos al Estado sobre la tierra. La reforma agraria apuntaba a barrer con todos estos intermediarios y a concentrar el excedente rural en manos del Estado.

La reforma agraria de 1950 confiscó un 43% de la tierra cultivable y la redistribuyó entre campesinos pobres y sin tierra. En el proceso, un 4% de la población perdió acceso a la tierra, mientras que un 60% de los hogares campesinos se vieron beneficiados por la reforma. Los

campesinos desconfiaban sobre la estabilidad del gobierno y temían que una vez debilitado el gobierno los terratenientes se vengaran con violencia. La influencia social tradicional de los terratenientes y de la elite local confuciana era difícil de revertir en una sociedad rural marcada por lazos familiares, sociedades secretas y religiosas (Dillon, 2010, p. 290). Para terminar con la influencia de los terratenientes, el Estado optó por la eliminación física de sus titulares, es decir, parte de la política de implementación de la reforma agraria incluyó reuniones de desagravio en la que los campesinos se enfrentaban a quienes habían sido sus opresores. Estas asambleas podían terminar con la muerte de las personas acusadas, se estima que alrededor de dos millones de personas fueron asesinadas en el esfuerzo de la reforma agraria terminando para siempre con la influencia de una clase social parasitaria milenaria que había sido el corazón de la clase dominante del período dinástico imperial (Elleman & Paine, 2019, p. 380; Strauss, 2019).

La eliminación de los terratenientes, de la elite letrada y de la burguesía urbana le permitió al Estado concentrar todo el excedente rural en manos del Estado (M. Li, 2008, p. 27). La consecuencia inmediata de la reforma agraria fue la ecualización de las propiedades agrícolas lo que trajo mayor igualdad, pero a su vez eliminó la base social para el trabajo asalariado a largo plazo (pues todos eran propietarios) y sentó la bases para una mayor capacidad del Estado para el cobro de impuestos ampliando su base impositiva (P. C. C. Huang, 1990, p. 169). El resultado fue la creación de más de 108 millones de hogares campesinos, propietarios de sus tierras, que ahora pagaban impuestos directamente al Estado, en lugar de la renta a los terratenientes o de intereses a los prestamistas. En muchas regiones esto significó que el poder estatal y su capacidad de cobrar impuestos penetraron por primera vez en siglos en las aldeas. Esto permitió una enorme liberación del excedente rural, parte del cual será apropiado por el Estado de manera directa (Maddison, 2007, p. 71).

Estas reformas trajeron aparejado un crecimiento del excedente rural y un mayor bienestar para los campesinos. No obstante, para mediados de la década del 50, la RPC se enfrentó al problema tradicional de la economía agraria, la resistencia de los campesinos al cobro de impuestos y una creciente dificultad para centralizar el excedente rural. A su vez, la pequeña escala de la propiedad familiar campesina impedía la capitalización y mecanización de la producción, mientras muchos campesinos medios y ricos prosperaron, otros se empobrecieron

tomando deudas e incluso tuvieron que vender sus tierras (M. Li, 2008, p. 28). La solución para estos problemas fue avanzar en la tarea de colectivización de la producción agrícola.

El Estado revolucionario, mediante la colectivización de la producción, logró algo que el Estado imperial nunca podría haber hecho, expropiar a los campesinos de las decisiones cotidianas concernientes a la producción (Elleman & Paine, 2019, p. 381). Mediante la colectivización y la creación de las cooperativas agrícolas, las decisiones sobre la gestión de los campos y sobre las cuotas de producción recayeron en las autoridades políticas locales. El Grupo de Trabajo reemplazó al hogar campesino como la unidad básica de propiedad y de distribución. Allí donde los hogares habían capturado la recompensa de su trabajo en forma de un producto homogéneo de la tierra, ahora el producto total iba primero a la Brigada de Producción y luego de que se cobrara la cuota de producción se repartía entre todos los trabajadores en forma de puntos de trabajo (P. C. C. Huang, 1990, p. 182). En este sentido, el Estado al eliminar a todos los terratenientes se convirtió en el terrateniente supremo.

La cooperativización tuvo dos objetivos, por un lado, alcanzar economías de escala que permitieran aumentar el producto, por el otro lado, aumentar la capacidad de extracción del excedente rural. Se crearon más de 480.000 cooperativas superiores en las que 100 millones de campesinos colocaron sus propiedades individuales y su capital, pasando a formar parte de una gran empresa agrícola centralizada, comandada por la burocracia estatal quienes se encargaban de tomar las decisiones concernientes a la producción. No obstante, un 5% de la tierra cultivable quedó a cargo de los hogares campesinos para su explotación individual (M. Li, 2008, p. 28).

Durante el Gran Salto Adelante (1958-1961) se avanzó aún más en la colectivización de la economía rural, por lo que 123 millones hogares campesinos, agrupados en 753.000 cooperativas avanzadas, se fusionaron en 26.000 comunas populares. En esta etapa toda la producción individual desapareció de escena. Los campesinos fueron expropiados por el Estado y la burocracia, primero de su capacidad de comercializar, luego de decidir que producir y como, para finalmente ser expropiados de su propiedad individual de la tierra, en nombre de la colectivización “socialista” y de las economías de escala. La sociedad fue dividida en secciones fijas y cerradas, la unidad de producción y socialización básica era el grupo de trabajo, se eliminaron los mercados rurales, la comercialización y la producción pasó a manos del Estado bajo la política de los tres fijos en grano 粮食三定 (en pinyin: liáng shi sāndìng). Con la implementación total de hukou se prohibió a los campesinos desplazarse fuera de su zona sin

permiso por lo que las antiguas redes de comercialización, prácticas religiosas y linajes familiares se vieron fuertemente debilitados lo que incrementó el aislamiento de las comunidades agrícolas campesinas (Shue, 1994, p. 69). El Estado se convirtió en el propietario de toda la tierra, en las zonas urbanas, de hecho, en las zonas rurales la propiedad es colectiva, pero de facto bajo control de la burocracia (S. Liu, 2018, p. 428; Tan, 2021, p. 153). Esto cobró especial importancia durante el período de la reforma y apertura en la década de 1980.

El nuevo régimen agrícola no mejoró sustancialmente la productividad, pero sí permitió canalizar el excedente hacia las ciudades para fomentar la industrialización. Pero China continuaba siendo una sociedad predominantemente agrícola poblada por millones de campesinos, por lo que encarar un proceso de modernización a través de la industrialización no podía llevarse adelante sin generar grandes disrupciones demográficas, es decir sin liberar la fuerza de trabajo para ser relocalizada a la producción de manufacturas generando un proceso de migración del campo hacia las ciudades. Este proceso era imposible de sostener sin un aumento considerado de la productividad agrícola, algo que no sucederá hasta luego de 1980.

La solución vendría durante el Gran Salto Adelante (1958-1961), la idea fue bases industriales rurales en el marco de las Comunas Populares durante Gran Salto Adelante, es decir si los campesinos no podían ir hacia las fábricas en las ciudades, se intentó trasladarlas hacia los campesinos descentralizando la producción industrial. Es decir, la política estuvo en parte incentivada por la realidad demográfica y la estructura productiva del país. Los procesos de industrialización acelerada, tanto la de la Revolución Industrial en Europa como la planificada centralmente de estilo soviético, implicaron la destrucción de las industrias rurales y la concentración en las grandes urbes de masas que se proletarizaron. En parte por la expulsión de las zonas agrícolas que generaron los cercamientos durante la transición del feudalismo al capitalismo, en parte porque las leyes de herencia de la tierra en Europa expulsaban a los campesinos que se quedaban sin tierras (Wong, 1997, p. 47).

La realidad de China, como vimos en la primera parte, fue la de la permanencia de las industrias rurales, incluso durante todo el siglo XX. La población estaba dispersa en las zonas rurales y las ciudades dependían para su sustento de la proactividad del campo, del cual extraían un excedente que les permitía reproducirse. Este equilibrio entre producción agrícola y excedente no podía ser radicalmente alterado sin la introducción de nuevas tecnologías de producción en el campo que permitieran aumentar la productividad y liberar la fuerza de trabajo,

no obstante, eso generaba el problema de cómo ordenar esa fuerza de trabajo en nuevos emprendimientos productivos. Debido a ello, la estrategia de localizar parte de la producción industrial de manera descentralizada en las zonas rurales tenía un sentido que se desprendía de la realidad histórica de China. El objetivo era permitir que cada nivel del gobierno planificara de manera descentralizada, pero respondiendo al plan general comandado por el Estado, para aprovechar la fuerza de trabajo rural para otras tareas (M. Li, 2008, p. 38). Incluso durante la Reforma y Apertura en la década de los ochenta, las industrias de pueblos y comunas radicadas en ciudades pequeñas en las zonas rurales desempeñaron un papel central en el proceso de crecimiento y desarrollo del país. Por lo que la idea de aprovechar el tiempo parcial de la fuerza de trabajo rural para la producción industrial se enmarcó en este contexto particular del desarrollo de China. No obstante, estas se centraron mayormente en las industrias livianas (Wong, 1997, p. 48).

Durante el Gran Salto Adelante se puso el foco en la producción de acero. La idea de que los campesinos produjeran acero en hornos pequeños en las zonas rurales fue una estrategia que estaba sostenida sobre experiencias de desarrollo del pasado, particularmente de la industria del acero del periodo imperial tardío (Wong, 1997, p. 63). Sin embargo, problemas en la administración, burocratismo y excesos de optimismo en los cuadros dirigentes llevaron a que la información estadística sobre los logros económicos de las Comunas fueran exagerados (M. Li, 2008, p. 45).

Como los responsables locales informaron cuotas de producción agrícola exageradas, se decidió destinar más cantidad de campesinos a la producción de acero que de granos. Esto generó que más de 30 millones de campesinos fueran desplazados de las tareas agrícolas hacia la industria rural y la construcción. El resultado fue una caída del 31% del producto agrícola per cápita entre 1957 y 1961 (Maddison, 2007, p. 73). Las estadísticas de producción falsas y la ambición de los cuadros burocráticos locales llevaron a proponer cuotas de producción exageradas que terminaron con la incautación de los granos de los campesinos provocando una terrible hambruna. Se registraron fallos en los cultivos, por lo que la producción total de granos cayó de 200 millones en 1958 a 143.5 millones en 1960, la producción per cápita cayó de 306 kilos a 215 kilos. El consumo de granos per cápita en las zonas rurales cayó de 204 kilos en 1957 a 156 kilos en 1961, unos 30 kilos por debajo de la ración promedia anual por adulto. Detrás de este fracaso económico hubo errores en la implementación de las políticas tanto a

nivel central como local, pero también hubo causas ambientales que afectaron a la producción agrícola (M. Li, 2008, p. 45).

Tabla N.° 16: Producto per cápita rural por rubros expresado en Kg

Año/producto	**1952**	**1957**	**1962**	**1965**	**1970**	**1975**	**1978**	**1982**	**1986**	**1990**
Granos	288,1	306	231,9	272	293,2	310,5	318,74	351,47	367	393,1
Algodón	2,3	2,6	1,1	2,9	2,8	2,6	2,27	3,57	3,32	3,97
Cultivos oleaginosos	7,4	6,6	3	5,1	4,6	4,9	5,46	11,72	13,81	14,21
Azúcar	13,35	18,7	5,7	21,5	19	20,9	24,91	43,22	54,86	63,55
Frutas	4,3	5,1	4,1	4,5	4,6	5,9	6,87	7,65	12,63	16,51

Fuente: Oficina Nacional de Estadísticas de China

Si observamos la tabla N.° 16 que indica la productividad per cápita en kilos de diferentes productos agrícolas observamos que, entre 1952 y 1957, durante la primera fase de la Reforma Agraria y la colectivización voluntaria de la producción, período en el que todavía funcionaban los mercados rurales y los campesinos controlaban la producción a nivel de los hogares, la producción per cápita de granos aumentó, así como la de azúcar y las frutas. En 1962, posterior al Gran Salto Adelante, observamos una caída de la producción de todos los rubros.

El fracaso del Gran Salto Adelante y la consecuente hambruna que se desató en China condujo a una profunda crisis dentro del gobierno y del PCCh. El fracaso económico de las políticas agrícolas e industriales condujeron a un retroceso en las políticas de colectivización agrícola. Se abandonaron las ideas agrícolas esotéricas importadas desde la URSS respecto a la adaptabilidad de las plantas y a la rotación de cultivos por un abordaje más científico y práctico, a su vez se permitió que los campesinos exploten lotes particulares para su sustento mediante la cría de animales y alimentos, además de la posibilidad de comercializar su excedente con excepción de la producción de granos que continuará bajo control estatal centralizado (Elleman & Paine, 2019, p. 395; Hu, 2016, p. 92).

Estas políticas implicaron un retorno a la comercialización de parte de la economía agrícola, en total un 7% de la tierra cultivable de China sería explotada de manera particular. El impulsor de estas medidas en polémica con la visión más ideologizada de Mao fue Chen Yun (jefe de la Comisión Estatal de Planificación) quien sostenía que la mejor forma de asignar precios y distribuir la producción era a través de mecanismos de mercado. Efectivamente, Chen sería removido de sus posiciones de decisión durante la Revolución Cultural (1966-1976), para retornar como uno de los arquitectos de la Reforma y Apertura. Las Comunas Populares continuaron existiendo como unidades administrativas hasta 1980, pero su rol en la producción fue disminuyendo, siendo reemplazadas por unidades productivas más pequeñas y devolviendo el control de la producción a los grupos de trabajo (Maddison, 2007, p. 74).

Además, se promovió una mayor capitalización de la producción agrícola mediante el uso de fertilizantes, la electrificación y la provisión de tractores y maquinaria agrícola. Junto con la restauración de las parcelas individuales, los campesinos obtuvieron remuneraciones basadas en puntos de trabajo y la obtención de un salario en forma de dinero que se pagaba una vez al año. A pesar de estas modificaciones en la administración y gestión de la economía rural, como se puede observar en la tabla N.° 16, la productividad per cápita se mantuvo a niveles pre-Gran Salto Adelante hasta el año 1975, por lo que, la colectivización de la producción agrícola continuó con las características de crecimiento involutivo que habían caracterizado al agro desde la dinastía Qing tardía, es decir que apenas acompañaba la expansión demográfica (P. C. C. Huang, 1990, p. 16).

Como dimos cuenta en la historia de China la cuestión de la producción agrícola fue un tema central en el ascenso y caída de las diferentes dinastías y la tendencia a las políticas fisiocráticas, al gobierno pequeño y a los bajos impuestos surgieron de la existencia de millones campesinos propietarios que presionaban por mantener su calidad de vida y restringir el avance de una burocracia y una clase terrateniente rentista voraces (Deng, 2002). Efectivamente, el sistema burocrático imperial era una forma útil de concentrar el excedente rural y redirigirlo hacia las ciudades a través del cobro de rentas e impuestos, manteniendo el equilibrio de la estructura imperial. Desfavorecer a la clase comerciante e industrial era parte de la política para evitar que la asignación de fuerza de trabajo en el campo se volcara en favor de actividades más rentables o especulativas en las ciudades. Así se mantenía a los campesinos satisfechos, además

el Estado cumplía un rol central en evitar las hambrunas y controlar los precios mediante el sistema de graneros imperiales.

No obstante, durante la RPC, ese equilibrio de fuerzas sociales y política se transformó en favor de la burocracia estatal. La eliminación de los terratenientes y de la elite letrada confuciana destruyó las bases de poder autónomas que existían en el mundo rural, y que durante los últimos cuarenta años habían sido el sustento de caudillos y fuerzas del GMD. Con la implementación de las políticas de colectivización de las Comunas Populares y la expropiación de las decisiones de producción sobre los campesinos, desaparecieron todas las redes de socialización intermedias que habían caracterizado a la economía rural durante siglos, redes de comercialización, prácticas religiosas y linajes familiares que operaban como trabas que impedían que la burocracia explotara a la economía rural por sobre su capacidad de autorreproducción. Estas redes tradicionales fueron reemplazadas por un fuerte activismo a nivel local, generando dos prácticas adaptativas de la sociedad frente al Estado, por un lado, las redes de patrón-cliente (guanxi) y, por otro lado, el proteccionismo local (también llamado departamentalismo) (Shue, 1994, p. 71).

Estas transformaciones generaron que, durante un breve período (1959-1961) la RPC se convirtiera en un Estado predatorio, la extracción de excedente rural en favor de la economía urbana y la industrialización generaron una catástrofe humanitaria que se expresó en la hambruna más grande la historia moderna de China. Solamente por la capacidad de liderazgo y el comando colectivo a nivel de comité central del PCCh y el poder de la burocracia comunista se pudo abortar este tipo de políticas en favor de medidas más racionales y consecuentes con el desarrollo histórico del país.

No obstante, estos desvíos, en términos generales la colectivización agrícola y el sistema de Comunas Populares permitieron al Estado centralizar el excedente y transferirlo hacia las grandes urbes (ver próximo apartado). No obstante, el principal mecanismo por el cual se realizaba este intercambio desigual no eran los impuestos, sino a través de la política de los tres fijos en grano 粮食三定 (en pinyin: liáng shi sāndìng) (producción, compra y venta de granos a cargo del Estado) (P. C. C. Huang, 1990, p. 165). En la economía centralizada los precios son fijados por el Estado, en este caso el precio de los productos agrícolas era inferior al precio de los productos industriales urbanos (Naughton, 2007, p. 60). Esta política de eliminación de los mercados rurales y apropiación del excedente generó rendimientos

decrecientes, con base en la falta de estímulos materiales para la producción, los campesinos se resistían trabajando poco o solamente lo necesario. A su vez, existían problemas de acceso a nuevas tecnologías de producción agropecuaria.

Las unidades de producción colectivas podían tolerar rendimientos per cápita decrecientes mucho más grandes que las empresas de tipo capitalistas, continuando con la tendencia hacia un aumento del producto bruto, pero a costa de rendimientos decrecientes per cápita. Bajo situaciones de subsistencia y, dada la abundancia de mano de obra en las zonas rurales y la imposibilidad de su migración hacia otras actividades productivas (como por ejemplo las industrias en las ciudades) debido principalmente a la implantación del hukou, los colectivos agrícolas podían absorber muchos más trabajadores, dado que el costo marginal del trabajo no sería algo a tener en cuenta, porque la cantidad de trabajo era un factor dado por el plan y no uno que se contratara libremente en el mercado (P. C. C. Huang, 1990, p. 199).

De acuerdo con esta perspectiva, al menos ⅓ de la mano de obra empleada en la producción agrícola excedía los requisitos óptimos de producción del agro. La economía planificada tenía como prioridad garantizar el sustento y el empleo a todos los ciudadanos, por lo que no se veía ningún problema con los rendimientos decrecientes, siempre y cuando sean mayor a cero. Los objetivos del plan se fijaban con relación al total del excedente, dado que el Estado se quedaba con un porcentaje de lo producido, mientras mayor fuera el producto total, mayor cantidad retenía el Estado. Esto condujo a que existiera una tendencia al crecimiento involutivo, en el que mayores cantidades de producto se obtenían a cambio de una menor productividad per cápita.

Luego de 1978, la cuestión agraria tomaría un nuevo rumbo bajo un conjunto de medidas pragmáticas destinadas a generar mayores estímulos materiales para aumentar la productividad per cápita del agro. En línea con las ideas de los tecnócratas y pragmáticos que ahora estaban en el poder, Chen Yun vicepresidente y jefe en las sombras de la CEP, uno de los principales opositores de las ideas colectivistas de Mao, tomó el control de las políticas agrarias. Bajo la promoción de su idea de que la economía de mercado debía tener un lugar en la construcción del socialismo “como un pájaro en una jaula” (Hu, 2016, p. 34; Vogel, 2005, p. 759), promovió el retorno de la economía campesina privada. Como primera medida se amplió la cantidad de tierras a ser explotadas individualmente de 7% a 15% del total de las tierras cultivables.

También se actualizaron los precios de los productos agrícolas al alza, mejorando los términos de intercambio con la economía urbana. Si bien se mantuvieron las cuotas de producción a ser pagadas al Estado, todo el excedente de producción por fuera de ese porcentaje podía ser comercializado libremente a precios de mercado. Esto fue conocido como el sistema de dos vías y permitió la incorporación de mecanismos de mercado a la par de sostener la dirección de la economía en manos del Estado. Se eliminó el pagó igualitario y se introdujo un sistema de contratos de responsabilidad por hogares, mediante lo cual se transfirió la responsabilidad de administrar las propiedades rurales a los hogares campesinos (P. C. C. Huang, 1990, p. 195).

A partir de 1979 la tierra comenzó a ser devuelta a los hogares campesinos, disolviendo los equipos de ayuda mutua, además se introdujeron metas de producción, pero asociadas a remuneraciones materiales para los campesinos. Si volvemos a la tabla N.° 16, observamos que la introducción de estas medidas permitió un aumento significativo de la productividad per cápita rural en todos los rubros, pero particularmente en los granos. Para 1984 las empresas comunales y de brigadas se convirtieron en empresas de municipios y aldeas, por lo que los municipios y aldeas reaparecieron como unidades administrativas (como podemos observar en la Tabla N.° 14). Para 1985 el 99% de estos equipos habían sido disueltos, con ellos también las Comunas Populares.

La introducción de las empresas de municipios y comunas revolucionó la economía rural, dado que estas funcionaron como un espacio de absorción de la mano de obra excedente en el agro sin generar grandes migraciones hacia las urbes. También servían como ingresos complementarios para campesinos que trabajaban parcialmente en estas industrias. La rehabilitación de los mercados rurales estuvo en el centro de este proceso. Una vez que los campesinos fueron autorizados a vender su producción excedente por sobre las cuotas exigidas por el Estado en el mercado de manera relativamente libre, la productividad agrícola aumentó, posibilitando la liberación de parte de la mano de obra campesina, que ahora pasaría a ser proletaria o semi-proletaria para trabajar en las empresas de municipios y comunas.

El nombre de estas empresas puede ser algo engañoso, dado que la mayoría de estos emprendimientos eran de capitales particulares, aunque existían diferentes tipos de propiedad, de participación estatal, local y mixtas. Estas empresas se dedicaron a actividades de procesamiento en la industria liviana relativamente sencillas, con bajos requisitos de entrada en

cuestión de capital y tecnología, y altamente intensivas en trabajo (Yao, 2011). Pudieron prosperar en el contexto de la ampliación de los mercados de consumo locales, pero en gran mayoría como proveedoras para el capital trasnacional que comenzó a operar en las ciudades designadas como Zonas Económicas Especiales. Estas pequeñas y medianas empresas se dedicaron a la elaboración de productos de consumo masivo, aprovechando los bajos costos salariales del trabajo rural y las redes de producción y comercialización que se abrieron con la Reforma y Apertura.

La implementación del sistema de contratos de responsabilidad de hogares para el campo permitió que la economía rural operara con base en los cálculos de marginalidad del trabajo, mejorando la productividad de las granjas y liberando parte del trabajo excedente, rompiendo la trampa del crecimiento involutivo (P. C. C. Huang, 1990, p. 18). Es decir que este sistema es el que permitió que aumentara la productividad per cápita en las zonas rurales, impulsando un aumento del excedente rural. El impacto más profundo que tuvo fue la introducción un mercado de trabajo relativamente libre (aunque aún limitado por la implementación del hukou), que serviría como base para la expansión de las industrias rurales de municipios y comunas. En este sentido, se cumplió en parte con los objetivos que Mao se había planteado durante el Gran Salto Adelante, es decir, aprovechar el trabajo rural excedente para impulsar la producción industrial. No obstante, en lugar de priorizar la industria pesada (como el acero) motorizada por la demanda del Estado (gasto militar), los campesinos (ahora en parte proletarios) se dedicaron a la producción de bienes de la industria liviana destinados al consumo directo, una tarea para la que estaban más capacitados que para la producción de acero. Este tipo de industrias rurales formaban parte del patrón histórico de desarrollo de China desde al menos la dinastía Qing, y habían continuado siendo competitivas durante el período republicano (Chang, 2003b; Myers, 1991; Rawski, 1989; Sugihara, 2003). Esto en gran parte fue posible porque se abrieron nuevos mercados de consumo alrededor del mundo, gracias al cambio de la política exterior y la apertura de relaciones con EE.UU. y sus aliados regionales (Japón, Corea del Sur, Taiwán y Singapur principalmente). Es decir que, la incorporación plena de China en la EM-C durante la década de los ochenta generó las condiciones externas para motorizar las reformas internas, particularmente la transformación de la economía agrícola, la liberación de la mano de obra y su relocalización en las manufacturas livianas destinadas al consumo.

d) La economía urbana

Uno de los principales problemas que atravesó la industria en China es que el crecimiento del sector urbano manufacturero sobrepasaba la capacidad del sector primario de proveer el excedente necesario para su desarrollo, ya sea en forma de insumos y materias primas o de divisas necesarias para la importación de maquinaria o insumos extranjeros. Esto es lo que señalamos que sucedió durante el proceso de desarrollo espontáneo que vivió el sector urbano-industrial durante el gobierno de Beiyang (1914-1927). Durante el período donde primó el libre mercado y la propiedad privada de los medios de producción, China fracasó en sus intentos de modernización. Un modelo de crecimiento y desarrollo planificado centralmente debió entonces atender al desarrollo rural como la base para la expansión de la industria. Por ello la reforma agraria, el control directo de la producción por parte del Estado, la expropiación de la capacidad de decisión administrativa de los productores directos, el control monopólico de la comercialización y el aumento de la capacidad fiscal la burocracia fueron todos requisitos fundamentales para la implementación de los planes de desarrollo en China. Este grado de penetración de la burocracia en la sociedad agraria, en particular en la producción agrícola, sin la intermediación de terceros (como terratenientes o elite letrada) le confirió al nuevo Estado un alcance administrativo que el Estado imperial nunca tuvo. Mediante esta nueva estructura administrativa y mediante el control sobre la producción, el Estado logró centralizar el excedente agrícola para redireccionarlo hacia las ciudades y la industria.

La contracara de la reforma agraria fue la reforma urbana. La propiedad privada fue eliminada mediante diversos mecanismos coercitivos y puesta bajo control estatal. Mientras la reforma agraria atacó los derechos de propiedad de los terratenientes en favor de los campesinos pobres y sin tierras, en Manchuria y en las ciudades portuarias fueron expropiados los grandes capitales extranjeros y la burguesía intermediaria (Maddison, 2007, p. 62).

No obstante, la RPC se encontraba en una compleja situación en la que para lograr los planes de modernización era necesario concentrar todo el excedente posible en la industria. Encontrándose aislada del sector más dinámico de la economía-mundo capitalista, China contaba con asistencia técnica del gobierno soviético para el desarrollo de grandes emprendimientos industriales, principalmente en el sector privado. Esta asistencia iba desde el

financiamiento hasta la presencia de ingenieros y técnicos soviéticos, transfiriendo conocimiento y tecnología. Sin embargo, en el plano internacional, China era un Estado con reconocimiento parcial y tenía vedado su acceso a los mercados occidentales en el contexto de la Guerra Fría. Por lo que ya sea de manera voluntaria o involuntaria, la economía China estaba parcialmente desanclada de la economía-mundo capitalista.

Esta realidad condujo al país a optar decididamente por una estrategia de desarrollo semiperiférico, es decir, al fomento de sus industrias nacionales mediante subsidios o protección de la competencia internacional, o a la completa monopolización por parte del Estado del mercado nacional (Wallerstein, 1979, p 30). Aunque China no podía operar por fuera del Sistema Mundo Capitalista, esta estrategia de retirada voluntaria de las redes de intercambio global le permitió al Estado minimizar la transferencia de excedente hacia el centro sistémico mediante el intercambio desigual y la fuga de capitales (M. Li, 2008, p. 30). Pero la contracara de esta estrategia es que la economía china se encontró aislada también en términos financieros y el principal problema que tenía la industria china era el ahorro y la inversión, junto con el acceso a tecnología moderna. La falta de acceso a capitales transnacionales (con excepción de la asistencia soviética) y a porciones significativas los mercados mundiales tanto de mercancías como de capitales, creó una situación por demás difícil para financiar sus planes de desarrollo. El Estado necesitaba generar el excedente necesario para financiar la industria y la única fuente lo constituyó el sector agrario.

Las ideas relacionadas con el autosostenimiento, la autosuficiencia y el localismo se volvieron centrales para el desarrollo de un país cuyo acceso a la tecnología era limitado y cuya capacidad de financiamiento lo era aún más. Este escenario motorizó la idea de autosuficiencia que caracterizó todo el período entre 1949-1978, mientras el gasto social era ejecutado por las empresas estatales y el Estado mantenía un compromiso férreo con el pleno empleo (lo que implicaba que las empresas no podían despedir a sus trabajadores).

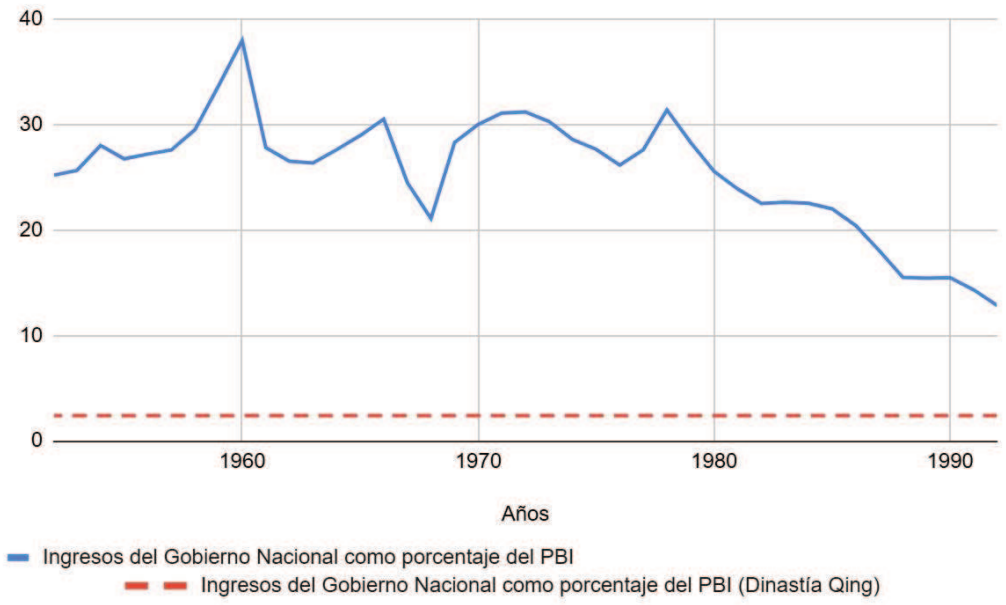
Mediante la implementación del sistema hùkǒu y con la colectivización del campo, el Estado aumentó su capacidad fiscal y logró mejorar las finanzas nacionales. En la figura N.°4 podemos observar la recaudación impositiva como porcentaje del PBI para todo el período. La línea punteada color rojo refleja la capacidad fiscal del Estado imperial durante el final de la dinastía Qing, cuando el Estado había intentado motorizar un proceso de modernización industrial durante el movimiento de autofortalecimiento. Como ya hemos indicado, la destreza

del Estado para extraer de manera efectiva tributo de la sociedad es uno de los elementos centrales de la fortaleza estatal. En ese sentido, la recuperación de la capacidad fiscal del Estado es un dato que refleja el éxito del autofortalecimiento del Estado encarado por el PCCh y la profundidad que tuvieron las reformas económicas.

Si nos detenemos en la recaudación por sector productivo, observamos que durante los primeros años de la RPC la agricultura continuó siendo la principal fuente de ingresos del Estado, lo que marca una continuidad estructural con sus antecesores (Qian & Sng, 2021). No obstante, a partir de 1955, cuando comienza la colectivización del campo y se implementa la política de los tres fijos en grano 粮食三定 (en pinyin: liáng shi sāndìng) la participación de la agricultura cae por debajo de la industria. Esto se debió a dos motivos, en primer lugar, al éxito del primer plan quinquenal en materia de industrialización, y en segundo lugar, a que los impuestos no fueron la principal forma de extraer el excedente agrícola.

A su vez, la categoría "otros" incluye el financiamiento del gobierno mediante deuda o préstamos externos, por eso es relativamente significativo durante el período 1950-1960 cuando estaba vigente la asistencia soviética, y luego vuelve a cobrar relevancia durante la reforma y apertura desde 1980 en adelante consecuente con la reincorporación plena de la economía china en la economía mundo capitalista.

Figura N° 4: Recaudación impositiva como porcentaje del PBI (1952-1992), comparación con la dinastía Qing



Fuente: elaboración propia, Oficina Nacional de Estadísticas de China

El principal mecanismo de extracción de excedente fue la política de planificación centralizada de la producción que le otorgaba al Estado la capacidad de fijar los precios de los productos. Siendo quien se encargaba del monopolio de la comercialización, era también quien fijaba los precios de los productos agrícolas y de la industria. La política de precios buscó sistemáticamente fijar precios más bajos para los bienes agrícolas que para los bienes industriales. Esto tenía un doble efecto, por un lado, era un mecanismo que reducía el poder de consumo de los campesinos y su capacidad de demanda, liberando mayor porción del excedente para ser destinado a la industria. Por otro lado, mantenía el precio de los alimentos artificialmente bajos, lo que permitió mantener el costo salarial de la producción industrial más bajo. Esto favoreció al proceso de acumulación que se realizó sobre la base del intercambio desigual entre la economía rural y la urbana (Hung, 2015, p. 43; Maddison, 2007, p. 63; Naughton, 2007, p. 56). Los fondos serán redireccionados hacia la infraestructura y hacia la economía urbana (Elleman & Paine, 2019, p. 361). Como podemos observar en la figura N°5 el resultado fue una transferencia masiva de riqueza desde la economía rural hacia los centros urbanos.

Tabla N.° 17: Recaudación por sector productivo expresada en porcentajes, 1950-1990

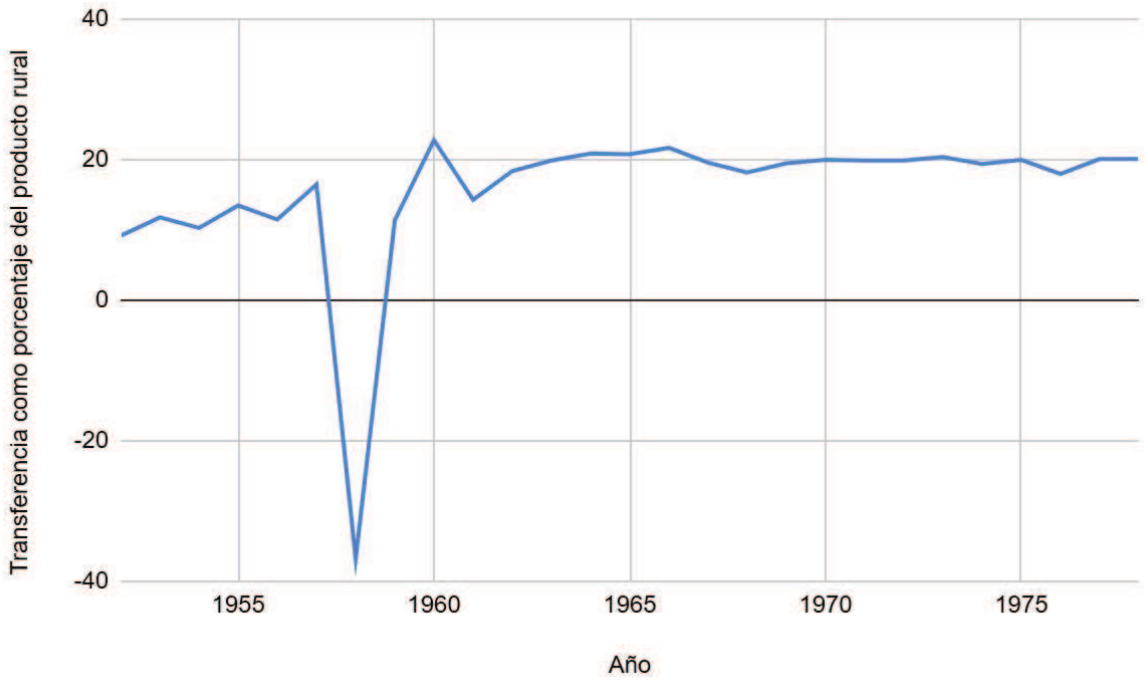
Año/Sector	Industria Liviana	Industria Pesada	Agricultura	Comercio	Transporte	Construcción	Otros
1950	21,9	8,4	39,2	16,4	1,5	0,6	12,1
1955	25,1	18,5	15,1	20,2	7,1	0,7	13,3
1960	24,7	38,8	6,2	16,3	11,1	0,6	2,4
1965	30,1	43,3	7,2	6,7	8,9	0,1	3,6
1970	29,7	43,3	5,3	12,4	7,4	0	1,9
1975	31,8	44,9	3,7	8,4	7,9	0	3,3
1980	34,6	48,1	3,1	1,5	6,5	0,1	6,2
1985	26,4	37,7	4,7	7,7	7	0,4	16,2
1990	21,1	20,1	3.8	21,9	7	1,3	24,8

Fuente: Oficina Nacional de Estadísticas de China, 1993, pp. 185

Las Comunas Populares fueron centrales en este esfuerzo económico porque permitieron que toda la producción agrícola se transfiera a un esquema de producción fabril cuasi-militar bajo control y administración de la burocracia partidaria. Al concentrar el monopolio de la comercialización se eliminaron los mercados rurales, las Comunas utilizaron el excedente rural para comprar fertilizantes y maquinarias al sector industrial urbano a precios elevados, configurando una estructura de intercambio desigual (Hung, 2015, p. 44).

Así, el Estado logró financiar su desarrollo industrial y urbano sobre la base de la colectivización de la tierra en el campo y la política de "precios tijera" entre los productos industriales y agrícolas. La figura N°5 muestra la transferencia de fondos entre el campo y la ciudad como porcentaje del producto rural. Durante los primeros años aumenta hasta casi un 20% para sufrir un colapso durante el período de crisis que representó el Gran Salto Adelante, para luego recuperarse hasta más de un 20% y mantenerse cerca de ese número durante todo el período maoísta.

Figura N° 5: Transferencia de excedente rural a las urbes a través del comercio desigual



Fuente: Hung, 2015, p. 46.

Como resultado, durante el período 1949-1978, el PBI se triplicó, el producto real per cápita aumentó un 82% y la productividad laboral un 58%. En 1952 la industria representaba una séptima parte de la agricultura, para 1978 la participación de la industria sobre el producto igualaba a la agricultura (Maddison, 2007, p. 59). Para la década de 1970, la tasa de acumulación de China (acumulación como porcentaje del ingreso nacional) había aumentado a más del 30%. La industrialización acelerada se financió mediante la represión del consumo, la inversión aumentó rápidamente por sobre un cuarto del ingreso nacional. Para 1954, mientras era un país relativamente pobre, el Estado incrementó su gasto de inversión hasta un 26% del PBI, más del 80% de la inversión estuvo destinado a la industria pesada (Naughton, 2007, p. 56; Qian & Sng, 2021). En la tabla N°17 se nos muestra el gasto promedio del gobierno por décadas del período bajo análisis. El rubro construcción económica representa casi la mitad de todo el gasto del Estado, esto refiere a gastos de inversión industrial, pero también en infraestructura, energía y todo aquello que contribuya a aumentar la capitalización de la economía.

No obstante, China continuaba siendo parte del Sistema Mundo Capitalista y por ende estaba expuesta a una constante presión militar y económica por parte de los grandes poderes. Movilizar los recursos necesarios para la acumulación de capital, desde el sector agrícola hacia el sector estatal, constituyó la estrategia principal para enfrentar estas presiones, es decir, una tradicional estrategia de desarrollo semiperiferica. Mantener el ejército preparado y movilizado implicó un mayor gasto estatal, particularmente en la industria pesada, que fue la que gestó una mayor tasa de acumulación. A su vez, esto se alineaba con la estrategia de desarrollar la industria pesada, ya que el ejército era un gran demandante de productos industriales, particularmente de armamento. El otro dato llamativo es que el Estado fue austero en cuanto a sus gastos administrativos, estos nunca superaron el 10% del gasto total e incluso por momentos se vio reducido, lo que marca una continuidad con la política milenaria de mantener un gobierno frugal y que el peso de la burocracia no se convierta en una carga innecesaria para el conjunto de la economía. A pesar de que el modelo de economía centralizada requería de una robusta estructura burocrática, esta se mantuvo controlada, demostrando la eficiencia de la capacidad administrativa del Estado, que con un personal reducido administraba una economía de dimensiones continentales.

Tabla N.º 18: Gasto porcentual del gobierno por grandes categorías

Período	Construcción Económica	Cultura y Educación	Defensa Nacional	Administración	Pago de deuda	Otros
1950-1960	48,1	12,6	26,0	9,5	1,5	2,2
1960-1970	55,3	14,2	18,6	6,1	1,6	4,3
1970-1980	58,5	12,2	18,3	5,2	0,6	5,5
1980-1990	48,9	21,4	10,7	9,7	3,7	5,7

Fuente: Oficina Nacional de Estadísticas de China, 1993

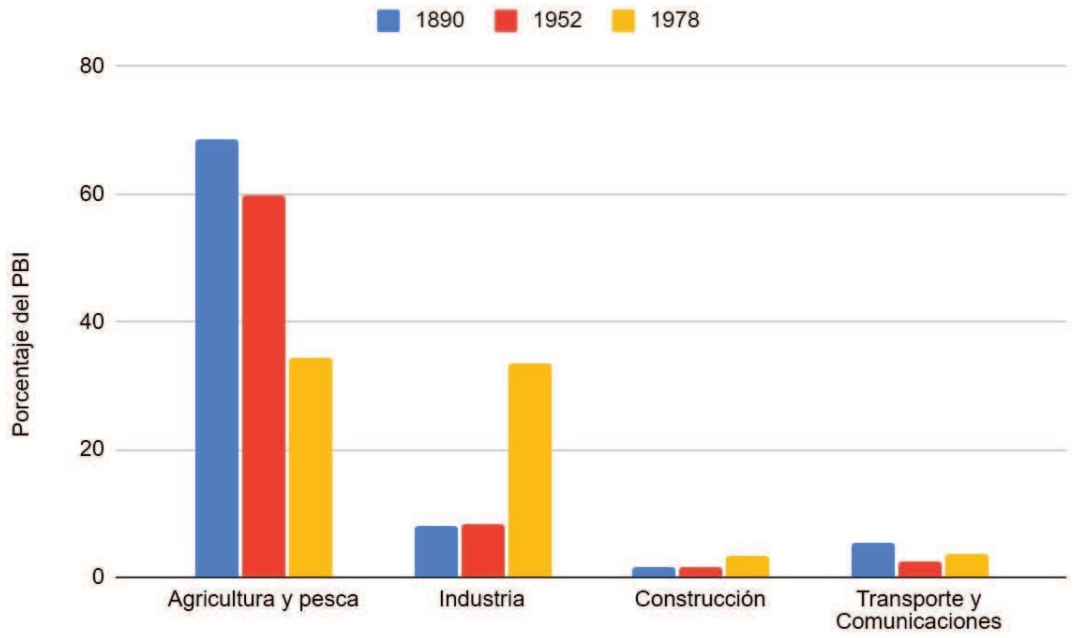
Durante la primera década de gobierno comunista la industria creció a paso acelerado. La base del modelo industrial fueron las empresas estatales. La adopción del modelo de planificación centralizado de estilo soviético implicó que la industria se desarrolló sin la necesidad de contar con un sistema financiero privado o instituciones de mercado. Desde 1952 a 1955 el gobierno promovió la política de empresas mixtas entre el Estado y el capital privado. Durante este período, muchos capitalistas privados se reconvirtieron en administradores a sueldo del Estado de sus empresas reconvertidas en cooperativas de propiedad mixta. No obstante, durante la Campaña de las Tres Anti 三反 (pinyin: Sānfǎn) (contra el burocratismo, el despilfarro y la corrupción) y la Campaña de los cinco anti 五反
(pinyin: Wǔfǎn) (contra el soborno, el fraude, la evasión, el robo de información y el robo de bienes públicos) estuvieron dirigidas a consolidar el poder del PCCh en las grandes ciudades (Köll, 2011, p. 202).

Mediante la movilización de las masas urbanas se quebró la voluntad de los capitalistas chinos y se los sometió al poder del Estado y el control del partido. Por eso en 1955, cuando el gobierno anunció la abolición de la propiedad privada y la estatización de todas las empresas, no existió casi resistencia por parte del empresariado. A partir de este momento y hasta 1978, la industria se desarrolló por fuera de la economía de mercado. Esto también marcaría el final de la clase capitalista en China, de 8.600.000 de emprendimientos privados que existían en 1953, para 1956 tan solo quedaban 160.000. (Xiaocai, 2011, p. 242).

Como consecuencia de estas políticas se produjo un cambio estructural en la economía China, desde una economía predominantemente rural hacia una en la cual la producción de

manufacturas ocupara una porción mucho más significativa del PBI. En la figura N° 6 podemos observar la transformación estructural de la economía China desde 1890 a 1978. El quiebre se produce efectivamente con la proclamación de la RPC y la implementación de su programa de reforma económica.

Figura N.° 6: Estructura del PBI, 1890-1978 (porcentaje del PBI a precio constantes)



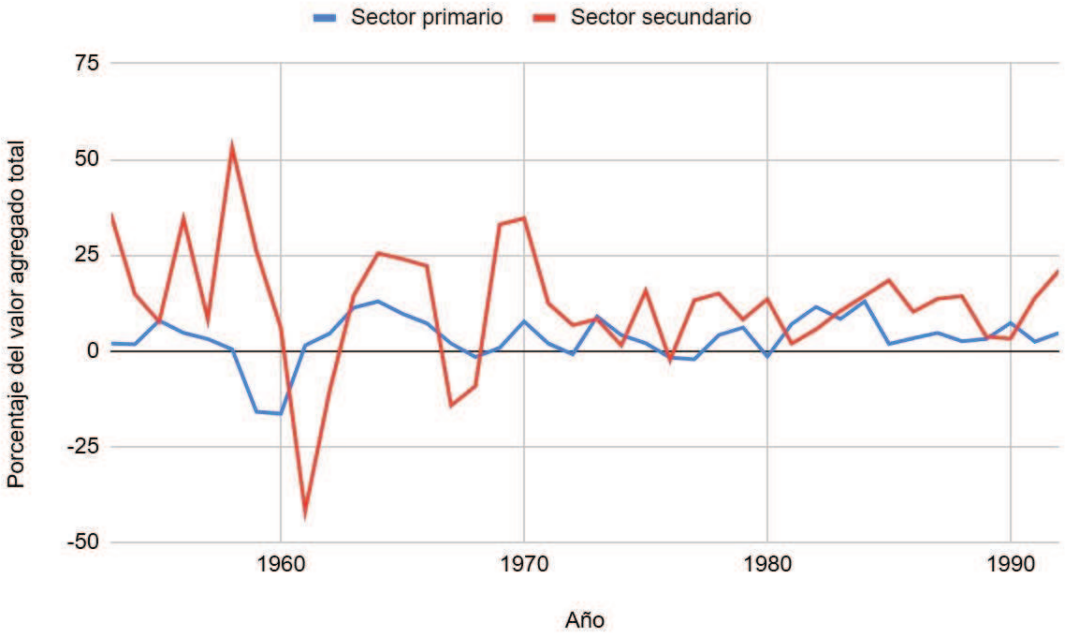
Fuente: Maddison (2007)

Lo significativo es que para 1978, la industria había alcanzado a la agricultura con relación a su contribución al PBI. Esto puede observarse en la figura N° 7 en el que se observa que el valor agregado del sector secundario creció de manera sostenida (con excepción de los años de crisis como 1961-1962 a la salida del Gran Salto Adelante y en 1967-1968 durante la Gran Revolución Proletaria China). Sacando esos años convulsos, el valor agregado de la industria creció muy arriba del valor agregado del sector agrícola, lo que coincide con el escaso incremento del producto per cápita rural, como analizamos en el apartado anterior (ver Tabla N.° 16).

Todo este proceso de industrialización y planificación centralizada trajo aparejado una transformación estructural, pero a cambio una tasa de crecimiento relativamente baja. De los datos oficiales se desprende que el crecimiento promedio del PBI para el período 1952-1978 es de un 6,1% (ver figura N° 8). Sin embargo, estos datos están sobreestimados como resultado

de la manipulación de precios industriales que exageran el crecimiento industrial sobre el total del PBI. Una revaluación de estos datos arroja un crecimiento promedio de 4,4%, si a esto agregamos que la población se incrementó a un promedio de 2% interanual y que una gran porción del crecimiento se destinó a la inversión, el incremento del consumo promedio de una familia no supera el 1% para el período (Perkins, 2014, p. 50; Perkins & Rawski, 2008, p. 840).

Figura N.° 7: Valor agregado por año del sector primario y secundario como porcentaje del total del valor agregado, 1952-1990.



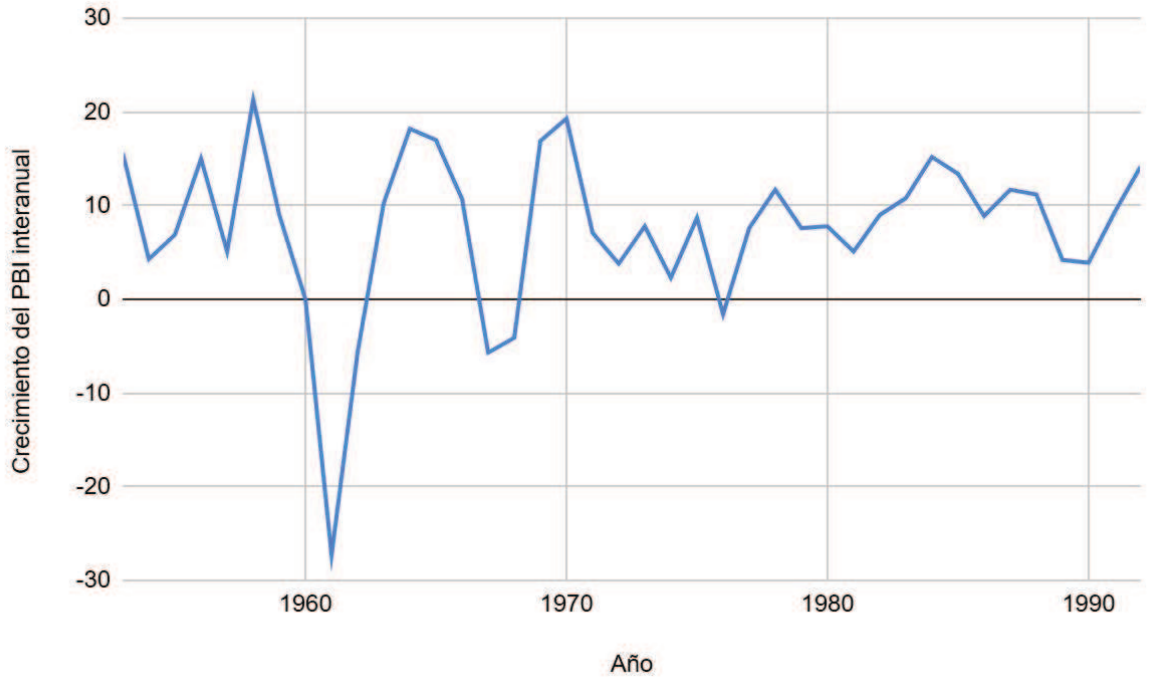
Fuente: Oficina Nacional de Estadísticas de China

No obstante, un elemento importante a destacar es que la acumulación de capital industrial que se realizó durante este período de aislamiento se hizo sin contraer una deuda externa significativa (ver Tabla Nº 18). Este elemento es importante de resaltar porque la RPC pudo evitar la trampa del endeudamiento y continuar siendo autónoma de las redes financieras controladas por Occidente. Esto se debió a dos cuestiones, por un lado, la situación de paria internacional que describimos anteriormente que dejó a la economía china parcialmente aislada de la EM-C. Pero, por otro lado, debido a la política de autosuficiencia cultivada por el comunismo en su versión maoísta.

Los bajos niveles de deuda externa evitaron que el sistema bancario y financiero del país sea capturado por las redes financieras controladas por Occidente (Friedman, 1999, p. 249; Hung, 2015, p. 48). De esta manera se preservó la autonomía externa posibilitando una

estrategia de inserción autónoma no condicionada por los organismos internacionales de crédito, lo que otorgó al Estado la capacidad de dictar el ritmo de las reformas económicas evitando las terapias de shock, la fuga de capitales y la destrucción del entramado industrial acumulado durante el período maoísta.

Figura N° 8: crecimiento interanual del PBI, 1952-1992.



Fuente: Oficina Nacional de Estadísticas de China

Para 1980 China contaba con una densa red de industrias pesadas controlada por el Estado, una población rural bien alimentada, saludable y educada que conformó una enorme reserva de trabajo acumulado, y un Estado con doble autonomía, externa de las redes controladas por occidente e interna frente al conjunto de la sociedad. Sin embargo, para 1978 el modelo de planificación centralizada y de desarrollo de la industria pesada alcanzaría sus límites, lo que trajo un nuevo proceso de transición político y económica. Sobre este legado es que se desplegaron las reformas económicas de Deng Xiaoping.

e) Reforma y apertura: Dos tradiciones convergen en el ascenso del Estado contrincante semiperiférico.

Si bien se habían logrado avances significativos en el crecimiento económico y en la acumulación de capital, para mediados de la década de los setenta China se encontraba en las puertas de una crisis económica, habiendo alcanzado el límite del crecimiento basado en la autosuficiencia. Sin incrementos significativos en la productividad agrícola y aislada de los mercados de consumo y financieros mundiales, no había más margen para reinvertir en la industria. El atraso tecnológico era uno de los principales problemas, tanto en la industria como en el sector primario. A su vez, la RPC estaba siendo dejada atrás por sus rivales regionales, no solo el caso de Japón, sino que a eso se sumaban las experiencias de los Tigres Asiáticos, cuyas economías habían crecido a tasas superiores y mostraban un mejor desempeño per cápita de su PBI (Friedman, 1999; Naughton, 2007; Sugihara, 2003).

Estos países se beneficiaron de la estrategia de desarrollo por invitación desplegada por los EE.UU. en la región (I. Wallerstein, 1979, p. 80). Utilizando sus poderosos Estados desarrollistas, generaron las condiciones para la efervescencia de una economía de mercado orientada hacia las exportaciones. El acceso a los mercados de consumo occidentales les proveyó de la demanda necesaria para motorizar sus industrias de bienes de consumo que no encontraban espacio para realizarse en los magros mercados locales (Lin, Tan, p 163). Estos lograron un crecimiento del PBI mucho más rápido, con tasas anuales del 8-9% durante su industrialización acelerada en la segunda mitad del siglo XX (Friedman, 1999, p. 246; Naughton, 2007, p. 59; Perkins, 2014; Tan, 2021, p. 162). Japón fue uno de los principales difusores de nuevas prácticas y tecnologías de producción a través de la IED hacia Corea del Sur y Taiwán (Katzenstein, 2003, p. 226). El outsourcing de eslabones productivos de menor valor por parte de las empresas japonesas y norteamericanas hacia estos países tuvo el efecto de retroalimentación para los capitalistas locales que se beneficiaron del acceso a nuevas tecnologías, el ingreso a redes de comercialización y del aprendizaje de prácticas empresariales. La RPC, había quedado por fuera de esta dinámica productiva regional.

Hacia finales de la década del setenta se fijan los objetivos de las cuatro modernizaciones en la industria, el agro, la ciencia y la tecnología y el ejército, que serían los ejes de la Reforma y Apertura. Esta política marcó el cambio en la RPC desde una estrategia de desarrollo semiperiférica autosuficiente a una estrategia de desarrollo semiperiférica basada en aprovechar

la oportunidad (I. Wallerstein, 1979, p. 76). Esta oportunidad se presentó en el contexto de la crisis económica mundial que atravesaba el capitalismo desde principios de los setenta y de su reestructuración global. La crisis mundial debilitó a las fuerzas económicas del centro sistémico representado por los EE.UU., lo que se combinó con la debilidad interna de los grupos políticos y económicos en China como resultado de la Revolución Cultural Proletaria y la muerte de los principales líderes comunistas del período anterior.

Los cambios producidos en el Sistema Mundo Capitalista permitieron una política de acercamiento a los EE.UU. y el reconocimiento efectivo de China como un Estado soberano en igualdad de condiciones en el sistema interestatal. Habiendo completado su reconocimiento externo, China obtenía plena autonomía y, sobre todo, igualdad de condiciones por primera vez desde las Guerras del Opio y la firma de los tratados desiguales (1839). Esto marcaría también el ingreso voluntario y pleno de la RPC en el Sistema Mundo
Capitalista.

La RPC volvería a las redes internacionales de intercambio y de finanzas en el momento justo en que se agotaba el crédito blando del período 1975-1980, que llevó a muchos países en vías de desarrollo a intentar cubrir sus déficits externos con deuda. Para 1980 la Reserva Federal de los EE.UU. subió las tasas en un intento por paliar la inflación secando las plazas globales y encareciendo los costos de endeudamiento, lo que condujo a las crisis de deuda en los de la periferia, en particular en América Latina y a los planes de reestructuración impuestos por el FMI (Brenner, 2006, p. 39). Esas dos situaciones condujeron a la elite de la RPC a ser más cautelosas con sus cuentas externas y a intentar promover sus industrias mediante fondos propios o mediante la inversión extranjera directa (Naughton, 2007).

A su vez, la Reforma y Apertura se daría en un contexto en el que el sistema de crédito internacional se estaba cerrando producto de las políticas del Acuerdo de Plaza que provocó el default de muchos países en vías de desarrollo. Este contexto, sumado a la estrategia de autosuficiencia y presupuesto equilibrado de la RPC, evitaron que China caiga en la trampa del crédito barato y el endeudamiento externo, manteniendo su autonomía respecto de las redes financieras dominadas por Occidente, lo que le permitió experimentar con las reformas económicas a su propio paso y no mediante la imposición externa de planes de ajuste estructural (Hung, 2015, p. 65).

El principal legado del período de la economía centralizada fue que la legitimidad del Estado se construyó sobre la base de la movilización de los campesinos en las campañas antiterratenientes. Esto implicó que para el período de la reforma y apertura no existieran sujetos económicos que usufructúan la renta y se beneficiaran de una moneda sobrevaluada para poder importar artículos de lujos (Friedman, 1999, p. 251). La oposición provendría principalmente de algunos elementos dentro del aparato del Estado, entre ellos la propia CEP, que veía reducido su poder sobre la economía a medida que se descentralizaron más funciones a los eslabones intermedios e inferiores del gobierno (Lixin & Fewsmith, 1995, p. 136). No obstante, la antigua guardia comunista había quedado debilitada por los eventos de la Revolución Cultural y no contaba con herramientas para oponerse efectivamente.

En la mayoría de los casos en los que se intentó realizar una transición desde una economía centralizada a una de libre mercado se desataron profundos períodos de hiperinflación, cesación de pagos externos, seguidos de la liquidación del patrimonio estatal (acumulado durante el período de economía centralizada) a precios viles a favor del capital trasnacional (Hickel et al., 2021). La RPC evitó esta trampa, auto imponiéndose las reformas, manteniendo austeridad fiscal, un presupuesto equilibrado y, muchas veces avanzando sobre los derechos de la clase trabajadora, pero a la vez evitando el sobreendeudamiento, la hiperinflación y las políticas de shock (Friedman, 1999; Garnaut, 2018; Tian & Chen, 2022c). El gradualismo de las reformas estuvo en el centro de la estrategia, lo que permitió a los dirigentes del PCCh experimentar con nuevas políticas y a la vez consolidar su legitimidad como los únicos representantes políticos en China.

La inversión extranjera directa desempeñó un papel principal, evitando la inversión de portfolio en acciones o los flujos de capitales de rapiña que asolaron al resto del tercer mundo durante la década de los 80 y los 90. Sobre la base de una economía agraria de pequeños propietarios, sin hiperinflación y con el desarrollo de las empresas de municipios y comunas, China pudo abrirse a una exitosa política de desarrollo industrial orientada hacia las exportaciones.

Así como más de cien años antes, las ciudades costeras se convirtieron en la puerta de entrada del capital extranjero en China a través de los tratados de puertos desiguales y de la apertura forzada de China al mundo, esta vez la política de apertura fue el resultado de una estrategia deliberada por parte del Estado y no la imposición de ninguna fuerza extranjera. Las

zonas económicas especiales comenzaron a operar en 1979 en las provincias de Guangdong y Fujian, con la intención de atraer a los capitales de la diáspora china en Hong Kong y Taiwán para reconectar a la economía con las redes internacionales de producción y comercialización (Arrighi & Zhang, 2011). El ingreso de capitales extranjeros en estas zonas especiales fueron un primer laboratorio para las reformas de mercado, permitiendo que el sector privado de la economía creciera a la par que se iba preparando el terreno para las reformas de las empresas públicas.

La apertura de China coincidiría con el salto tecnológico que tomaron las empresas de la región y su necesidad de relocalizar aquellos eslabones menos productivos en zonas donde el trabajo fuera más barato. Así, China se benefició de la relocalización de capital sumándose a la cadena de valor regional, comenzando por actividades productivas ligadas a la industria liviana y los mercados de consumo, como hicieron el resto de los países del Este Asiático décadas antes. La transferencia de tecnología, de capitales y de conocimiento estuvo en el centro de esta estrategia (Katzenstein, 2003, p. 229). Aunque la IED no representa una gran parte de la economía de China en términos cuantitativos, sí desempeñó un papel importante a la hora de conducir la industria intensiva en trabajo y orientada a las exportaciones (Hung, 2015, p. 56). En relación con el capital transnacional, el Estado fue capaz de negociar con autonomía las condiciones de su radicación incluidas condiciones exigentes de transferencia de tecnología, debido a la ausencia de una clase capitalista local con intereses entrelazados al capital trasnacional que hiciera lobby en favor de sus intereses (Schweickart, 2006, p. 18). Esto tan solo fue posible porque la revolución del 49 eliminó a la burguesía intermediaria y expropió al capital trasnacional, convirtiendo sus propiedades en empresas estatales al servicio de la sociedad.

Para complementar la llegada del capital extranjero, el Estado promovería dos políticas primero, como ya señalamos, fue central la reforma agrícola mediante la disolución de las Comunas Populares y la promoción de los contratos a nivel de hogar, que brindó incentivos a las familias campesinas individuales, lo que resultó en un gran aumento en la producción de granos (Vogel, 2005, p. 757). Esto fue posible de realizar de manera ordenada debido a la inexistencia de una clase terrateniente que pudiera bloquear o aprovechar la situación para su beneficio personal (Schweickart, 2006, p. 17).

La mano de obra excedente sería absorbida por las nuevas empresas de municipio y comunas que se convertirían en la columna vertebral de la estrategia de industrialización orientada hacia las exportaciones y en la base de expansión del naciente sector privado empresarial (Wong, 1997, p. 184; Yao, 2011). Su orientación intensiva en trabajo y baja en tecnología permitió a China recuperar su larga tradición de industrias rurales, retomar el legado de la revolución industriosa junto con la producción en red demostró ser una forma eficiente de insertarse competitivamente en el nuevo momento de la economía mundo capitalista (Chang, 2003b; Sugihara, 2003). Este legado se basó en un patrón institucional que absorbía trabajo, centrado en los hogares campesinos y la economía familiar, ahora ese patrón institucional fue generado por las industrias locales y el accionar del Estado local. Dicho patrón de desarrollo se recuesta sobre una mayor utilización de fuerzas humanas sobre fuerzas no humanas. Así se logró reconducir el patrón de desarrollo de la economía china desde uno de baja productividad y crecimiento moderado, a uno de productividad creciente y de crecimiento acelerado (P. C. C. Huang, 1990; Hung, 2015; Wong, 1997).

Esto no podría haberse logrado sin la profunda transformación estructural que generó el período anterior. La economía centralizada dejó como legado un incremento de la base industrial del país, una mejora en las condiciones de vida, salud y educación de la población, una base impositiva sólida que sostenía un aparato administrativo austero y con capacidad de decisión política. A su vez la mejora en la expectativa de vida al nacer y las tasas de alfabetización se produjeron sobre la base de un PBI per cápita muy bajo, por lo que el modelo de planificación centralizada demostró su eficacia en proveer bienes públicos a sus ciudadanos a pesar de un contexto de relativa escasez económica y donde el excedente se destinaba mayoritariamente a la promoción industrial (M. Li, 2016, p. 67; Perkins, 2014). Esta mejora de las condiciones de vida fue parte del pacto social que se estableció entre campesinos y el PCCh en la lucha contra el GMD en la guerra civil, el partido debía captar y responder a las preocupaciones de los campesinos (Shue, 1994, p. 73). Esta tradición del PCCh de ganarse el favor de los campesinos atendiendo a sus necesidades, se remonta a la larga tradición de contrapeso que encontró el Estado imperial en su base social de apoyo, que eran los campesinos propietarios (Deng, 2002). No obstante, mientras el Estado imperial daba respuesta a través de políticas fisiocráticas y bajos impuestos (Dinzin Zhao), el Estado conducido por el PCCh se propuso utilizar la fuerza social del campesinado para transformar radicalmente la economía

china. El gobierno garantizó el bienestar de las masas, recuperando, pero a la vez superando el viejo lema del movimiento de autofortalecimiento, un "estado rico y un ejército fuerte" (G. Huang, 2021; Kuo & Liu, 1978), incorporando la dimensión social. De allí su legitimidad para luego promover las reformas durante la década de los ochenta. Esta línea de masas converge con la larga tradición político-burocrática milenaria, en la que la elite confuciana gobernó de manera eficaz cuando puso por delante los intereses del campesinado (J. K. Fairbank & Goldman, 2006, p. 386).

El Estado logró promover el cambio estructural no sobre la destrucción del campesinado, sino sobre el aumento del producto agrario y su uso para mejorar tanto la vida de los campesinos como para generar el excedente necesario para la industrialización de las ciudades. De esta manera, la modernización se logró no sobre la internalización del patrón industrial occidental de uso intensivo de capital y energía fósil, sino mediante la revitalización de un patrón original de industria rural basado en la revolución industriosa (Arrighi, 2009).

En este sentido, el caos de la Revolución Cultural Proletaria puede comprenderse como el esfuerzo de un sector del partido por evitar la emergencia de un estrato de capitalistas burocráticos privilegiados en las ciudades que terminaran asfixiando la economía rural. La remoción de cuadros hacia las zonas agrarias y la disrupción de la producción industrial en las ciudades, tuvo como consecuencia una caída de la producción de las empresas estatales, pero un aumento de los productos y la demanda en las Comunas Populares, de las cuales emergerían luego las empresas de municipios y comunas. A su vez, el trabajo en las industrias de las Comunas les otorgó a muchos campesinos sus primeras experiencias en el trabajo manufacturero, contribuyendo a su reserva de habilidades (M. Li, 2008, p. 30; Putterman, 1997).

La flexibilización de los controles sobre la movilidad interna, permitió que los campesinos se desplacen largas distancias para buscar empleo, a veces estacionales o temporales. Esta combinación de pequeños campesinos propietarios que parcialmente trabajan en la industria local, produjo que las empresas locales absorbieran una gran cantidad de trabajo a costos relativos menores que en las ciudades, dado que estas no debían garantizar viviendas ni otros derechos sociales a sus trabajadores. En este sentido, la existencia de una gran masa de campesinos propietarios constituyó una "ventaja del atraso" que el Estado y los empresarios supieron aprovechar exitosamente. Esto también permitió al gobierno contar con una nueva base de recaudación fiscal, aliviando el peso sobre la economía campesina. A su vez, el Estado

ordenó que el 50% de las ganancias de esas empresas debía ser reinvertido localmente, fomentando el desarrollo y forzando a los gobiernos locales a mejorar la provisión de servicios públicos e infraestructura (Arrighi & Zhang, 2011; S. Chen et al., 2011).

La descentralización administrativa y fiscal hacia los gobiernos locales introdujo una lógica de competencia entre las provincias por demostrar mejores tasas de rendimiento en cuanto al crecimiento económico e incentivó a los cuadros locales a experimentar con mayores reformas (W. Liu, 2018). En esto continuó jugando un rol principal el PCCh, dado que continuó siendo uno de los principales mecanismos de ascenso social, la existencia de premios y promociones dentro de la estructura del partido para aquellos cuadros exitosos en implementar la reforma y apertura, así como la posibilidad de convertirse en miembro del partido para nuevos administradores locales constituyó un estímulo y una herramienta de control poderosa en manos del Estado central.

La estrategia de exponer a las empresas estatales a la competencia, tanto entre ellas, como frente al capital extranjero, las empresas de municipios y comunas y los nuevos capitales privados que fueron emergiendo al ritmo de la liberalización de la economía se realizó de manera gradual (Song, 2018). Si bien esto condujo a un declive de la participación de las empresas estatales en la creación de empleo y en el total de la economía, el Estado nunca se retiró de sus funciones económicas ni permitió la privatización abrupta de todo el sector público (Hung, 2015, p. 63). En todo caso, el rol del Estado como promotor de estas políticas le aseguró mantener la centralidad en la conducción política de las reformas y el control sobre la economía (Arrighi & Zhang, 2011). Este proceso, en lugar de fomentar la economía de mercado mediante la privatización de los bienes públicos, contribuyó al crecimiento paulatino de un sector privado autóctono al interior de la economía planificada, que eventualmente se expandiría para volverse más importante que el sector público en términos de producto y fuente de empleo (Hung, 2015, p. 72).

Parte central de las reformas fue la rehabilitación social de los empresarios como actores sociales importantes en el desarrollo de China. De hecho, el período de reformas inició sin una clase capitalista autóctona. Este fue un hecho de enorme importancia. No solo esta clase social no podía bloquear cualquier cambio estructural serio, tampoco existía como un agente o apéndice del capital trasnacional, como había sido la burguesía intermediaria que se desarrollara en las ciudades de los tratados de puertos. En todo caso, la clase capitalista que se ha permitido

y fomentado surgir, ha sido mucho más emprendedora que las clases capitalistas precedentes. Esta clase capitalista surge por acción del Estado y sus intereses están subordinados y alienados con la promoción del desarrollo nacional (Arrighi & Zhang, 2011; Schweickart, 2006).

El Estado buscó restituir y garantizar ciertos derechos concernientes a la propiedad privada, con el objetivo de generar mayores estímulos para la iniciativa privada en el plano productivo. Sin embargo, el Estado y el PCCh nunca apuntaron a soltar su capacidad de control social sobre la sociedad. El recuerdo de como la economía libre de mercado había fracasado en garantizar la industrialización y el desarrollo de China y, como los capitalistas chinos habían degenerado en una forma de capitalismo burocrático rentista, generaba reservas en la cúpula encargada de las reformas económicas. Por lo que, con el objetivo de mantener el control y poder de regulación sobre la economía y, basado en la propiedad estatal sobre toda la tierra, lo que el Estado otorgó fueron derechos de uso pero no derechos de propiedad efectivos, sobre las propiedades residenciales y comerciales de los ciudadanos. Por lo que en los hechos lo que se hizo fue retornar a los derechos de propiedad que existían en China previo a 1949 (Tan, 2021, p. 158).

En este contexto es que se produce la rehabilitación política de los empresarios en la sociedad china. Como vimos, los negocios privados no eran una anomalía en China. Durante el final de la dinastía Qing la política de Guāndū shāngbàn (官督商办) otorgó el marco sobre el que el Estado intentó promover el desarrollo industrial del país. En el proceso, muchas de esas empresas dieron lugar a grandes hombres de negocios que, eventualmente, se hicieron con el control y la administración privada de las empresas que se crearon bajo este programa. Durante el período republicano vimos como los empresarios encontraron un espacio de legitimación social, se enriquecieron y comenzaron a ocupar algunos espacios políticos en la administración de las ciudades y en organización privadas de la sociedad civil como la Cámara de Comercio de Shanghái (Bergère, 1989). No obstante, el gobierno del GMD, una vez reunificado el poder del Estado central, avanzó en el control total de la sociedad civil y en la burocratización y estatización de los hombres de negocios. Durante el período de implementación de la economía planificada centralmente estos capitalistas fueron expropiados o forzados a vender sus empresas, algunos se reconvirtieron en administradores de fábricas, mientras que otros ingresaron a cumplir funciones en el aparato del Estado. Los que no fueron asesinados en las campañas de

rectificación o en la Revolución Cultural Proletaria cumplieron funciones importantes en el período de reforma y apertura.

De hecho, muchos de los magnates que surgieron en este período y sus herederos serían rehabilitados por el PCCh a comienzos de la década de 1980. El Estado requería de sus conocimientos y redes en el mundo de los negocios. Muchos de los miembros de sus familias formaban parte de la diáspora china en Hong Kong, Taiwán, Japón, Singapur y los EE.UU. Mediante la promoción de sus parientes a cargos de espacios de poder simbólicos y mediante la creación de nuevas empresas, el Estado pudo atraer la inversión extranjera directa, acceder a nuevos mercados, redes de financiamiento, información y tecnología. Siguiendo lo que parece ser un modelo inverso de las empresas Guāndū shāngbàn (官督商办), esta vez el gobierno proporcionó toda la inversión financiera, y los antiguos empresarios privados contribuyeron con su reputación, capital y redes personales tanto dentro como fuera de China (Xiaocai, 2011, p. 205).

Uno de los casos más emblemáticos fue Rong Yiren (1916-2005). Considerado como uno de los empresarios más ricos durante el período republicano, luego del triunfo comunista acompañó la iniciativa del Estado para estatizar el sector privado y asistió en la transición de su conglomerado a manos del Estado. En 1979, se le encomendó la tarea de ser una especie de embajador privado en busca de inversiones en el extranjero, en ese contexto se fundaría la China International and Trust Corporation. Para 1993 sería designado como vicepresidente de la RPC, una posición principalmente ceremonial, pero que simbolizaba el papel que ocupó en la apertura del país. Otro caso similar sería de Wang Guangying, quien recibiera el título de "capitalista rojo" de parte del propio Zhou Enlai. Wang era el cuñado de Liu Shaoqi, quien sirvió como presidente de China entre 1959 y 1969. La característica de estos capitalistas es que todos gozaban de buenas relaciones con el PCCh, con la excepción del período durante la Revolución Cultural (1966-1976), cuando fueron perseguidos políticamente. Wang también había cooperado en la transición de su empresa con el PCCh durante el proceso de estatización socialista, por lo cual había continuado como administrador de la misma.

Mediante este tipo de políticas, el Estado fue dando margen de maniobra a los empresarios para que desempeñaran roles cada vez más importantes en la administración y gestión de la economía privada. Sin embargo, el Estado y el partido no retiraron su poder de regulación sobre estos actores, sino que los fueron creando y moldeando para servir a los intereses generales del

plan económico. Así, los empresarios se beneficiaron económicamente de colaboración con el Estado, mientras que este logró mantener un firme control del proceso de desarrollo económico, evitando la emergencia de un poder autónomo privado que pudiera desafiar su control sobre la sociedad (Ma & Rubin, 2019). De esta manera se promocionó la resurrección del sector privado, pero bajo condicionamientos y parámetros sociales, económicos y políticos marcados por el plan económico del gobierno (Xiaocai, 2011, p. 207).

Esta política hacia el sector privado marca una continuidad histórica con el patrón de construcción estatal de China, es decir, el rol político subordinado que ocuparon los empresarios parece estar condicionado por la permanencia y persistencia de un Estado autoritario (Cabestan, 2019). Los empresarios pueden gozar del patronazgo estatal, siempre y cuando sus intereses estén alineados con los del gobierno, en cuanto se desvían de ese patrón quedan expuestos a perder el favor del Estado, e incluso ser perseguidos judicialmente (Y.
Wang, 2016).

La transición económica ha dado como resultado la emergencia de una nueva clase capitalista, particularmente entrecruzada con el aparato del Estado (Nogueira & Qi, 2019). Así es que el Estado ejerce su autonomía interna y su predominio sobre el capital privado, mediante la red de patronazgo estatal y la presencia y control que ejerce el PCCh en las grandes empresas, estas pueden ser forzadas a fusionarse, a cooperar en rubros como el desarrollo tecnológico o a invertir en nuevas ramas de producción (Miranda, 2018). Aunque el Estado se retirara de la planificación centralizada optando por el desarrollo de una economía de mercado, este no perdió su peso sobre la actividad económica, donde continúa ejerciendo su influencia a través de un núcleo de empresas estatales no financiarizadas, el control sobre las finanzas a través de un puñado de grandes bancos estatales (D. Chen et al., 2017) y, detentando la propiedad estatal de toda la tierra sobre la que se asienta el capital (Ma, 2012). También a través de instrumentos políticos como los planes quinquenales o los planes de desarrollo tecnológicos y productivos (L. S. Chen, 2022). El control que el Estado detenta sobre los precios de los mercados de factores como el trabajo, la tierra, las materias primas y el capital crean una situación particular en la que puede fijar la tasa de ganancia del capital mediante la manipulación de estos precios. De esta manera, el Estado puede desactivar la principal amenaza de la clase capitalista que es la huelga de inversiones, esta herramienta de boicot le está vedada a la clase capitalista china y, por lo tanto, carece de autonomía y no es en los hechos una clase dominante (Schweickart, 2006).

Luego de casi ciento cincuenta años de experimentación el Estado chino logró consolidar un modelo de incorporación voluntaria en la economía mundo capitalista que no lo relegaba a un lugar subordinado en la jerarquía de poder y riqueza y, que tampoco la convirtiera en un apéndice del capital trasnacional sin autonomía política en el sistema interestatal. La doble autonomía, interna, sobre los capitalistas y demás actores de la sociedad civil y, externa, sobre el capital trasnacional y las redes financieras controladas por Occidente como de su aparato militar, fueron las dos condiciones básicas para la emergencia del Estado contrincante semiperiférico y su ascenso en la jerarquía de poder y riqueza.

Conclusiones

En los últimos cuarenta años, China ha atravesado un proceso de crecimiento económico que le permitió ascender en la jerarquía de riqueza del Sistema Mundo Capitalista. A pesar de partir de una posición periférica en la economía-mundo capitalista, China logró desarrollar un Estado con la capacidad no solo de proteger a sus empresas, sino de promover su reposicionamiento en dicha economía. Esto la convierte en una anomalía, no en relación con los procesos de desarrollo que se dieron en el centro, sino respecto al resto de la periferia, donde predominan Estados débiles, sin capacidad de retener el excedente global en sus territorios, sin acumulación de capital y con economías al servicio de la producción para el centro.

De acuerdo con el análisis de sistemas mundo, la producción en cadenas globales de mercancías genera una división internacional del trabajo entre actividades centrales y periféricas. Las actividades centrales son aquellas monopólicas que proveen tasas de ganancias extraordinarias y permiten la acumulación de capital, mientras que las periféricas son verdaderamente competitivas y tienen tasas de ganancias menores. Esto, combinado con los mecanismos de intercambio desigual en el mercado entre productos centrales y periféricos, genera que la acumulación de capital en la periferia sea muy baja, dificultando la capitalización, reduciendo los volúmenes de consumo y bienestar económico.

Las actividades centrales se basan en el monopolio, pero la dinámica del mercado y la competencia entre actores capitalistas hacen que los monopolios sean efímeros. Para obtener estas rentas monopólicas, los capitales centrales necesitan estructuras estatales robustas que protejan, mediante mecanismos políticos, sus rentas monopólicas de la competencia. Por lo tanto, los capitales centrales tienden a favorecer y financiar la creación de aparatos estatales poderosos. Por otro lado, las actividades periféricas, al ser competitivas, no requieren de estos aparatos burocráticos y tienden a sabotear la formación de Estados poderosos.

La mayoría de los países periféricos fueron incorporados al Sistema Mundo Capitalista mediante la conquista y colonización. Después de su incorporación, sufrieron un proceso de periferización, donde la estructura económica fue modificada para servir a los intereses del centro. La industria local fue destruida, y se crearon grandes establecimientos extractivos (agrícolas, mineros, hidrocarburíferos) que subordinan el desarrollo económico de la periferia a la expansión del centro.

Esta estructura económica permaneció intacta tras los procesos de independencia, dejando como legado un conjunto de clases dominantes e intereses económicos vinculados al capital extranjero y los mercados globales, generalmente a través de la apropiación de rentas. Estos sectores continuaron influyendo tras la descolonización, saboteando desde dentro la construcción de Estados poderosos y el desarrollo autónomo. Así, la periferia sigue reproduciendo su posición en la jerarquía de riqueza, adoptando una estrategia de desarrollo subordinada.

Sin embargo, la división tripartita del Sistema Mundo implica la existencia de la semiperiferia. Esta región de la economía-mundo capitalista se caracteriza por tener actividades mixtas (centrales y periféricas) y beneficiarse del proceso de outsourcing productivo desde el centro. Generalmente, cuando una actividad monopólica pierde rentabilidad, se desplaza hacia la semiperiferia, donde los costos de producción son menores, mientras que en el centro es reemplazada por una nueva actividad de vanguardia. A su vez, las élites semiperiféricas tienden a promover una mayor participación del Estado en la economía para proteger sus capitales de la competencia externa y mejorar la capacidad de acumulación de capital.

Nuestro análisis busca explicar cómo China, partiendo de una posición periférica, fue capaz de construir un Estado que rompió con esa ubicación en la jerarquía de riqueza. No solo eso, sino que el resultado de este proceso tiene la capacidad de defender sus capitales de la competencia internacional, crear sus propios monopolios económicos, desarrollar tecnología y competir con el centro sistémico. Esto la convierte en una excepción frente a otros procesos de ascenso semiperiférico (como los del Este Asiático), las experiencias de planificación socialista del siglo XX o los procesos de industrialización por sustitución de importaciones en la periferia.

Desde este punto de vista, nos propusimos rastrear el origen de este Estado contrincante semiperiférico, al que atribuimos dos características esenciales: por un lado, su autonomía externa respecto de las redes financieras y de poder de Occidente; y por otro, una autonomía interna que le permite dirigir la acumulación de capital en favor de los intereses políticos de la nación.

Esta doble autonomía es resultado de la incorporación subordinada del Imperio chino en la economía-mundo capitalista y de la respuesta generada por las élites y el Estado chino al proceso de periferización de su economía. Estas respuestas se basaron en dos aspectos: primero, la incorporación de elementos occidentales en los que China estaba en desventaja,

especialmente en tecnología, particularmente militar; y segundo, la recuperación de su larga tradición de construcción estatal, usando al Estado como motor de la modernización económica. La tradición burocrática china y su experiencia en la creación, administración e intervención del mercado fueron valiosas para la modernización económica.

Nuestro análisis abarca el período que comienza con las Guerras del Opio (1839) y finaliza en 1992, con la instauración de una economía socialista de mercado. Identificamos tres intentos de motorizar una estrategia de desarrollo semiperiférica: el primero, a fines del siglo XIX durante el movimiento de autofortalecimiento; el segundo, durante el período republicano, específicamente bajo el gobierno de Nankín (1927-1937); y el tercero, iniciado en 1949 y culminado con la plena incorporación de China en las redes comerciales y su reconocimiento como una nación soberana plena en el sistema interestatal.

Dividimos nuestro análisis en tres períodos: 1839-1914, 1914-1949 y 1949-1992. Nos centramos en tres dimensiones: la interacción y posición de China en la jerarquía mundial de riqueza, el impacto en su estructura productiva y la respuesta del Estado y las élites a este proceso. Priorizamos no solo las rupturas en cada momento, sino también las continuidades en el proceso de construcción estatal y cómo cada etapa aportó elementos que condujeron a la doble autonomía del Estado y a la emergencia de un Estado contrincante semiperiférico.

En el primer período (1839-1914) analizamos los elementos de la estructura económica de China que la situaron en un camino de desarrollo particular y distinto al emprendido por la economía-mundo capitalista en Occidente. Su imperio-mundo era básicamente una enorme economía agraria en la que el Estado se apropiaba de una parte del excedente a través de impuestos y de la renta terrateniente, canalizándolo hacia el mantenimiento de la burocracia estatal. Esta economía agraria se desarrollaba de manera extensiva, incorporando más tierras y nuevos cultivos, lo que permitió una enorme expansión demográfica durante los siglos XVII y XVIII.

Esta expansión demográfica obligó a la economía agraria a utilizar los recursos disponibles de la manera más eficiente posible, generando innovaciones tecnológicas y organizativas que desencadenaron la revolución industriosa. Este era un modelo económico en el que se priorizaba la energía humana por sobre otras fuentes, generando instituciones que absorbían trabajo incluso más allá de los rendimientos decrecientes. En la economía rural, esto provocó una drástica reducción en el ratio población/tierra, lo que llevó a los hogares

campesinos a desarrollar diversas industrias rurales, generalmente vinculadas a cultivos comerciales como el algodón o la sericultura. Estas economías, basadas en el trabajo de mujeres, ancianos y niños, lograron aumentar la producción e incluso generaron una revolución comercial que convirtió a China en el mercado más grande del planeta: una economía de mercado sin capitalistas.

No obstante, esta revolución comercial no trajo consigo el desarrollo de una clase capitalista autónoma ni una mayor capitalización de la economía. Por el contrario, la tendencia de la economía agraria a absorber trabajo más allá de los rendimientos decrecientes, y a basarse en el trabajo de todos los miembros del hogar, mantuvo los salarios bajos, desalentando la emergencia de una economía asalariada. En el campo, esto se expresó en la casi inexistencia de grandes estancias administradas por los dueños de la tierra y basadas en trabajo asalariado. Siempre era más rentable arrendar la tierra a los campesinos y apropiarse de la renta. Esto resultó en una baja capitalización del campo, y aunque el crecimiento total de la economía fue significativo, se dio a costa de rendimientos per cápita decrecientes. Este proceso de crecimiento involutivo caracterizaría a China hasta la década de 1980.

En el plano de la construcción del Estado, existían fuertes mecanismos institucionales y culturales que limitaron la expansión del aparato estatal. Desde la perspectiva de un imperio-mundo, contar con una burocracia que centralizara el excedente rural disperso era un mecanismo efectivo de acumulación, pero tenía un límite. La expansión excesiva de la burocracia no podía ir más allá de lo que la economía agraria podía destinar como excedente. Por tanto, había mecanismos institucionales que restringían la extensión de la burocracia para evitar una crisis económica que pudiera desencadenar una revuelta popular. En China, estos mecanismos estaban presentes en la idea del "mandato del cielo", en la filosofía confuciana que priorizaba un gobierno benevolente y austero, y en la existencia de una política fisiocrática que beneficiaba a los campesinos y perjudicaba otras actividades económicas, como las comerciales y manufactureras.

Este marco institucional generó un cierto desprecio de las autoridades chinas hacia las actividades comerciales y productivas, lo que se tradujo en diversos mecanismos de creación, administración y regulación de mercados y actividades productivas. Esto se refleja, por ejemplo, en la administración de los graneros imperiales, en el monopolio de la sal y el acero, o en la gestión de la economía bimetálica.

Debido a la existencia de estos mecanismos de contención burocrática, la expansión económica y demográfica del siglo XVIII dejó como resultado un Estado demasiado pequeño y una élite demasiado aislada para administrar o gestionar dicha economía. Así, la visión del Estado como un agente despótico y extractivo que limitó el desarrollo de la economía no se ajusta a la realidad empírica de un Estado más bien débil y benevolente. Como resultado, el Estado fue incapaz de dar una respuesta efectiva a las crisis, primero en el plano interno, con la rebelión del Loto Blanco y la crisis económica de 1820, y luego en el plano externo, con la invasión británica durante la Guerra del Opio (1839-1842).

Como resultado de la Guerra del Opio, se firmaron los tratados desiguales y comenzó la era de apertura forzada del Imperio chino a la economía-mundo capitalista, lo que significó la pérdida de autonomía externa. Se cedió el control de las tarifas y las aduanas, y se abrieron cuatro ciudades portuarias al comercio exterior, entre ellas Shanghái, que se convertiría en los años posteriores en el símbolo de la opresión imperialista y del desarrollo de la burguesía china.

La crisis que generó la derrota de los ejércitos imperiales frente a un invasor externo precipitó la implosión del poder interno del Estado, que se vio acosado por sucesivas rebeliones e invasiones externas, que se extenderían hasta la derrota del Imperio de Japón en 1945, constituyendo lo que se conoce como el "siglo de humillación" chino.

La rebelión Taiping fue la más perjudicial, no solo por su impacto material negativo en la economía, sino también por el legado institucional que dejó su resolución. Para enfrentar esta rebelión, el Estado autorizó la creación de milicias locales dirigidas por la élite confuciana. Si bien esta política fue exitosa en sofocar la rebelión, debilitó el monopolio estatal sobre la coerción legítima al delegarlo en múltiples señoríos locales, que rápidamente comenzaron a recaudar sus propios impuestos para sostener a sus ejércitos irregulares. Esto resultó en la destrucción de la capacidad fiscal del Estado, dejando un legado institucional difícil de revertir que erosionó el poder estatal y obstaculizó los intentos de reforma futuros.

El proceso de incorporación de China a la EM-C a través de la violencia militar combinó dos elementos que resultaron en su inserción subordinada en la jerarquía global de poder y riqueza. Por un lado, la derrota militar frente a las potencias occidentales y la firma de los tratados desiguales rompieron la imagen de China como el "Reino del Centro". Por otro, esto desató una crisis de legitimidad interna que contribuyó a la rebelión contra el poder central del Estado.

Este autodebilitamiento del Estado se reflejó en su incapacidad para recaudar impuestos de manera efectiva, ejercer el monopolio de la coerción legítima, y contener la creciente descentralización del poder político, debilitando su aparato burocrático. Como consecuencia, se produjo un proceso de descentralización anárquica o feudalización (fēngjiàn 封建) del poder, caracterizado por el ascenso de las élites locales que llenaron el vacío dejado por el Estado central. Esta tendencia se agravó con la militarización de los gobiernos locales en respuesta a las rebeliones internas, acompañada por una autonomía fiscal (legal y extralegal) para financiar estos aparatos militares.

A pesar de estas dificultades, China no fue reducida a una colonia; por el contrario, mantuvo sus propias instituciones de gobierno. Esta realidad permitió que la élite dominante comenzara a explorar formas de respuesta ante las nuevas amenazas. La "Restauración Tongzhi" (Tóngzhì Zhōngxīng 同治中兴) y el Movimiento de Autofortalecimiento intentaron reformar las instituciones y modernizar la economía para competir con el poder militar de Occidente. El concepto legalista de fù guó qiáng bīng (富国强兵), que abogaba por un Estado fuerte y un ejército poderoso, inspirado en los pensadores del período de los Reinos Combatientes (475-221 a.C.), influyó en el movimiento de autofortalecimiento (zì qiáng yùn dòng 自强运动), que buscó modernizar el ejército y la economía china, adoptar ideas de Occidente y crear un Estado poderoso.

Se crearon nuevas instituciones, como el Zǒnglǐ Yámén (总理衙门), y se implementó la política de Guāndū shāngbàn (官督商办), un modelo de industrialización en el que el capital era aportado tanto por empresarios locales como por oficiales estatales, pero la administración quedaba bajo el control de funcionarios designados por el Estado, generalmente burgueses-compradores del capital extranjero. Esta estrategia dio lugar a la creación de los primeros arsenales modernos, compañías de barcos a vapor, astilleros, ferrocarriles, minas de carbón y plantas siderúrgicas que utilizaban tecnología importada de Occidente y, en algunos casos, capital extranjero en forma de inversión directa.

Sin embargo, el principal problema de esta política fue la limitada capacidad del Estado central para llevarla a cabo, dejando su implementación en manos de burócratas reformistas a cargo de gobiernos provinciales.

Esta estrategia representó un primer intento de mejorar el posicionamiento de China en la jerarquía de riqueza global mediante la acción deliberada del Estado y la élite para promover el desarrollo económico, particularmente en los sectores de tecnologías avanzadas y militar. Por ello, puede considerarse un intento de aplicar una estrategia de desarrollo semiperiférico. No obstante, el Estado imperial y la élite confuciana fracasaron en su intento de modernizar la economía, las instituciones del país y en preservar su propio gobierno dinástico. Esto fue consecuencia del proceso de incorporación a la EM-C y del autodebilitamiento del Estado imperial durante todo el siglo XIX.

A finales del siglo, la capacidad militar, fiscal y administrativa del Estado se había reducido significativamente. Parte de este declive se debió a que las antiguas ideas confucianas de un gobierno frugal seguían teniendo peso, pero sobre todo porque el Estado carecía de una capacidad fiscal efectiva. A pesar de su larga tradición burocrática, el Estado imperial recaudaba una porción relativamente pequeña del excedente rural (principal rubro económico) a través de impuestos. Las crisis y rebeliones internas no hicieron más que aumentar los gastos militares del Estado y reducir sus ingresos. Además, los tratados desiguales cedieron el control de las aduanas y aranceles del comercio exterior, y las potencias occidentales impusieron grandes reparaciones de guerra. Esto limitó la autonomía externa del Estado, impidiendo la implementación de políticas proteccionistas que fomentaran la industrialización o la inversión directa del Estado.

Estos factores fueron las principales causas del fracaso del Movimiento de Autofortalecimiento, lo cual se evidenció en la derrota de la moderna armada china frente al Imperio de Japón en 1895. Durante esta guerra, las tendencias centrífugas y feudalizantes del imperio quedaron patentes cuando algunos ejércitos bajo el mando de los gobernadores se negaron a participar en el conflicto.

Solo después de la Guerra Sino-Japonesa, cuando la existencia misma de China se vio amenazada, las élites reaccionaron más decididamente hacia las reformas en masa. Sin embargo, el alcance de estas reformas era limitado y el Estado tenía dificultades para controlar los acontecimientos, adoptando a menudo una postura reactiva y retrocediendo cuando las reformas enfrentaban objeciones públicas.

El balance de este período, considerando la debilidad externa e interna del Estado y el atraso relativo de la economía y la tecnología chinas, el Movimiento de Autofortalecimiento y

los posteriores esfuerzos de modernización del final de la dinastía Qing, fue un éxito considerable, particularmente en aquellas provincias lideradas por burócratas reformistas, que sentaron las bases para la industrialización de China en el siglo XX. Sin estos avances, China no habría sido uno de los pocos países no occidentales en conservar su independencia durante la era del imperialismo.

Por lo tanto, si bien la estrategia de desarrollo semiperiférico fracasó en términos de garantizar un reposicionamiento del Imperio chino en la jerarquía de riqueza (como sí sucedió en el caso exitoso del Imperio de Japón), esta estrategia posibilitó que China mantuviera su "independencia", aunque su soberanía se viera reducida y su estatus en el sistema interestatal no fuera en pie de igualdad con el resto de los Estados centrales. Mantener sus instituciones propias le permitió experimentar con diversos mecanismos de adaptación y respuesta que sentaron las bases de políticas e instituciones que se retomarían en períodos posteriores.

El fracaso de la dinastía Qing en asegurar las reformas y la continua presión de las potencias imperialistas llevaron al colapso del imperio, la creación de la República de China y a dos décadas de caos interno.

El período republicano (1911-1949) puede dividirse en tres momentos: la República de Beiyang (1912-1927), la década de Nanking (1927-1937) y el período de la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Civil (1937-1949). Durante el primer período, China permaneció unificada de palabra mientras era disputada por diferentes facciones de señores de la guerra y potencias imperialistas. Fue un período de retroceso y debilidad del Estado, que perdió el monopolio de la coerción legítima, la capacidad fiscal, y cuyo aparato burocrático estuvo en retroceso. No obstante, frente al retroceso del Estado, emergieron nuevas clases sociales y nuevos movimientos políticos, inspirados por las nuevas ideas llegadas de Occidente. Este fue el período de oro de la burguesía china, cuyo centro económico y político estuvo en la ciudad de Shanghái. La Primera Guerra Mundial generó las condiciones externas favorables para los productores chinos, que atravesaron un lustro de crecimiento de exportaciones, de sus ingresos y de aumento de la inversión. Este período se concentró principalmente en las industrias livianas radicadas en las ciudades portuarias, que aprovecharon sus estrechos lazos con los capitalistas extranjeros y la protección política que les brindaban los enclaves extranjeros extraterritoriales para escapar del poder del Estado burocrático, acumular capital y hacer crecer sus negocios. Como demostramos, a pesar de los conflictos militares y el caos interno, fue un período de

verdadero crecimiento económico. Gran parte de estas industrias eran herederas de la política de Guāndū shāngbàn (官督商办).

A diferencia del período anterior, la nueva clase burguesa no era un apéndice del poder burocrático del Estado ni tampoco se encontraba subordinada a él. Estos nuevos actores económicos ya no perseguían los negocios tan solo como un medio para obtener bienes de prestigio (como, por ejemplo, títulos imperiales) o bienes materiales duraderos (como grandes extensiones de tierras). Por el contrario, se produjo una revalorización de las actividades comerciales y productivas privadas. Estos hombres de negocios comenzaron a crear sus propias instituciones de representación sectorial y políticas, de las cuales la Cámara de Comercio de Shanghái será la expresión más importante. No obstante, el fin de la Primera Guerra Mundial disolvió las condiciones favorables para los capitalistas chinos, lo que trajo aparejada una recesión económica. La carencia de instituciones monetarias públicas, como un Banco Central que controlara la liquidez y el precio de la plata, condujo a desequilibrios externos importantes.

A su vez, la imposibilidad de controlar los aranceles externos y las aduanas impidió establecer algún tipo de protección a la producción local. Los competidores externos de la burguesía china lograron aprovechar esto en su beneficio, movilizando a su favor a los Estados europeos para que defendieran sus intereses económicos. La burguesía china carecía por completo de esta herramienta, porque el Estado republicano era estructuralmente débil y dependiente de los poderes extranjeros. Esto conducirá a la burguesía a volcarse paulatinamente a la causa nacionalista y en favor de la reconstrucción del poder del Estado.

En el plano externo, China continuaba ocupando una posición periférica. La derrota frente a Japón en 1895 y frente al conjunto de las potencias occidentales en 1905 dejó como saldo mayores reparaciones de guerra y mayor penetración y control de los capitales extranjeros. En particular, dos nuevos poderes emergieron en este período con intereses en China: el Imperio de Japón y los EE.UU.; posteriormente, tras la Primera Guerra Mundial, la URSS surgió como otro actor interesado en los asuntos de China. De la influencia de la URSS se desprenderían la creación del Partido Comunista de China y la reorganización política del Guomindang bajo criterios leninistas, lo que le otorgó mayor capacidad de movilización social y militar. El Primer Frente Único (1925-1927) fue clave en la campaña militar encabezada por Jiang Jieshi para reunificar el país. De la influencia de los EE.UU. emergió una nueva política para China que

eventualmente le devolvería su autonomía tarifaria, así como asistencia técnica y militar en la reconstrucción del aparato del Estado.

La toma de Shanghái por parte de las tropas nacionalistas en 1927 contó con el apoyo de la burguesía local, que veía en el GMD la posibilidad de asegurar un Estado que respondiera a sus intereses económicos y defendiera sus negocios de la creciente militancia sindical comunista. No obstante, la restauración del poder burocrático del Estado significó la caída de la burguesía china, que fue perdiendo su autonomía económica y política, a medida que fue siendo incorporada y absorbida por el aparato del Estado. El ataque a sus instituciones políticas fue abierto; el Estado central no permitía la existencia de ningún poder autónomo a su voluntad. En un primer momento, esto fue favorable a los intereses de la burguesía, que se benefició ampliamente en el plano de los negocios, convirtiéndose en financista del gobierno nacionalista de Nanking. El golpe bancario de 1935 fue el comienzo del fin de la autonomía económica de la burguesía, que fue absorbida bajo un modelo de desarrollo capitalista burocrático. A su vez, el GMD y su Estado dependían en parte de los negocios con la burguesía para financiarse, dado que su penetración en la economía rural del país era inexistente; de hecho, gran parte de la recaudación del gobierno republicano dependía del comercio y de las actividades de base urbana. En el interior de China seguían presentes los caudillos locales que respondían nominalmente al gobierno de Nanking, pero de hecho defendían sus propios intereses, a la vez que las guerrillas del PCCh continuaban operando entre las filas del campesinado. Los terratenientes continuaban apropiándose de gran parte del excedente rural a través de la renta y ejerciendo su poder de dominio sobre gran parte de la sociedad tradicional campesina.

El método de construcción estatal burocrático autoritario del GMD fue absorbiendo o eliminando a todos aquellos movimientos sociales que lo habían empoderado en primera instancia, provocando que "el fortalecimiento" del Estado central terminara generando la paradoja de su debilitamiento. Su poder real se concentraba en las ciudades y en las zonas costeras, mientras que en el interior los caudillos y los terratenientes continuaban gobernando China.

Aunque débil en el plano interno y, todavía en parte, dependiente y atado a los intereses extranjeros por la vigencia de los tratados desiguales, el gobierno de Nanking motorizó un proceso de desarrollo industrial dirigido por el Estado. Si bien durante el período bajo análisis se produjo un crecimiento económico en cuanto a la expansión del PBI, este crecimiento estuvo

mayormente concentrado en las ciudades costeras. La acumulación de capital continuó siendo débil y el Estado no contaba con los fondos necesarios para realizar inversiones en infraestructura moderna, en parte por su debilidad fiscal, y en parte porque una porción significativa de lo recaudado debía ser destinado al gasto militar por el contexto regional bélico. Esto constituyó el talón de Aquiles del segundo intento de promover una estrategia de desarrollo semiperiférica. El éxito relativo de la CNR en promover la industrialización del país mediante empresas estatales reafirmó la larga trayectoria de gestión estatal de la economía y revalidó la creencia firme en los círculos de las élites, existente ya desde el movimiento de autofortalecimiento de la dinastía Qing, respecto a la necesidad del Estado para la rápida industrialización y modernización del país.

No obstante la buena gestión de la CNR como organismo técnico en la creación de las bases del sistema nacional de empresas estatales, sus limitaciones fueron importantes. En primer lugar, la debilidad fiscal del Estado para garantizar el capital necesario para llevar adelante los planes de industrialización limitó la capacidad de acción efectiva de la CNR. Muchos de los planes no pudieron salir del papel porque no existían los fondos para poder llevarlos a cabo. Esta debilidad se expresó en la incapacidad de la burocracia nacionalista de penetrar por debajo del nivel de distrito, dependiendo de la recolección del impuesto rural de los gobiernos locales, de los terratenientes y de los jefes de aldea. Esta dinámica fue una herencia del período dinástico tardío de los Qing que el GMD no pudo revertir, en parte por su alianza estratégica con los terratenientes y los señores de la guerra. El déficit en el presupuesto fue constante durante todo el gobierno republicano, siendo el gasto militar y los servicios de deuda los que mayor porción ocupaban. Para solventar este déficit, el GMD recurrió al endeudamiento, comenzando una política de autodebilitamiento del aparato del Estado que no pudo imponer su capacidad fiscal sobre una sociedad en la cual la resistencia al pago de impuestos y el gobierno pequeño tenían una tradición milenaria. Así, el excedente rural continuó disperso en múltiples unidades productivas familiares rurales, en los terratenientes y en los gobiernos locales, que operaban como intermediarios. El Estado no pudo ejercer el gobierno directo por fuera de la zona del bajo Yangzi.

En segundo lugar, el Estado continuaba sometido al régimen de tratados desiguales que convertía a China en una semi-colonia disputada por múltiples potencias imperialistas. Los derechos de extraterritorialidad continuaban dando ventaja al capital extranjero y ofreciendo un

espacio de evasión de impuestos a los capitalistas locales, que buscaban el refugio de las leyes occidentales, particularmente en la Concesión Internacional de Shanghái. Si bien el gobierno de Nankíng logró recuperar la autonomía tarifaria, el comercio exterior continuó siendo deficitario, demostrando la vulnerabilidad de la posición en la economía-mundo capitalista. Durante la invasión japonesa, los costos crecientes que impuso la guerra sobre el gasto militar y la debilidad del Estado, sobre todo en el frente fiscal externo, generaron que las políticas de desarrollo del GMD quedaran disminuidas por el caos que implicó la guerra.

En tercer lugar, si bien el Estado había logrado reafirmar su autonomía interna sobre los sectores de la burguesía, los terratenientes y los señores de la guerra continuaron siendo factores de poder regionales que limitaron el alcance del Estado, incluso entrando en rebelión abierta en varias ocasiones. A esto se debe sumar la presencia de las bases rurales comunistas, primero durante el Soviet de Jiangxi (1931-1934) y luego durante el período de Yan'an. El Estado falló en garantizar el monopolio de la coerción legítima interna, y su poder continuó en disputa, tanto por caudillos locales como por las guerrillas rurales comunistas.

Por lo tanto, sin poder revertir completamente la dinámica de autodebilitamiento estatal iniciada durante la dinastía Qing y con la continuidad de los tratados desiguales, el GMD fracasó en la construcción de un Estado con doble autonomía, tanto interna como externa. Sin ese primer paso de reafirmación de la voluntad soberana del Estado chino, la estrategia de desarrollo semiperiférica estaba condenada a su fracaso.

El triunfo del PCCh en la guerra civil sobre las fuerzas nacionalistas fue un evento sorpresivo que marcó un antes y un después en la historia de China. La proclamación de la República Popular China el 1 de octubre de 1949 se dio en el contexto del despliegue de un nuevo orden internacional marcado por la hegemonía de los EE.UU. y por la disputa geopolítica con la URSS, que se expresó en la Guerra Fría. A pesar de su victoria en la guerra civil en el continente, la intervención de los EE.UU. resguardó al gobierno del GMD, que se refugió en la isla de Taiwán, impidiendo que se unificara toda China bajo un solo gobierno. Esto generó la paradoja de que el gobierno del GMD y su Estado continuaron detentando la representación internacional de China en los organismos internacionales, como las Naciones
Unidas y frente a otros países. El nuevo Estado de la RPC nació con un reconocimiento parcial en el sistema interestatal. A menos de un año de su creación, el estallido de la Guerra de Corea

la alinearía con el bloque soviético y la colocaría como enemiga de los EE.UU. y de la mayor parte de Occidente.

En ese contexto, la RPC logró, por primera vez, derrotar a las fuerzas militares de Occidente y de la potencia militar más poderosa del planeta, conduciendo la Guerra de Corea a un empate estratégico en el que se crearon dos Estados: uno comunista y otro capitalista. Para China, esto significó la reafirmación de su soberanía externa y generó un respaldo fuerte a la transformación interna del país y al gobierno del PCCh.

Contando con el apoyo y asistencia de la URSS, pero aislada parcialmente de los flujos y estímulos de la EM-C, la RPC se volcó hacia una estrategia de modernización e industrialización sobre la base de una economía planificada centralmente. Debido al bloqueo de EE.UU. y a un contexto en el que el comercio mundial estaba más bien restringido por barreras aduaneras y aranceles, la noción de autosuficiencia y de autonomía fueron los pilares sobre los que se construyó la nueva economía china. La asistencia técnica y económica de los soviéticos será importante en la creación de una parte de la nueva base industrial, pero para 1960 se producirá el quiebre entre ambos países, por lo que la RPC quedará sola en ese campo.

Sobre este escenario, los comunistas se propusieron entonces la tarea de transformar su estructura productiva sobre la base del accionar del Estado. Para ello, debieron reconstruir el poder del Estado en un proceso en el que se fusionaron tres corrientes históricas diferentes pero convergentes: el modelo de planificación centralizada de la economía de inspiración soviética, la experiencia de gobierno del PCCh en las zonas liberadas durante la guerra civil y la larga tradición burocrática imperial milenaria.

El principal legado del período maoísta fue la creación de un Estado central, poderoso y unificado para gobernar China. Este Estado, a su vez, se encontraba gobernado por una élite política que estaba unificada en torno al objetivo principal de modernizar y desarrollar la economía del país. La representación política de esa élite estaba dada en el PCCh, que le otorgaba una homogeneidad ideológica y un método de gobierno común. La fortaleza del Estado se vio reflejada en el autofortalecimiento de su estructura mediante dos estrategias: las campañas de masas 运动 (yùndòng) y el fortalecimiento de sus oficinas burocráticas 官僚 (guānliáo).

Mediante el despliegue de las campañas de masas, se lograron múltiples objetivos, siendo la más importante de ellas la campaña por la reforma agraria. Esta campaña no solo trajo mayor

igualdad económica y social, sentando las bases de la recuperación de la economía agraria, sino que terminó de una vez y para siempre con el dominio de los terratenientes y la intermediación de los resabios de la élite confuciana en el campo. Por primera vez, el Estado y su administración penetraron hasta el nivel de las aldeas y reorganizaron la vida económica y social en el campo. Esto trajo dos consecuencias: por un lado, cimentó la autonomía interna del Estado, eliminando las bases de poder económico autónomas que existían en el campo que habían servido de soporte al GMD y a los señores de la guerra; por el otro, aseguró la recaudación de impuestos y la centralización del excedente, que mejoraron exponencialmente en comparación a períodos anteriores en que el Estado estuvo caracterizado por su debilidad fiscal. Esto le permitió, rápidamente, terminar con la inflación y asegurar un presupuesto equilibrado.

Construir un aparato administrativo eficiente y frugal aseguraba la recaudación impositiva, pero también que los costos de la administración y planificación centralizada de la economía no fueran excesivos. Retomando la práctica política de su legado de construcción estatal milenario, se dio continuidad a la planificación industrial mediante la reconversión de la CNR en la CEP, pero ampliando su poder y alcance a toda la economía. A su vez, se implementó el sistema hukou, segregando a la población rural de la urbana mediante estrictas políticas de control social.

Esto constituyó la culminación de un verdadero proceso de autofortalecimiento que dotó de bases de financiamiento reales al Estado, de una burocracia y un ejército eficientes y de una capacidad de planificación y ejecución de políticas de desarrollo que transformaron la estructura económica de China. Un Estado poderoso no es necesariamente autoritario ni tampoco es predatorio; por el contrario, un Estado fuerte es uno con la capacidad de diseñar, legitimar e implementar políticas de manera exitosa. A su vez, este Estado se encontraba dirigido por una élite dotada de un fuerte sentimiento nacionalista y con la legitimidad para promover una agenda de desarrollo económico. Así se garantizó la primera condición para el desarrollo del Estado contrincante semiperiférico: la autonomía interna del Estado, lo que permitió la implementación de una estrategia de desarrollo semiperiférico autosuficiente, pero no del ascenso de China en la jerarquía de riqueza, en la cual continuaba ocupando un espacio periférico. Sin embargo, su Estado ya comenzaba a mostrar capacidades superiores a las de sus pares de la periferia. Por lo que se fue configurando como una anomalía respecto del resto de

los Estados de la periferia, que están caracterizados por su vulnerabilidad externa, su debilidad interna que se expresa en su incapacidad para recaudar impuestos sobre los sectores más acaudalados y por un bajo nivel de acumulación de capital y de inversión.

En términos económicos, China experimentó una profunda transformación estructural. En el período comprendido entre 1949 y 1978, el país pasó de ser una economía predominantemente agraria a una en la que la industria ganó un rol central, alcanzando una importancia comparable a la de la agricultura. Este cambio reflejó un avance significativo en productividad y desarrollo económico, sentando las bases para el crecimiento que marcaría las décadas posteriores. (Maddison, 2007, p. 59). Para la década de 1970, la tasa de acumulación de China (acumulación como porcentaje del ingreso nacional) había aumentado a más del 30%. La industrialización acelerada se financió mediante la represión del consumo; la inversión aumentó rápidamente por sobre un cuarto del ingreso nacional. Para 1954, mientras era un país relativamente pobre, el Estado incrementó su gasto de inversión hasta un 26% del PBI, más del 80% de la inversión estuvo destinado a la industria pesada.

Gran parte de este proceso pudo ser sostenido gracias a la autonomía de China y a la reivindicación de su potestad soberana. La retirada de las redes de comercialización mundiales permitió desplegar un proceso de acumulación de capital originario autónomo, reduciendo en gran medida la extracción de excedente mediante los mecanismos de intercambio desigual o endeudamiento externo, a los que son sometidos los países periféricos. Sin embargo, esta exitosa estrategia de desarrollo semiperiférico tiene sus límites, ya que ese proteccionismo también dejó a las empresas chinas aisladas de la región más tecnológicamente avanzada del sistema-mundo capitalista, impidiendo que se beneficiaran de manera virtuosa de los estímulos positivos del sistema.

Para la década de 1970, el modelo de economía planificada centralmente y basado en la autosuficiencia había llegado a su límite. La política de represión del consumo en el campo, el comercio desigual para favorecer a las ciudades, los altos niveles de inversión en industria e infraestructura y la priorización de la industria pesada, si bien habían sido beneficiosos para iniciar el proceso de acumulación, se convirtieron en un obstáculo para su reproducción. Principalmente, fue la baja productividad en el campo, que continuaba operando con rendimientos per cápita decrecientes, lo que mantuvo el patrón de crecimiento involutivo que lo había caracterizado durante el siglo XIX. Además, priorizar la industria pesada sobre la

liviana y restringir la migración del campo a las ciudades había desalentado la creación de un verdadero mercado de trabajo y un verdadero mercado de consumo que pudiera ser motor del crecimiento económico.

Durante la década de los setenta, China desplegó una estrategia para aprovechar la oportunidad. En un contexto de crisis económica global en el que los EE.UU. se encontraban en debilidad, se renegoció el estatus de la RPC en el sistema interestatal. Así, China logró que se la reconociera en pie de igualdad con el resto de los miembros del sistema interestatal, ocupando su lugar en las Naciones Unidas y en el Consejo de Seguridad. Para 1978, al inicio de la Reforma y Apertura, el Estado comenzó con las reformas internas. La RPC pudo experimentar libremente con estas políticas por dos razones: primero, porque en el plano interno el PCCh gozaba de la legitimidad necesaria para hacerlo; y a su vez, la salida de la Revolución Cultural Proletaria había dejado a la vieja guardia partidaria (más conservadora) en un plano de debilidad. Por otro lado, la RPC había logrado mejorar significativamente las condiciones de vida de su población, acumular capital en las empresas estatales, realizar inversiones en infraestructura moderna y contar con un aparato militar y un Estado poderosos. Todo esto había sido posible sin la necesidad de recurrir al endeudamiento externo ni a capital extranjero alguno, por lo que gozaba de plena autonomía externa de las redes financieras controladas por Occidente. El Estado evitó caer en la trampa de la deuda externa y nunca fue sometido a las reformas estructurales a las que fueron sometidos los demás países de la periferia, procesos durante los cuales se dilapidó el capital público y la infraestructura acumulada mediante el accionar del Estado. China pudo mantener a resguardo su capital, a la vez que comenzó a incorporar capital extranjero en forma de inversión extranjera directa.

De esta manera, se crearon las dos condiciones necesarias para que emergiera un Estado contrincante semiperiférico en China. Dotado de una doble autonomía y reinsertado de manera plena en las redes de producción y comercialización globales, se pudo incorporar tecnología extranjera y desarrollar nuevas tecnologías con independencia de los centros del sistema capitalista. Esto le posibilitó que su estrategia de desarrollo semiperiférico defensiva (desplegada en el período 1949-1978) pasara a la ofensiva global, convirtiéndose en el centro de un nuevo proceso de acumulación material global y sentando las bases para su ascenso desde la periferia hacia la semiperiferia en la jerarquía de riqueza.

Este evento es de una dimensión sin antecedentes en la historia del sistema mundo capitalista contemporáneo, dado que implica que, por primera vez, el centro sistémico de expansión material se encuentra fuera de Occidente y bajo control, en parte, de un Estado con capacidad de proyección continental. Que China tuviera éxito en escapar de la periferia constituye así una excepcionalidad, no respecto de la trayectoria de ascenso de Estados anteriores, sino una excepcionalidad de los Estados periféricos que componen el moderno sistema mundo capitalista.

Creemos entonces que este trabajo constituye un aporte novedoso a la manera de abordar el desarrollo de China desde una mirada de análisis de sistemas mundo de larga duración que logra incorporar el elemento nacional-estatal para dar cuenta de las particularidades y continuidades históricas detrás del fenómeno. Queda así abierta una agenda de investigación para analizar el presente y futuro de China durante el siglo XXI.

Bibliografía

Acemoglu, D., & Robinson, J. A. (2012). *Why Nations Fail: The Origins of Power, Prosperity, and Poverty*. Crown.

Acemoglu, D., & Robinson, J. A. (2019). *The Narrow Corridor: How Nations Struggle for Liberty*. Penguin UK.

Agnew, J. (2021). Immanuel Wallerstein, the "modern world-system," and radical human geography. *Human Geography*, *14*(1), 17-30. https://doi.org/10.1177/1942778620974056

Alami, I. (2021). State Theory in the Age of State Capitalism 3.0? *Science & Society*, *85*(2), 162-170. https://doi.org/10.1521/siso.2021.85.2.162

Anastasi, A. W. D. (2023). Trapped In The Semi-Periphery: Understanding The Middle-Income Trap From a World-Systems Theory Perspective. *Journal of World-Systems Research*, *29*(1), 174-192. https://doi.org/10.5195/jwsr.2023.1119

Ang, Y. Y. (2024, mayo 10). *How Exceptional Is China's Crony-Capitalist Boom? | by Yuen Yuen Ang*. Project Syndicate. https://www.project-syndicate.org/onpoint/china-gilded-age-crony-capitalist-boom-role-of-corruption-by-yuen-yuen-ang-2024-05

Arenti, W. L., & Filomeno, F. A. (2007). Economia política do moderno sistema mundial: As contribuições de Wallerstein, Braudel e Arrighi. *Ensaios FEE*, *28*(1), Article 1. https://revistas.planejamento.rs.gov.br/index.php/ensaios/article/view/2138

Arrighi, G. (1990). The Developmentalist illusion. A reconceptualization of the semiperiphery. En W. Martin, *Semiperipheral States in the World-Economy* (pp. 11-42). Greenwood Press.

Arrighi, G. (1999). Globalization, state sovereignty, and the 'endless' accumulation of capital. En *States and Sovereignty in the Global Economy* (pp. 53-73). Psychology Press.

Arrighi, G. (2005). States, markets and capitalism, East and West. En M. H. Miller, *Worlds of capitalism: Institutions, governance and economic change in the era of globalization* (pp. 123-159). Routledge.

Arrighi, G. (2009). *Adam Smith in Beijing: Lineages of the 21st Century*.

Arrighi, G. (2010). *The long twentieth century: Money, power and the origins of our times* (New and updated ed). Verso.

Arrighi, G., & Drangel, J. (1986). The Stratification of the World-Economy: An Exploration of the Semiperipheral Zone. *Review (Fernand Braudel Center)*, *10*(1), 9-74.

Arrighi, G., Hui, P., & Hung, H. (2003). Historical capitalism, East and West. En *The Resurgence of East Asia*. Routledge.

Arrighi, G., Silver, B. J., & Ahmad, I. (1999). *Chaos and governance in the modern world system*. University of Minnesota Press.

Arrighi, G., & Zhang, L. (2011). Beyond the Washington consensus: A new Bandung? En J. Shefner & M. P. Fernández-Kelly (Eds.), *Globalization and Beyond: New Examinations of Global Power and Its Alternatives* (pp. 25-57). Penn State Press.

Balazs, E. (1970). *Chinese Civilization and Bureaucracy: Variations on a Theme*. Yale University Press.

Baran, P. A. (1957). *The Political Economy of Growth*. Monthly Review Press.

Bergère, M.-C. (1989). *The Golden Age of the Chinese Bourgeoisie 1911-1937*. Cambridge University Press.

Bian, M. L. (2005). *The Making of the State Enterprise System in Modern China: The Dynamics of Institutional Change*. Harvard University Press. https://www.jstor.org/stable/j.ctv1pncp14

Boecking, F. (2017). *No Great Wall: Trade, tariffs, and nationalism in Republican China, 1927-1945*. Harvard University Press.

Bolt, J., & van Zanden, J. L. (2020). *Maddison Project Database 2020* [Dataset]. https://www.rug.nl/ggdc/historicaldevelopment/maddison/releases/maddison-project-database-2020

Borisov, O. B., & Koloskov, B. T. (with Internet Archive). (1975). *Soviet-Chinese relations, 1945-1970*. Bloomington : Indiana University Press. http://archive.org/details/sovietchineserel00bori

Bousquet, N. (2012). Core, semiperiphery, periphery: A variable geometry presiding over conceptualization. En *Routledge Handbook of World-Systems Analysis* (pp. 123-125).

Brandt, L. (1989). *Commercialization and Agricultural Development: Central and Eastern China, 1870-1937*. Cambridge University Press.

Braudel, F. (1982). *On history* (Pbk. ed). University of Chicago Press.

Braudel, F. (1992). *Civilization and Capitalism, 15th-18th Century, Vol. III: The Perspective of the World* (S. Reynold, Trad.).

Braudel, F., Pérez-Villanueva Tovar, I., Bordoy Hueso, V., & Míguez, N. (1984). *Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV-XVIII*. Alianza ed.

Brenner, R. (2006). *The Economics of Global Turbulence* (First Edition). Verso.

Brook, T. (2005). *The Chinese state in Ming society*. RoutledgeCurzon.

Cabestan, J.-P. (2019). *China Tomorrow: Democracy or Dictatorship?* Rowman & Littlefield.

Carnoy, M. (1984). *The State and Political Theory*. Princeton University Press. https://www.perlego.com/book/737808/the-state-and-political-theory-pdf?utm_source=google&utm_medium=cpc&campaignid=15913701111&adgroupid=131883345069&gclid=CjwKCAjwrranBhAEEiwAzbhNtbxW4hB8DgpcyzkiX1d-QIiDfLALsKq_L-RNMm91k2rHgT5LqnXx8BoCtfgQAvD_BwE

Chan, W. K. K. (1977). *Merchants, Mandarins and Modern Enterprise in Late Ching China* (1.ª ed., Vol. 79). Harvard University Asia Center. https://doi.org/10.2307/j.ctt1tg5jmf

Chang, G. G. H., Wei-An. (2003a). The importance of commerce in the organization of China's late imperial economy GARY G. HAMILTON AND WEI - A N CHANG. En *The Resurgence of East Asia*. Routledge.

Chang, G. G. H., Wei-An. (2003b). The importance of commerce in the organization of China's late imperial economy GARY G. HAMILTON AND WEI - A N CHANG. En *The Resurgence of East Asia*. Routledge.

Changji, K. (1990). Ancient Chinese Society and the Asiatic Mode of Production. En *The Asiatic Mode of Production in China*. Routledge.

Chao, K. (1974). *Capital Formation in Mainland China, 1952-1965*. University of California Press. https://doi.org/10.1525/9780520377240

Chase-Dunn, & Babones, S. J. (2012). Historical processes of incorporation and development. En *Routledge Handbook of World-Systems Analysis*. Routledge.

Chase-Dunn, C. K. (1998). Core and Periphery. En *Global Formation: Structures of the World-economy* (pp. 201-253). Rowman & Littlefield.

Chase-Dunn, C. K. (Ed.). (2005). *The historical evolution of world-systems* (1. ed). Palgrave Macmillan.

Chase-Dunn, C., & Lawrence, K. S. (2010). Alive and well: A response to Sanderson. *International Journal of Comparative Sociology*, *51*(6), 470-479.

https://doi.org/10.1177/0020715210387983

Chen, D., Li, O. Z., & Xin, F. (2017). Five-year plans, China finance and their consequences. *China Journal of Accounting Research*, *10*(3), 189-230. https://doi.org/10.1016/j.cjar.2017.06.001

Ch'en, J. (1986). The Communist movement 1927–1937. En A. Feuerwerker & J. K. Fairbank (Eds.), *The Cambridge History of China: Volume 13: Republican China 1912–1949* (Vol. 13, pp. 168-229). Cambridge University Press. https://doi.org/10.1017/CHOL9780521243384.005

Chen, L. S. (2022). Getting China's Political Economy Right: State, Business, and Authoritarian Capitalism. *Perspectives on Politics*, *20*(4), 1397-1402. https://doi.org/10.1017/S153759272200247X

Chen, S., Jefferson, G. H., & Zhang, J. (2011). Structural change, productivity growth and industrial transformation in China. *China Economic Review*, *22*(1), 133-150. https://doi.org/10.1016/j.chieco.2010.10.003

Cheng, L. (2005). The Industrial Activities of the National Resources Commission and Their Legacies in Communist China. *American Journal of Chinese Studies*, *12*(1), 45-64.

Cheng, Y. (with Internet Archive). (1956). *Foreign Trade and Industrial Development of China. An historical and integrated analysis through 1948*. University Press of Washington, D.C.: Washington. http://archive.org/details/foreigntradeindu0000unse

Chow, G. C. (2015). *China's Economic Transformation*. John Wiley & Sons.

Coble, P. M. (1986). *The Shanghai Capitalists and the Nationalist Government, 1927-1937*. Harvard Univ Asia Center.

Cohen, W. I. (2019). *America's Response to China: A History of Sino-American Relations*. Columbia University Press. https://doi.org/10.7312/cohe19198

Deng, G. (2002). *The Premodern Chinese Economy: Structural Equilibrium and Capitalist Sterility*. Routledge.

Dernberger, R. (1975). The Role of the Foreigner in China's Economic Development, 1840-1949. En D. H. Perkins, *China's Modern Economy in Historical Perspective* (pp. 19-49). Stanford University Press.

Dillon, M. (2010). *China: A Modern History*. Bloomsbury Publishing.

Dillon, M. (2014). *Deng Xiaoping: The Man who Made Modern China*. Bloomsbury Publishing.

Dincecco, M., & Wang, Y. (2022). State Capacity in Historical Political Economy. En J. A. Jenkins & J. Rubin (Eds.), *The Oxford Handbook of Historical Political Economy* (1.ª ed., pp. 253-270). Oxford University Press. https://doi.org/10.1093/oxfordhb/9780197618608.013.13

Dussel, E. D. (2001). *Hacia una filosofía política crítica*. Desclée de Brouwer.

Eastman, L. E. (1986). Nationalist China during the Nanking decade 1927–1937. En A. Feuerwerker & J. K. Fairbank (Eds.), *The Cambridge History of China: Volume 13: Republican China 1912–1949* (Vol. 13, pp. 116-167). Cambridge University Press. https://doi.org/10.1017/CHOL9780521243384.004

Editorial department of «renmin ribao». (1956). On the historical experience of the dictatorship of the proletariat. *Renmin Ribao*. https://www.marxists.org/history/international/comintern/sino-soviet-split/cpc/hedp.htm

Elleman, B. A., & Paine, S. C. M. (2019). *Modern China: Continuity and Change, 1644 to the Present*. Rowman & Littlefield.

Elvin, M. (1973). *The Pattern of the Chinese Past*. Stanford University Press.

Etō, S. (1986). China's international relations 1911–1931. En A. Feuerwerker & J. K. Fairbank (Eds.), *The Cambridge History of China: Volume 13: Republican China 1912–1949* (Vol. 13, pp. 74-115). Cambridge University Press. https://doi.org/10.1017/CHOL9780521243384.003

Evans, P. B., Rueschemeyer, D., & Skocpol, T. (Eds.). (1985). *Bringing the State Back In*. Cambridge University Press.

Fairbank, J. K., & Goldman, M. (2006). *China: A New History, Second Enlarged Edition*. Harvard University Press.

Fairbank, J. K. (1968). The Early Treaty System in the Chinese World Order. En *The Chinese World Order: Traditional China's Foreign Relations* (pp. 257-275). Harvard University Press. https://doi.org/10.4159/harvard.9780674333482.c15

Flint, C., & Taylor, P. J. (2018). *Political geography: World-economy, nation-state, and locality* (Seventh edition). Routledge, Taylor & Francis Group.

FMI. (2022). *Public Finances in Modern History Database-Government expenditure, percent of GDP*. https://www.imf.org/external/datamapper/exp@FPP

Frank, A. G. (1998). *ReORIENT: Global Economy in the Asian Age*. University of California

Press.

Freitas, A. (2020). SOBRE A MOBILIDADE NO SISTEMA MUNDIAL: A RELEVÂNCIA DO CONCEITO DE SEMIPERIFERIA PARA OS PROJETOS DE DESENVOLVIMENTO NO SÉC. XXI. *AUSTRAL: Brazilian Journal of Strategy & International Relations*, *9*(17). https://doi.org/10.22456/2238-6912.93787

Friedman, E. (1999). Reinterpreting the Asianization of the world and the role of the state in the rise of China. En *States and Sovereignty in the Global Economy*. Routledge.

Frolic, T. B., B. Michael. (2015). *Civil Society in China*. Routledge. https://doi.org/10.4324/9781315705613

Garnaut, R. (2018). 40 years of Chinese economic reform and development and the challenge of 50. En R. Garnaut, L. Song, & C. Fang (Eds.), *China's 40 Years of Reform and Development* (pp. 29-52). ANU Press. https://www.jstor.org/stable/j.ctv5cgbnk.10

Garver, J. W. (1988). The Origins of the Second United Front: The Comintern and the Chinese Communist Party. *The China Quarterly*, *113*, 29-59. https://doi.org/10.1017/S0305741000026394

Gillin, D. G. (with Internet Archive). (1967). *Warlord: Yen Hsi-shan in Shansi Province, 1911-1949*. Princeton, N.J. : Princeton University Press. http://archive.org/details/warlordyenhsisha0000gill

Gold, T., Guthrie, D., & Wank, D. (2002). *Social Connections in China: Institutions, Culture, and the Changing Nature of Guanxi*. Cambridge University Press.

Grell-Brisk, M. (2017). China and global economic stratification in an interdependent world. *Palgrave Communications*, *3*(1), 17087. https://doi.org/10.1057/palcomms.2017.87

Hall, T. (2012). Historical processes of incorporation and development. En S. J. B. Chase-Dunn Christopher, *Routledge Handbook of World-Systems Analysis*. Routledge.

Hall, T. D. (2012). Incorporation into and merger of world-systems. En *Routledge Handbook of World-Systems Analysis*. Routledge.

Hamashita, T. (2008). *China, East Asia and the Global Economy: Regional and Historical Perspectives* (M. Selden & L. Grove, Trads.). Routledge. https://www.routledge.com/China-East-Asia-and-the-Global-Economy-Regional-and-Historical-Perspectives/Selden-Hamashita-Grove/p/book/9780415464598

Hamashita, T. (2009). The Tribute Trade System and Modem Asia*. En *The Pacific in the Age of Early Industrialization*. Routledge.

Hamilton, N. (1981). State Autonomy and Dependent Capitalism in Latin America. *The British Journal of Sociology*, *32*(3), 305-329. https://doi.org/10.2307/589280

Harvey, D. (2008). The Condition of Postmodernity. En *The New Social Theory Reader* (2.ª ed.). Routledge.

Heilmann, S., & Perry, E. J. (2011). Embracing Uncertainty: Guerrilla Policy Style and Adaptive Governance in China. En S. Heilmann & E. J. Perry, *Mao's Invisible Hand: The Political Foundations of Adaptive Governance in China*. Harvard University Asia Center.

Hickel, J., Hanbury Lemos, M., & Barbour, F. (2024). Unequal exchange of labour in the world economy. *Nature Communications*, *15*(1), 6298. https://doi.org/10.1038/s41467-024-49687-y

Hickel, J., Vepachedu, S., & Zoomkawala, H. (2021). Plunder in the Post-Colonial Era: Quantifying Drain from the Global South Through Unequal Exchange, 1960–2018. *New Political Economy*, *26*, 1-18. https://doi.org/10.1080/13563467.2021.1899153

Hopkins, T. K., & Wallerstein, I. (1977). Patterns of Development of the Modern World-System. *Review (Fernand Braudel Center)*, *1*(2), 111-145.

Howell, J. (2006). Reflections on the Chinese State. *Development and Change*, *37*(2), 273-297. https://doi.org/10.1111/j.0012-155X.2006.00478.x Hu,

A. (2016). *Mao and the Cultural Revolution*. Silkroad Press.

Hua, T. (2021). *Merchants, Market and Monarchy: Economic Thought and History in Early Modern China*. Springer Nature.

Huang, G. (2021). *China's Self-Strengthening Movement and Japan's Meiji Restoration*. ps://www. ia-forum. org/Files/YIUBIF. pdf

Huang, P. C. C. (1990). *The Peasant Family and Rural Development in the Yangzi Delta, 1350-1988*. Stanford University Press.

Huang, P. C. C. (2002). Development or Involution in Eighteenth-Century Britain and China? A Review of Kenneth Pomeranz's «The Great Divergence: China, Europe, and the Making of the Modern World Economy». *The Journal of Asian Studies*, *61*(2),

501-538. https://doi.org/10.2307/2700299 Huang,

R. (1996). *China: A Macro History*.

Hui, V. T. (2005). *War and State Formation in Ancient China and Early Modern Europe*. Cambridge University Press.

Hung, H. (2001). Imperial China and Capitalist Europe in the Eighteenth-Century Global Economy. *Review (Fernand Braudel Center)*, *24*(4), 473-513.

Hung, H. (2015). *The China Boom: Why China Will Not Rule the World* (p. 264 Pages). Columbia University Press.

Jessop, B. (2011). *Reflections on the state, state power, and the world market* (pp. 11-30).

Jones, E. L. (2008). *The European miracle: Environments, economies and geopolitics in the history of Europe and Asia* (3. ed., Repr). Cambridge University Press.

Karatasli, S. S. (2020). Global Inequality and Capitalist World-Economy, 1500—Present: A Critique of Neo-Modernization Theories. En I. Rossi (Ed.), *Challenges of Globalization and Prospects for an Inter-civilizational World Order* (pp. 307-330). Springer International Publishing. https://doi.org/10.1007/978-3-030-44058-9_18 Karl,

R. E. (2005). The Asiatic Mode of Production: National and Imperial Formations. *Historein*, *5*, 58-75. https://doi.org/10.12681/historein.73

Katzenstein, P. J. (2003). Japan, technology and Asian regionalism in comparative perspective. En *The Resurgence of East Asia*. Routledge.

Kay, C. (2002). Why East Asia Overtook Latin America: Agrarian Reform, Industrialisation and Development. *Third World Quarterly*, *23*(6), 1073-1102.

Kirby, W. C. (1990). Continuity and Change in Modern China: Economic Planning on the Mainland and on Taiwan, 1943-1958. *The Australian Journal of Chinese Affairs*, *24*, 121-141. https://doi.org/10.2307/2158891

Kishimoto, M. (2011). Property Rights, Land, and Law in Imperial China. En D. Ma & J. L. van Zanden (Eds.), *Law and Long-Term Economic Change* (pp. 68-90). Stanford University Press. https://doi.org/10.1515/9780804777612-007

Ko, C. Y., Koyama, M., & Sng, T.-H. (2018). Unified China and Divided Europe. *International Economic Review*, *59*(1), 285-327. https://doi.org/10.1111/iere.12270

Köll, E. (2011). *A Fine Balance:* Brill. https://doi.org/10.1163/9781684171217_015

Korzeniewicz, R. P. (2015). *The Logic of Global Capitalism*.

https://jacobin.com/2015/10/robinson-acemoglu-inclusive-extractive-poverty-wealth/

Korzeniewicz, R. P. (2017). *The World-System as Unit of Analysis: Past Contributions and Future Advances*. Routledge.

Kuhn, P. A. (2003). *Origins of the Modern Chinese State*. Stanford University Press.

Kumral, S. S. K., Sefika. (2017). Great Convergence or the Third Great Divergence?: Changes in the Global Distribution of Wealth, 1500–2008. En *The World-System as Unit of Analysis*. Routledge.

Kuo, T., & Liu, K.-C. (1978). Self-strengthening: The pursuit of Western technology. En J. K. Fairbank (Ed.), *The Cambridge History of China: Volume 10: Late Ch'ing 1800–1911* (Vol. 10, pp. 491-542). Cambridge University Press. https://doi.org/10.1017/CHOL9780521214476.011

Lenin, V. I. (1917). *El estado y la revolución proletaria*. Biblioteca neuva.

Li, D., & Xia, Y. (2018). *Mao and the Sino-Soviet Split, 1959–1973: A New History*. Rowman & Littlefield.

Li, M. (2008). *The Rise of China and the Demise of the Capitalist World Economy*. NYU Press.

Li, M. (2016). *China and the twenty-first-century crisis*. Pluto Press.

Li, X. (2021). The rise of China and its impact on world economic stratification and re-stratification. *Cambridge Review of International Affairs*, *34*(4), 530-550. https://doi.org/10.1080/09557571.2020.1800589

Lippit, V. D. (2018). *Revival: Land Reform and Economic Development in China (1975)*. Routledge. https://doi.org/10.4324/9781315171692

Liu, S. (2018). The structure of and changes to China's land system. En R. Garnaut, L. Song, & C. Fang (Eds.), *China's 40 Years of Reform and Development* (pp. 427-454). ANU Press. https://www.jstor.org/stable/j.ctv5cgbnk.30

Liu, W. (2018). GDP and the new concept of development: Understanding China's changing concept of development in regards to GDP after the reform and opening-up. En R. Garnaut, L. Song, & C. Fang (Eds.), *China's 40 Years of Reform and Development: 1978–2018* (1st ed., pp. 67-74). ANU Press. https://doi.org/10.22459/CYRD.07.2018.04

Liu, X. (2011). A State without Nationals: The Nationality Issue in Japan's Making of Manchukuo. *All Theses and Dissertations (ETDs)*. https://doi.org/10.7936/K7W9577B

Lixin, W., & Fewsmith, J. (1995). Bulwark of the Planned Economy: The Structure and Role of the State Planning Commission. En *Decision-making in Deng's China*. Routledge.

Ma, D. (2006). Shanghai-based industrialization in the early 20th century: A quantitative and institutional analysis. *Working Papers of the Global Economic History Network (GEHN)*, *(18/06)*.

Ma, D. (2008). Economic Growth in the Lower Yangzi Region of China in 1911-1937: A Quantitative and Historical Analysis. *The Journal of Economic History*, *68*(2), 355-392.

Ma, D. (2012). Political Institutions and Long-run Economic Trajectory: Some Lessons from Two Millennia of Chinese Civilization. En M. Aoki, T. Kuran, & G. Roland (Eds.), *Institutions and Comparative Economic Development* (pp. 78-98). Palgrave Macmillan UK. https://doi.org/10.1057/9781137034014_5

Ma, D., & Rubin, J. (2019). The Paradox of Power: Principal-agent problems and administrative capacity in Imperial China (and other absolutist regimes). *Journal of Comparative Economics*, *47*(2), 277-294. https://doi.org/10.1016/j.jce.2019.03.002

MacMillan, M. (2008). Nixon, Kissinger, and the Opening to China. En F. Logevall & A. Preston (Eds.), *Nixon in the World: American Foreign Relations, 1969–1977* (p. 0). Oxford University Press. https://doi.org/10.1093/oso/9780195315356.003.0006

Maddison. (2007). *Chinese Economic Performance in the Long Run, 960-2030 AD, Second Edition, Revised and Updated*. Organisation for Economic Co-operation and Development. https://www.oecd-ilibrary.org/development/chinese-economic-performance-in-the-long-run-960-2030-ad-second-edition-revised-and-updated_9789264037632-en

Mancall, M. (1968). THE CH'ING TRIBUTE SYSTEM: AN INTERPRETIVE ESSAY. En J. K. Fairbank (Ed.), *The Ch`ing Tribute System: An interpretive essay* (pp. 63-89). Harvard University Press. https://doi.org/10.4159/harvard.9780674333482.c6

Mann, M. (1984). he Autonomous Power of the State: Its Origins, Mechanisms and Results. *European Journal of Sociology / Archives Européennes de Sociologie*, *25*(2), 185-213.

Mann, S., & Jones, S. M. (1987). *Local Merchants and the Chinese Bureaucracy, 1750-1950*. Stanford University Press.

Marx, K., & Hobsbawm, E. J. (2004). *Formaciones económicas precapitalistas*. Siglo XXI.

McNally, C. A. (2013). Refurbishing State Capitalism: A Policy Analysis of Efforts to Rebalance China's Political Economy. *Journal of Current Chinese Affairs*, *42*(4), 45-71. https://doi.org/10.1177/186810261304200403

Mehdi, M. (1988). A review of the controversy around the Asiatic Mode of Production. *Journal of Contemporary Asia*, *18*(2), 207-219. https://doi.org/10.1080/00472338880000151

Meisner, M. (1999). *Mao's China and After: A History of the People's Republic, Third Edition*. Simon and Schuster.

Melotti, U. (1977). *Marx and the Third World*. Springer.

Mielants, E. (2008). *The Origins of Capitalism and the «Rise of the West»*. Temple University Press.

Migdal, J. S. (1988). *Strong Societies and Weak States: State-Society Relations and State Capabilities in the Third World*. Princeton University Press. https://doi.org/10.1515/9780691212852

Migdal, J. S. (2001). *State in Society: Studying How States and Societies Transform and Constitute One Another*. Cambridge University Press. https://doi.org/10.1017/CBO9780511613067

Miranda, J. (2018). How China Did not Transform into a Market Economy. En J. J. Nedumpara & W. Zhou (Eds.), *Non-market Economies in the Global Trading System: The Special Case of China* (pp. 65-97). Springer. https://doi.org/10.1007/978-981-13-1331-8_3

Møller, J. (2017). *State formation, regime change, and economic development*. Routledge.

Moore, B. (1993). *Social Origins of Dictatorship and Democracy: Lord and Peasant in the Making of the Modern World*.

Moore, J. W. (2000). Sugar and the Expansion of the Early Modern World-Economy: Commodity Frontiers, Ecological Transformation, and Industrialization. *Review (Fernand Braudel Center)*, *23*(3), 409-433.

Moore, J. W. (2013). El auge de la ecología-mundo capitalista (I): Las fronteras mercantiles en el auge y decadencia de la apropiación máxima. *Filosofía, política y economía en el Laberinto*, *38*, 9-26.

Moseley, K. P., & Wallerstein, I. (1978). Precapitalist Social Structures. *Annual Review of Sociology*, *4*(Volume 4, 1978), 259-290. https://doi.org/10.1146/annurev.so.04.080178.001355

Moulder, F. V. (1977). *Japan, China, and the Modern World Economy: Toward a Reinterpretation of East Asian Development ca. 1600 to ca. 1918* (First Edition). Cambridge University Press.

Myers, R. H. (1991). How Did the Modern Chinese Economy Develop?—A Review Article. *The Journal of Asian Studies*, *50*(3), 604-628. https://doi.org/10.2307/2057563

Nakajima, M. (1987). Foreign relations: From the Korean War to the Bandung Line. En J. K. Fairbank & R. MacFarquhar (Eds.), *The Cambridge History of China: Volume 14: The People's Republic* (Vol. 14, pp. 259-290). Cambridge University Press. https://doi.org/10.1017/CHOL9780521243360.007

Naughton, B. (2007). *The Chinese Economy: Transitions and Growth*. MIT Press.

Nogueira, I., & Qi, H. (2019). *State and Capitalist Class in China's Economic Transition: From Great Compromise to Strained Alliance*.

North, D. C. (1991). Institutions, Transaction Costs, and the Rise of Merchant Empires. En J. D. Tracy (Ed.), *The Political Economy of Merchant Empires: State Power and World Trade, 1350–1750* (pp. 22-40). Cambridge University Press. https://doi.org/10.1017/CBO9780511665288.002

North, D. C. (1998). The rise of the western world. En P. Bernholz, M. E. Streit, & R. Vaubel (Eds.), *Political Competition, Innovation and Growth* (pp. 13-28). Springer. https://doi.org/10.1007/978-3-642-60324-2_2

Palma, G. (1987). Desarrollo y dependencia: Una visión crítica. En D. Seers (Ed.), *Teoría de la dependencia: Una revaluación crítica* (1. ed, pp. 20-78). Fondo de Cultura Económica.

Patnaik, U., & Patnaik, P. (2016). A Theory of Imperialism. En *A Theory of Imperialism*. Columbia University Press. https://doi.org/10.7312/patn17978

Pepper, S. (1986). The KMT-CCP conflict 1945–1949. En A. Feuerwerker & J. K. Fairbank (Eds.), *The Cambridge History of China: Volume 13: Republican China 1912–1949* (Vol. 13, pp. 723-788). Cambridge University Press. https://doi.org/10.1017/CHOL9780521243384.014

Perez-Garcia, M. (2021). Introduction: The Implementation of the New Global History in China. En M. Perez-Garcia, *Global History with Chinese Characteristics* (pp. 1-22). Springer Nature Singapore. https://doi.org/10.1007/978-981-15-7865-6_1

Perkins, D. H. (1975). Introduction: The Persistence of the Past. En *China's Modern Economy in Historical Perspective* (pp. 1-19). Stanford University Press.

Perkins, D. H. (2014). The Centrally Planned Command Economy (1949–84). En *Routledge Handbook of the Chinese Economy*. Routledge.

Perkins, D. H., & Rawski, T. G. (2008). Forecasting China's Economic Growth to 2025. En L. Brandt & T. G. Rawski (Eds.), *China's Great Economic Transformation* (pp. 829-886). Cambridge University Press. https://doi.org/10.1017/CBO9780511754234.021

Perry, E. J. (1993). *Shanghai on Strike: The Politics of Chinese Labor*. Stanford University Press.

Perry, E. J. (2002). Labor Divided: Sources of State Formation in Modern China. En *Challenging the Mandate of Heaven*. Routledge.

Pomeranz, K. (2001). *The Great Divergence: China, Europe, and the Making of the Modern World Economy.*

Pomeranz, K. (2021). *The Great Divergence*. https://press.princeton.edu/books/paperback/9780691217185/the-great-divergence

Poulantzas, N. (2001). *Poder político y clases sociales en el estado capitalista*. Siglo XXI.

Prebisch, R. (1986). El desarrollo económico de la América Latina y algunos de sus principales problemas. *Desarrollo Económico*, *26*(103), 479-502. https://doi.org/10.2307/3466824

Putterman, L. (1997). On the past and future of china's township and village-owned enterprises. *World Development*, *25*(10), 1639-1655. https://doi.org/10.1016/S0305-750X(97)00060-0

Qian, J., & Sng, T. (2021). The state in Chinese economic history. *Australian Economic*

History Review, *61*(3), 359-395. https://doi.org/10.1111/aehr.12226

Rawski, T. G. (1989). *Economic Growth in Prewar China*. University of California Press.

Rosales, O. (2020). *El Sueño Chino: Cómo Se Ve China a Sí Misma y Cómo Nos Equivocamos Los Occidentales Al Interpretarla*. Siglo XXI Editores.

Rosenthal, J.-L., & Wong, R. B. (2011). *Before and Beyond Divergence: The Politics of Economic Change in China and Europe*.

Rowe, W. T., & Brook, T. (2012). *China's Last Empire: The Great Qing*. Belknap Press.

https://www.perlego.com/book/1147684/chinas-last-empire-the-great-qing-pdf?utm_source=google&utm_medium=cpc&campaignid=19798557528&adgroupid=150743863350&gclid=CjwKCAjw1t2pBhAFEiwA_-A-NJTgrKAJrDeM5MRIcL0v7jngyDTwnJcQV0F-wAa12IXgvZsaKBeuFRoCjgoQAvD_BwE

Ru, S. H. (2020). Sorry, But G. Arrighi Is Not Almighty: Why Did He Fail to Explain China's Process of Incorporation into the Capitalist World-Economy? *Journal of Asian Sociology*, *49*(2), 253-280.

Ru, S. H. (2022). The State Formation of Late Qing China within Global Geopolitical Dynamics. *Sungkyun Journal of East Asian Studies*, *22*(1), 87-111. https://doi.org/10.1215/15982661-9767212

Saich, T. (2014). *The Chinese Communist Party During the Era of the Comintern (1919-1943)*. CreateSpace Independent Publishing Platform.

Sanderson, S. K. (2005). World-Systems Analysis after Thirty Years: Should it Rest in Peace? *International Journal of Comparative Sociology*, *46*(3), 179-213. https://doi.org/10.1177/0020715205058606

Schincariol, V. E. (2024). Celso Furtado on natural resources, the environment and ecology: Economic development between myth and utopia. En *Environment and Ecology in the History of Economic Thought*. Routledge.

Schoppa, K. (2014). From empire to People's Republic. En W. A. Joseph (Ed.), *Politics in China: An introduction* (2. ed, pp. 44-71). Oxford Univ. Press.

Schurmann, F. (1973). *Ideology and Organization in Communist China*. Univ of California Press.

Schweickart, D. (2006). You Can'T Get There From Here: Reflections on the Beijing Consensus. En Y. Keping (Ed.), *China Model and the Beijing Consensus* (pp. 72-98).

Shie, V. H., & Weng, C.-Y. (2011). Destabilizing the Semiperiphery: The Counterturn of China's Ascendance in the World-Economy. *Perspectives on Global Development and Technology*, *10*(3-4), 365-385. https://doi.org/10.1163/156914911X610367

Shue, V. (1994). State power and social organization in China. En A. Kohli, J. S. Migdal, & V. Shue (Eds.), *State Power and Social Forces: Domination and Transformation in the Third World* (pp. 65-88). Cambridge University Press. https://doi.org/10.1017/CBO9781139174268.006

Siu, Y. (2024). The Cessation of Zheng He's Voyages and the Beginning of Private Sailings: Fiscal Competition between Emperors and Bureaucrats. *Journal of Chinese History* 中國歷史學刊, *8*(1), 95-114. https://doi.org/10.1017/jch.2022.45

Sng, T.-H. (2014). Size and dynastic decline: The principal-agent problem in late imperial China, 1700–1850. *Explorations in Economic History*, *54*, 107-127. https://doi.org/10.1016/j.eeh.2014.05.002

Snow, E. (1970). *Record of Conversation from [Chairman Mao Zedong's] Meeting with [Edgar] Snow*. Wilson Center. https://digitalarchive.wilsoncenter.org/document/record-conversation-chairman-mao-zedongs-meeting-edgar-snow

So, A. Y. (1986). *The South China silk district: Local historical transformation and world-system theory*. State University of New York Press.

So, A. Y. (2012). The East Asian path of development. En *Routledge Handbook of World-Systems Analysis*. Routledge.

Song, L. (2018). State-owned enterprise reform in China: Past, present and prospects. En L. Song, R. Garnaut, & C. Fang (Eds.), *China's 40 Years of Reform and Development* (pp. 345-374). ANU Press. https://www.jstor.org/stable/j.ctv5cgbnk.27

Stalin, J. (1938). *Sobre el Materialismo Dialéctico y el Materialismo Histórico*. Ediciones de lenguas extranjeras Pekín.

Stasavage, D. (2020). *The Decline and Rise of Democracy*. Princeton University Press. https://www.degruyter.com/document/doi/10.1515/9780691201955/html

Strauss, J. C. (2019). *State Formation in China and Taiwan: Bureaucracy, Campaign, and Performance*. Cambridge University Press. https://doi.org/10.1017/9781108569163

Sugihara, K. (2003). The East Asian path of economic development: A long-term perspective.

En *The Resurgence of East Asia*. Routledge.

Sun, W. (2010). Mao Zedong: Utopian Visions and Practical Realities. En *Nation Building, State Building, and Economic Development*. Routledge.

Tan, L. (2005). China's Transition to a Market Economy. En L. Tan (Ed.), *The Paradox of Catching Up: Rethinking State-Led Economic Development* (pp. 116-162). Palgrave Macmillan UK. https://doi.org/10.1057/9780230598072_5

Tan, L. (2021). *Institutions and Chinese Economic Development: A Comparative Historical Approach*. Routledge. https://doi.org/10.4324/9781003202042

Tang, L. (2018). *Merchants and society in modern China: From guild to chamber of commerce*. Routledge.

ten Brink, T. (2011). *Institutional Change in Market-liberal State Capitalism: An Integrative Perspective on the Development of the Private Business Sector in China*. https://pure.mpg.de/pubman/faces/ViewItemOverviewPage.jsp?itemId=item_1231665

Tian, G., & Chen, X. (2022a). Four Major Reforms in China Since the Modern Times. En G. Tian & X. Chen (Eds.), *China's Reform: History, Logic, and Future* (pp. 27-43). Springer Nature. https://doi.org/10.1007/978-981-19-5470-2_2

Tian, G., & Chen, X. (2022b). The Origin of the Traditional Socialist Economic System and the Soviet Model. En G. Tian & X. Chen (Eds.), *China's Reform: History, Logic, and Future* (pp. 71-77). Springer Nature. https://doi.org/10.1007/978-981-19-5470-2_6

Tian, G., & Chen, X. (2022c). To Enrich People is the First Step in Improving National Strength. En G. Tian & X. Chen (Eds.), *China's Reform: History, Logic, and Future* (pp. 177-188). Springer Nature. https://doi.org/10.1007/978-981-19-5470-2_14

Tilly. (1992). *Coercion, Capital, and European States, A.D. 990-1990* (Revised edition). Wiley-Blackwell.

Van hamme, G., & Pion, G. (2012). The relevance of the world-system approach in the era of globalization of economic flows and networks. *Geografiska Annaler: Series B, Human Geography*, *94*(1), 65-82. https://doi.org/10.1111/j.1468-0467.2012.00396.x

Vieira, P. (2022). China as the possible new hegemon: An assessment based on Giovanni Arrighi's theoretical framework. En C. Pennaforte, *The World System in transition: A panoramic view (Edited by Charles Pennaforte)* (pp. 104-130).

Vogel, E. F. (2005). Chen Yun: His life. *Journal of Contemporary China*, *14*(45), 741-759. https://doi.org/10.1080/10670560500206827

von Glahn, R. (2016). *The Economic History of China: From Antiquity to the Nineteenth Century*. Cambridge University Press. https://doi.org/10.1017/CBO9781139343848

Von Glahn, R. (2019). The changing significance of Latin American silver in the chinese economy, 16th–19th centuries. *Revista de Historia Económica / Journal of Iberian and Latin American Economic History*, 1-33. https://doi.org/10.1017/S0212610919000193

Vu, T. (2010). Studying the State Through State Formation. *World Politics*, *62*(1), 148-175.

Walker, K. R. (1984). *Food Grain Procurement and Consumption in China*. Cambridge University Press.

Wallerstein, I. (1974a). Dependence in an Interdependent World: The Limited Possibilities of Transformation within the Capitalist World Economy. *African Studies Review*, *17*(1), 1. https://doi.org/10.2307/523574

Wallerstein, I. (1974b). The Rise and Future Demise of the World Capitalist System: Concepts for Comparative Analysis. *Comparative Studies in Society and History*, *16*(4), 387-415.

Wallerstein, I. (1979). *The Capitalist World-Economy*. Cambridge University Press.

Wallerstein, I. (1984). The Three Instances of Hegemony in the History of the Capitalist World-Economy. En *Current Issues and Research in Macrosociology* (pp. 100-108). Brill. https://doi.org/10.1163/9789004477995_008

Wallerstein, I. (1995). *Historical Capitalism with Capitalist Civilization*. Verso.

Wallerstein, I. (1999). States? Sovereignty? The dilemmas of capitalists in an age of transition. En D. A. Smith, D. J. Solinger, & S. Topik (Eds.), *States and Sovereignty in the Global Economy* (pp. 20-33). Psychology Press.

Wallerstein, I. (2011). *The modern world system. 1: Capitalist agriculture and the origins of the European world-economy in the sixteenth century: with a new prologue / Immanuel Wallerstein*. Univ. of California Press.

Wallerstein, I. (2012). *World-Systems Analysis: An Introduction*. Duke University Press.

Wallerstein, I. M. (1998). *Utopistics, Or, Historical Choices of the Twenty-first Century*. New Press.

Wang, F.-L. (2005). *Organizing Through Division and Exclusion: China's Hukou System*. Stanford University Press.

Wang, G. (2019). *China Reconnects: Joining a Deep-rooted Past to a New World Order*. WORLD SCIENTIFIC. https://doi.org/10.1142/11207

Wang, Y. (2015). *Tying the autocrat's hands: The rise of the rule of law in China*. Cambridge university press.

Wang, Y. (2016). Beyond Local Protectionism: China's State–Business Relations in the Last Two Decades. *The China Quarterly*, *226*, 319-341. https://doi.org/10.1017/S030574101600031X

Wang, Y. (2021). State-in-Society 2.0: Toward Fourth-Generation Theories of the State. *Comparative Politics*, *54*(1), 175-198. https://doi.org/10.5129/001041521X16184035797221

Wang, Y. (2022). *The Rise and Fall of Imperial China*. Princeton University Press. https://press.princeton.edu/books/paperback/9780691215167/the-rise-and-fall-of-imperial-china

Wang, Z. (2012). *Never forget national humiliation: Historical memory in Chinese politics and foreign relations*. Columbia University Press.

Weber, I. (2021). *How China escaped shock therapy: The market reform debate*. Routledge, Taylor & Francis Group.

Weber, I. M. (2021). *How China Escaped Shock Therapy* (1st edition). Routledge.

Weber, M. (1991). *El Político y el Científico*. Alianza Editorial. https://policycommons.net/artifacts/1539778/max-weber/2229559/

Weigelin-Schwiedrzik, S. (2023). International Relations and China's Position in the Socialist Camp. En A. Blanke, J. C. Strauss, & K. Mühlhahn (Eds.), *Revolutionary Transformations: The People's Republic of China in the 1950s* (pp. 22-43). Cambridge University Press. https://doi.org/10.1017/9781009304146.003

Westad, O. A. (2012). *Restless empire: China and the world since 1750*. Basic Books.

Whiting, A. S. (1987). The Sino-Soviet split. En J. K. Fairbank & R. MacFarquhar (Eds.), *The Cambridge History of China: Volume 14: The People's Republic* (Vol. 14, pp. 478-538). Cambridge University Press. https://doi.org/10.1017/CHOL9780521243360.012

Wittfogel, K. A. (1957a). Chinese Society: An Historical Survey. *The Journal of Asian Studies*, *16*(3), 343-364. https://doi.org/10.2307/2941230

Wittfogel, K. A. (1957b). *Oriental Despotism: A Comparative Study of Total Power*. Yale University Press.

Wittfogel, K. A. (1960). A Stronger Oriental Despotism. *The China Quarterly*, *1*, 29-34. https://doi.org/10.1017/S0305741000022670

Wolff, R. D. (2012). China Shapes/Shakes World's Economies. En *Capitalism Hits the Fan: The Global Economic Meltdown and What to Do About It* (pp. 160-162). Interlink Publishing.

Wong, R. B. (1997). *China Transformed: Historical Change and the Limits of European Experience*. Cornell University Press. https://books.google.com.ar/books?hl=es&lr=&id=4AKOF51HeOYC&oi=fnd&pg=PR9&dq=bin+wong+china+transformed&ots=aVErjhchNd&sig=_VgXwzZvU8mEiOl4oM3oCp6dOkA&redir_esc=y#v=onepage&q=bin%20wong%20china%20transformed&f=false

Xiaocai, F. (2011). *Rushing toward Socialism:* Brill. https://doi.org/10.1163/9781684171217_019

Yamada, N. (2012). The multiplicity of national development in the world-system A critical perspective. En S. J. Babones (Ed.), *Routledge handbook of world-systems analysis* (1. publ, pp. 112-120). Routledge.

Yao, Y. (2011). Beijing Consensus Or Washington Consensus: What Explains China's Economic Success? *Development Outreach*, *13*(1), 26-31. https://doi.org/10.1596/1020-797X_13_1_26

Ye, M. (2020). Fragmentation and Mobilization: Domestic Politics of the Belt and Road in China. En *China's Global Reach*. Routledge.

Yeh, K. C. (1980). China's national income 1931-1936. En C. Hou & T. Yu, *Modern Chinese Economic History: Proceedings of the Conference on Modern Chinese Economic History* (pp. 95-128). University of Washington Press.

Young, A. N. (1971a). *China's nation- building effort, 1927-1937*. Hoover Institution Press.

Young, A. N. (1971b). *China's Nation-building Effort, 1927-1937: The Financial and Economic Record*. Hoover Institution Press.

Zhang, S. G. (2007). Constructing ‘Peaceful Coexistence’: China’s Diplomacy toward the Geneva and Bandung Conferences, 1954–55. *Cold War History*, *7*(4), 509-528. https://doi.org/10.1080/14682740701621846

Zhao, D. (2009). The Mandate of Heaven and Performance Legitimation in Historical and Contemporary China. *American Behavioral Scientist*, *53*(3), 416-433. https://doi.org/10.1177/0002764209338800

Zhao, D. (2015). *The Confucian-Legalist State: A New Theory of Chinese History*. Oxford University Press.

Zheng, S. (2002). Local administration and crisis managment: A comparative perspective from post-1949 China. En R. J. Antony & J. K. Leonard (Eds.), *Dragons, tigers, and dogs: Qing crisis management and the boundaries of state power in late imperial China*. Qing crisis management and the bonds of civil community, 1600-1914, Ithaca, N.Y. East Asia Program, Cornell University.